
VAMPIRE ACADEMY
SANGRE AZUL
RICHELLE MEAD

Annotation

Rose Hathaway tiene un serio problema. Su guapísimo tutor Dimitri se está fijando en otra, su amigo Mason está colado por ella y el vínculo telepático que tiene con su mejor amiga la vuelve loca cuando ésta se enrolla con su novio, Christian. Entonces un gran ataque Strigoi pone en alerta a la Academia, que no está dispuesta a correr ningún riesgo: este año, la semana de esquí con motivo de las fiestas de St Vlad, será obligatoria. Pero el resplandeciente paisaje invernal y la elegante estación de esquí de Idaho sólo crean una ilusión de seguridad. Cuando 3 estudiantes escapan para contraatacar a los mortales strigoi, Rose tendrá que unir sus fuerzas con las de Christian para rescatarlos. Sólo que esta vez, Rose —y su corazón— corren un peligro mayor de lo que podría imaginar....

- Richelle Mead
  -
  - Prólogo
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4
  - Capítulo 5
  - Capítulo 6
  - Capítulo 7
  - Capítulo 8
  - Capítulo 9
  - Capítulo 10
  - Capítulo 11
  - Capítulo 12
  - Capítulo 13
  - Capítulo 14
  - Capítulo 15
  - Capítulo 16
  - Capítulo 17

- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

Richelle Mead

Sangre azul

Para Kat Richardson,
una persona muy sabia

Prólogo

Los seres vivos mueren. Pero no siempre se quedan muertos. Créeme, lo sé.

En este mundo hay una raza de vampiros que son, literalmente, muertos vivientes. Reciben el nombre de strigoi, y si no tienes pesadillas con ellos desde este mismo momento, deberías. Son fuertes, rápidos y matan sin piedad ni duda. También son inmortales, lo que hace que destruirlos sea un verdadero infierno. Sólo hay tres maneras de hacerlo: una estaca de plata en el corazón, decapitarlos o prenderles fuego. No resulta fácil llevar a cabo ninguna de ellas, pero eso es mejor que no tener opción alguna.

También hay vampiros decentes por el mundo, los llamados moroi. Están vivos y poseen el increíble poder de ejercer la magia sobre cada uno de los cuatro elementos: tierra, aire, agua y fuego (bueno, *la mayoría* de los moroi puede, pero ya hablaremos luego sobre las excepciones). En realidad, ya no usan la magia para mucho, una pena, sería una gran arma, aunque los moroi tienen la profunda convicción de que sólo ha de usarse de un modo pacífico. Es una de las reglas más importantes de su sociedad. Suelen ser altos, delgados y no toleran bien los excesos de luz solar, pero a cambio disfrutan de unos sentidos sobrehumanos: vista, olfato y oído.

Ambos tipos de vampiros necesitan la sangre; eso es lo que los convierte en vampiros, digo yo. Los moroi, sin embargo, no matan para conseguirla. En lugar de eso, siempre cuentan con humanos a su alrededor que donan pequeñas cantidades de manera voluntaria. Se ofrecen a ello porque las endorfinas que liberan las mordeduras de los vampiros hacen que uno se sienta muy pero que muy bien y pueden llegar a ser adictivas; lo sé por propia experiencia. A estos humanos se les llama «proveedores» y son, básicamente, yonquis de las mordeduras de los vampiros.

A pesar de todo, contar con los proveedores siempre será mejor que la forma que tienen los strigoi de hacer las cosas, porque, como quizá ya te habrás imaginado, matan por la sangre, y creo que disfrutan con ello. Un moroi se convierte en strigoi si mata a una víctima mientras se alimenta de ella. Algunos lo hacen por voluntad propia y renuncian a su magia y a su

moralidad a cambio de la inmortalidad. Un strigoi también se puede crear a la fuerza: si uno de ellos bebe la sangre de una víctima y obliga a ésta a beber sangre strigoi a cambio, bueno... ya tienes otro strigoi. Esto le puede pasar a cualquiera: moroi, humano o... dhampir.

Dhampir.

Eso es lo que soy yo. Los dhampir somos mitad humanos, mitad moroi, y a mí me gusta pensar que tenemos los mejores rasgos de cada raza. Soy fuerte y resistente como los humanos y puedo tomar el sol tanto como quiera, pero como los moroi, tengo unos sentidos realmente precisos y unos reflejos bien rápidos. La consecuencia es que un dhampir resulta perfecto como guardaespaldas, y eso es lo que somos la mayoría de nosotros. Nos llaman «guardianes».

Me he pasado la vida entrenándome para proteger a los moroi de los strigoi. Mi horario está repleto de clases y prácticas especiales en la Academia St. Vladimir, un instituto privado para moroi y dhampir; sé usar todo tipo de armas y arrear algunas patadas de lo más doloroso. He zurrado a tíos el doble de grandes que yo, tanto dentro como fuera de clase, al fin y al cabo, los tíos son prácticamente los únicos a los que zurro, ya que hay muy pocas chicas en cualquiera de mis clases.

Y con todas esas cosas buenas que heredamos, hay una sola de la que nos vemos privados: los dhampir no podemos tener hijos con otros dhampir. No me preguntes el porqué, no tengo ni idea de genética ni nada por el estilo. La unión entre humanos y moroi siempre genera descendencia dhampir, de ahí surgimos en su momento, pero no es algo que se produzca mucho ya: los moroi tienden a mantenerse apartados de los humanos. Gracias a otra estrambótica casualidad genética, la unión entre moroi y dhampir procrea hijos dhampir. Que sí, que sí, que es de locos. Lo lógico sería pensar en un bebé que tuviera tres cuartas partes de vampiro, ¿no? Pues no: medio humano, medio moroi.

La mayoría de los dhampir proviene de parejas de hombres moroi y mujeres dhampir. Las mujeres moroi prefieren tener hijos moroi, y esto implica, por regla general, que los hombres moroi se enrollan con mujeres dhampir y luego se largan, lo cual nos deja un montón de madres dhampir solteras que se dedican a criar a sus hijos, por eso no hay muchas que lleguen a guardianas.

Resumiendo, que sólo quedan los tíos y cuatro tías para convertirse en guardianes, pero quienes eligen dedicarse a proteger a los moroi se lo toman

muy en serio. Los dhampir necesitan a los moroi para seguir teniendo hijos, *tenemos* que protegerlos, es sólo... bueno, que es lo más honorable que podemos hacer. Los strigoi son el mal, contra natura, no tienen ningún derecho a dedicarse a cazar inocentes, y los dhampir que se preparan para ser guardianes llevan esto grabado a fuego desde el mismo momento en que aprenden a andar. Los strigoi son el mal. Hay que proteger a los moroi. Éste es el credo de los guardianes, mi credo.

Y hay un moroi a quien quiero proteger por encima del resto del mundo: mi mejor amiga, Lissa, una princesa moroi de entre las doce familias reales que tienen; ella es la última descendiente de la suya, los Dragomir. Aunque hay algo en ella que la hace especial, aparte de ser mi mejor amiga.

¿Recuerdas cuando te conté que todo moroi domina uno de los cuatro elementos? Bueno, resulta que Lissa domina otro que nadie sabía siquiera que existía hasta hace bien poco: el espíritu. Durante años pensamos, simplemente, que ella no iba a desarrollar su capacidad para la magia. Entonces empezaron a ocurrir cosas extrañas a su alrededor. Por ejemplo, todos los vampiros poseen una capacidad denominada coerción que les permite imponer su voluntad sobre los demás, y en los strigoi es muy fuerte. En los moroi no sólo es más débil, sino que además está prohibida. En Lissa, no obstante, es casi tan fuerte como en un strigoi; un simple pestañeo suyo y la gente hace lo que ella quiera.

Pero eso no es lo más alucinante que puede hacer.

Antes dije que quien se muere no siempre se queda muerto. Bueno, ése es mi caso. Tranqui, no soy como los strigoi, pero sí que me morí una vez (no te lo recomiendo). Sucedió cuando el coche en el que iba se salió de la carretera, y en el accidente no sólo morí yo, también se mataron los padres de Lissa y su hermano. Sin embargo, en medio de todo aquel caos y sin darnos cuenta—, Lissa utilizó el espíritu para traerme de vuelta. Durante mucho tiempo, no fuimos conscientes de aquello; de hecho, ni siquiera sabíamos que existía el espíritu.

Desafortunadamente resultó que *una* persona sí sabía de la existencia del espíritu antes que nosotras: Víctor Dashkov, un príncipe moroi moribundo que descubrió los poderes de Lissa y decidió encerrarla y convertirla en su sanadora personal para el resto de su vida. Cuando me di cuenta de que alguien la acosaba, decidí tomar las riendas y que nos largásemos del instituto a vivir entre los humanos. Andar por ahí siempre

huyendo tuvo su punto divertido, pero también su punto paranoico. Nos salimos con la nuestra durante dos años hasta que las autoridades de St. Vladimir nos cazaron y nos trajeron de vuelta hace unos meses.

Y fue entonces cuando Víctor Dashkov puso las cartas sobre la mesa, raptó a Lissa y la torturó hasta que ella cedió a sus exigencias. Por el camino se le fue un poco la mano con algunas medidas algo extremas, como el viaje que nos pegó a Dimitri —mi mentor— y a mí con un hechizo de lujuria (enseguida vuelvo a *ese* tema). Víctor también se aprovechó de la forma en que el espíritu estaba empezando a provocar una cierta inestabilidad mental en Lissa, pero aun así, aquello no fue tan terrible como lo que le hizo a su propia hija, Natalie.

Llegó a animarla a que se convirtiera en strigoi para ayudarle a huir, y ella acabó atravesada por una estaca. Aun después de verse capturado tras aquel suceso, Víctor ni siquiera parecía sentirse un poco culpable por lo que le había pedido a su hija que hiciera. Me lleva a pensar que no me ha ido tan mal errándome sin un padre.

Ahora resulta que tengo que proteger a Lissa de strigoi y de moroi. Sólo unos pocos funcionarios saben lo que es capaz de hacer, pero yo estoy segura de que hay más Víctores sueltos por ahí a quienes les gustaría utilizarla. Por suerte, dispongo de un arma adicional que me ayuda a protegerla. En algún momento durante mi sanación tras el accidente, el espíritu creó una conexión psíquica entre ella y yo. Puedo ver y sentir lo que ella ve y siente (aunque sólo funciona en una dirección, ella no me puede «sentir» a mi). El vínculo me ayuda a estar pendiente de ella y a enterarme si le pasa algo, aunque a veces sea un poco raro meterse en la cabeza de otra persona. Estamos bastante seguras de que el espíritu puede hacer más cosas, pero aún no sabemos qué.

Mientras tanto, yo intento ser lo mejor que puedo como guardiana. Nuestra huida hizo que me estancase en mi formación, así que ahora tengo que recibir clases extra para compensar la pérdida de tiempo. No hay nada en el mundo que desee más que mantener a salvo a Lissa y, por desgracia, hay dos cosas que dificultan mi entrenamiento cada dos por tres. Una, que en ocasiones actúo antes de pensar, y eso que cada vez se me da mejor evitarlo, pero cuando algo me enciende, primero arreo el puñetazo y luego me paro a ver a quién le he pegado. Cuando la gente que me importa se encuentra en peligro... bueno, las normas se vuelven relativas.

El otro problema en mi vida es Dimitri. Fue él quien mató a Natalie, y tiene una mala leche que te pasas. También es bastante atractivo. Vale, más que atractivo, está buenísimo, yo diría que tan bueno como ese típico tío que hace que te pares a medio cruzar la calle y te atropelle un coche; pero, tal y como he dicho, es mi instructor, y además tiene veinticuatro años, listos son dos de los motivos por los que yo no debería haberme colgado de él, aunque, para ser sincera, la razón más importante es que él y yo seremos los guardianes de Lissa cuando ella se gradúe, y si estamos pendientes el uno del otro, eso significa que no estaremos cuidando de ella.

La verdad es que no se me ha dado muy bien olvidarle, y estoy bastante segura de que él aún siente lo mismo por mí. En parte, lo que hace de ello algo más difícil es lo caliente que se puso la cosa entre nosotros cuando caímos bajo el hechizo de lujuria. Victor quería distraernos mientras raptaba a Lissa y le funcionó. Yo estaba lista para perder mi virginidad y Dimitri estaba listo para dar cuenta de ella, y aunque rompimos el hechizo en el último momento, tengo aquellos recuerdos siempre presentes y a veces me resulta un poco complicado concentrarme en las técnicas de combate.

Por cierto, me llamo Rose Hathaway, tengo diecisiete años, me preparo para proteger y para matar vampiros, estoy completamente enamorada del tío que no debo, y la magia que ejerce mi mejor amiga puede hacer que se vuelva loca.

Eh, ¿quién dijo que el instituto iba a ser fácil?

Capítulo 1

No creí que el día pudiese empeorar hasta que mi mejor amiga me dijo que podría estar volviéndose loca. Otra vez.

—Yo... ¿qué has dicho?

Me puse en pie en el vestíbulo de su edificio, inclinada sobre una de mis botas, ajustándomela. Levanté la cabeza de golpe y la miré a través de la maraña de pelo oscuro que me tapaba la mitad de la cara. Me había quedado dormida después de clase y había pasado de peinarme con tal de salir por la puerta a tiempo. Lissa me observaba entretenida, con esa melena rubia platino suya, perfecta y sin un pelo fuera de sitio, por supuesto, que le caía sobre los hombros como si fuese un velo nupcial.

—He dicho que me parece que las pastillas ya no me hacen el mismo efecto que antes.

Me erguí y me sacudí el pelo de la cara.

—¿Qué significa eso? —le pregunté. A nuestro alrededor, los moroi pasaban a toda prisa camino de ver a sus amigos o de cenar—. ¿Has empezado...? —bajé la voz ¿Has empezado a recobrar tus poderes?

Lo negó con la cabeza, y vi un leve brillo de lamento en sus ojos.

—No... Siento la magia más cerca, pero sigo sin poder usarla. La mayor parte de lo que noto últimamente es más de lo otro, ya sabes... de vez en cuando me siento más deprimida. Nada parecido a lo de antes —añadió enseguida al verme la cara. Antes de empezar con las pastillas, los bajones de Lissa podían ser tan profundos que se hacía cortes—. Es sólo que últimamente está ahí un poquito más.

—¿Y qué hay de las otras cosas que solías percibir? ¿Ansiedad? ¿Delirios?

Lissa se rió, no se tomaba nada de aquello tan en serio como yo.

—Suena como si hubieses estado leyendo los libros de texto de psiquiatría.

A decir verdad, los *había* estado leyendo.

—Sólo me preocupo por ti. Si crees que las pastillas ya no te hacen efecto, tenemos que decírselo a alguien.

—No, no —se apresuró a decir—. Estoy bien, de verdad. Sí me funcionan... sólo que no tanto. No creo que deba cundir el pánico aún. Contigo, en especial; no hoy, al menos.

Su cambio de tema funcionó. Una hora antes me había enterado de que me iban a hacer pasar la Calificación ese mismo día. Era un examen —una entrevista, más bien— que todos los novicios guardianes tenían que superar en su tercer año en la Academia St. Vladimir. Dado que me había dedicado a ir por ahí escondiendo a Lissa durante el último año, yo me había perdido la mía. Hoy me llevarían a algún lugar fuera del campus, ante un guardián que me haría el examen. Gracias por la sorpresita, colegas.

—No te preocupes por mí —repitió Lissa sonriente—. Ya te lo contaré si empeora.

—Vale —dije de mala gana.

Sin embargo y sólo para quedarme tranquila, abrí los sentidos y me introduje para sentirla plenamente a través de nuestra conexión psíquica. Me había dicho la verdad. Aquella mañana se encontraba tranquila y feliz, no había nada de lo que preocuparse. Aunque muy en el fondo de su mente percibí un nudo de sentimientos oscuros, de inquietud. No es que la corroyese por dentro ni nada por el estilo, aunque pintaba igual que los brotes depresivos y de ira que ya había sufrido. Era sólo una brizna, pero no me gustaba, no quería aquello por allí ni en pintura. Intenté ahondar más en ella para percibir mejor las emociones y de pronto tuve una extraña sensación que me conmovió. De repente sentí una especie de mareo y salí de golpe de su cabeza. Un pequeño escalofrío me recorrió de arriba abajo.

—¿Estás bien? —me preguntó Lissa con el ceño fruncido—. Parece como si tuvieras náuseas, así, de pronto.

—Sólo... nervios por el examen —mentí. Insegura, me adentré de nuevo a través de nuestro vínculo. La oscuridad había desaparecido por completo. Ni rastro. Puede que al final no pasara nada con las pastillas—. Estoy bien.

Me señaló un reloj.

—No vas a llegar si no te pones ya en movimiento.

—Mierda —maldije. Tenía razón. Le di un abrazo rápido—. ¡Hasta luego!

¡Buena suerte! —gritó.

Crucé el campus a toda prisa y encontré a mi mentor, Dimitri Belikov, esperando junto a un Honda Pilot. Qué aburrido. Supuse que no podía haber

esperado que atravesáramos las carreteras de las sierras de Montana en un Porsche, pero habría estado bien ir en algo que molase más.

—Lo sé, lo sé —dije al verle la cara—. Perdona el retraso.

Me acordé entonces de que se me venía encima uno de los exámenes más importantes de mi vida y de pronto me olvidé de todo lo de Lissa y la posibilidad de que no le hicieran efecto las pastillas. Quería protegerla, pero aquello no iba a servir de mucho si no era capaz de graduarme en el instituto y me convertía de verdad en su guardiana.

Allí estaba Dimitri, con el aspecto tan esplendoroso de siempre. La enorme mole del edificio de ladrillo proyectaba unas sombras alargadas sobre nosotros, como una gran bestia que se abalanzase en la mortecina luz previa al amanecer. A nuestro alrededor, justo estaba empezando a nevar. Observé cómo los copos livianos, cristalinos, se balanceaban con suavidad en su descenso. Algunos aterrizaron en su pelo oscuro y enseguida se derritieron.

—¿Quién más viene? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Sólo vamos tú y yo.

Mi estado anímico se disparó de golpe y pasó de «animado» directamente a «extático». Dimitri y yo. Solos. En un coche. Bien merecía la pena pasar por un examen sorpresa por aquello.

—¿Cuánto tardamos? —en silencio, recé porque fuese un viaje realmente largo, digamos que como de una semana. Y que nos hiciese pasar la noche en hoteles de lujo. Podíamos quedarnos atrapados en la nieve y que sólo nuestro mutuo calor corporal fuera capaz de mantenernos vivos.

—Cinco horas.

—Ya.

Un poco menos de lo que me hubiera gustado. Aun así, cinco horas eran mejor que nada, y tampoco descartaba por completo la posibilidad de quedar atrapados en la nieve.

A los humanos les resultaría difícil transitar por esas carreteras estrechas y nevadas, pero no eran ningún problema para nuestra vista de dhampir. Miré al frente en un esfuerzo por no pensar en cómo la loción de afeitado de Dimitri inundaba el coche con un aroma limpio, intenso, que hacía que me quisiese derretir. Intenté concentrarme de nuevo en el examen de Calificación.

No era de esos exámenes para los que puedes estudiar. O lo superabas o no. Unos gerifaltes de los guardianes venían a ver a los novicios en su tercer año de instituto y se reunían con ellos de forma individual para conversar sobre el compromiso de cada estudiante con el hecho de ser un guardián. Yo no sabía con exactitud qué preguntaban, pero los rumores se habían extendido con el paso de los años. Los guardianes más mayores sopesaban la forma de ser y la dedicación: habían considerado a algunos novicios no aptos para seguir la senda de los guardianes.

—¿No suelen venir ellos a la academia? —pregunté a Dimitri—, Es decir, que yo me pego el viaje encantada, pero ¿por qué somos nosotros los que vamos a verlos a ellos?

—En realidad, vas a verle a *él*, no a *ellos* —un leve acento ruso teñía las palabras de Dimitri, la única pista de dónde había crecido. Por lo demás, yo tenía muy claro que él hablaba mi propio idioma mejor que yo—. Al ser éste un caso especial y ya que él nos está haciendo un favor, somos nosotros los que nos desplazamos.

—¿Quién es?

—Arthur Schoenberg.

Desplacé de golpe la vista del camino a Dimitri.

—¿Qué? —chillé.

Arthur Schoenberg era una leyenda. Se trataba de uno de los más grandes asesinos de strigoi de la historia reciente de los guardianes y había sido presidente del Consejo de Guardianes, el grupo que se encargaba de asignar éstos a los moroi y tomaba todas las decisiones que nos concernían a nosotros. Con el paso del tiempo se retiró y volvió a dedicarse a proteger a una de las familias reales, los Badica. Aun retirado, yo sabía que seguía siendo letal. Sus hazañas formaban parte de mi programa de estudios.

—¿Es que... es que no había nadie más disponible? —le pregunté en voz baja.

Pude darme cuenta de que Dimitri estaba ocultando la sonrisa.

—Te irá bien. Además, si Art te da su aprobación, será una muy buena recomendación en tu curriculum.

Art. Dimitri tenía la suficiente confianza con uno de los guardianes con más mala leche que había como para llamarle por el diminutivo. Por supuesto, el propio Dimitri tenía ya bastante mala leche, así que no sé de qué me sorprendía.

Se hizo un silencio en el coche y me mordí el labio al preguntarme de pronto si sería capaz de superar el listón de las expectativas de Arthur Schoenberg. Mis notas eran buenas, pero había otras cosas como las huidas y las peleas en clase que podían arrojar algunas sombras sobre la seriedad con que yo afrontaba mi futura profesión.

—Te irá bien —repitió Dimitri—. En tu curriculum, lo positivo supera lo negativo.

A veces era como si fuese capaz de leerme el pensamiento. Sonreí un poco y me atreví a echarle un vistazo de reojo. Fue un error. Un cuerpo largo, fibroso, evidente aun estando sentado. Ojos oscuros insondables. Pelo castaño que le llegaba a la altura de los hombros y que llevaba sujeto en la nuca. Aquel cabello era como la seda, lo sé porque lo había recorrido con los dedos cuando Víctor Dashkov nos atrapó con su hechizo de lujuria. Haciendo gala de un gran autocontrol, me obligué a recobrar la respiración y desviar la mirada.

—Gracias, señor entrenador —bromeé, acurrucándome en el asiento.

—Para eso estamos —respondió. Sonaba animado, con una voz relajada, algo raro en él. Solía estar a la defensiva, listo para cualquier posible ataque. Es probable que se creyera a salvo dentro de un Honda, o al menos tan a salvo como podía estar conmigo cerca, a ver si iba a ser yo aquí la única a la que le costase pasar de la tensión romántica entre nosotros, ¿no?

—¿Sabes para qué podías estar de verdad? —le pregunté sin mirarle a los ojos.

—¿Mmm?

—Pues para quitar esa basura de música y poner algo que haya salido después de la caída del muro de Berlín.

Dimitri se rió.

—Tu peor asignatura es la historia, y nadie sabe cómo, pero eres una experta en la Europa del Este.

—¿Qué pasa? Que yo me curro mis coñas, camarada.

Con la sonrisa todavía puesta, cambió el dial de la radio. A una emisora de country.

—¡Tío! Que no me refería a esto —exclamé.

Habría jurado que estaba a punto de volver a reírse.

—Elige. O la una o la otra.

Suspiré.

—Vuelve al rollo ochentero.

Cambió el dial y yo me crucé de brazos mientras un grupo que sonaba a europeo cantaba no sé qué del vídeo que mató a la estrella de la radio. Ojalá que alguien se hubiese cargado a ésta.

De pronto, cinco horas no me parecieron tan cortas como había pensado.

Arthur y la familia a la que protegía vivían en un pueblo por la I-90, no muy lejos de Billings. En lo referente a los sitios donde vivir, la opinión general de los moroi se encontraba dividida. Algunos argumentaban que lo mejor eran las grandes ciudades porque permitían a los vampiros perderse entre la multitud; las actividades nocturnas no llamaban mucho la atención. Otros moroi como esta familia, al parecer, optaban por lugares menos poblados al creer que, cuanta menos gente hubiese para fijarse en uno, menos probabilidades había de que alguien lo hiciera.

Había convencido a Dimitri para que parásemos a comer algo en un restaurante de carretera abierto toda la noche, y entre eso y la parada para echar gasolina, cuando llegamos eran casi las doce de la mañana. La casa estaba construida al estilo de un rancho, de una sola planta, con paredes de madera pintada de gris y ventanas en saliente, tintadas para detener la luz del sol, por supuesto. Parecía nueva y cara, e incluso allí, en medio de la nada, se aproximaba a lo que yo me imaginaba para los miembros de una familia real.

Bajé del Pilot de un salto y clavé las botas en el par de centímetros de nieve intacta en el suelo hasta llegar a la gravilla del paseo de entrada. Era un día sin viento, silencioso, excepto por alguna brisa ocasional. Dimitri y yo subimos andando hasta la casa por un paseo de piedras que atravesaba el jardín delantero. Pude notar cómo se iba metiendo en su pose del curro, pero su actitud general era tan animosa como la mía. Los dos sentíamos una especie de satisfacción culpable por el agradable viaje en coche.

Se me fue el pie sobre el hielo que cubría el paseo y Dimitri alargó un brazo para sujetarme. Tuve un extraño momento de *déjá vu*, como si una visión me llevase de vuelta a la primera noche en que le vi, cuando me salvó de una caída similar. Con temperaturas gélidas o sin ellas, sentí su mano cálida al agarrarme el brazo, incluso a través de la capa de plumas de mi anorak.

—¿Estás bien? —me soltó, para mi desgracia.

—Claro —dije al tiempo que lanzaba miradas acusadoras al camino helado—. ¿Es que esta gente nunca ha oído hablar de la sal?

Lo decía en broma, pero Dimitri se detuvo de pronto y yo hice lo mismo al instante. Su expresión se tornó tensa y alerta, volvió la cabeza y sus ojos rastrearon las amplias llanuras blancas que nos rodeaban antes de posarse de nuevo sobre la casa. Quería preguntarle, sin embargo algo en su postura me dijo que permaneciese en silencio. Estudió el edificio durante casi un minuto entero, bajó la mirada al paseo helado, volvió a mirar al camino por donde habíamos entrado, cubierto por una capa de nieve estropeada sólo por nuestras huellas.

Se acercó precavido a la puerta principal y yo le seguí. De nuevo se detuvo, esta vez para estudiar la puerta. No es que estuviese abierta, pero tampoco estaba completamente cerrada. Tenía el aspecto de que la hubieran cerrado con prisas, sin encajarla, y había marcas de rozaduras a lo largo del borde de la puerta, como si la hubiesen forzado en algún sitio. El más leve toque la abriría. El aliento de Dimitri formaba pequeñas nubes de vaho mientras él recorría con los dedos la zona donde la hoja tocaba con el marco. Al rozar el pomo, éste se movió con un poco de holgura, como si lo hubieran roto.

Por fin, me dijo en voz baja:

—Rose, ve y espera en el coche.

—Pero qu...

—Ve.

Una sola palabra, aunque cargada de autoridad. Ese simple monosílabo sirvió para recordarme el hombre al que yo había visto tumbar a quien se le acercase y atravesar con una estaca a un strigoi. Retrocedí pisando en el césped cubierto de nieve en lugar de arriesgarme con el paseo. Dimitri permaneció clavado donde estaba, sin moverse hasta que yo me metí en el coche y cerré la puerta con tanto cuidado como pude. A continuación, con el movimiento más suave, empujó la puerta apenas sujeta y desapareció en el interior.

Yo, que ardía de curiosidad, conté hasta diez y volví a salir del coche.

Tenía muy claro que no iba a ir detrás de él, pero tenía que enterarme de lo que pasaba en aquella casa. Lo descuidado del paseo y el camino de la entrada indicaba que allí no había habido nadie en un par de días, aunque también podía ser que los Badica simplemente no saliesen nunca de casa. Era posible, supuse, que hubieran sido víctimas de un robo común y

corriente por parte de humanos, pero también podía ser que algo los hubiese asustado, como unos strigoi, digamos. Yo sabía que era esa posibilidad lo que había provocado que a Dimitri se le pusiese la cara tan seria, aunque parecía una situación poco probable con Arthur Schoenberg de servicio.

De pie en el camino de entrada, elevé la vista al cielo. La luz era gris y neblinosa, pero estaba ahí. Mediodía. El punto más alto del sol en aquel día, y los strigoi no podían exponerse a aquella luz. No tenía ninguna necesidad de temerlos a ellos, sólo al enfado de Dimitri.

Empecé a rodear el edificio por la derecha, caminando entonces por una nieve mucho más profunda, casi treinta centímetros. En la casa no había ninguna otra cosa que me llamase la atención: carámbanos de hielo colgando de los aleros y ventanas tintadas que no dejaban ningún secreto a la vista. De pronto mi pie tropezó con algo y bajé la mirada. Allí, medio enterrada en la nieve, había una estaca de plata clavada en la tierra. La cogí y le quité la nieve con el gesto torcido: ¿qué hacía allí una estaca? Eran valiosas, el arma más letal de un guardián, capaces de matar a un strigoi de un solo viaje en el corazón. En el momento de su forja, cuatro moroi las hechizaban con la magia de cada uno de los cuatro elementos. Yo no había.1 prendido aún a usarlas, pero al tener una bien sujeta en la mano, me sentí de repente más segura y continué mi reconocimiento.

En la parte de atrás de la casa había una gran puerta acrisolada y, delante, una terraza de madera en la que se debía de estar de lujo en verano. Sin embargo, alguien había roto los cristales de la puerta de forma que cabía una persona sin dificultad por el agujero lleno de picos. Ascendí con sigilo por las escaleras de la terraza, cuidándome del hielo, consciente de que iba a encontrarme metida en un lío de categoría cuando Dimitri se enterase de lo que estaba haciendo. A pesar del frío, los goterones de sudor me caían por el cuello.

«Es de día, es de día», me recordaba yo. Nada de lo que preocuparse.

Llegué al patio y estudié el cristal oscuro. No podía decir con seguridad qué lo había roto. Dentro, allí mismo, el viento había hecho que la nieve se colase y formara una pequeña alfombra de color azul pálido. Tiré del pomo de la puerta, pero estaba cerrada; nada que fuese especialmente grave con aquel agujero tan grande. Con cuidado por los bordes afilados, metí la mano por la abertura y liberé el pestillo desde el interior. Retiré la mano con el mismo cuidado y tiré de la puerta corredera para abrirla; ésta hizo un leve siseo sobre sus rieles, un sonido apenas

perceptible que, no obstante, me pareció demasiado ruidoso en aquel silencio tan siniestro.

Crucé la entrada y me mantuve en la senda que la luz del sol proyectaba dentro a través de la puerta abierta. Mis ojos se acostumbraron a la penumbra del interior. El viento entraba por la puerta y hacía bailar las cortinas a mi alrededor. Me encontraba en un salón que tenía todo lo que cabe esperar en un sitio así: sofás, una tele, una mecedora.

Y un cuerpo.

Era una mujer. Estaba tumbada en el suelo, boca arriba enfrente de la tele, con el pelo oscuro desordenado y disperso a su alrededor. Tenía los ojos abiertos, la mirada perdida hacia el techo y la cara muy pálida, demasiado pálida incluso para un moroi. Por un momento creí que el pelo también le cubría el cuello, hasta que me di cuenta de que el color oscuro sobre su piel era sangre: sangre seca. Le habían desgarrado la garganta.

Aquella escena terrible resultaba tan surrealista que al principio ni siquiera fui consciente de lo que estaba viendo. En esa postura, la mujer bien podría estar dormida. Entonces me percaté del otro cuerpo, un hombre, junto a ella, a poco más de medio metro y con una mancha de sangre a su alrededor, sobre la alfombra. Había otro cuerpo tirado junto al sofá, de la estatura de un niño; y otro más al otro lado de la habitación. Y otro. Había cadáveres por todas partes, cadáveres y sangre.

De pronto se reveló la verdadera proporción de la muerte que me rodeaba y el corazón me empezó a latir con fuerza. No, no; aquello no era posible, era de día. De día no podía pasar nada malo. En mi garganta comenzaba a formarse un grito cuando, de repente, una mano enguantada surgió detrás de mí y me tapó la boca. Intenté revolverme y entonces olí la loción de Dimitri.

—¿Por qué nunca haces caso? —me preguntó—. Si *ellos* estuvieran aún por aquí, ya estarías muerta.

No pude responder, tanto por la mano que me tapaba la boca como por mi propia impresión. Ya había visto morir a alguien, una vez, pero nunca había visto un escenario de muerte de esa magnitud. Después de casi un minuto, Dimitri retiró por fin la mano, aunque permaneció a mi espalda. Yo no quería seguir mirando, pero parecía incapaz de apartar los ojos de la escena que tenía ante mí. Cadáveres por todas partes, cadáveres y sangre.

Finalmente, me giré hacia él.

—Es de día —susurré—. De día nunca pasa nada malo oí la desesperación de mi voz, una cría suplicando que alguien le dijese que todo aquello había sido una pesadilla.

—En cualquier momento puede pasar algo malo me dijo—, y esto no ocurrió de día. Es probable que pasase hace un par de noches.

Me atreví a volver a echar un vistazo a los cuerpos y sentí que se me revolvía el estómago. Dos días. Que pasen dos días desde tu muerte, desde que acabaron con tu existencia, sin que nadie en este mundo se haya dado cuenta siquiera de que te has ido. Mi mirada se detuvo en el cuerpo de un hombre; se hallaba cerca de la puerta de la habitación que daba a un pasillo. Era alto, demasiado musculado para ser un moroi. Dimitri debió de advertir dónde miraba.

—Arthur Schoenberg —dijo.

Me quedé mirando fijamente la garganta ensangrentada de Arthur.

—Está muerto —dije, como si aquello no fuese de lo más obvio—. ¿Cómo es posible que esté muerto? ¿Cómo puede un strigoi matar a Arthur Schoenberg? —no parecía una opción. No se podía matar a una leyenda.

Dimitri no respondió, sin embargo, su mano descendió y se cerró en torno a la mía, la que se aferraba a la estaca. Me estremecí.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó. Aflojé la mano y le dejé coger la estaca.

—De ahí fuera, estaba clavada en el suelo.

La sostuvo en alto y examinó su superficie, que brillaba a la luz del sol.

—Esto rompió la defensa.

Mi cabeza, aún aturdida, se tomó un instante para procesar lo que acababa de decir. Entonces caí. Las defensas eran anillos mágicos que proyectaban los moroi. Igual que las estacas, se generaban por medio de la magia de los cuatro elementos, y requerían moroi con un gran dominio de la magia, a menudo dos por cada elemento. Las defensas podían detener a los strigoi porque la magia estaba cargada de vida, justo lo que no tenían ellos, pero las defensas se debilitaban con rapidez y requerían mucha atención. La mayoría de los moroi no las usaban aunque ciertos lugares las mantenían. La Academia St. Vladimir estaba rodeada por varias de ellas.

Allí había habido una defensa, pero se había hecho añicos cuando alguien la atravesó con una estaca. Ambas magias entraron en conflicto; venció la estaca.

—Los strigoi no pueden tocar las estacas —le dije. Me di cuenta de la cantidad de afirmaciones que estaba haciendo con *nunca* y *no poder.* No resultaba fácil ver cómo quedaban en entredicho las creencias fundamentales de una—. Y ningún moroi o dhampir lo haría.

Un humano podría.

Le miré a los ojos.

Los humanos nunca ayudarían a los strigoi —me detuve Ahí estaba otra vez, *nunca,* pero no podía evitarlo. Lo único con lo que podíamos contar en nuestra lucha contra los strigoi eran sus limitaciones: el sol, las defensas, la magia de las estacas, etcétera. Utilizábamos sus debilidades contra ellos, y si ellos contaban con otros, con humanos, que los ayudasen y no estuviesen sujetos a esas limitaciones...

El gesto del rostro de Dimitri era serio, si bien preparado para cualquier cosa, pero con una levísima chispa de compasión en sus ojos oscuros mientras me observaba librar mi batalla mental.

—Esto lo cambia todo, ¿verdad? —le pregunté.

—Sí —replicó—, así es.

Capítulo 2

Dimitri hizo una llamada de teléfono y apareció todo un equipo de agentes especiales.

En realidad, les costó dos horas llegar y cada minuto de espera fue como si hubiese pasado un año. Finalmente, no pude aguantarlo más y me volví al coche. Dimitri examinó la casa en mayor profundidad y después vino a sentarse conmigo: ninguno de los dos abrió la boca mientras esperábamos. A mí se me pasaba por la cabeza una y otra vez una sucesión de las espeluznantes instantáneas del interior de la casa, me sentía sola y asustada y deseaba que él me abrazase o me consolase de algún modo.

Al instante me reprendí por desear aquello. Me recordé por milésima vez que él era mi instructor y que no pintaba nada abrazándome, cualquiera que fuese la situación. Además, yo quería ser fuerte, no tenía ninguna necesidad de ir corriendo a cualquier tío cada vez que las cosas se pusieran feas.

Cuando apareció el primer grupo de guardianes, Dimitri abrió la puerta del coche y me miró:

—Deberías ver cómo se hace esto.

A decir verdad, yo no quería ver nada más en aquella casa, pero le seguí de todas formas. Para mí, aquellos guardianes eran unos completos extraños, sin embargo Dimitri los conocía, siempre parecía conocer a todo el mundo. El grupo se sorprendió al ver a una novicia en la escena del crimen, aunque ninguno de ellos protestó por mi presencia.

Fui tras sus pasos mientras examinaban la casa. Pese a que se arrodillaron junto a los cuerpos y estudiaron las manchas de sangre y las ventanas rotas, ninguno tocó nada. En apariencia, los strigoi habían entrado en la casa por más sitios aparte de la puerta principal y la cristalera corrediza trasera.

Los guardianes hablaban en un tono brusco, sin rastro alguno de la repulsa que yo sentía. Parecían máquinas. Uno de ellos, la única mujer del grupo, se puso en cuclillas junto a Arthur Schoenberg. Me intrigó, ya que las guardianas escaseaban; había oído a Dimitri llamarla Tamara, y parecía

rondar los veinticinco años. El pelo negro apenas le llegaba por los hombros, algo común en las guardianas.

La tristeza se asomó levemente a sus ojos grises cuando estudió el rostro del guardián muerto.

—Oh, Arthur —suspiró. Al igual que Dimitri, conseguía transmitir un centenar de cosas con un simple par de palabras—, Nunca pensé que llegaría a ver este día. El fue mi mentor —con otro suspiro, Tamara se levantó.

Una vez más, la expresión en su rostro se volvió impersonal, como si el hombre que la había entrenado no se hallase allí tirado delante de ella. Yo no me lo podía creer, él había sido su *mentor.* ¿Cómo era capaz de mantener ese tipo de control? Por una décima de segundo, me imaginé a Dimitri muerto en el suelo en su lugar. No. De ninguna manera habría mantenido yo la calma de haber estado en su pellejo. Yo habría montado una escena, habría chillado y le habría dado patadas a las cosas; le habría atizado a cualquiera que hubiese intentado decirme que todo iba bien.

Por suerte, no creía que alguien fuese realmente capaz de acabar con Dimitri; le había visto matar a un strigoi sin despeinarse. El era invencible. La leche. Un dios.

Claro, Arthur Schoenberg también lo había sido.

—¿Cómo han podido hacer eso? —solté. Seis pares de ojos se volvieron hacia mí. Yo me esperaba una mirada de reprimenda por parte de Dimitri ante mi arranque, pero él sólo parecía tener curiosidad—, ¿Cómo han podido matarle *a él?*

Tamara se encogió ligeramente de hombros, conservando aún la compostura en el rostro.

—Del mismo modo en que matan a cualquier otro. Era mortal, igual que el resto de nosotros.

—Ya, pero se trata de... bueno, ya sabes, Arthur Schoenberg.

—Cuéntanoslo tú, Rose —dijo Dimitri—. Has visto la casa, cuéntanos cómo lo han hecho.

Conforme todos me observaban, me di cuenta de repente de que al final sí que iba a hacer un examen aquel día. Pensé en todo lo que había visto y oído, tragué saliva e intenté deducir cómo lo imposible se había hecho posible.

—Hubo cuatro puntos de acceso, lo cual implica al menos cuatro strigoi. Había siete moroi... —la familia que vivía allí tenía invitados, lo

cual hizo aún mayor la masacre. Tres de las víctimas eran niños— y tres guardianes. Demasiadas muertes. Cuatro strigoi no pudieron acabar con tanta gente. Es probable que seis hubieran podido de haber ido en primer lugar a por los guardianes y haberlos pillado por sorpresa. La familia habría estado muy aterrorizada como para defenderse.

—¿Y cómo pillaron a los guardianes por sorpresa? —me dio pie Dimitri.

Yo vacilé. Los guardianes, por regla general, no caían por sorpresa.

Porque se habían roto las defensas. En una casa sin defensas, es probable que hubiera habido un guardián de ronda por el patio durante la noche, pero aquí no habrían hecho eso.

Esperé la siguiente pregunta obvia sobre cómo habían rolo las defensas, aunque Dimitri no la hizo. No hacía falta, todos lo sabíamos; todos habíamos visto la estaca. De nuevo, un escalofrío me recorrió la espalda. Humanos colaborando con strigoi, un gran grupo de strigoi.

Dimitri se limitó a asentir en señal de aprobación, y la tropa prosiguió con su investigación. Cuando llegamos al cuarto de baño, comencé a apartar la vista. Yo ya había visto antes aquella habitación, con Dimitri, y no me apetecía nada repetir la experiencia. Allí había un hombre muerto, y su sangre seca destacaba en marcado contraste con los azulejos blancos. Además, dado que aquel cuarto de baño era más interior, no hacía tanto frío como en la zona de la cristalera rota. No había conservación. El cadáver aún no olía mal, para ser exactos, pero tampoco olía bien.

Sin embargo, conforme empezaba a darme la vuelta, vi de reojo algo de color rojo oscuro —más bien marrón, en realidad— en el espejo. No había caído antes en aquello porque el resto de la escena había acaparado toda mi atención. En el espejo había algo escrito, con sangre.

Pobres Badica, pobres. Que pocos quedan. Una familia real casi extinguida. Otros irán detrás.

Tamara soltó un resoplido de asco y se apartó del espejo para analizar otros detalles del cuarto de baño. Mientras salíamos, no obstante, aquellas palabras se repetían en mi cabeza. «Una familia real casi extinguida. Otros irán detrás».

Los Badica eran uno de los clanes reales más reducidos, eso era cierto, pero no es que los miembros a los que habían asesinado allí fuesen los últimos ni nada por el estilo. Es probable que aún quedasen unos doscientos Badica. No eran tantos como en otras familias. Digamos, los Ivashkov, por

ejemplo. Esa familia real en particular era enorme y muy extendida, pero de todas formas había muchos más de los Badica que de algunas otras familias reales.

Como los Dragomir.

Lissa era la única que quedaba.

Si los strigoi querían acabar con los linajes reales, no había otra opción mejor que ir a por ella. La sangre moroi fortalecía a los strigoi, así que comprendí el deseo que sentían por ella y supuse que el hecho de establecer de manera específica a miembros de las familias reales como sus blancos era simplemente parte de su naturaleza cruel y sádica. Resultaba irónico que los strigoi deseasen destruir la sociedad moroi, ya que muchos de ellos formaban antes parte de ella.

El espejo y su advertencia me tuvieron absorta durante el resto de nuestra estancia en la casa, y me encontré con que el temor y la impresión se iban transformando en ira. ¿Cómo habían podido hacer aquello? ¿Cómo podía ser cualquier criatura tan perversa y retorcida como para hacerle eso a una familia, para querer aniquilar a todo un linaje? ¿Cómo podía cualquier criatura hacerlo cuando antes habían sido como Lissa y como yo?

Y al pensar en Lissa —pensar en el deseo de los strigoi de aniquilar también a su familia—, se fue generando en mi interior una profunda ira. La intensidad de aquella emoción casi me tumba. Se trataba de algo oscuro y mucoso, que se hinchaba y me revolvía; una nube tormentosa a punto de estallar. De repente quise despedazar a todo strigoi al que le echase el guante.

Cuando finalmente me metí en el coche para volver a St. Vladimir con Dimitri, pegué tal golpe al cerrar la puerta, que 110 la arranqué de milagro.

Me miró sorprendido.

—¿Qué te pasa?

—¿Lo dices en serio? —exclamé, incrédula—. Pero ¿cómo me puedes preguntar eso? Estabas ahí. Lo has visto.

—Así es —reconoció—, Pero yo no lo pago con el coche.

Me abroché el cinturón de seguridad y se me puso cara de cabreo.

—¡Los odio! ¡Los odio a todos! Ojalá *yo* hubiera estado allí. ¡Les habría arrancado *a ellos* la garganta!

Casi estaba gritando. Dimitri me miró fijamente, con una expresión de calma en el rostro, aunque estaba claro que mi arrebato le había sorprendido.

—¿De verdad piensas eso? —me preguntó—. ¿Piensas que podías haberlo hecho mejor que Arthur Schoenberg después de ver lo que hicieron ahí los strigoi? ¿Después de haber visto lo que Natalie te hizo a ti?

Me desinfle. Había tenido un breve forcejeo con la prima de Lissa, Natalie, cuando ésta se convirtió en strigoi, justo antes de que Dimitri apareciese para salvarme el pellejo. A pesar de ser una strigoi tan reciente —débil y descoordinada—, me mandó literalmente volando al otro lado de la habitación.

Cerré los ojos y respiré hondo. De pronto me sentí estúpida. Había visto lo que era capaz de hacer un strigoi. El que yo hubiese ido corriendo impetuosa en plan salvador habría tenido como único resultado una muerte rápida. Me estaba convirtiendo en una guardiana dura, pero aún me quedaba mucho por aprender, y una chica de diecisiete años no le habría plantado cara a seis strigoi.

Abrí los ojos.

—Lo siento —dije, recobrando el autocontrol. La ira que había explotado en mi interior se difuminó. No sabía de dónde provenía. Yo acostumbraba a saltar a la primera y actuar de forma impulsiva, pero aquello había sido intenso y violento incluso para mí. Qué raro.

—Está bien —dijo Dimitri. Alargó el brazo y puso su mano sobre la mía unos instantes. Luego la retiró y arrancó el coche—. Ha sido un día muy largo. Para todos nosotros.

Cuando llegamos de vuelta a la Academia St. Vladimir, hacia medianoche, todo el mundo sabía ya lo de la masacre. La jornada escolar de los vampiros acababa de finalizar y yo no había dormido en más de veinticuatro horas. Tenía cara de sueño y estaba espesa, y Dimitri me ordenó que me fuera de inmediato a mi cuarto y me echase a dormir. El, por supuesto, parecía alerta y preparado para encargarse de cualquier cosa. A veces no estaba realmente segura de que él siquiera durmiese. Se dirigió al exterior a comentar el ataque con otros guardianes, y yo le prometí que me iría directa a la cama En cambio, me di la vuelta camino de la biblioteca en cuanto le perdí de vista. Necesitaba ver a Lissa, y el vínculo me decía que era allí donde se encontraba.

Estaba oscuro como la boca del lobo mientras cruzaba el camino de piedra que atravesaba el patio interior desde mi «ii.uto al edificio principal de secundaria. La nieve cubría la hierba por completo, pero habían limpiado

el paseo de hielo y nieve de manera meticulosa. Me recordó el hogar abandonado de los pobres Badica.

El edificio compartido era grande y tenía aspecto gótico, más propio como decorado de una película medieval que como instituto. El interior rezumaba ese aire de misterio e historia antigua: complejos muros de piedra y cuadros que eran verdaderas antigüedades en una dura competencia con ordenadores y tubos fluorescentes. La tecnología moderna se había hecho un hueco allí, pero nunca llegaría a dominar.

Me colé por el arco de seguridad de la biblioteca y fui directa a una de las esquinas del fondo, donde tenían los ejemplares de geografía y de viajes. Efectivamente, allí encontré a Lissa sentada en el suelo, apoyada contra una estantería de libros.

—Eh —dijo al levantar la vista de uno que tenía abierto sobre una rodilla, y se apartó de la cara unos mechones de pelo claro. Su novio, Christian, estaba tumbado junto a ella, con la cabeza recostada en su otra rodilla, y me saludó con un gesto de asentimiento. Teniendo en cuenta el antagonismo que había estallado a veces entre nosotros dos, aquello era para él casi el equivalente de un abrazo enorme. A pesar de la leve sonrisa de ella, yo podía sentir la tensión y el temor en su interior; se transmitía a través del vínculo.

—Te has enterado —dije al tiempo que me sentaba con las piernas cruzadas.

Su sonrisa se desvaneció y los sentimientos de temor e inquietud se intensificaron en ella. Me gustaba que nuestra conexión psíquica me permitiese protegerla mejor, pero, la verdad, no me hacía ninguna falta ver amplificadas mis propias preocupaciones.

—Es horrible —dijo con un escalofrío. Christian cambió de postura, entrelazó sus dedos con los de ella y le apretó la mano. Lissa le devolvió el apretón. Estos dos estaban tan enamorados y tan acaramelados el uno con el otro que yo sentía la necesidad de ir a lavarme los dientes después de estar con ellos. Sin embargo, en ese momento se mostraban más moderados gracias, sin duda, a las noticias de la masacre—. Dicen... dicen que entraron seis o siete strigoi. Y que unos humanos los ayudaron a romper las defensas.

Eché la cabeza hacia atrás y la apoyé en un estante. Las noticias habían volado, ya te digo. De pronto me sentí mareada.

—Es cierto.

—¿En serio? —preguntó Christian—, Creía que era un montón de paranoias superexageradas.

—No... —entonces me di cuenta de que nadie sabía dónde había estado yo aquel día—. Yo... yo vengo de allí.

A Lissa se le abrieron los ojos como platos y percibí la sensación de impacto en ella. Incluso Christian —la viva imagen del típico listillo— parecía serio. De no haber sido por lo terrible de todo aquello, habría disfrutado pillándolo desprevenido.

—Estás de coña —dijo con voz insegura.

—Pensaba que ibas a presentarte a tu Calificación... —fueron apagándose las palabras de Lissa.

—Eso es lo que se suponía —dije—. Fue un rollo de esos. Ir estar en el sitio equivocado en un momento inoportuno. El guardián que iba a hacerme el test vivía allí. Dimitri y yo entramos y...

No pude acabar. Mi mente volvió a revivir la sucesión de imágenes de sangre y muerte que había por toda la casa de los Badica. La preocupación cruzó tanto el rostro de Lissa como el vínculo.

—Rose, ¿estás bien? —me preguntó en voz baja.

—Lissa era mi mejor amiga, pero no quería que ella supiese cuanto me había asustado y enfadado todo aquello. Quería ser llura.

—Genial —dije, apretando los dientes.

—¿Cómo estaba todo? —preguntó Christian con un tono lleno de curiosidad, aunque también con algo de culpabilidad, como si fuese consciente de que no era correcto querer detalles de algo tan horrible. No obstante, no pudo evitar preguntarlo. La falta de control sobre nuestros impulsos era algo que ambos teníamos en común.

—Estaba... —hice un gesto negativo con la cabeza—. No quiero hablar de esto.

Christian empezó a quejarse y Lissa le pasó una mano por el pelo negro, lacio y brillante. La reprimenda cariñosa le acalló y se produjo un silencio incómodo entre los tres. Al leer la mente de Lissa, sentí que intentaba dar a la desesperada con un nuevo tema de conversación.

—Dicen que esto se va a cargar todas las visitas de las vacaciones —me dijo unos instantes después—. Va a venir la tía de Christian, pero la mayoría de la gente no quiere viajar y prefieren que sus hijos se queden aquí, donde están seguros. Les aterroriza que ese grupo de strigoi se desplace.

Yo no había pensado en las ramificaciones de un ataque como éste. Sólo faltaba una semana, más o menos, para las navidades, y en esta época del año tenían lugar una cantidad tremenda de desplazamientos en el mundo de los moroi. Los estudiantes iban a casa a ver a sus padres; los padres venían a quedarse en el campus para ver a sus hijos.

—Esto va a mantener separadas a un montón de familias —murmuré.

—Y va a cargarse muchas reuniones de la realeza —dijo Christian. Su efímera seriedad se había desvanecido, había recuperado su aire insidioso —. Ya sabéis cómo se ponen en esta época del año: siempre compitiendo los unos con los otros para ver quién da la mayor fiesta. Estarán subiéndose por las paredes.

Y yo me lo creía. Mi vida se hallaba unida al combate, pero los moroi cargaban con su ración de luchas intestinas, en particular entre los nobles y miembros de la realeza. Libraban sus propias batallas verbales y con alianzas políticas y, para ser sincera, yo prefería el método más directo de los puñetazos y las patadas. Lissa y Christian, en especial, habían de surcar ciertos mares procelosos: ambos pertenecían a familias reales, lo que significaba que eran un gran foco de atención tanto dentro como fuera de la academia.

Las cosas eran peores para ellos que para la mayoría de los miembros de la realeza moroi. La familia de Christian vivía bajo la alargada sombra de sus padres, que se habían convertido a propósito en strigoi y habían cambiado su magia y su moralidad por ser inmortales y subsistir a base de matar. Sus padres ya habían muerto, pero eso no evitaba que la gente siguiese desconfiando de él. Parecían pensar que se convertiría en strigoi en cualquier momento y que se llevaría consigo a quien pillase. Tampoco se puede decir que su corrosión y su negro sentido del humor ayudaran mucho a cambiar las cosas, la verdad.

La atención que recibía Lissa provenía del hecho de ser la única que quedaba en su familia. Ningún otro moroi tenía la suficiente sangre Dragomir en sus venas como para merecerse el apellido. Es probable que su futuro marido la tuviese en algún lugar de su árbol genealógico para asegurarse de que sus hijos fueran Dragomir, aunque por el momento, ser la única la convertía en una especie de personaje famoso.

El pensar en aquello me recordó de pronto la advertencia garabateada en el espejo. Me dio náuseas. Aquella ira y desesperación oscuras me revolvieron el estómago, pero aparté la sensación con una broma.

—Vosotros lo que deberíais hacer es probar a solucionar vuestros problemas como nosotros. Una pelea a puñetazo limpio de vez en cuando os sentaría de miedo a los señoritos de la realeza.

Tanto Lissa como Christian se rieron con aquello. El levantó la vista hacia ella con una sonrisa traviesa que mostraba sus colmillos.

—¿Qué te parece? Apuesto a que te gano en un uno contra uno.

—Qué mas quisieras —rió ella. Sus pensamientos atormentados se aliviaron.

—Quiero, en realidad —contestó él manteniéndole la mirada.

Había una intensa nota de sensualidad en su voz que hizo que a Lissa se le acelerara el corazón. Y para mí, un chute de celos. Durante toda nuestra vida, ella había sido mi mejor amiga y yo la suya, yo podía leerle la mente; pero el hecho permanecía inalterado: Christian era entonces una parte gigantesca de su vida y desempeñaba un papel que yo jamás llevaría a cabo, del mismo modo que él nunca participaría de la conexión que existía entre nosotras dos. Era como si, aunque no nos gustase, los dos aceptásemos el hecho de que debíamos dividirnos su atención y a veces parecía que la tregua que manteníamos por el bien de ella era tan fina como el papel de fumar.

Lissa le acarició la mejilla.

—Compórtate.

—Lo hago —dijo él con un tono aún atrevido—. Algunas veces; pero otras eres tú quien no quiere que me...

Me levanté del suelo con un gruñido.

—Dios. Me parece que os voy a dejar solitos ahora mismo, chicos.

Lissa pestañeó y apartó la vista de Christian con aspecto de sentirse repentinamente avergonzada.

—Lo siento —murmuró. Por sus mejillas se extendió un delicado rubor rosáceo. Al ser de una piel tan pálida, como todos los moroi, fue como si aquello la hiciese parecer más guapa. Y no es que necesitase ayuda precisamente en ese aspecto—. No hace falta que te vayas...

—No, está bien. Es que estoy agotada —le dije para tranquilizarla. No dio la impresión de que a Christian le molestase demasiado verme marchar —. Te veo mañana.

Comencé a alejarme, pero Lissa me gritó:

—Rose, ¿estás...? ¿Seguro que estás bien? ¿Después de todo lo que ha pasado?

La miré a los ojos de color verde jade. Su preocupación era tan profunda que hacía que me doliese el pecho. Yo podía encontrarme más cerca de ella que nadie en el mundo, pero no quería que fuese ella quien se preocupase por mí. Era mi trabajo mantenerla a salvo, ella no debía preocuparse por protegerme a mí, en especial si un grupo de strigoi había decidido de pronto hacerse una lista de objetivos de la realeza.

Le puse a Lissa una sonrisa picarona.

—Estoy bien. Nada de lo que preocuparse excepto que vosotros dos os arranquéis la ropa antes de que me dé tiempo a pirarme.

—Entonces es mejor que te pires ya —dijo Christian con sequedad.

Lissa le dio un codazo y yo puse los ojos en blanco.

—Buenas noches les dije.

Se me borró la sonrisa en cuanto les di la espalda. Volví a mi cuarto dando un paseo, apesadumbrada, con la esperanza de no soñar con los Badica esa noche.

Capítulo 3

Había mucho jaleo en el vestíbulo de mi dormitorio cuando bajé a toda prisa las escaleras camino de mis prácticas de antes de clase. El bullicio no me sorprendió. Una noche de buen sueño había bastado para ahuyentar las imágenes del día anterior, pero sabía que ni a mis compañeros ni a mí nos resultaría sencillo olvidar lo que había ocurrido a las afueras de Billings.

Y aun así, percibí algo raro al estudiar los rostros y los grupos de los demás novicios. Todavía se respiraban el temor y la tensión del día antes, sin ninguna duda, pero había también algo nuevo: emoción. Una pareja de novicios de primer año casi chillaba de alegría mientras hablaba en susurros. Cerca de ellos, un grupo de tíos de mi edad hacía gestos exagerados con sonrisas de entusiasmo pintadas en la cara.

Debía de estar perdiéndome algo de lo que estaba sucediendo allí, a menos que todo lo del día anterior hubiese sido un sueño. Tuve que hacer uso de todo mi autocontrol para no acercarme a preguntarle a alguien qué era lo que pasaba, si me entretenía llegaría tarde a las prácticas, aunque la curiosidad me mataba. ¿Habrían encontrado y matado a los strigoi y a sus humanos? Aquello serían buenas noticias, sin duda, pero algo me decía que no era ése el caso. Empujé y abrí las puertas de la entrada principal mientras me lamentaba por tener que esperar hasta el desayuno para enterarme.

—No huyas, Ha-tha-way, cobardica —me llamó una voz canturreando.

Miré a mi espalda y sonreí. Mason Ashford, otro novicio y uno de mis mejores amigos, aceleró el paso y se puso a mi altura.

—¿Qué edad tienes, tío, doce años? —le pregunté sin dejar de avanzar en dirección al gimnasio.

—Casi —dijo él—. Ayer eché de menos tu sonriente rostro. ¿Dónde estuviste?

Al parecer, mi presencia en la casa de los Badica no era aún de dominio público. No es que fuese un secreto ni nada por el estilo, pero no me apetecía andar contando detalles en plan gore.

—Tuve un rollo de esos de preparación con Dimitri.

—Dios —masculló Mason—. Ese tío siempre está haciéndote currar. ¿No se da cuenta de que nos priva de tu belleza y tu encanto?

—¿Sonriente rostro? ¿Belleza y encanto? Estás exagerando un pelín esta mañana, ¿no crees? —me reí yo.

—Qué pasa, yo sólo digo las cosas como son. En serio, eres afortunada al tener cerca de ti a alguien tan meloso y brillante como yo que te preste tanta atención.

Seguí sonriendo. A Mason le iba mucho el tonteo; y le encantaba tontear conmigo en particular, en parte porque a mí se me daba bien y me gustaba seguirle el rollo, aunque yo sabía que sus sentimientos hacia mí iban más allá de la amistad.

Y aún tenía que decidir cómo me sentía con aquello. Los dos teníamos el mismo sentido del humor bobo y con frecuencia dábamos la nota para llamar la atención, tanto en clase como con los amigos. Mason tenía unos ojos azules increíbles y un pelo rojizo alborotado que nunca parecía quedarse en su sitio. Le quedaba mono.

Sin embargo, empezar a salir con alguien distinto iba a resultarme difícil mientras siguiese pensando a todas horas en el momento en que estuve medio desnuda en la cama con Dimitri.

—Meloso y brillante, ¿verdad? —hice un gesto negativo con la cabeza —. No me parece que me prestes a mí ni la mitad de atención que a tu propio ego. Alguien va a tener que bajarte un poco los humos.

—¿Ah, sí? —preguntó él—. Bueno, pues en las pistas podrás intentarlo con todas tus fuerzas.

Me detuve.

—¿En las qué?

—Las pistas —inclinó la cabeza—. Ya sabes, el viaje de esquí.

—¿Qué viaje de esquí? —al parecer me estaba perdiendo algo gordo.

—¿Dónde has estado esta mañana? —me preguntó, mirándome como si estuviese loca.

—¡En la cama! Me acabo de levantar, hace como unos cinco minutos. Ahora empieza por el principio y cuéntame de qué estás hablando —me estremecí por la ausencia de movimiento—. Y no dejemos de andar —y nos pusimos en marcha.

—Vale, sabes que ahora todo el mundo tiene miedo de dejar que sus hijos vuelvan a casa en Navidad, ¿no? Bueno, pues he ahí ese enorme albergue de esquí en Idaho que usan en exclusiva los miembros de la realeza y los moroi ricos. Los dueños lo van a abrir para los estudiantes de la academia y sus familias, y en realidad para cualquier otro moroi que

quiera ir. Con todo el mundo en un único sitio, habrá un ejército de guardianes para proteger el lugar, de forma que resultará completamente seguro.

—No lo puedes estar diciendo en serio —dije. Llegamos al gimnasio y entramos a resguardo del frío.

Mason asintió enérgicamente.

—Es cierto. El sitio tiene que ser alucinante —me dedicó esa sonrisa suya que siempre me hacía responderle con otra—. Vamos a estar a cuerpo de reyes, Rose; al menos durante una semana o así. Salimos el día de después de Navidad.

Me quede allí de pie, tan emocionada como sorprendida. Aquello no lo había visto venir. Ciertamente, se trataba de una idea genial que permitía reunirse a las familias de una forma segura. ¡Y menudo punto de encuentro! Un albergue de esquí de la realeza. Yo, que me veía pasando la mayor parte de mis vacaciones aquí encerrada y tirada delante de la tele con Lissa y Christian, ahora me iba a dar la gran vida en un alojamiento de cinco estrellas. Langosta para cenar. Masajes. Instructores de esquí monísimos...

El entusiasmo de Mason resultaba contagioso. Podía sentir cómo me iba inundando y, de golpe, pegó un frenazo.

El estudió mi expresión y enseguida notó el cambio.

—¿Qué pasa? Está genial.

—Que sí —admití—, y entiendo que todo el mundo se emocione, pero la razón por la cual vamos a ir a ese sitio tan *guay* es porque, bueno, porque ha muerto gente. Quiero decir que... ¿no te parece macabro todo esto?

La expresión alegre de Mason se ensombreció un poco.

—Sí, pero nosotros seguimos vivos, Rose, y no podemos dejar de vivir porque otros hayan muerto. Y nos tenemos que asegurar de que sea *más* la gente que no muere. Por eso es tan genial la idea de ir a ese sitio, porque es seguro —su mirada se llenó de furia—. Dios, me muero de ganas de salir ahí fuera. Después de enterarme de lo que ha pasado, sólo quiero ir a cargarme unos cuantos strigoi. ¿Sabes? Ojalá pudiéramos ir ahora mismo. No hay razón para no hacerlo. Podría venirles bien la ayuda extra, y ya sabemos de sobra todo lo que necesitamos saber.

La ferocidad en su voz me recordó mi arrebato del día anterior, aunque él no se había rebotado tanto como yo. Sus deseos de actuar resultaban impetuosos e ingenuos, y los míos habían surgido de una extraña irracionalidad oscura que aún no entendía por completo.

Al ver que no respondía. Mason me miró con extrañeza.

—¿Es que tú no quieres?

—No lo sé, Mase —bajé la mirada al suelo para evitar sus ojos mientras estudiaba la punta de mi zapato—, A ver, yo tampoco quiero a los strigoi sueltos por ahí, matando gente; y quiero pararles los pies en teoría... pero, bueno, no andamos ni siquiera cerca de estar preparados. He visto de qué son capaces... no sé. Acelerarse no es la respuesta —hice un gesto negativo con la cabeza y volví a alzar la mirada. Cielo santo. Mi voz sonaba tan lógica y precavida, sonaba a Dimitri—. No es que sea importante, ya que en realidad no es algo que vaya a pasar. Supongo que vale con que nos emocionemos con el viaje, ¿no?

Mason cambiaba de estado de ánimo con rapidez, y regresó una vez más a su trato fácil.

—Sip. Y será mejor que intentes acordarte de cómo se esquía, porque te voy a retar ahí fuera a que le bajes los humos a mi ego. Cosa que no creo que ocurra, claro.

Volví a sonreír.

—Chaval, te aseguro que me va a dar mucha pena cuando te haga llorar. Ya casi me siento culpable.

Abrió la boca, sin duda para soltar alguna réplica de gallito, y entonces vio algo de reojo —o, mejor dicho, a alguien— a mi espalda. Yo miré por encima de mi hombro y vi cómo se acercaba la alta silueta de Dimitri desde el lado opuesto del gimnasio.

Mason me dedicó una caballerosa reverencia.

—Aquí llega vuestro amo y señor. Te veo luego, Hathaway. Empieza a planear tus estrategias para el esquí —abrió la puerta y desapareció en la gélida oscuridad. Me di la vuelta y me acerqué a Dimitri.

Igual que otros novicios dhampir, yo pasaba la mitad de mi jornada escolar con una u otra forma de entrenamiento como guardiana, ya fuese verdadero combate físico o aprendizaje sobre los strigoi y sobre cómo defenderse de ellos. A veces los novicios también teníamos prácticas después de clase. El mío, sin embargo, era un caso único.

Aún me mantenía firme en mi decisión de huir de St. Vladimir. Victor Dashkov había supuesto una amenaza demasiado grande para Lissa; pero nuestras largas vacaciones habían tenido también sus consecuencias. Estar lejos durante dos años había hecho que me quedase atrás en mi formación

como guardiana, de manera que la academia había decidido que yo debía compensarlo asistiendo a clases particulares antes y después de clase.

Con Dimitri.

De lo que ellos no tenían ni idea es que también me estaban dando clases para aprender a evitar la tentación. No obstante, aparte de la atracción que ejercía sobre mí, yo aprendía rápido, y con su ayuda, ya casi había alcanzado al resto de alumnos de mi edad.

Al ver que no llevaba puesto el abrigo, supe que aquel día trabajaríamos en el interior: buenas noticias. Fuera hacía un frío tremendo. Sin embargo, la felicidad que sentí con aquello no fue nada en comparación con los sentimientos que me produjo ver con claridad lo que había preparado en una de las salas de entrenamiento.

Había una serie de muñecos de prácticas dispuestos contra la pared más lejana, unos muñecos con una increíble apariencia de estar vivos: nada de sacos de arpillera rellenos de paja, sino hombres y mujeres vestidos con ropa común y corriente, con la piel de goma y el pelo y los ojos de diversos colores. Las expresiones de sus rostros iban de la felicidad al temor o la ira. Ya había trabajado con ellos antes, en otras sesiones de entrenamiento, para practicar puñetazos y patadas, pero nunca lo había hecho con lo que Dimitri llevaba en la mano: una estaca de plata.

—De lujo —suspiré.

Era idéntica a la que encontré en la casa de los Badica. Tenía un mango en un extremo, casi como una empuñadura sin los pequeños adornos de los lados. Y ahí se acababa su parecido a una daga. En lugar de una hoja plana, la estaca poseía un cuerpo grueso, cilíndrico, que finalizaba en punta, como una especie de punzón para el hielo. De extremo a extremo era un poco más pequeña que mi antebrazo.

Dimitri se apoyó contra la pared en plan informal, en una postura cómoda que siempre le quedaba sorprendentemente bien a pesar de sus casi dos metros y cinco centímetros de estatura. Lanzó la estaca al aire con una mano, ésta giró un par de vueltas completas sobre sí misma y cayó. La cogió por la empuñadura.

—Por favor, dime que tengo que aprender a hacer *eso* hoy —le dije.

Un fogonazo de diversión iluminó la profunda oscuridad de sus ojos. Me da que a veces las pasaba canutas para mantener la cara de seriedad conmigo.

—Digamos que tendrás suerte si te dejo que la *toques* hoy —contestó él. Volvió a soltar la estaca al aire. La seguí con la mirada un buen rato. Empecé a pensar que, en realidad, yo ya había tenido una en la mano, pero sabía que esa línea de razonamiento no iba a llevarme a ninguna parte. En cambio, lo que hice fue dejar mi mochila en el suelo, tiré allí mi abrigo y me crucé de brazos a la espera. Llevaba puestos unos pantalones sueltos, de cintura alta, y una camiseta de tirantes cubierta con una sudadera con capucha. Me había sujetado el pelo, oscuro, en una cola de caballo bien tirante. Lista para lo que me echasen.

—Ahora quieres que te cuente cómo funcionan y por qué siempre tengo que ser precavida con ellas le solté. Dimitri dejó de tirar la estaca al aire y se me quedó mirando, sorprendido—. Venga, tío —me reí—, ¿no crees que a estas alturas ya me conozco cómo funcionas? Llevamos haciendo esto casi tres meses. Siempre me haces soltar el rollo de la seguridad y la responsabilidad antes de dejarme hacer algo divertido.

—Ya veo —dijo—. Bueno, imagino que ya lo has descubierto todo solita, así que, faltaría más, continúa con la clase. Yo me quedaré aquí esperando hasta que vuelvas a necesitarme otra vez.

Guardó la estaca en una pequeña vaina de cuero que colgaba de su cinturón y se acomodó contra la pared con las manos metidas en los bolsillos. Yo me quedé esperando; creí que bromeaba, pero cuando vi que no decía nada más, me di cuenta de que sus palabras iban en serio. Me encogí de hombros y le solté todo lo que sabía.

—La plata siempre tiene unos efectos muy fuertes sobre toda criatura mágica: puede serle de ayuda o causarle daño si ejerces el suficiente poder sobre ella. Estas estacas son realmente potentes, porque se necesitan cuatro moroi distintos para hacerlas, y utilizan cada uno de los cuatro elementos durante su forja fruncí el ceño, al caer en algo de pronto—. Bueno, excepto el espíritu. Así que estas cosas están supercargadas y son prácticamente la única arma no decapitadora que puede causar daño a un strigoi, pero para matarlo hay que atravesarle el corazón con ella.

—¿Te harían daño *a tí?*

Lo negué con la cabeza.

—No. O sea, bueno, sí. Si me atraviesas el corazón con ella, sí; pero a mí no me haría el mismo daño que a un moroi. Hazle un arañazo con esto a uno de ellos y le haces la verdadera pascua, pero no se la haces tanto como a un strigoi. A los humanos tampoco les causan daño.

Me detuve un instante con la mirada perdida en dirección a la ventana que había a la espalda de Dimitri. La escarcha helada cubría el cristal formando patrones brillantes, cristalinos, pero yo apenas si me percaté de ello. El hecho de mencionar a los humanos y las estacas me había transportado de vuelta a la casa de los Badica. La sangre y la muerte me atravesaron el pensamiento.

Al ver a Dimitri, que me observaba, aparté aquellos recuerdos y proseguí con la lección. El hacía algún gesto de asentimiento de vez en cuando o me lanzaba alguna pregunta aclaratoria. Conforme iba pasando el tiempo, yo tenía la esperanza de que me dijese que había terminado y que podía liarme a estacazos con los muñecos. En cambio, aguardó hasta casi diez minutos antes del final de nuestra sesión para llevarme frente a uno de ellos: un hombre con el pelo rubio y perilla. Dimitri extrajo la estaca de la vaina pero no me la ofreció.

—¿Dónde le clavarías esto? —me preguntó.

—En el corazón repliqué irascible—, ya te lo he dicho como unas cien veces. ¿Puedo cogerla ya?

Él se sonrió.

—¿Dónde está el corazón?

Le puse cara de «¿estás de coña?» pero él se limitó a fruncir el ceño. Con un énfasis sobreactuado, señalé el lado izquierdo del pecho del muñeco. Dimitri hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El corazón no está ahí —me dijo.

—Ya te digo si está ahí, justo donde la gente se pone la mano cuando jura lealtad a la bandera o canta el himno nacional.

Continuó mirándome y a la expectativa.

Me volví hacia el muñeco y lo examiné. En la profundidad de mi mente, recordaba haber aprendido reanimación cardio-pulmonar y dónde había que poner las manos. Di unos golpecitos en el centro del pecho del muñeco.

—¿Está aquí?

Dimitri arqueó una ceja. Por lo general a mí me parecía que aquello molaba pero, en aquel momento, sólo me pareció molesto.

—No lo sé —dijo—, ¿está ahí?

—Eso es lo que te estoy preguntando.

—Es que no tendrías que preguntármelo. ¿No tenéis todos la obligación de dar clases de fisiología?

—Sí, en segundo año. Yo estaba de «vacaciones», ¿recuerdas? —señalé a la estaca brillante—. ¿Puedo tocarla ya?

Volvió a tirarla al aire, haciendo que lanzase destellos con la incidencia de la luz, y de nuevo desapareció en la vaina.

—Quiero que me cuentes dónde está el corazón la próxima vez que nos veamos. El lugar exacto. Y también los obstáculos que hay en su camino.

Le dediqué la más feroz de mis miradas, que —a juzgar por su expresión— no debió de ser tan feroz. Nueve de cada diez veces, yo pensaba que Dimitri era lo más sexy sobre la faz de la tierra. La décima eran situaciones como ésta...

Salí de allí camino de mi primera hora, una clase de combate, y ya iba de morros. No me gustaba quedar como una inútil delante de Dimitri y tenía muchas, *muchas* ganas de utilizar una de esas estacas. Así que, en clase, pagué mi frustración con todo aquel a quien pude atizarle una patada o un puñetazo. Ya cerca del final de la hora, nadie quería hacer los ejercicios conmigo. De forma accidental, le arreé tan fuerte a Meredith —una de las pocas chicas de mi clase— que lo sintió bien a través de la protección de la barbilla. Le iba a salir un moratón bastante feo y no dejaba de mirarme como si creyese que lo había hecho aposta. Me disculpé pero no sirvió de nada.

A continuación, Mason volvió a dar conmigo.

—Vaya, vaya —dijo mientras estudiaba la expresión de mi cara. ¿Quién te ha puesto de mala leche?

De inmediato le solté mi charla sobre la estaca de plata y el corazón.

Para más inri, él se partió de risa.

—¿Cómo es posible que no sepas dónde está el corazón? En especial teniendo en cuenta la cantidad de ellos que has roto.

Le dediqué a él la misma mirada feroz que a Dimitri, aunque esta vez funcionó. El rostro de Mason palideció.

—Belikov es un malvado y un perverso al que deberían echar a un foso de víboras rabiosas por el gran delito que ha cometido en tu contra esta mañana.

—Gracias —dije con remilgos. A continuación me quedé pensativa—. ¿Las víboras pueden tener la rabia?

—No veo yo por qué no. Cualquier cosa puede tenerla, pienso —me sostuvo abierta la puerta del pasillo. No obstante, el ganso canadiense puede

ser peor que las víboras.

Le miré de reojo.

—¿Los gansos son más mortíferos que las víboras?

—¿Has intentado dar de comer alguna vez a esos cabroncetes? —me preguntó, sin lograr mantener la seriedad que fingía—. Son unas fieras. Si te echan a las víboras, tienes una muerte rápida, pero ¿con los gansos? Eso puede durar días, con mucho más sufrimiento.

—Vaya, no sé si debería estar impresionada o asustada porque le hayas estado dando vueltas a eso —apostillé.

—Sólo busco formas creativas de vengar tu honor, eso es todo.

—Nunca me pareciste creativo, Mase.

Nos quedamos fuera del aula de nuestra segunda clase. La expresión de Mason era aún alegre y bromista, pero hubo un punto sugerente en su voz cuando retomó la palabra.

—Rose, cuando estoy cerca de ti, se me ocurre todo tipo de cosas creativas que hacer.

Yo aún tenía en la boca la risita por lo de las víboras aunque se me cortó de golpe, y me quedé mirándole sorprendida. Siempre había pensado que Mason era mono, pero con esa mirada seria y velada en sus ojos, de repente se me ocurrió por primera vez que en realidad era en cierto modo sexy.

—Anda, mira por dónde —rió él al darse cuenta de lo mucho que me había pillado con la guardia baja—. Rose se queda sin habla. Ashford i, Hathaway o.

—Eh, que no quiero hacerte llorar antes del viaje. No sería divertido si resulta que ya te he destrozado antes siquiera de que pisemos las pistas.

Se rió y entramos en la sala. Se trataba de una clase teórica de guardaespaldas que se daba en un aula propiamente dicha en lugar de en el campo de prácticas. Resultaba un agradable paréntesis en el esfuerzo físico. Aquel día había tres guardianes de pie en la parte de delante, y no eran miembros del personal de la academia. Visitantes del período de vacaciones, caí yo. Los padres y sus guardianes ya habían empezado a llegar al campus para acompañar a sus hijos a la estación de esquí. Me picó la curiosidad de inmediato.

Uno de los visitantes era un tío alto con aspecto de tener más de cien años pero también de ser aún capaz de patearte el trasero a base de bien. El otro tío era más o menos de la edad de Dimitri. Tenía la piel muy bronceada

y un físico lo bastante bien moldeado como para hacer que algunas de las chicas de la clase pareciesen a punto de derretirse.

El último guardián era una mujer. Tenía el pelo de color caoba, muy corto y rizado, y justo en ese momento, pensativa, mantenía entrecerrados los ojos, marrones. Como ya he contado, muchas mujeres dhampir prefieren tener hijos en lugar de seguir la senda de los guardianes. Dado que yo me encontraba también entre las pocas mujeres de la profesión, siempre me emocionaba conocer a otras: como Tamara.

Sólo que ésta no era Tamara. Era alguien a quien conocía desde hace años, alguien que conseguía provocar en mí de todo menos orgullo y emoción. Al contrario, lo que yo sentía era resentimiento: resentimiento, ira y una violenta indignación.

La mujer que se hallaba de pie frente a la clase no era otra que mi madre.

Capítulo 4

No me lo podía creer. Janine Hathaway. Mi madre. Mi increíblemente famosa y ausente madre. No era como Arthur Schoenberg, pero gozaba de una fantástica reputación en el mundillo de los guardianes. No la había visto en años porque siempre se encontraba fuera en alguna locura de misión, y sin embargo... ahí estaba entonces, en la academia, en aquel momento exacto —justo delante de mí—, y ni siquiera se había molestado en hacerme saber que iba a venir. Y luego hablan del amor de madre.

De todas formas, ¿qué demonios estaba haciendo ella allí? Me dieron la respuesta enseguida. Todos los moroi que llegaban al campus acarreaban a sus guardianes consigo, mi madre protegía a un noble del clan Szelsky, y varios miembros de dicha familia habían aparecido por allí para las vacaciones. Estaba claro que ella había venido con él.

Me deslicé hasta mi sitio y sentí que algo se encogía dentro de mí. Sabía que tenía que haberme visto entrar, pero su atención se centraba en otra cosa. Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta de color beige cubierta con lo que debía de ser la cazadora vaquera menos llamativa que yo hubiese visto jamás. Con su poco más de metro cincuenta de estatura, parecía una enana junto a los otros dos guardianes, aunque tenía una presencia y un porte que la hacían parecer más alta.

Nuestro instructor, Stan, nos presentó a los invitados y nos explicó que iban a compartir con nosotros sus experiencias prácticas de la vida real.

Deambulaba por delante de la clase, frunciendo sus pobladas cejas conforme hablaba.

—Ya sé que no es habitual —explicó—. Los guardianes que se encuentran de visita no suelen disponer de tiempo para pasarse por nuestras clases. Nuestros tres invitados, sin embargo, han hecho un hueco para venir a charlar con vosotros a raíz de lo que ha pasado de forma reciente... —realizó una pausa momentánea, y no hizo falta que nadie nos contase a qué se refería. El ataque a los Badica. Se aclaró la garganta e intentó continuar —. A raíz de lo que ha sucedido, hemos pensado que sería mejor prepararos para aprender de quienes realizan actualmente el trabajo de campo.

La clase se tensó de emoción. Las historias —en particular las que están llenas de sangre y acción por todas partes— son muchísimo más interesantes que ponerte a analizar la teoría de un libro de texto. Al parecer, algunos de los demás guardianes del campus pensaban lo mismo. Solían pasarse por nuestras clases, pero aquel día se hallaban presentes en un número mayor de lo normal. Allí estaba Dimitri, de pie entre ellos al fondo de la sala.

El tío mayor fue quien empezó. Comenzó su historia y yo me encontré con que me estaba enganchando. Nos describió cómo una vez el hijo menor de una familia a la que protegía se despistó en un lugar público por el que merodeaban unos strigoi.

—El sol estaba a punto de ponerse —nos dijo en un tono de voz grave. Realizó un movimiento descendente con las manos, al parecer para mostrarnos de qué iba una puesta de sol—. Nosotros sólo éramos dos, y tuvimos que decidir a la carrera cómo proceder.

Me incliné hacia delante, con los codos sobre la mesa. Los guardianes acostumbraban a ir en parejas. Uno —el guardián de proximidad— permanecía cerca del protegido mientras que el otro —el de distancia— inspeccionaba la zona. Aun así, el de distancia solía mantener el contacto visual, de manera que identifiqué de inmediato el dilema que se les había presentado. Lo pensé un poco y decidí que, de encontrarme yo en esa situación, habría hecho que el guardián de proximidad se llevara al resto de la familia a un lugar seguro mientras que el otro buscase al chaval.

—Hicimos que la familia se metiese en un restaurante con mi compañero mientras yo barría el resto de la zona —prosiguió el guardián mayor. Extendió las manos en un movimiento de barrido y yo me sentí orgullosa de haber escogido la decisión correcta. La historia tenía un final feliz, con el chico de vuelta y sin encuentros con strigoi.

La anécdota del segundo tío iba de cómo le había ganado por la mano a un strigoi que acechaba a unos moroi.

—Técnicamente, yo ni siquiera estaba de servicio —dijo. Era mono de verdad, y una chica sentada cerca de mí le miraba sin pestañear, con unos ojos atentos y melosos— Me encontraba de visita, a ver a un amigo y a la familia que protegía. Cuando me marchaba de su piso, vi a un strigoi que rondaba en las sombras. No se esperaba que hubiese un guardián por allí fuera, así que rodeé el edificio, me acerqué por su espalda y... —hizo el gesto de clavar una estaca, de un modo mucho más dramático de lo que

habían resultado los gestos con las manos del tío más mayor. El narrador hasta se puso a escenificar cómo retorcía la estaca para atravesar el corazón del strigoi.

Y llegó el turno de mi madre. Ya se me puso mala cara antes de que ella siquiera abriese la boca, una mala cara que fue empeorando una vez empezó a contar su historia. Juro que, de no haberla creído incapaz de tener la suficiente imaginación para ello —y lo sosa que era la ropa que había elegido demostraba que mi madre realmente no tenía imaginación—, habría pensado que estaba mintiendo. Aquello era más que una historia, era un cuento épico, el tipo de rollo del que hacen la película y gana Óscares.

Nos contó cómo su protegido. Lord Szelsky, y su mujer habían asistido a un baile ofrecido por otra de las familias reales importantes. Varios strigoi habían aguardado al acecho. Mi madre descubrió a uno, de primeras le clavó una estaca y alertó al resto de guardianes presentes. Con la ayuda de éstos, dio caza a los demás strigoi que andaban merodeando y ella misma llevó a cabo la mayoría de las ejecuciones.

—No resultó fácil —nos dijo. En boca de cualquier otro, aquella afirmación habría sonado como un alarde, pero no en la suya. Su forma de hablar poseía un dinamismo, una eficiencia a la hora de exponer los hechos, que no dejaba lugar para las florituras. Había crecido en Glasgow, y algunas de sus palabras aún sonaban con una cadencia escocesa—. Había otros tres en el local. Por aquel entonces, eso se consideraba un número inusualmente alto para que actuasen en conjunto, aunque ahora no se interpreta necesariamente del mismo modo, teniendo en cuenta la masacre de los Badica —algunos se estremecieron por la manera tan informal que tuvo de referirse al ataque. Una vez más, volví a ver los cadáveres—. Nos vimos obligados a liquidar al resto de strigoi lo más rápida y discretamente posible para no alertar a los demás. Veamos, si se cuenta con el elemento sorpresa, la mejor manera de acabar con un strigoi es atacar por la espalda, romperle el cuello y después clavarle una estaca. Romperles el cuello no los mata, por supuesto, pero los aturde y te permite utilizar la estaca antes de que hagan ruido. La parte más difícil, en realidad, es la de acercarse a ellos de forma sigilosa debido a su gran agudeza auditiva. Dado que yo soy más pequeña y menos corpulenta que la mayoría de los guardianes, puedo moverme de un modo bastante silencioso, así que acabé matando yo misma a dos de los tres.

De nuevo hizo uso de ese tono suyo tan natural al describir sus propias habilidades para el sigilo. Era insoportable, más aún que si se hubiese mostrado arrogante de una forma abierta al respecto de lo fantástica que era. Las caras de mis compañeros de clase brillaban de alucine; estaban claramente más interesados en la idea de romperle el cuello a un strigoi que en analizar las dotes de narradora de mi madre.

Prosiguió con la historia. Después de matar al resto de strigoi, descubrieron que dos moroi habían desaparecido de la fiesta. Tal acción no era inusual en los strigoi. A veces querían guardarse algún moroi para un «aperitivo» posterior; a veces, los strigoi más poderosos enviaban a otros de menor rango a traerles las presas. Fuera como fuese, dos moroi ya no estaban en el baile, y su guardián había resultado herido.

—Naturalmente, no podíamos dejar a aquellos dos moroi en las garras de los strigoi —dijo—. Seguimos el rastro de los strigoi hasta su escondite y hallamos a varios de ellos que vivían juntos. Estoy segura de que os dais cuenta de lo raro que es eso.

Lo era. La naturaleza malvada y egoísta de los strigoi les hacía volverse los unos contra los otros con tanta facilidad como caían sobre sus víctimas. Lo mejor que eran capaces de hacer —cuando tenían un objetivo inmediato y sangriento a la vista— era organizarse para el ataque, pero, ¿vivir juntos? No, aquello resultaba casi imposible de imaginar.

—Conseguimos liberar a los dos prisioneros moroi, sólo para descubrir que mantenían cautivos a otros —contó mi madre—. No podíamos mandar de vuelta solos a los que acabábamos de rescatar, así que los escoltaron los guardianes que habían ido conmigo, y me dejaron a mí la tarea de rescatar al resto.

«Sí, claro», pensé yo. La valiente de mi madre se metió allí sólita. Por el camino la capturaron pero consiguió escaparse y liberar a los prisioneros y, para hacerlo, tuvo que haber logrado el triplete del siglo, matar a los strigoi de las tres formas posibles: la estaca, la decapitación y prenderles fuego.

—Acababa de clavarle la estaca a un strigoi cuando me atacaron otros dos —explicó ella—. No me había dado tiempo a sacar la estaca cuando los otros saltaron sobre mí. Afortunadamente, había una chimenea encendida muy cerca y lancé de un empujón a uno de ellos al fuego. El último, una strigoi, me persiguió al exterior y, a continuación, dentro de un cobertizo viejo. En el interior había un hacha que utilicé para cortarle la cabeza. Cogí

entonces una lata de gasolina y regresé a la casa. El que había lanzado a la chimenea no se había quemado por completo, pero una vez que lo rocié con el combustible, prendió bastante rápido.

La clase contenía la respiración mientras ella hablaba. Bocas bien abiertas. Ojos que se salían de sus órbitas. No se oía un ruido. Miré a mi alrededor y sentí como si el tiempo se hubiese detenido para todo el mundo menos para mí, que parecía la única que no estaba impresionada por su cuento angustioso, y ver el asombro en el rostro de los demás me enfureció. Cuando terminó, una docena de manos se alzaron disparadas y la clase la acribilló con preguntas sobre sus técnicas, sobre si había sentido miedo y demás.

Tras la décima pregunta, no me pude aguantar más y levanté la mano. Le costó un rato darse cuenta y darme el turno. Parecía ligeramente sorprendida de verme en la clase, y yo me consideré afortunada de que por lo menos me hubiese reconocido.

—Entonces, guardiana Hathaway —comencé—, ¿por qué no os limitasteis a asegurar el lugar?

Frunció el ceño. Supongo que se puso a la defensiva en cuanto me dio la palabra.

—¿Qué quieres decir?

Me encogí de hombros y me recosté en mi pupitre, en un intento por adoptar un aire informal y relajado en la conversación.

—No sé. A mí me parece que lo que hicisteis fue cagarla. ¿Por qué no inspeccionasteis primero el sitio de la fiesta y os asegurasteis de que estaba libre de strigoi? Da la sensación de que os podíais haber ahorrado un montón de problemas.

Todas las miradas en el aula se volvieron hacia mí. Mi madre se quedó momentáneamente sin habla.

—Si no hubiésemos pasado por todos esos «problemas», habría siete strigoi más por ahí sueltos, y esos otros moroi prisioneros ya estarían muertos o convertidos a estas alturas.

—Que sí, que sí, que ya veo que fuisteis unos héroes y todo ese rollo, pero yo, ahora, a lo que voy es a los fundamentos básicos. Vamos, que ésta es una clase teórica, ¿no? —dirigí la mirada a Stan, que me observaba con cara de estar muy mosqueado. El y yo poseíamos un amplio y desagradable historial de conflictos en clase, y sospeché que estábamos a puntito de tener

otro—. Así que lo único que quiero es entender qué se hizo mal en un principio.

Tengo que decir esto en su defensa: mi madre tiene un huevo más de autocontrol que yo. De haber estado intercambiados nuestros papeles, a estas alturas yo ya habría ido hacia mí y me habría abofeteado. Su rostro se mantenía en una perfecta calma, a pesar de todo, y una ligera tirantez en el gesto de sus labios era la única señal de que le estaba jorobando.

—No es tan sencillo —respondió—. La disposición del lugar del baile era extremadamente compleja. Lo recorrimos en un principio y no encontramos nada. Se cree que los strigoi entraron una vez iniciada la fiesta, o que pudiera haber pasajes y habitaciones ocultas ajenos a nuestro conocimiento.

La clase exclamó a coro un «oh» y después un «ah» ante la idea de pasajes ocultos, pero yo seguía sin estar impresionada.

—Entonces, lo que estás diciendo es que o bien fallasteis a la hora de detectarlos durante vuestro primer barrido, o bien rompieron el dispositivo de «seguridad» que establecisteis durante la fiesta. Parece que, de una forma u otra, alguien la cagó.

La tirantez de sus labios aumentó, y su voz se tornó más fría.

Lo hicimos lo mejor que pudimos en una situación inusual. Entiendo que para alguien con tu nivel de formación resulte difícil captar las complejidades de lo que estoy describiendo, pero una vez que hayas aprendido de verdad lo suficiente para ir más allá de la *teoría*, verás lo diferentes que son las cosas cuando te encuentras ahí fuera con las vidas de otros en tus manos.

—Sin duda —le reconocí—. ¿Quién soy yo para poner en tela de juicio tus métodos? Vamos, lo que sea con tal de ganarse unas marcas *molnija*, ¿verdad?

—Señorita Hathaway —retumbó la profunda voz de Stan en toda la sala—. Recoja por favor sus cosas y márchese a esperar fuera durante lo que queda de clase.

Me quedé mirándole con cara de perplejidad.

—¿En serio? ¿Desde cuándo hay algo malo en hacer preguntas?

—Lo que está mal es su actitud —y señaló en dirección a la puerta—. Márchese.

Sobre toda la sala cayó un silencio más profundo y más opresivo que cuando mi madre había estado narrando su historia, y yo hice todo lo que

pude para no agachar la cabeza bajo la mirada tanto de guardianes como de novicios. Aquélla no era la primera vez que me echaban de clase de Stan, ni siquiera la primera que me echaban de clase de Stan delante de Dimitri. Me colgué la mochila al hombro, crucé la corta distancia hasta la puerta —distancia que me pareció kilométrica— y rehusé cruzar la mirada con mi madre al pasar.

Unos cinco minutos antes de que acabara la clase, ella salió del aula y vino caminando hasta donde yo me encontraba sentada, en el pasillo. Me miró, hacia abajo, y puso los brazos en jarras de esa forma tan irritante que le hacía parecer más alta de lo que era. Qué injusto; que alguien entre quince y veinte centímetros más bajo que yo me pudiese hacer sentir tan pequeña.

—Bien. Veo que tus modales no han mejorado con los años.

Me puse en pie y me sentí el blanco de una dura mirada.

—Yo también me alegro de verte. Me sorprende que hasta me hayas reconocido. De hecho, ni siquiera pensaba que te *acordases* de mí, al ver cómo no te has molestado por avisarme de que estabas en el campus.

Retiró las manos de su cintura y se cruzó de brazos en una pose, si cabe, más impasible aún.

—No podía abandonar mi deber para venir a hacerte mimos.

—¿Mimos? —le pregunté a aquella mujer que no me había hecho un solo mimo en su vida. No me podía creer que siquiera conociese la existencia de tal palabra.

—No esperaba que lo entendieses. Por lo que he oído, no tienes mucha idea de lo que es el deber.

—Sé perfectamente lo que es —repliqué con un tono de voz arrogante a propósito—. Mejor que la mayoría.

Puso los ojos como platos en un gesto de falsa sorpresa. Yo misma utilizaba esa mirada sarcástica con un montón de gente y no me hacía ninguna gracia que me la dedicasen a mí.

—Venga, ¿de verdad? ¿Dónde has estado los dos últimos años?

—¿Dónde has estado tú los últimos cinco? —le exigí—. ¿Te habrías enterado de que me había ido si no te lo hubiesen contado?

—No utilices eso en mi contra. Estaba lejos porque tenía que estarlo. *Tú* te fuiste para poder ir de compras y acostarte tarde.

Mi dolor y mi vergüenza se convirtieron en verdadera furia. Al parecer, nunca iba a dejar de pagar las consecuencias de mi escapada con

Lissa.

—No tienes ni idea de por qué me fui —dije con un volumen creciente en la voz—. Y no tienes ningún derecho a dar por supuestas ciertas cosas al respecto de mi vida cuando no sabes nada de ella.

—He leído los informes sobre lo que pasó. Tenías motivos para preocuparte, pero actuaste de forma incorrecta —sus palabras eran formales y frías. Podía haber estado dando una de mis clases—. Deberías haber acudido a alguien en busca de ayuda.

—No había nadie a quien pudiese acudir; no, dado que no tenía pruebas tangibles. Además, según hemos aprendido, se supone que debemos pensar de manera independiente.

—Sí —contestó—. Subraya lo de «aprender». Es algo que te has perdido durante dos años. No te encuentras precisamente en situación de darme lecciones sobre los protocolos de un guardián.

Yo siempre acababa discutiendo, algo en mi naturaleza lo hacía inevitable, así que estaba acostumbrada a que me insultasen a la cara. Ya tenía un buen caparazón. Pero, de alguna manera, cuando estaba cerca de ella —las pocas veces que lo había estado—, siempre me sentía como si tuviese tres años. Su actitud me humillaba, y el hecho de que tocase el tema de la formación que me había perdido —un tema aún espinoso— sólo me hacía sentir peor. Me crucé de brazos en una buena imitación de su pose y logré una apariencia de orgullo.

—¿Ah, sí? Pues no es eso lo que piensan mis profesores. Incluso después de haberme perdido todo ese tiempo, ya me he puesto al día con toda mi clase.

No me respondió de inmediato. Por fin, con una voz de desilusión, me dijo:

—Si no te hubieras ido, los habrías adelantado.

Con una media vuelta al más puro estilo militar, se marchó por el pasillo. Un minuto después sonó el timbre, y el resto de los alumnos de Stan salió en tromba de la clase.

Después de aquello, ni siquiera Mason pudo levantarme el ánimo, y me pasé el resto del día enfadada y molesta, segura de que todo el mundo andaba cuchicheando sobre mi madre y yo. Me salté el almuerzo y fui a la biblioteca a leer un libro sobre fisiología y anatomía.

Cuando llegó la hora de mis prácticas de después de clase con Dimitri, prácticamente corrí en dirección al muñeco y, con el puño cerrado, le di

unos toquecitos en el pecho, casi en el centro, un tanto a la izquierda.

—Ahí —le dije—. El corazón está ahí. Y lo que hay de por medio son el esternón y las costillas. ¿Me das ya la estaca?

Me crucé de brazos y levanté la vista para mirarle con aire triunfal, a la espera de que me cubriese de elogios por mi ingenio. En cambio, él se limitó a hacer un gesto de asentimiento, como si yo ya hubiese tenido que saber aquello. Y sí, ya tendría que haberlo sabido.

—¿Y cómo atraviesas el esternón y las costillas? —me preguntó.

Suspiré. Había dado con la respuesta a una pregunta sólo para recibir otra. Típico.

Pasamos gran parte de las prácticas dándole vueltas a aquello, y me enseñó diversas técnicas que harían la muerte más rápida. Cada movimiento que realizaba era a la par elegante y mortal. Hacía que pareciese fácil, pero yo sabía que de eso, nada.

Cuando de pronto extendió la mano y me ofreció la estaca, en un principio no lo entendí.

—¿Me la estás dando?

Le brillaron los ojos.

—No me puedo creer que te estés conteniendo. Me imaginaba que la ibas a coger y a salir corriendo.

—Pero ¿tú no me estás enseñando siempre a contenerme? —le pregunté.

—No con todo.

—Sólo con *ciertas* cosas.

Escuché el doble sentido que había en mi voz y me pregunté de dónde habría salido. Hacía tiempo ya que había asumido la existencia de demasiadas razones para que a mí ni se me ocurriera volver a pensar en él en sentido romántico. De vez en cuando, bajaba un poco la guardia al respecto y era como si desease que él también lo hiciese. Habría estado bien saber que aún me deseaba, que yo aún le volvía loco. Al estudiarle entonces, me di cuenta de que él jamás bajaría la guardia porque yo *ya* no le volvía loco. Era una idea deprimente.

—Por supuesto dijo sin mostrar indicación alguna de estar hablando de nada que no fuesen las clases—. Es como todo lo demás. Equilibrio. Saber con qué cosas hay que lanzarse y de qué cosas hay que pasar —hizo un gran énfasis en aquella última afirmación.

Cruzamos la mirada un instante y me sentí recorrida por una corriente eléctrica. Él *sabía* a qué me refería yo, y, como siempre, se dedicaba a no hacer caso y a comportarse como mi profesor, que era exactamente lo que debía hacer. Con un suspiro, me quité de la cabeza mis sentimientos hacia él e intenté recordar que estaba a punto de tocar el arma que había anhelado desde mi niñez. El recuerdo de la casa de los Badica se hizo de nuevo conmigo. Los strigoi estaban ahí fuera. Tenía que concentrarme.

Vacilante, casi de un modo reverencial, alargué la mano y cerré los dedos alrededor del mango. El metal estaba frío y me hizo sentir un cosquilleo en la piel. Se hallaba grabado a todo lo largo del mango para facilitar el agarre, sin embargo la superficie me pareció tan lisa como el cristal. La retiré de su mano, la atraje hacia mí y me tomé mi tiempo para estudiarla y acostumbrarme a su peso. Una parte ansiosa en mi interior quería darse la vuelta y atravesar a todos los muñecos pero, en cambio, levanté la vista hacia Dimitri y le pregunté:

—¿Qué debo hacer primero?

A su típica manera, repasó en primer lugar los fundamentos y fue puliendo la forma en que sostenía la estaca y me movía con ella. Más adelante, me dejó por fin atacar a uno de los muñecos y, en ese preciso momento, descubrí de verdad que no era nada fácil. La evolución había hecho algo inteligente protegiendo el corazón con el esternón y las costillas. No obstante, y a pesar de todo ello, Dimitri no flaqueó en su diligencia y actitud paciente, me fue guiando paso a paso y corrigió hasta el menor de los detalles.

—Pásala hacia arriba, a través de las costillas —me explicó al verme intentar encajar la punta de la estaca en un hueco entre los huesos—. Te resultará más fácil al ser más baja que la mayoría de tus atacantes. Además, la puedes clavar a lo largo del borde inferior de las costillas.

Cuando finalizó el entrenamiento, recuperó la estaca y me hizo un gesto de aprobación.

—Bien. Muy bien.

Permanecí mirándole sorprendida. No era habitual en él prodigarse en halagos.

—¿De verdad?

—Te sale como si llevases años haciéndolo.

Sentí cómo una sonrisa de agrado me afloraba en el rostro conforme nos dirigimos a la salida de la sala de prácticas. Cuando llegamos junto a la

puerta, reparé en un muñeco con el pelo rojizo y rizado. De golpe, todo lo sucedido en clase de Stan volvió a darme vueltas en la cabeza. Se me puso mala cara.

—¿Puedo atravesar a ése la próxima vez?

Dimitri recogió su abrigo y se lo puso. Era largo, de color marrón, hecho de cuero envejecido, y se parecía mucho a un guardapolvo de vaquero, aunque él jamás lo admitiría. Sentía una secreta fascinación por el Oeste americano. La verdad es que yo no terminaba de entenderlo, pero, en aquella época, tampoco entendía sus peculiares preferencias musicales.

—No creo que sea muy saludable —me dijo.

—Sería mejor que si me fuese a hacérselo de verdad *a ella* -mascullé al tiempo que me colgaba la mochila del hombro.

Salimos de la sala al gimnasio.

—La violencia no es la respuesta a tus problemas —me dijo en plan sabio.

—Es ella quien tiene el problema. Y además, pienso que toda mi educación se ha basado en que la violencia *es* la respuesta.

—Sólo con quienes la utilizan contigo primero. Tu madre no te está atacando. Lo único que pasa es que os parecéis demasiado, eso es todo.

Me detuve.

—¡Yo no me parezco en nada a ella! Bueno... más o menos tenemos los mismos ojos, pero yo soy mucho más alta. Y mi pelo es totalmente distinto —dije señalándome la coleta, por si acaso no se había dado cuenta todavía de lo poco que mi pelazo castaño tirando a negro se parecía a sus ricitos de color caoba.

No había perdido aún una cierta expresión divertida, pero había también algo de dureza en su mirada.

—No me refiero a vuestro aspecto, y lo sabes.

Aparté la vista de aquella mirada de plena consciencia. Mi atracción por Dimitri se había encendido casi en el momento en que nos conocimos, y tampoco fue porque estuviese tan macizo. Me sentía como si él entendiese una parte de mí que yo misma no era capaz de entender, y a veces estaba bastante segura de que yo comprendía partes de él que él mismo tampoco comprendía.

El único problema era que él tenía la irritante tendencia a señalar cosas sobre mí que yo no *quería* entender.

—¿Crees que estoy celosa?

—¿Lo estás? —me preguntó. Odiaba que respondiese a mis preguntas con otra pregunta—. Si es así, ¿de qué estás celosa en concreto?

Volví a mirar a Dimitri.

—No lo sé. Puede que esté celosa de su reputación. Puede que esté celosa de que haya dedicado más tiempo a su reputación que a mí. No sé.

—¿Y a ti no te parece que lo que hizo estuvo genial?

—Sí. No. No lo sé. Es sólo que me ha sonado a un montón de... no sé... como si estuviese alardeando. Como si lo hubiese hecho por la fama —hice una mueca—. Por las marcas —las marcas *molnija* eran tatuajes que se otorgaba a los guardianes cuando mataban strigoi. Cada una tenía el aspecto de una equis minúscula formada por rayos. Iban en la parte de atrás del cuello y venían a ser una muestra de lo experimentado que era un guardián.

—¿Crees que merece la pena matar strigoi por unas simples marcas? Creía que habías aprendido algo en la casa de los Badica.

Me sentí como una imbécil.

—Eso no es lo que yo...

—Venga ya.

Me detuve.

—¿Qué?

Habíamos estado caminando en dirección a mi dormitorio, pero en ese momento Dimitri hizo un gesto con la cabeza señalando el lado contrario del campus. —Quiero enseñarte algo.

—¿Qué es?

—Que no todas las marcas son condecoraciones.

Capítulo 5

No tenía la menor idea de lo que estaba hablando Dimitri, pero le seguí obediente.

Para mi sorpresa, me condujo fuera de los límites del campus y nos metimos en los bosques circundantes. La academia poseía una gran cantidad de terreno y no todo estaba destinado de forma activa a fines educativos. Nos encontrábamos en una zona muy remota de Montana y, a veces, parecía que el instituto tan sólo mantuviese a raya a la naturaleza salvaje.

Caminamos en silencio durante un rato con el crujido de la nieve gruesa y virgen bajo nuestros pies. Unos pocos pájaros revolotearon a nuestro alrededor en un saludo al sol naciente, pero casi todo lo que yo vi fueron árboles de hoja perenne e irregular, cargados de nieve. Tuve que esforzarme para seguir las zancadas de Dimitri, más largas que las mías, gracias en particular a que la nieve me ralentizaba un poco. Enseguida distinguí una forma grande y oscura al frente. Una especie de casa.

—¿Qué es eso? —le pregunté. Antes de que pudiese contestar, me di cuenta de que se trataba de una pequeña cabaña, hecha de troncos de madera y todo eso. Un estudio más cercano mostraba que los troncos tenían aspecto de estar viejos y podridos en algunas zonas. El techo se hallaba un poco hundido.

—Un antiguo puesto de guardia —dijo—. Los guardianes vivían en los límites del campus y montaban guardia contra los strigoi.

—¿Y por qué ya no lo hacen?

—No disponemos de suficientes guardianes para dotar los puestos. Además, los moroi han defendido el campus con la suficiente magia protectora como para que la mayoría piense que no es necesario tener gente de guardia aquí fuera —«siempre que no haya humanos que se dediquen a derribarla con estacas», pensé yo.

Por unos instantes albergué la esperanza de que Dimitri me estuviese llevando de escapadita romántica, entonces oí voces al otro lado de la cabaña. Se me metió en la cabeza el familiar zumbido de una sensación. Lissa estaba allí.

Dimitri y yo doblamos la esquina de la casa y nos topamos con una escena sorprendente. Había un estanque helado en el que estaban patinando Lissa y Christian. Con ellos había una mujer que yo no conocía, pero se encontraba de espaldas a mí. Todo cuanto fui capaz de ver fue una onda de pelo negro azabache que describió un arco cuando ella realizó una elegante parada en su patinaje.

Lissa sonrió al verme.

—¡Rose!

Christian volvió la mirada hacia mí mientras ella me llamaba y tuve la clara impresión de que él sentía que los estaba importunando en su momento romántico.

Lissa se dirigió al borde del estanque con unas zancadas torpes. No es que fuera una experta del patinaje.

Yo sólo acerté a quedarme mirando perpleja; y celosa.

—Gracias por invitarme a la fiesta.

—Imaginé que estarías liada —dijo ella—. Y de todas formas, esto es secreto, se supone que no debemos estar aquí —aquello también se lo podía haber dicho yo.

Christian fue patinando junto a ella y enseguida le siguió la mujer desconocida.

—¿Intentas colar a alguien en la fiesta, Dimka? —preguntó la mujer.

Me preguntaba a quién estaría dirigiéndose, hasta que oí la risa de Dimitri. El no tenía la costumbre de hacerlo, y mi sorpresa fue aún mayor.

—Resulta imposible mantener a Rose alejada de los sitios en los que no debería estar. Siempre acaba dando con ellos.

La mujer sonrió y realizó un giro con un balanceo del pelo sobre uno de los hombros, de manera que de pronto pude verle la cara. Tuve que hacer uso de hasta la última gota de mi ya maltrecho autocontrol para no reaccionar. En su rostro, con la suave forma de un corazón, había unos grandes ojos del mismo color que los de Christian, un azul claro y frío. Los labios que me sonreían eran delicados, encantadores, pintados con un tono de rosa que realzaba el resto de sus facciones.

Pero cruzaban su mejilla izquierda unas cicatrices de color violáceo que estropeaban lo que de otro modo sería una piel suave y pálida. Su forma y distribución llevaban a pensar que alguien había mordido allí hasta arrancarle parte de la mejilla, lo cual, advertí, era justo lo que había ocurrido.

Tragué saliva. De golpe supe quién era: la tía de Christian. Cuando sus padres se convirtieron en strigoi, regresaron a por él con la idea de esconderlo y convertirlo en strigoi cuando fuese mayor. Yo no conocía todos los detalles, pero sabía que su tía había conseguido rechazarlos. No obstante, como ya había observado con anterioridad, los strigoi eran letales. Ella los distrajo lo suficiente hasta que aparecieron los guardianes, sin embargo no salió indemne del envite.

Me extendió su mano enguantada.

—Tasha Ozzera dijo—. He oído hablar mucho de ti, Rose —dirigí una mirada amenazante a Christian y Tasha se rió—. No te preocupes —prosiguió—, ha sido todo bueno.

—No, no todo —apostilló él.

Tasha hizo un gesto negativo de exasperación con la cabeza.

—Sinceramente, no sé de dónde ha sacado una sociabilidad tan lamentable. No la ha aprendido de mí —lo cual era obvio, pensé yo.

—¿Y qué estáis haciendo vosotros aquí fuera? —pregunté.

—Quería pasar un rato con esta parejita —una leve mueca le arrugó la frente—. Pero la verdad es que no me gusta andar por ahí, por dentro del instituto. No siempre son muy hospitalarios...

Al principio no lo pillé. Los funcionarios del instituto se desvivían cuando los miembros de la realeza venían de visita. Luego caí.

—¿Por... por lo que pasó...?

Teniendo en consideración el modo en que todo el mundo trataba a Christian por lo de sus padres, no debería haberme sorprendido el hecho de que su tía se enfrentase a la misma discriminación.

Tasha frunció el ceño.

—Así son las cosas —se frotó las manos y exhaló, formando una nube de vaho helado en el aire—. Pero no nos quedemos aquí fuera, al menos mientras podamos encender el fuego ahí dentro.

Eché una última y nostálgica mirada al estanque congelado y seguí al resto al interior. La cabaña era bastante parca, estaba cubierta de capas y capas de polvo y suciedad. Tan sólo consistía en una habitación, que en una esquina tenía un camastro estrecho y sin ropa de cama y unas estanterías donde, en tiempos, probablemente almacenaban la comida. No obstante, había una chimenea en la que pronto tuvimos una lumbre que calentó aquella estancia tan pequeña. Nos sentamos los cinco, apiñados alrededor

del fuego, y Tasha sacó una bolsa de nubes de caramelo que fuimos poniendo sobre las llamas.

Durante el festín que nos dimos de aquellas delicias pegajosas, Lissa y Christian estuvieron charlando de esa forma tan relajada y cómoda suya de siempre. Para mi sorpresa, Tasha y Dimitri también conversaban con un aire bastante familiar y animado, era obvio que se conocían de mucho tiempo atrás. A decir verdad, nunca antes lo había visto tan animado, ni siquiera cuando era afectuoso conmigo, pues siempre mantenía un aire de seriedad; con Tasha bromeaba y se reía.

Cuanto más la escuchaba, mejor me caía ella. Finalmente, incapaz de mantenerme al margen de la conversación, le pregunté:

—Entonces ¿vienes al viaje de esquí?

Ella asintió, contuvo un bostezo y se estiró como un gato.

—Hace siglos que no voy a esquiar, no tengo tiempo. Me he guardado todos mis días de vacaciones para esta ocasión.

—¿Vacaciones? —la miré con curiosidad—. ¿Es que... trabajas?

—Es triste, pero así es —dijo Tasha, aunque no sonase en realidad muy apenada al respecto—. Doy clases de artes marciales.

Me quedé mirándola estupefacta. No me habría sorprendido más si me hubiera dicho que era astronauta o teleoperadora en una línea de tarot.

Muchos de los miembros de la realeza simplemente no trabajaban, y de hacerlo, solían dedicarse a algún tipo de cartera de inversiones o cualquier otro negocio que rentase intereses y que ampliase sus fortunas familiares. Y quienes trabajaban *de verdad,* a buen seguro que no lo hacían en las artes marciales o cualquier trabajo con cierta exigencia física. Los moroi tenían gran cantidad de cualidades extraordinarias: unos sentidos excepcionales —vista, olfato y oído—, y su capacidad para la magia; pero físicamente eran altos, esbeltos, y a menudo de huesos finos; y también los debilitaba la exposición al sol. Ahora bien, aunque todo aquello no era obstáculo suficiente para evitar que se dedicasen al combate, sí que lo convertía en algo más arduo. Con el paso del tiempo, entre los moroi se había asentado la idea de que el mejor ataque era una buena defensa, y la mayoría rehuía la posibilidad del conflicto físico. Se ocultaban en lugares bien protegidos como la academia, confiando siempre su protección a los más fuertes y más duros dhampir.

—¿Qué te parece, Rose? —a Christian parecía divertirle mucho mi sorpresa—. ¿Crees que podrías con ella?

—Es difícil decirlo —respondí.

Tasha me puso una mueca.

—Estás siendo modesta. Ya he visto lo que sois capaces de hacer. Para mí no es más que un entretenimiento.

Dimitri se rió.

—Ahora eres tú la modesta. Podrías impartir la mitad de las clases que se dan aquí.

Me parece que no —dijo ella—. Resultaría bastante embarazoso que me zurrase una panda de adolescentes.

—No creo que eso llegara a ocurrir —dijo él—. Si mal no recuerdo, le hiciste algo de daño a Neil Szelsky.

Tasha puso los ojos en blanco.

—Tirarle mi bebida a la cara no se considera un verdadero daño, a menos que cuente el daño que le causó a su traje; y todo el mundo sabe cómo es él con su ropa.

Los dos se rieron con lo que debía de ser un chiste privado que el resto no entendimos, aunque yo no estaba prestando mucha atención, aún me intrigaba su papel con los strigoi.

El autocontrol que había estado intentando mantener se vino finalmente abajo.

—¿Cuándo comenzaste el aprendizaje del combate, antes o después de lo que te pasó en la cara?

—¡Rose! —siseó Lissa.

Pero Tasha no parecía molesta. Ni Christian tampoco, y eso que él solía sentirse muy incómodo cuando se hacía referencia al tema del ataque de sus padres. Ella me miró de una forma sosegada y reflexiva que me recordó a las miradas que a veces me dedicaba Dimitri cuando yo hacía algo sorprendente y de su aprobación.

—Después —dijo ella sin bajar la mirada ni avergonzarse, aunque pude sentir su tristeza—. ¿Hasta dónde sabes?

Miré a Christian.

—Lo esencial.

Ella asintió.

—Yo sabía... sabía en qué se habían convertido Lucas y Moira, aunque eso no sirvió para prepararme ni mental, ni física, ni emocionalmente. Imagino que si tuviese que volver a pasar por ello, seguiría sin estar preparada, pero tras aquella noche me miré en el espejo, en sentido

figurado, y me di cuenta de lo indefensa que estaba. Había pasado toda mi vida esperando a que los guardianes me protegiesen y me cuidasen.

»Y eso no equivale a decir que los guardianes no estén capacitados. Tal y como he dicho, es probable que tú puedas conmigo en un combate, pero ellos, Lucas y Moira, acabaron con nuestros dos guardianes antes de que nos diésemos cuenta de lo que estaba pasando. Evité que se llevasen a Christian, aunque por los pelos. De no haber aparecido el resto de guardianes, yo estaría muerta, y él... —se detuvo, frunció el ceño y prosiguió—. Decidí que no quería morir así, no sin presentar verdadera batalla y sin hacer todo lo que estuviera en mi mano para protegerme a mí y a mis seres queridos. De manera que aprendí todo tipo de formas de defensa personal y, pasado un tiempo, bah, no es que encajase del todo bien con la alta sociedad de por aquí, así que me fui a vivir a Minneapolis a ganarme la vida enseñando a otros.

Yo no dudaba de que hubiese otros moroi viviendo en Minneapolis —aunque sólo Dios sabría por qué—, pero supe leer entre líneas. Se trasladó allí, se integró con los humanos y se mantuvo alejada de otros vampiros, como Lissa y yo estuvimos haciendo durante dos años. Comencé a preguntarme si no habría algo más allí, también entre líneas. Ella había dicho que había aprendido «todo tipo de formas de defensa personal», en apariencia, algo más que simples artes marciales. Conforme a sus principios de ataque y defensa, los moroi piensan que la magia no debe usarse como arma. Hace mucho tiempo sí se usaba, y algunos moroi aún lo hacían hoy en día, en secreto. Christian, yo lo sabía, era uno de ellos. De repente me hice una idea bastante aproximada del origen de una cosa así en él.

Se hizo un silencio. Resultaba difícil proseguir tras una historia tan triste como aquélla, pero Tasha, me percaté, era una de esas personas siempre capaces de levantar el ánimo, lo cual hacía que me cayese mejor aún. Y se pasó el resto del tiempo contándonos anécdotas divertidas. No se daba los aires que se daban tantos otros miembros de la realeza, así que tenía para repartir estopa a todo el mundo. Dimitri conocía a mucha de la gente de la que ella hablaba —sinceramente, ¿cómo alguien tan antisocial parecía conocer *a todo el mundo* en la sociedad moroi y de los guardianes? — y de vez en cuando apostillaba con algún pequeño detalle. Nos tuvieron partiéndonos de risa hasta que Tasha al fin miró su reloj.

—¿Cuál es el mejor sitio por aquí para que una chica vaya de compras? —preguntó.

Lissa y yo cruzamos nuestras miradas.

—Missoula —dijimos al unísono.

Tasha suspiró.

—Eso está a un par de horas, pero si me marcho ya, es probable que llegue un poco antes de que cierren las tiendas. Llevo un retraso terrible en las compras de Navidad.

Solté un gruñido.

—Mataría por ir de compras.

—Y yo —dijo Lissa.

—A lo mejor podríamos ir juntas... —dije al tiempo que miraba a Dimitri con cara de ilusión.

—No —dijo él de inmediato, y yo dejé escapar un suspiro.

Tasha volvió a bostezar.

—Voy a tener que tomarme un buen café si no quiero quedarme dormida al volante.

—¿Y por qué no te lleva uno de tus guardianes?

Lo negó con la cabeza.

—Porque no los hay.

—No los hay... —fruncí el ceño mientras analizaba sus palabras—. ¿No tienes guardianes?

—No.

—¡Pero eso es imposible! —salté—. Eres de una familia real. Deberías tener al menos uno; dos, en realidad.

El Consejo de Guardianes distribuía sus efectivos entre los moroi de una forma críptica y controlada al detalle, caso por caso. En cierto modo se trataba de un sistema injusto, dada la proporción de guardianes y moroi. Los comunes solían conseguirlos por sorteo, mientras que la realeza *siempre* los tenía; y la de mayor rango a menudo contaba con más de uno. Pero ni el último de los miembros de una de las familias reales de menor rango se habría quedado sin guardián.

—Digamos que los Ozzera no somos precisamente los primeros en la lista cuando se asignan los guardianes —dijo Christian con amargura—. Desde que... murieron mis padres... ha habido una especie de escasez.

Yo me encendí con aquello.

—Pero eso no es justo. No pueden castigarte a ti por lo que hicieron tus padres.

—No es un castigo, Rose —dijo Tasha sin parecer ni de lejos tan enfadada como debería, en mi opinión—. Se trata sólo de un reajuste de prioridades.

—Te están dejando indefensa. ¡No puedes salir ahí fuera sola!

—No estoy indefensa, Rose. Ya te lo he dicho. Y si de verdad quisiera un guardián, no tendría más que ponerme a dar la lata, pero es un engorro. De momento estoy bien.

Dimitri la miró y se dirigió a ella:

—¿Quieres que vaya contigo?

—¿Y tenerte despierto toda la noche? —Tasha meneó la cabeza—. No te voy a hacer tal cosa, Dimka.

—Si no le importa —intervine yo enseguida, emocionada con aquella solución.

A Dimitri pareció divertirle que yo hablase por él, y no me contradijo.

—De verdad que no.

Ella vaciló.

—Está bien, pero quizá deberíamos irnos ya.

Nuestra reunión ilegal se dispersó: los moroi se fueron por un lado; Dimitri y yo por otro. Tasha y él quedaron en verse en media hora.

—Bueno, ¿qué te ha parecido? me preguntó cuando nos quedamos a solas.

Me gusta. Mola pensé en ella un instante—, Y ya he entendido lo que querías decir con lo de las marcas.

—¿Sí?

Asentí al tiempo que vigilaba dónde pisaba conforme caminábamos por los senderos. Por mucho que hubiesen retirado la nieve con palas y por mucha sal que hubieran echado, aún podían ocultar placas de hielo.

—No hizo lo que hizo por la fama. Lo hizo porque tenía que hacerlo. Exactamente igual que... igual que mi madre —odiaba admitirlo, pero era cierto. Janine Hathaway podía ser la peor madre del mundo, sin embargo era una guardiana excepcional—. Las marcas no importan, ya sean *molnija* o cicatrices.

—Aprendes rápido —dijo en tono de aprobación.

Mi ego se infló con su halago.

—¿Y por qué te llama «Dimka»?

Se rió de forma leve. Había oído muchas risas como aquélla esa noche y decidí que quería oír más.

—Es un diminutivo de Dimitri.

—Eso no tiene sentido. No suena ni parecido a Dimitri. Te deberían llamar, no sé, «Dimi» o algo por el estilo.

—El ruso no funciona así.

—Tu idioma es muy raro —en ruso, el diminutivo de Vasilisa era Vasya, lo que para mí no tenía ningún sentido.

—El tuyo también lo es.

Le miré con cara de picardía.

—Si me enseñaras a decir tacos en ruso, es posible que empezase a verlo con otros ojos.

—Tú ya dices muchos tacos.

—Es sólo que soy muy expresiva.

—Oh, *Roza*... —suspiró él, y sentí un cosquilleo. «Roza» era mi nombre en ruso. Rara vez lo usaba—. Tú eres más expresiva que nadie a quien yo conozca.

Sonreí y seguí caminando un rato sin decir nada más. Me dio un vuelco el corazón, me sentía muy feliz de estar cerca de él. Había algo cálido en el hecho de que estuviésemos juntos, algo *que encajaba.*

Aun estando en aquella nube, mi cabeza le daba vueltas a algo en lo que había estado pensando.

—¿Sabes? Hay algo curioso en las cicatrices de Tasha.

—¿Y qué es? —quiso saber él.

—Las cicatrices... le arruinan la cara —comencé a decir despacio. Me estaba costando transformar mis pensamientos en palabras—. Quiero decir que es obvio que era realmente guapa, pero incluso ahora, con las cicatrices... no sé. Es guapa de un modo distinto. Es como... como si fueran parte de ella. Las cicatrices la completan —sonaba estúpido, pero era cierto.

Dimitri no dijo nada, aunque me dedicó una mirada de soslayo. Yo se la devolví, y cuando se encontraron nuestros ojos, pude ver el más breve atisbo de aquella atracción de antes; titubeante y fugaz, pero lo vi. El orgullo y la aprobación lo reemplazaron y me hicieron sentir casi igual de bien.

Cuando habló, fue para hacerse eco de lo que ya había pensado antes:

—Aprendes rápido. *Roza.*

Capítulo 6

La vida me parecía maravillosa al día siguiente, mientras me dirigía a mis prácticas de antes de clase. La reunión secreta de la noche previa había sido divertidísima, y yo me sentía orgullosamente responsable de haber ido contra las normas del sistema y haber animado a Dimitri a marcharse con Tasha. Aún mejor, el día anterior había conseguido mi primer intento con una estaca de plata y había demostrado que era capaz de manejarla. Borracha de mí misma, no veía el momento de que llegase la hora de seguir practicando.

Una vez vestida con mi atuendo habitual de las prácticas, bajé casi dando saltos hasta el gimnasio, pero cuando asomé la cabeza por la sala de entrenamientos del día previo, me la encontré oscura y en silencio. Encendí las luces y eché un vistazo por si acaso Dimitri me había preparado algún tipo de ejercicio raro de entrenamiento para esconderse. Pues no. Vacía. Nada de estacas hoy.

—Mierda —mascullé.

—No ha venido.

Solté un grito y casi pego un salto de tres metros en el aire. Me di la vuelta y me encontré con el ceño fruncido y los ojos marrones de mi madre.

—¿Qué haces tú aquí? —conforme salían aquellas palabras de mi boca, me percaté de su vestimenta. Una camiseta elástica, ajustada, de manga corta; pantalones de chándal sueltos y atados con un cordón en la cintura muy similares a los que llevaba yo—. Mierda —dije de nuevo.

—Vigila esa boca —me soltó—. Puede que te comportes como si no tuvieras modales, pero al menos intenta no dar la misma impresión al hablar.

—¿Dónde está Dimitri?

- *A guardián Belikov* está en la cama. Hace apenas dos horas que ha vuelto y necesitaba dormir.

De mis labios estaba a punto de salir otro improperio y entonces me mordí la lengua. Pues claro que Dimitri estaba durmiendo. Había tenido que conducir con Tasha hasta Missoula durante el día para estar allí en el horario comercial de los humanos. Técnicamente, había estado en pie toda

la noche de la academia, y claro que era probable que acabase de llegar. Vaya, no me habría lanzado tan rápido a animarle a irse con ella de haber sabido que la consecuencia iba a ser *ésta.*

—Bueno —me apresuré a decir—, eso significa que hoy no hay prácticas...

—Guarda silencio y ponte esto —me dijo y me ofreció unas manoplas de entrenamiento, parecidas a los guantes de boxeo pero no tan gruesas y voluminosas. Tenían, sin embargo, el mismo propósito: protegerte las manos y evitar que arañes a tu oponente con las uñas.

—Estábamos con las estacas de plata —dije malhumorada al tiempo que hundía las manos en el interior de las manoplas.

—Muy bien; pues hoy vamos a hacer esto. Vamos.

La seguí hasta el centro del gimnasio mientras pensaba que ojalá me hubiese atropellado un autobús aquella mañana en el camino desde mi dormitorio. Llevaba sujeto su pelo rizado para que no le estorbase y le dejaba la parte de atrás del cuello a la vista. Tenía la piel cubierta de tatuajes. El más alto era una línea serpenteante: la marca de la promesa, que recibían los guardianes cuando se graduaban en las academias como St. Vladimir y entraban en servicio. Debajo de aquélla llevaba las marcas *molnija* que se concedían cada vez que un guardián mataba a un strigoi. Tenían la forma de los relámpagos, por los cuales recibían su nombre. No fui capaz de calcular el número exacto, pero digamos que apenas le quedaba piel donde seguir tatuándose. Había matado unas cuantas veces a lo largo de su vida.

Cuando llegó al sitio que quería, se volvió hacia mí y adoptó una posición de ataque. Pensé que podía saltarme encima en aquel preciso instante y la imité de inmediato.

—Qué estamos haciendo? —le pregunté.

—Técnicas básicas de quite en ataque y defensa. Valen las líneas rojas.

—¿Eso es todo? —volví a preguntar.

Saltó hacia mí. Yo me aparté —por los pelos— y me tropecé con mis propios pies al hacerlo. Me incorporé a toda prisa.

—Bueno —dijo con un tono que *casi* sonaba sarcástico—, tal y como pareces tener tantas ganas de recordarme, no te he visto en cinco años y no tengo la menor idea de lo que eres capaz.

Vino de nuevo a por mí, y de nuevo me mantuve por los pelos dentro de las líneas al escapar de ella. Aquello se convirtió enseguida en la norma.

En ningún momento me dio de veras la oportunidad de pasar a la ofensiva. Me tiré todo el rato defendiéndome, al menos físicamente. A regañadientes, tenía que reconocerme a mí misma que mi madre era buena. Buena *de verdad*. Pero desde luego que no se lo iba a decir a ella.

—¿Y qué? —le pregunté—. ¿Es ésta tu forma de compensar tu negligencia como madre?

—Es mi forma de hacer que te libres de esa espina que tienes clavada. Desde que he llegado, no has tenido para mí más que hostilidad. ¿Quieres pelea? —su puño salió disparado e impactó en mi brazo—. Pues entonces vamos a pelear. Punto.

—Punto —reconocí, encogiéndome de costado—. No quiero pelea. Sólo he estado intentando hablar contigo.

—La verdad, yo no llamaría «hablar» a ponerte impertinente conmigo en clase. Punto.

Gruñí al recibir el golpe. Cuando empecé mi entrenamiento con Dimitri, me quejaba de que no era justo para mí combatir con alguien que me sacaba una cabeza. El señaló que tendría que luchar con cantidad de strigoi más altos que yo y que el viejo dicho era cierto: el tamaño no importa. A veces me daba por pensar que se dedicaba a darme falsas esperanzas, pero, a juzgar por lo que estaba viendo hacer allí a mi madre, estaba empezando a creerle.

En realidad, nunca había peleado con alguien más bajo que yo. Al ser una de las pocas chicas novicias de la clase, ya había asumido que casi siempre iba a ser más baja y menos corpulenta que mis contrincantes, pero mi madre era aún más baja y estaba claro que no había nada más que músculo embutido en aquel cuerpecito.

—Poseo un inconfundible estilo de comunicación, eso es todo —le dije.

—Vives en el triste error de adolescente de pensar que, de algún modo, llevas los últimos diecisiete años sufriendo una injusticia —su pie alcanzó mi muslo—. Punto. Cuando la verdad es que no has recibido un trato diferente al de cualquier otro dhampir. Mejor, en realidad. Te podía haber mandado a vivir con mis primos. ¿Quieres ser una prostituta de sangre? ¿Era eso lo que querías?

La expresión «prostituta de sangre» siempre me hacía estremecer. Se solía referir a madres dhampir solteras que habían decidido criar a sus hijos en lugar de convertirse en guardianas. Aquellas mujeres a menudo tenían

breves aventuras amorosas con hombres moroi y se las menospreciaba por ello, aunque a decir verdad no les quedase otra salida dado que aquellos hombres habitualmente acababan casándose con mujeres moroi. La expresión «prostituta de sangre» provenía del hecho de que algunas mujeres dhampir permitían que los hombres bebiesen su sangre durante el acto sexual. En nuestro mundo, sólo los humanos proporcionan sangre. Resultaba sucio y pervertido que lo hiciese un dhampir, en especial durante el sexo. Yo sospechaba que sólo unas pocas dhampir lo habían hecho de verdad, pero, de forma injusta, el apelativo se extendió a todas ellas. Le había dado de mi sangre a Lissa cuando nos largamos, y aun habiéndose tratado de un acto de pura necesidad, yo aún sufría aquel estigma.

—No. Claro que no quiero ser una prostituta de sangre —mi respiración se estaba volviendo más pesada—, y no todas son así. En realidad sólo lo son unas pocas.

—La reputación se la han ganado ellas —gruñó mi madre. Esquivé su ataque—. Tenían que estar cumpliendo con su deber como guardianas y dejar de tontear y enrollarse con los moroi.

—Lo que hacen es criar a sus hijos —resoplé. Quería gritar pero no podía malgastar el oxígeno—, algo de lo que tú no tienes ni idea. Además, ¿no eres igual que ellas? No veo que lleves alianza en el dedo. ¿Es que mi padre no fue un rollo para ti?

Se le endureció el gesto, que ya es decir, cuando le estás zurrando a tu hija.

- *Eso* —dijo tensa— es algo de lo que *tú* no tienes ni idea. Punto.

Se me escapó un quejido al recibir su golpe, pero me sentí feliz al ver que le había picado. Ni se me ocurría quién podía ser mi padre. La única información que tenía consistía en que era turco. Sin duda podía haber heredado de mi madre sus curvas y su cara bonita —aunque podría jactarme de que la mía era ahora mucho más bonita que la suya—, pero el resto de mis rasgos eran de él: una piel ligeramente morena y el pelo y los ojos oscuros.

—¿Cómo fue? —le pregunté—. ¿Estabas en alguna misión en Turquía? ¿Le conociste en algún bazar? ¿O fue algo todavía más cutre que eso? ¿Te pusiste en plan Darwin y escogiste al tío con mayores probabilidades de dotar de genes guerreros a tu prole? Vamos, que sé perfectamente que sólo me tuviste porque era tu deber, así que supongo que

te aseguraste de que le ibas a entregar a los guardianes el mejor espécimen posible.

—Rosemarie —me advirtió apretando los dientes—, por una vez en tu vida, cállate.

—¿Por qué? ¿Estoy empañando tu maravillosa reputación? Es lo que has dicho hace un momento: tú tampoco eres distinta del resto de las dhampir. Te lo tiraste y...

Con razón dicen eso de que «el orgullo precede a la caída». Me estaba regodeando tanto en mi chulería triunfal que dejé de prestar atención a mis pies. Me encontraba encima de la línea roja. Si pisaba fuera sería otro punto para ella, así que intenté evitarlo al tiempo que la esquivaba. Desafortunadamente, sólo pude lograr una de las dos cosas. Su puño voló hacia mí, veloz, potente y —quizás lo más importante— un poco más alto de lo permitido según las reglas de aquel tipo de ejercicio. Me impactó en el rostro con la fuerza de un camión y salí volando hacia atrás para golpear contra al duro suelo del gimnasio, primero con la espalda y después con la cabeza. Y encima, fuera de la línea roja. Maldita sea.

El dolor se abrió paso a través de mi nuca, se me nubló la vista y empecé a ver centelleos. En un instante, mi madre se hallaba inclinada sobre mí.

—¿Rose? ¿Rose? ¿Estás bien? —su voz sonaba ronca y desesperada. Todo me daba vueltas.

En algún momento después de aquello vino más gente y, de algún modo, acabé en la enfermería de la academia. Allí, alguien me puso una luz directa sobre los ojos y comenzó a hacerme unas preguntas increíblemente estúpidas.

—¿Cómo te llamas?

—¿Qué? —pregunté yo, entrecerrando los ojos ante aquella luz.

—Tu nombre —reconocí a la doctora Olendzki, que me observaba.

—Ya sabe mi nombre.

—Quiero que me lo digas tú.

—Rose. Rose Hathaway.

—¿Sabes tu fecha de nacimiento?

—Pues claro que sí, ¿y por qué me está preguntando esas estupideces? ¿Es que ha perdido mi ficha?

La doctora Olendzki soltó un suspiro de exasperación y se apartó, llevándose consigo la molesta luz.

—Creo que está perfectamente —oí cómo le contaba a alguien—. Me gustaría mantenerla aquí durante el resto de la jornada escolar, sólo para asegurarme de que no sufre una conmoción. Sin duda, prefiero que ni se acerque a sus clases.

Me pasé el resto del día en duermevela gracias a que la doctora Olendzki no dejaba de despertarme para hacerme sus pruebas. También me dio hielo y me dijo que me lo pusiese en la cara. Cuando terminaron las clases de la academia, me encontró lo suficientemente bien como para dejar que me marchara.

—Te lo juro, Rose, estoy convencida de que deberían darte una tarjeta de paciente habitual había una leve sonrisa en su rostro—. Casi igual que a esos con problemas crónicos como las alergias o el asma. Me parece que no hay ningún otro alumno al que haya visto tan a menudo por aquí en un período de tiempo tan breve.

—Gracias —le dije, no muy segura de desear tal honor—. Entonces, ¿no hay conmoción?

Lo negó con la cabeza.

—No, aunque te va a doler un poco. Voy a darte algo para eso antes de que te vayas —desapareció su sonrisa y, de repente, pareció nerviosa—. Para serte sincera, Rose, creo que la peor parte del daño se la ha llevado, bueno, la cara.

Salté de la cama.

—¿Qué quiere decir con eso de que «la peor parte del daño se la ha llevado mi cara»?

Con un gesto me señaló el espejo que había sobre el lavabo en el otro extremo de la sala. Fui corriendo hasta él y observé mi reflejo.

—¡Qué hija de puta!

Tenía la parte superior del lado izquierdo de la cara cubierta de manchas de color rojo tirando a morado, en particular, cerca del ojo. Desesperada, me volví hacia ella.

—Esto se me va a quitar pronto, ¿verdad? Quiero decir si me dejo el hielo puesto, ¿no?

Volvió a negar con la cabeza.

—El hielo puede ayudar... pero me temo que se te va a poner el ojo a la funerala. Es probable que sea mañana cuando peor lo tengas y que se te vaya quitando en una semana, más o menos. No tardarás mucho en volver a la normalidad.

Salí de la enfermería un poco ida, y no tenía nada que ver con el dolor en la cabeza. ¿Que se me iba a quitar en una semana o así? Pero ¿cómo podía la doctora Olendzki tomarse aquello tan a la ligera? ¿Es que no se daba cuenta de lo que pasaba? Iba a pasarme las navidades y la mayor parte del viaje de esquí con el aspecto de un mutante. Me habían puesto un ojo morado. Un puto ojo morado.

Y había sido mi madre.

Capítulo 7

Llena de rabia, empujé la puerta de doble batiente que daba paso al edificio de habitaciones de los moroi. Un remolino de nieve se coló dentro a mi paso, y las pocas personas que quedaban en la planta baja levantaron la vista ante mi entrada; tampoco resultó sorprendente que varias de ellas lo hicieran dos veces por el asombro. Tragué saliva y me obligué a no reaccionar. Todo iba a ir bien. No hacía falta perder los papeles, los novicios nos lesionábamos constantemente; de hecho, era aún más raro no lesionarse. Tenía que admitir que aquella lesión resultaba más llamativa que la mayoría, pero me las podía apañar hasta que se curase, ¿no? Y nadie tenía por qué saber cómo me lo había hecho.

—Eh, Rose, ¿es verdad que tu propia madre te ha pegado un puñetazo?

Me detuve en seco. Aquella voz de soprano desafiante me sonaba de algo. Me di la vuelta despacio y me quedé mirando a los ojos de color azul oscuro de Mia Rinaldi. El pelo rubio y rizado enmarcaba un rostro que de no haber sido por aquella sonrisita malévola, habría resultado mono.

Mia, un año más pequeña que nosotras, había iniciado una guerra contra Lissa (y contra mí, por extensión) por ver quién era capaz de destrozar antes la vida de la otra; una guerra, debo añadir, que *ella* empezó y durante la cual le robó a Lissa su ex novio —a pesar del hecho de que Lissa hubiese decidido finalmente que no le quería— y puso en circulación todo tipo de rumores.

Había que admitir también que el odio de Mia no estaba del todo injustificado. El hermano mayor de Lissa, André —que se mató en el mismo accidente de coche en el que técnicamente «me maté» yo también —, se había aprovechado de Mia de muy mala manera cuando ella era una novicia de primer año. Si ahora no fuese tan zorra, yo lo habría sentido mucho por ella. Aquello había estado muy mal por parte de él, y aunque podía entender el enfado de Mia, a mí no me parecía justo que lo pagase con Lissa de esa forma.

Técnicamente hablando, Lissa y yo habíamos acabado ganando la guerra, pero de un modo inexplicable, Mia se había recuperado. Ya no se movía con la misma élite de antes, aunque había reconstruido un pequeño

contingente de amistades. Con maldad o sin ella, los líderes fuertes siempre atraen a seguidores.

Había comprobado que alrededor del noventa por ciento de las veces, la respuesta más efectiva era ignorarla, pero justo acabábamos de traspasar la línea del otro diez por ciento restante, porque resulta imposible ignorar a alguien que está voceando a los cuatro vientos que tu madre te acaba de pegar un puñetazo, aunque sea cierto. Mia se encontraba cerca de una máquina expendedora, consciente de que me había picado. No me molesté en preguntarle cómo se había enterado de que mi madre me había puesto el ojo así. Rara vez permanecían las cosas en secreto por aquí.

Cuando pudo verme bien toda la cara, los ojos se le abrieron de par en par en un descarado deleite.

—Guau. Hablando de caras que sólo le pueden gustar a una madre...

Ja. Qué mona. Viniendo de cualquier otro, le habría reído el chiste.

—Bueno, tú eres la experta en lesiones faciales —le dije—. ¿Qué tal tu nariz?

La gélida sonrisa de Mia tembló ligeramente, pero no se amedrentó. Le había roto la nariz un mes antes —en una fiesta de clase, nada menos—, y aunque ya se había curado, se le había quedado justo un pelín torcida. Es probable que con cirugía plástica se pudiese corregir, aunque por lo que yo sabía de la situación económica de su familia, aquello no era posible por el momento.

—Está mejor respondió con remilgos—. Por suerte, sólo fue una zorra psicópata quien me la rompió, y no alguien de mi propia familia.

Le dediqué la mejor de mis sonrisas de psicópata.

—Qué lástima. Los miembros de tu familia te dan golpes accidentales. Las zorras psicópatas tienen la tendencia de volver a zurrarte.

La amenaza de la violencia física contra ella solía ser una táctica bastante fiable, pero teníamos demasiada gente alrededor en aquel momento como para que fuese un verdadero motivo de preocupación para Mia. Y ella lo sabía. No es que yo estuviese por encima de atacar a alguien en aquel tipo de escenario —qué demonios, lo había hecho un montón de veces—, sino que últimamente *estaba* intentando mejorar el control de mis impulsos.

—Pues para mí no tiene mucha pinta de ser un accidente —dijo—. ¿No teníais unas reglas para evitar los golpes en la cara? Vamos, que eso parece estar *bastante* lejos de los límites.

Abrí la boca para contestarle, pero no me salió nada. Tenía razón. Mi herida *estaba* lejos de los límites. En ese tipo de combates, se supone que no debes golpear por encima del cuello. Mi golpe se hallaba bien por encima de esa línea prohibida.

Mia percibió mi vacilación y fue como si le hubiese llegado Papá Noel una semana antes de tiempo. Hasta entonces, no creo que se hubiera dado ninguna otra vez en nuestra relación de antagonismo en la que me hubiese dejado sin respuesta.

—Señoritas dijo una voz femenina en tono serio. La moroi que atendía el mostrador de la entrada se encontraba inclinada hacia delante sobre él y nos observaba con una mirada afilada—. Esto es un vestíbulo, no un salón. O suben ustedes o salen fuera.

Por un instante, volver a romperle la nariz a Mia me pareció la mejor idea del mundo: a la mierda el castigo o la expulsión. Tras una respiración profunda, decidí que la retirada sería el acto más digno en ese momento. Me marché indignada rumbo a las escaleras que conducían a las habitaciones de las chicas. A mi espalda, oí gritar a Mia:

—No te preocupes, Rose, se te pasará. Además, no es tu *cara* en lo que se fijan los tíos.

Treinta segundos después me encontraba aporreando la puerta de Lissa con tanta fuerza que no sé cómo no atravesé la madera con el puño. Abrió despacio y miró alrededor.

—¿Estás sola? Pensé que había un ejército llamando a... Dios mío —arqueó las cejas al ver el lado izquierdo de mi rostro—. ¿Qué ha pasado?

—¿No te has enterado aún? Es probable que seas la única de la academia que no lo sabe —refunfuñé—. Déjame entrar.

Me tiré en su cama y le conté los sucesos del día. Ella se mostró debidamente horrorizada.

—He oído que te habías hecho daño, pero me he imaginado que se trataba de una de esas cosas tuyas habituales —me dijo.

Me quedé mirando fijamente al techo moteado, sintiéndome desgraciada.

—Lo peor es que Mia tenía razón. No fue un accidente.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que tu madre lo hizo aposta? —al ver que yo no respondía, la voz de Lissa se tornó incrédula—. Venga, ella nunca haría eso. Ni loca.

¿Por qué? ¿Porque es doña Janine Hathaway la perfecta, maestra en el arte de controlar su temperamento? La cuestión es que también es doña Janine Hathaway la perfecta, maestra en el arte del combate y del control de sus actos. De una u otra forma, metió la pata.

—Vale, sí —dijo Lissa—, pero creo que es más probable que tropezase y fallase el golpe que el que lo hiciese a propósito. Tendría que haberse enfadado de verdad.

—Bueno, es que estaba *hablando* conmigo, y eso basta para cabrear a cualquiera. Y la acusé de acostarse con mi padre porque él era la elección más fiable en términos evolucionistas.

—Rose —se quejó Lissa—, me parece que se te había olvidado contarme esa parte en el resumen. ¿Por qué tuviste que decirle eso?

—Porque es probable que sea cierto.

—Pero tenías que haber sido consciente de que eso le molestaría. ¿Por qué sigues provocándola? ¿Por qué no puedes hacer las paces con ella sin más?

Me senté erguida.

—¿Hacer las paces con ella? *Me ha puesto un ojo morado.* ¡Y es probable que aposta! ¿Cómo voy a poder hacer las paces con alguien así?

Lissa se limitó a hacer un gesto negativo con la cabeza y se dirigió al espejo a comprobar su maquillaje. Los sentimientos que me llegaban a través de nuestro vínculo eran de frustración y exasperación, y ahí, en el fondo, quedaba también un resto de expectación. Ahora que ya había terminado mi despotrique, pude reunir la paciencia necesaria para estudiarla con detenimiento. Llevaba una camisa de seda de color azul lavanda y una falda negra a la altura de la rodilla. Su largo pelo exhibía ese tipo de planchado perfecto que sólo se consigue dedicándole una hora entera de tu vida con el secador y el alisador de mano.

—Estás genial. ¿Dónde vas?

Sus sentimientos variaron levemente, y su irritación conmigo disminuyó un poco.

—He quedado con Christian dentro de un rato.

Durante unos minutos, me había sentido allí con Lissa como en los viejos tiempos. Sólo nosotras, saliendo y charlando. Su mención de Christian, tanto como el hecho de percatarme de que se iría pronto por él, me produjo en el pecho una sensación inquietante... una sensación que a

regañadientes tenía que admitir que eran celos. Como es natural, no permití que se me notase.

—Guau. ¿Y qué ha hecho él para merecérselo? ¿Ha rescatado a unos huérfanos de un edificio en llamas? Si es así, quizá quieras cerciorarte de que no fue él mismo quien le prendió fuego primero —el elemento de Christian era el fuego. Muy apropiado, ya que se trataba del más destructivo.

Se rió, se volvió hacia mí desde delante del espejo y se dio cuenta de que me estaba toqueteando la hinchazón de la cara. Su sonrisa se tornó cariñosa.

—No tiene tan mal aspecto.

—Lo que tú digas. Sé cuándo estás mintiendo, ya lo sabes, y la doctora Olendzki dice que mañana estará aún peor —me tumbé boca arriba en la cama—. Es posible que no haya suficiente maquillaje corrector en el mundo para tapar esto, ¿no crees? Tasha y yo deberíamos invertir en unas máscaras en plan *Fantasma de ¡a ópera.*

Suspiró y se sentó a mi lado, en la cama.

—Qué pena que no lo pueda curar, sin más.

Sonreí.

—Sería genial.

La coerción y el magnetismo que generaba el espíritu estaban fenomenal, pero la sanación era la mejor de sus capacidades. Era impresionante la cantidad de cosas que podía lograr.

Lissa también estaba pensando en lo que podía hacer el espíritu.

—Ojalá hubiera otra forma de controlarlo... de algún modo que me permitiese seguir usando la magia...

—Sí —le dije. Entendía su ardiente deseo de hacer cosas para ayudar a la gente, ella lo irradiaba. No te fastidia, a mí también me hubiera gustado verme el ojo perfecto en un santiamén en lugar de en unos días—. A mí también me gustaría que existiese.

Volvió a suspirar.

—Y siento algo más que el simple deseo de poder sanar y hacer otras cosas gracias al espíritu. También es que, bueno, me falta la magia. Sigue ahí, las pastillas sólo la bloquean; me quema aquí dentro. Me desea, y yo la deseo, pero hay un muro entre las dos. No te lo puedes imaginar.

—En realidad sí, puedo.

Y era cierto. Junto con la percepción general de sus sentimientos, a veces también podía «colarme» dentro de ella. Resultaba difícil explicarlo y aún más difícil soportarlo. Cuando sucedía, yo, literalmente, podía ver a través de sus ojos y sentir lo que sentía Lissa. En esos instantes, yo *era* ella. Me había encontrado ya muchas veces en su cabeza en momentos en que ella echaba de menos la magia y había tenido la oportunidad de sentir esa ardiente necesidad de la que hablaba. Se despertaba por las noches con el anhelo de ese poder que no estaba ya a su alcance.

—Ah, claro —dijo en tono de lamento—. A veces se me olvida eso.

La inundó una sensación de amargura que no iba dirigida tanto contra mí como contra el callejón sin salida que era su situación. Una chispa de ira prendió en su interior: a ella le gustaba sentirse impotente tanto como a mí. La ira y la frustración se intensificaron y se convirtieron en algo más inquietante, peor, algo que a mí no me gustaba.

—Eh —le dije tocándole el brazo—. ¿Estás bien?

Cerró los ojos un instante y los volvió a abrir.

—Lo odio.

La intensidad de sus sentimientos me recordó nuestra conversación, aquella que tuvimos justo antes de que me marchase a la casa de los Badica.

—¿Te sigue dando la impresión de que las pastillas podrían estar dejando de hacerte efecto?

—No lo sé. Un poco.

—¿Está empeorando?

Lo negó con la cabeza.

—No. Sigo sin poder utilizar la magia. Me siento *más cerca* de ella... pero sigue bloqueada.

—Pero tú, aún... tus ánimos...

—Sí... me hacen efecto, no te preocupes —dijo al verme la cara—. Ni veo visiones ni intento hacerme daño.

—Bien —me alegraba oírlo pero seguía preocupada. Aunque ella continuase sin poder tocar la magia, no me gustaba la idea de que su estado mental se viniese abajo de nuevo. Yo tenía la esperanza de que la situación se estabilizase por sí sola—. Estoy aquí —le dije en voz baja y manteniendo firme su mirada—. Si pasa algo raro... me lo cuentas, ¿vale?

Así, los sentimientos inquietantes desaparecieron de su interior y, al hacerlo, sentí una extraña oleada en el vínculo. No soy capaz de explicar lo

que era, pero su fuerza me hizo estremecer. Lissa no se percató, su ánimo se vino de nuevo arriba, y me sonrió.

—Gracias —me dijo—. Lo haré.

También yo sonreí, contenta de verla de vuelta a la normalidad. Nos quedamos en silencio y, por un brevísimo instante, quise abrirle mi corazón. Tenía demasiadas cosas en la cabeza últimamente: mi madre, Dimitri y la casa de los Badica. Había mantenido esos sentimientos bien guardados, y me estaban haciendo polvo. Entonces, al sentirme tan cómoda con Lissa por primera vez en tanto tiempo, tuve por fin la sensación de que podía compartir yo con ella *mis* sentimientos para variar.

Antes de que pudiese abrir la boca, noté que sus pensamientos cambiaron de pronto. Se convirtieron en ansia y nervios. Había algo que Lissa quería contarme, algo sobre lo cual ella había meditado profundamente, demasiado como para que me desahogase entonces. Si Lissa deseaba hablar, no iba a ser yo quien la cargase con mis problemas, de modo que los aparté a un lado y esperé a que arrancase.

—He encontrado algo en mi investigación con la señorita Carmack. Algo extraño...

—¿Y eso? —le pregunté con una curiosidad inmediata.

Los moroi solían desarrollar su especialización en alguno de los elementos durante la adolescencia. Después de eso, les asignaban clases específicas de magia sobre dicho elemento. Al ser la única detectada hasta entonces capaz de hacer uso del espíritu, no había una verdadera clase que fuese apropiada para Lissa. La mayoría de la gente pensaba que, simplemente, no se había especializado, sin embargo, ella y la señorita Carmack —la profesora de magia de St. Vladimir— habían estado quedando a solas para aprender todo cuanto pudiesen sobre el espíritu. Investigaban tanto la documentación actual como la antigua en busca de pistas que las pudiesen guiar hasta otros capaces de utilizar el espíritu ahora que conocían algunos de los síntomas más reveladores: incapacidad para especializarse, inestabilidad mental, etcétera.

—No encontré ningún caso confirmado, pero sí encontré... informes de, mmm..., fenómenos extraños.

Parpadeé sorprendida.

—¿De qué tipo? —pregunté, valorando qué se podría considerar un «fenómeno extraño» para un vampiro. A nosotras dos, cuando vivíamos entre los humanos, nos habrían catalogado como «fenómenos extraños».

—Se trata de varios informes sueltos... pero, no sé, he leído el de un tío que podía hacer que los demás viesen cosas que no tenían delante. Era capaz de hacerles creer que estaban viendo monstruos, o a otras personas o lo que fuese.

—Eso podría ser coerción.

—Una coerción realmente fuerte. Yo no podría hacer eso, y soy más fuerte, o lo era, en la coerción que nadie a quien conozcamos. Y ese poder proviene del uso del espíritu...

—Entonces —concluí—, tú piensas que el ilusionista aquel debía de ser también capaz de utilizar el espíritu —ella asintió—. ¿Y qué hay de ponerse en contacto con él y averiguarlo?

—¡Porque no hay ninguna información sobre él! Es secreto. Y hay otros igual de extraños. Como alguien que era capaz de agotar físicamente a los demás. La gente que estaba cerca de esa persona se debilitaba y perdía toda la fuerza. Perdían el conocimiento. Y también había alguien que podía detener los objetos en el aire cuando se los lanzaban —la emoción le iluminaba las facciones.

—Puede que el aire fuese su elemento —apunté.

—Puede ser —dijo ella. Podía notar cómo la curiosidad y la emoción se arremolinaban en su interior. Lissa tenía el desesperado deseo de creer que había por ahí otros como ella.

Sonreí.

—¿Quién se lo iba a imaginar? Resulta que los moroi tienen sus rollos en plan Roswell y el Área 51. Lo raro es que no me estén estudiando a mí para ver cómo funciona el vínculo.

El aire especulativo de Lissa se volvió burlón.

—Ojalá pudiese leerte yo a *tí* el pensamiento algunas veces. Me gustaría saber lo que sientes por Mason.

—Somos amigos —dije de manera tajante, sorprendida por el repentino cambio de tema—. Nada más.

Lissa chasqueó la lengua un par de veces contra el paladar.

—Tú tonteabas, y hacías otras cosas, con todo tío al que le pudieses poner las manos encima.

—¡Eh! —dije ofendida, que yo no me pasaba tanto.

—Vale... puede que no. Pero no parece que los tíos te interesen ya —a mí *sí* que me interesaban los tíos; bueno, un tío—. Mason es un verdadero encanto —prosiguió— y está loco por ti.

—Cierto —reconocí. Pensé en Mason, en aquel breve instante al salir de clase de Stan, cuando me había parecido sexy. Además, me divertía mucho con él, nos llevábamos de maravilla. No era un mal proyecto de futuro en lo que a los novios se refería.

—Vosotros dos os parecéis un montón. Ambos os dedicáis a hacer cosas que no deberíais.

Me reí. Aquello también era cierto. Me acordé del ansia de Mason por salir a cargarse a todos los strigoi del mundo. Puede ser que yo no estuviese preparada para aquello —a pesar de mi arrebato en el coche—, pero compartía con él parte de su temeridad. Tal vez hubiese llegado el momento de darle una oportunidad, pensé. Bromear con él era divertido, y hacía mucho tiempo que yo no había besado a nadie. Lo de Dimitri me dolía mucho... pero, bueno, aquello no tenía nada que ver con el resto de lo que pasaba por allí.

Lissa me observó con detenimiento, como si supiese lo que yo estaba pensando, bueno, todo menos lo de Dimitri.

—He oído decir a Meredith que eras idiota por no salir con él. Dijo que era porque te creías demasiado buena para Mason.

—¡Qué! Eso no es cierto.

—Eh, que no lo he dicho yo. Da igual, dijo que se está pensando el ir detrás de él.

—¿Mason y Meredith? —me mofé—. Desastre a la vista, no tienen nada en común.

Era una bobada, pero ya me había acostumbrado a que Mason siempre me adorase. De repente, la idea de que otra se lo llevara me irritó.

—Mira que eres posesiva —dijo Lissa, adivinándome de nuevo el pensamiento. No me extraña que le molestase tanto que yo le leyese el suyo.

—Sólo un poco.

Se rió.

—Rose, aunque no sea con Mason, de verdad deberías empezar a salir con alguien. Hay un montón de tíos que matarían por salir contigo, tíos que están realmente bien.

No siempre había elegido bien en lo referente a los chicos. Una vez más, se apoderó de mí la necesidad de verter todas mis preocupaciones sobre ella. Durante mucho tiempo había tenido mis dudas sobre hablarle de Dimitri, aunque el secreto me corroía por dentro, y estar allí sentada con

Lissa me recordó que *era* mi mejor amiga. Podía contarle cualquier cosa, que ella no me juzgaría, pero, igual que antes, perdí la oportunidad de hablarle de lo que me rondaba la cabeza.

Echó un vistazo a su despertador y se levantó de la cama de un salto.

—¡Llego tarde! ¡Tengo que ver a Christian!

Se llenó de alegría, potenciada con un punto de expectación nerviosa. Amor. ¿Qué le iba a hacer? Me volví a tragar los celos, que comenzaban a asomar su fea nariz. Otra vez, Christian la apartaba de mí. No iba a poder quitarme aquel peso de encima aquella noche.

Salimos juntas del edificio y ella se marchó prácticamente a la carrera con la promesa de que hablaríamos al día siguiente. Yo me volví dando un paseo hasta mi edificio. Al llegar a mi cuarto, pasé por delante del espejo y solté un gruñido ante la visión de mi rostro: un color morado oscuro me rodeaba el ojo. Durante la conversación con Lissa casi me había olvidado de todo aquel incidente con mi madre. Me detuve a examinarlo con detalle, me miré fijamente la cara. Puede que sonase egoísta, pero sabía que era guapa. Tenía una copa C de sujetador y un cuerpo muy codiciado en un instituto en el que la mayoría de las chicas estaban delgadas como supermodelos, y como acabo de decir, también tenía una cara bonita. En un día normal, yo era allí un nueve sobre diez, un diez si tenía un buen día.

Pero ¿hoy? Sí, me veía prácticamente con una nota negativa. Iba a estar monísima en el viaje de esquí.

—Mi madre me ha zurrado —informé a mi reflejo, que me devolvió una mirada compasiva.

Con un suspiro, decidí que sería mejor que me preparase para irme a dormir. No me apetecía hacer nada más aquella noche, y puede que unas horas de sueño extra acelerasen mi curación. Recorrí el pasillo camino del cuarto de baño para lavarme la cara y cepillarme el pelo. Cuando volví a mi cuarto, me enfundé mi pijama favorito, y el tacto de la franela suave me animó un poco.

Estaba preparándome la mochila para el día siguiente cuando una ola de emotividad irrumpió de forma abrupta a través de mi vínculo con Lissa. Me pilló desprevenida y no me dio la oportunidad de oponer resistencia. Fue como si me tumbase un viento huracanado y, de repente, no me encontraba ya mirando mi mochila. Estaba «dentro» de Lissa viviendo su mundo en primera persona.

Y en ese punto fue donde la situación se volvió incómoda.

Porque Lissa se encontraba con Christian.
Y la cosa se estaba poniendo... tórrida.

Capítulo 8

Christian la estaba besando, y menudo beso. No se andaba por las ramas. Era ese tipo de beso que no se debería permitir que viesen los niños. Qué demonios, era el tipo de beso que no se debería permitir ver *a nadie*, y no digamos ya experimentarlo a través de un vínculo psíquico.

Tal y como he contado antes, la fuerte emotividad de Lissa podía provocar que se produjese este fenómeno, el que me arrastraba al interior de su cabeza. Pero siempre, siempre, se producía con motivo de alguna emoción negativa. Si algo le molestaba, se enfadaba o se deprimía, aquello se expandía hasta llegar a mí, pero ¿esta vez? No estaba enfadada.

Estaba feliz. Muy, muy feliz.

Dios mío, tenía que salir de allí.

Se encontraban en el ático de la capilla del instituto o, como a mí me gustaba llamarlo, su nidito de amor. Aquel lugar se había convertido ya en uno de sus sitios favoritos cuando cada uno de ellos se sentía antisocial y quería escapar. Acabaron decidiendo ser antisociales juntos y una cosa llevó a la otra. Desde que empezaron a verse en público, yo no había tenido constancia de que pasasen mucho más por allí. Es posible que hubieran vuelto allí a la salud de los viejos tiempos.

Y sin duda, allí parecía estar celebrándose algo. Había pequeñas velas aromáticas encendidas por todo aquel lugar polvoriento, velas que inundaban el aire con el aroma de las lilas. Yo me habría puesto un poco nerviosa con todas aquellas velas en un espacio cerrado y lleno de libros y cajas inflamables, pero tal vez Christian se pensó capaz de controlar cualquier pequeño infierno que se generase por accidente.

Terminaron por fin con aquel beso tan tremendamente largo y se apartaron un poco para mirarse el uno al otro. Estaban tumbados de costado en el suelo, sobre unas cuantas mantas que habían extendido.

El rostro de Christian mostraba una expresión tierna y abierta al observar a Lissa, y sus ojos de color azul claro brillaban con algo de emoción interna. Era distinto a la forma en que Mason me miraba a mí. Ciertamente, él me adoraba, sin embargo lo de Mason era mucho más como quien entra en una iglesia y se postra de rodillas sobrecogido por el temor

de algo que venera pero que en realidad no entiende. Estaba claro que Christian adoraba a Lissa a su manera, pero en sus ojos había un brillo de consciencia, la sensación de que ambos compartían un entendimiento del otro tan perfecto y poderoso que ni siquiera parecían necesitar palabras para transmitirlo.

—¿No crees que vamos a ir al infierno por esto? —preguntó Lissa.

El extendió el brazo y le acarició la cara, recorrió la mejilla y el cuello con los dedos y siguió hacia abajo, hasta llegar a la camisa de seda. La respiración de Lissa se hizo más profunda con su tacto, con lo suave y leve que éste podía ser y, aun así, fue capaz de provocar una pasión muy fuerte dentro de ella.

—¿Por esto? —él jugaba con el borde de la camisa de ella, dejando que los dedos apenas si rozasen el interior.

—No —se rió ella—. Por *esto* —y señaló con un gesto alrededor del ático—. Es una iglesia, no deberíamos estar haciendo este tipo de... mmm... cosas aquí arriba.

—No es cierto —le discutió él. Con suavidad, la empujó contra el suelo, sobre su espalda, y se colocó sobre ella—. La iglesia está abajo. Esto es sólo un almacén, y a Dios no le importará.

—Tú no crees en Dios —le reprendió ella, recorriendo el pecho de él con las manos hacia abajo. Sus movimientos eran tan suaves y calculados como los de Christian y claramente consiguieron encender en él la misma poderosa respuesta.

Suspiró de felicidad cuando las manos de ella se deslizaron por debajo de su camisa y ascendieron hasta su estómago.

—Te sigo la corriente.

—Ahora mismo dirías lo que fuese —le acusó ella. Sus dedos asieron la camisa y tiraron de ella hacia arriba. El se movió para que pudiese quitársela del todo y a continuación se volvió a inclinar sobre ella, a pecho descubierto.

—Tienes razón —reconoció él y con sumo cuidado le desabrochó un botón de la blusa. Sólo uno. Se inclinó de nuevo y le dio otro de esos besos intensos, profundos. Cuando se irguió para respirar, prosiguió como si nada —. Cuéntame lo que necesitas oír, y yo te lo diré —y le desabrochó otro botón.

—No hay nada que *necesite* oír —se rió ella. Otro botón más quedó libre—. Cuéntame tú lo que quieras, estará bien con tal de que sea verdad.

—La verdad, ¿eh? Nadie quiere oír la verdad, nunca es sexy; en cambio, ni... —el último botón cedió, y él le abrió la camisa—. Tú eres increíblemente sexy para ser real.

Sus palabras llevaban el tono sarcástico marca de la casa, pero sus ojos transmitían un mensaje totalmente distinto. Yo estaba presenciando la escena a través de los ojos de Lissa, pero me podía imaginar lo que él veía: su piel suave y pálida. Cintura y caderas esbeltas. Un sujetador blanco de encaje. A través de ella, podía sentir que el encaje le picaba, aunque le daba igual.

Por el rostro de él se extendieron unos sentimientos de cariño y a la vez de hambre. Desde el interior de Lissa, yo sentía cómo se le aceleraban el pulso y la respiración. Unas emociones similares a las de Christian nublaron cualquier otro pensamiento coherente. Él descendió más y se tumbó sobre ella juntando sus cuerpos a presión. Su boca volvió a buscar la de Lissa, y en cuanto sus labios y sus lenguas entraron en contacto, supe que *tenía* que salir de allí.

Porque entonces lo entendí. Comprendí por qué Lissa se había vestido así y por qué habían decorado el nidito de amor como si fuera una exposición de velas Yankee Candle. De eso se trataba. *El* momento. Después de llevar un mes saliendo, iban a hacerlo. Yo sabía que Lissa ya lo había hecho antes con un antiguo novio. No conocía el pasado de Christian, pero sinceramente dudaba que hubieran sido muchas las chicas que hubiesen caído presas de su irresistible encanto.

Sin embargo, al sentir lo que estaba sintiendo Lissa, tuve claro que nada de eso importaba. No en aquel momento. Entonces sólo estaban ellos dos y la forma en que se sentían el uno con el otro, y en una vida llena de muchas más preocupaciones de las que alguien de su edad debería haber tenido, Lissa se encontraba plenamente segura de lo que estaba haciendo. Era lo que ella quería. Lo que llevaba mucho tiempo deseando hacer con él.

Y yo no tenía ningún derecho de presenciarlo.

¿A quién le estaba tomando el pelo? Yo no *quería* presenciarlo, no obtenía ningún placer del hecho de ver a otros hacerlo, y ni de coña deseaba experimentar el sexo con Christian; sería como perder mi virginidad de manera virtual.

Pero, Jesús, Lissa no me estaba poniendo nada fácil salir de su cabeza. No tenía ningún deseo de distanciarse de sus sentimientos y emociones, y cuanto más fuertes eran, con más fuerza me retenían. En un intento por

separarme de ella, me concentré en volver a mí misma, y lo hice con todas mis fuerzas.

Seguía desapareciendo ropa...

«Vamos, vamos», me dije con dureza.

Apareció el condón... ay, madre.

«Vuelve a ti. Rose. Vuelve a tu cabeza».

Sus piernas se entrelazaron y sus cuerpos se movieron juntos...

«Hijo de...».

Salí de ella y volví a mí. Me encontraba de nuevo en mi habitación, pero ya no tenía interés alguno en prepararme la mochila. Todo mi mundo se había torcido. Me sentía extraña y violentada, casi sin tener claro si yo era Rose o si era Lissa. De nuevo sentí también aquel resentimiento hacia Christian. Sin duda, yo no quería acostarme con Lissa, pero ahí estaba aquella punzada en mi interior, aquella frustración por no ser ya el centro de su mundo.

Dejé la mochila intacta y me fui directa a la cama, me rodeé con los brazos y me hice un ovillo para intentar sofocar el dolor que sentía en el pecho.

Me quedé dormida con bastante rapidez y, en consecuencia, me desperté temprano. Lo normal era que hubiese que sacarme de la cama a rastras para ir a ver a Dimitri, pero aquel día aparecí por allí tan pronto que llegué al gimnasio antes que él. Mientras esperaba, vi a Mason cruzar en dirección a uno de los edificios de aulas.

—Eh —le llamé—, ¿Desde cuándo te levantas tú tan temprano?

—Desde que tengo que recuperar un examen de matemáticas —contestó mientras venía hacia mí con una de sus sonrisas de pícaro—, que puede merecer la pena saltarse, no obstante, si es por irme por ahí contigo.

Me reí al tiempo que recordaba mi conversación de la noche previa con Lissa. Sí, definitivamente, había cosas peores que tontear y empezar algo con Mason.

—Bah, te meterías en líos y yo me quedaría sin contrincante en las pistas.

Elevó la mirada al cielo sin dejar de sonreír.

—Aquí soy *yo* quien no tiene un verdadero contrincante, ¿o se te había olvidado?

—¿Ya te atreves a apostarte algo? ¿O sigues teniendo miedo?

—No te pases —me advirtió—, que devuelvo tu regalo de Navidad.

—¿Me has comprado un regalo? —aquello no me lo esperaba.

—Sip, pero si insistes en tu impertinencia, es posible que se lo dé a otra persona.

—¿Como Meredith? —le pinché.

—Ella ni siquiera juega en tu división, y tú lo sabes.

—¿Incluso con un ojo morado? —le pregunté con una mueca.

—Incluso con dos ojos morados.

La mirada que me dedicó en aquel preciso instante no era provocadora, ni siquiera sugerente, en realidad, sólo encantadora. Encantadora, amistosa e interesada; como si realmente le preocupara. Después de todo el estrés que había sufrido últimamente, decidí que me gustaba que se preocupasen por mí, y con el abandono que estaba empezando a sentir por parte de Lissa, me di cuenta de que en cierto modo me gustaba contar con alguien que quisiera prestarme tanta atención.

—¿Qué vas a hacer en navidades? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Nada. Mi madre ha estado a punto de venir, pero lo ha tenido que anular en el último momento... Ya sabes, con todo lo que ha pasado.

La madre de Mason no era una guardiana, se trataba de una dhampir que había preferido quedarse en casa y tener hijos. En consecuencia, yo sabía que él la veía bastante a menudo. Resultaba irónico, pensé, que mi madre sí que estuviera allí y que, a efectos prácticos, era como si se hallase en cualquier otra parte.

—Vamos, vente conmigo —le dije sin pensado dos veces—. Voy a estar con Lissa, y con Christian y su tía. Será divertido.

—¿En serio?

—Muy divertido.

—No era eso lo que te estaba preguntando.

Solté un gruñido.

—Ya lo sé. Tú limítate a venir, ¿vale?

Me hizo una de esas caballerosas reverencias que tanto le gustaban.

—Por supuesto.

Mason se alejó justo cuando apareció Dimitri para nuestras prácticas. Hablar con Mason me había hecho sentir alegre y despreocupada, no había pensado ni un instante en mi cara mientras estuve con él, pero con Dimitri me cohibí de repente. Con él no quería bajar del nivel de la perfección y, cuando entramos, hice un esfuerzo para apartar mi rostro y que él no lo

pudiese ver de lleno. El hecho de preocuparme de aquello me volvió a tumbar el ánimo y, conforme éste se desplomaba, surgieron en cascada todas las demás cosas que me habían estado fastidiando.

Volvimos a la sala de los muñecos y me dijo que simplemente quería que practicase los movimientos de dos días atrás. Contenta con que no hubiese hecho ningún comentario al respecto de la pelea, me dediqué a mis ejercicios con un entusiasmo encomiable, a mostrarle a aquellos maniquíes lo que les iba a pasar si le tocaban las narices a Rose Hathaway. Sabía que mi furia guerrera surgía de algo más que del simple deseo de hacer las cosas bien. Aquella mañana, mis sentimientos se encontraban fuera de control, intensos, en carne viva, tanto por la pelea con mi madre como por lo que había presenciado entre Lissa y Christian la noche antes. Dimitri se sentó, me observó y de tanto en tanto criticó mi técnica y me ofreció sus sugerencias sobre tácticas nuevas.

—Te estorba el pelo —dijo una vez—. No sólo te tapa la visión periférica, sino que estás corriendo el riesgo de permitir que tu oponente se agarre de él.

—Cuando esté peleando de verdad, lo llevaré recogido —gruñí al tiempo que clavaba la estaca hacia arriba y de forma clara entre las «costillas» del muñeco. No tenía ni idea de qué estaban hechos aquellos huesos artificiales, pero era muy jodido evitarlos. Volví a pensar en mi madre y añadí un poco de fuerza extra a la puñalada—. Es sólo que hoy lo llevo suelto, nada más.

—Rose —me dijo en tono de advertencia. Le ignoré y ataqué de nuevo. Cuando volvió a hablar, su voz sonó mucho más brusca—. *Rose*, para.

Me separé del muñeco, sorprendida al notarme la respiración fatigada. No me había percatado de que me estaba esforzando tanto. Mi espalda acabó contra la pared y, sin otro sitio adonde ir, desvié la mirada de él y la dirigí al suelo.

—Mírame —me ordenó.

—Dimitri...

—Mírame.

Daba igual nuestra historia reciente, él seguía siendo mi instructor. No me podía negar ante una orden directa. Despacio, a regañadientes, me volví en su dirección manteniendo la cabeza con un ligero ángulo hacia el suelo

de forma que el pelo me caía sobre ambos lados del rostro. Se levantó de la silla, se acercó y se plantó delante de mí.

Evité su mirada pero vi cómo su mano avanzaba para retirarme el pelo de la cara. Entonces se detuvo. Igual que mi respiración. Nuestra efímera atracción se había visto repleta de preguntas y reservas, aunque de algo sí estaba segura: a Dimitri le había encantado mi pelo, y puede que aún le encantase. Era un pelo magnífico, tenía que admitirlo: largo, sedoso y oscuro. El solía encontrar excusas para acariciarlo y me había aconsejado que no me lo cortase tanto como la mayoría de las guardianas.

Su mano vaciló al llegar allí, y el mundo se detuvo mientras yo aguardaba para ver qué iba a hacer. Después de lo que me pareció una eternidad, dejó que la mano cayese de forma gradual, de vuelta a su costado. A mí me inundó una intensa decepción, aunque al mismo tiempo, había aprendido algo. Él había vacilado. Le había dado miedo tocarme, lo cual posiblemente —sólo posiblemente— significaba que aún deseaba hacerlo. Tuvo que contenerse.

Poco a poco, eché la cabeza hacia atrás de manera que nuestras miradas se encontrasen. Casi todo el pelo se me retiró de la cara, pero no todo. La mano le volvió a temblar y de nuevo deseé que la hubiera extendido hacia delante. La mano dejó de temblar y mi emoción se desvaneció.

—¿Te duele? —preguntó. Me envolvió el olor de su loción de afeitado, entremezclada con su sudor. Dios, ojalá me hubiese tocado.

—No —le mentí.

—No tiene tan mal aspecto —me dijo—. Se curará.

—La odio dije, estupefacta ante la gran cantidad de veneno contenida en aquellas dos palabras. Aun excitada de esa forma tan repentina y pese al deseo que sentía por Dimitri, no era capaz de rebajar el rencor que le guardaba a mi madre.

—No, no la odias —me dijo con afecto.

—Sí la odio.

—No tienes tiempo de odiar a nadie —me informó en un tono de voz aún amable—, no en nuestra profesión. Deberías hacer las paces con ella.

Lissa me había dicho exactamente lo mismo. La indignación se sumó al resto de mis sentimientos y aquella oscuridad que había en mi interior comenzó a desplegarse.

—¿Hacer las paces con ella? ¿Después de que me pusiese un ojo morado *aposta›* ¿Por qué soy la única que ve lo impensable que es eso?

—Ella no lo hizo adrede, en absoluto —dijo con un tono de voz duro —. Tienes que creerlo, con independencia de lo resentida que estés con tu madre. No haría eso y, de todas formas, yo la vi ayer, más tarde: estaba preocupada por ti.

—Probablemente le preocupaba más que alguien la denunciase por violencia con una menor refunfuñé.

—¿No te parece que esta época del año es la del perdón?

Suspiré de forma sonora.

—¡Esto no es un programa especial de Navidad! Es mi vida. En el mundo real, los milagros y la bondad son cosas que, simplemente, no existen.

Él seguía observándome con calma.

—En el mundo real, tú puedes hacer que se produzcan tus propios milagros.

Mi frustración alcanzó de pronto el límite y dejé de intentar mantenerme bajo control. Estaba harta de que me hablasen de cosas razonables y prácticas en cuanto algo se torcía en mi vida. En alguna parte de mí, sabía que Dimitri sólo quería ayudarme, pero es que yo no estaba para palabras bienintencionadas. Yo quería consuelo frente a mis problemas, no tenía ganas de ponerme a pensar en lo que me convertiría en una mejor persona. Ojalá se hubiese limitado a abrazarme y decirme que no me preocupara.

—Vale, ¿puedes parar y dejar eso por una vez? —le exigí con los brazos en jarras.

—¿Dejar qué?

—Toda esa basura zen tan profunda. Tú no me hablas como una persona de carne y hueso. Todo lo que dices no es más que un sinsentido en plan sabio para enseñarme cómo es la vida. De verdad que suenas como un especial navideño de la tele —era consciente de que no resultaba del todo justo que pagase mi ira con él, pero me vi a mí misma prácticamente gritando—. ¡Te juro que a veces es como si sólo quisieses hablar para escucharte a ti mismo! Y yo sé que no siempre eres así. Te comportabas de un modo absolutamente normal cuando hablabas con Tasha. Pero ¿conmigo? Lo haces por pura formalidad. Yo no te importo, sólo te dedicas a cumplir con tu estúpido papel de mentor.

Me miró sin parpadear, con una sorpresa inusitada.

—¿Que tú no me importas?

—No —estaba siendo mezquina; muy, muy mezquina. Y yo sabía la verdad: que *sí* le importaba, que era algo más que mi mentor; pero no podía evitarlo. Aquello siguió saliendo y saliendo, y le señalaba con el índice en el pecho—. Soy otra alumna más para ti, y tú sigues y sigues con tus estúpidas lecciones sobre la vida para que...

La mano que yo había anhelado que me acariciase el pelo avanzó de pronto y me agarró la mía, la que le estaba acusando; la inmovilizó contra la pared, y me quedé sorprendida al ver un brote de emotividad en sus ojos. No se trataba de ira exactamente... sino alguna frustración de otro tipo.

—No me digas *tú* lo que siento —masculló.

Vi entonces que la mitad de lo que yo había dicho era cierto. Casi siempre se encontraba tranquilo, siempre bajo control, incluso durante los combates. Pero también me había contado cómo explotó una vez y zurró al moroi que era su padre. El, en tiempos, en realidad había sido como yo: siempre a punto de actuar sin pensar, de hacer cosas que sabía que no debía.

—Es eso, ¿verdad? —le pregunté.

—¿Qué?

—Siempre estás luchando por no perder el control. Eres igual que yo.

—No —me dijo, obviamente aún disgustado—. Yo he aprendido a controlarme.

Algo había en aquel descubrimiento que me envalentonó.

—No —le informé—, no lo has hecho. Pones buena caray la mayor parte del tiempo mantienes el control; pero a veces no puedes, y a veces... —rae incliné hacia delante y bajé el volumen de mi voz— a veces no quieres.

—Rose...

Podía notar su respiración forzada y sabía que el corazón le latía a él tan rápido como a mí. Y no se apartaba. Yo sabía que aquello estaba mal, sabía de todas las sensatas razones por las cuales debíamos mantener las distancias. Pero justo en ese momento me dio igual. No me daba la gana controlarme. No me daba la gana ser buena.

Antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando, le besé. Nuestros labios se encontraron y, cuando sentí cómo me devolvía el beso, supe que yo estaba en lo cierto. Se acercó y me presionó, me atrapó contra la pared. Continuó sujetándome la mano, pero me pasó la otra por detrás de

la cabeza y la entrelazó con mi pelo. Aquel beso estaba repleto de intensidad; contenía ira, pasión, liberación...

Fue él quien lo cortó. Se separó de mí y retrocedió unos pasos con aspecto de haberle afectado.

—No vuelvas a hacer eso —dijo con sequedad.

—No me devuelvas el beso entonces —le repliqué.

Me miró fijamente por lo que a mí me pareció una eternidad.

—Yo no doy «lecciones zen» para oírme hablar. Y no las doy porque tú seas una alumna más. Lo hago para enseñarte a controlarte.

—Pues estás haciendo un trabajo fantástico dije con amargura.

Cerró los ojos durante medio segundo, exhaló y masculló algo en ruso. Sin volver a mirarme, se dio media vuelta y abandonó la sala.

Capítulo 9

No volví a ver a Dimitri en un tiempo después de aquello. Me envió una nota más tarde aquel día para contarme que pensaba que debíamos cancelar las dos siguientes sesiones por la proximidad de los planes para abandonar el campus. Las clases se iban a acabar, de todas formas, dijo; sonaba razonable hacer un paréntesis en su entrenamiento.

Se trataba de una triste excusa, y yo sabía que ése no era el motivo por el cual lo anulaba. Si lo que quería era evitarme, hubiera preferido que se inventase algo como que él y los demás guardianes tenían que elevar el nivel de seguridad de los moroi o practicar unos movimientos ninja de alto secreto.

Con independencia de su cuento, era consciente de que me evitaba por el beso, el maldito beso. No me arrepentía de él, no exactamente. Sólo Dios sabía lo mucho que había estado esperando para besarle, aunque lo había hecho por las razones equivocadas: porque estaba enfadada y frustrada y simplemente quería demostrar que podía. Estaba muy harta de hacer lo correcto, lo inteligente. Había intentado controlarme más en aquella época, pero al parecer no lo estaba consiguiendo.

No se me había olvidado la advertencia que una vez me hizo: el problema de estar juntos no era la edad, sino que interferiría con nuestros trabajos. Al empujarle a aquel beso... bueno, lo que hice fue avivar las llamas de un problema que podía acabar causándole un daño a Lissa. No debería haberlo hecho. El día anterior había sido incapaz de parar, aquel día sí veía las cosas con una mayor claridad y no me podía creer lo que había hecho.

Mason vino a buscarme la mañana de Navidad y nos marchamos a ver al resto, lo cual me proporcionaba una buena oportunidad de quitarme a Dimitri de la cabeza. Me gustaba Mason, mucho. Y tampoco es que tuviese que huir y casarme con él. Como había dicho Lissa, sería sano para mí que volviese a salir con alguien.

Tasha nos había invitado al almuerzo navideño que daba en un elegante salón del edificio de invitados de la academia. Se estaban celebrando un montón de fiestas y reuniones de grupos por todo el instituto,

y enseguida me di cuenta de que la presencia de Tasha siempre provocaba incomodidad. La gente se quedaba mirándola con disimulo o hacía un esfuerzo por evitarla. Ella a veces los desafiaba y a veces se limitaba a intentar pasar desapercibida. Aquel día había escogido mantenerse al margen del resto de familias reales y simplemente disfrutar de aquella pequeña fiesta privada para quienes no la rehuían.

También estaba invitado Dimitri y, al verle, parte de mi resolución flaqueó un poco. Hasta se había vestido para la ocasión. Vale, decir que se había «vestido» para la ocasión suena exagerado, pero era lo más cercano a aquello que yo había visto en él. Solía mostrar un aspecto descuidado... como si fuese a entrar en combate en cualquier momento. Aquel día llevaba el pelo recogido en la nuca, como si de verdad hubiese intentado que quedase elegante. Vestía sus habituales vaqueros y sus botas de cuero, sin embargo, en lugar de la camiseta, ya fuese de manga corta o de manga larga, se había puesto un jersey negro de punto fino. Era un jersey de lo más corriente, nada que fuese caro o de marca, pero le daba un toque lustroso que yo no solía ver y, cielo santo, le quedaba genial.

Dimitri no se mostró enfadado conmigo, aunque desde luego no se apartó del resto para que hablásemos. Sí que lo hacía con Tasha, sin embargo, y observé fascinada cómo se manejaban de esa forma suya tan natural. Para entonces, me había enterado de que un buen amigo de él era primo lejano de la familia de ella, y así fue como se conocieron.

—¿Cinco? —preguntó sorprendido Dimitri. Estaban hablando de los hijos de aquel amigo—. No me había enterado de eso.

Tasha hizo un gesto de asentimiento.

—Es una locura. Te lo prometo, no creo que su mujer haya pasado más de seis meses seguidos sin estar embarazada. Además es bajita, así que no para de ensanchar.

—Pues cuando le conocí, él incluso juraba que no quería niños.

Los ojos de Tasha se abrieron más con la emoción.

—¡Es verdad! No me lo puedo creer. Tendrías que verle ahora, se derrite con ellos. La mitad de las veces ni le entiendo cuando habla. Te lo prometo, habla más como un bebé que como un adulto.

Dimitri puso una de sus sonrisas tan difíciles de ver.

—Bueno... ése es el efecto que tienen los niños pequeños en la gente.

—No me puedo imaginar que algo así te pasase a ti —se rió ella—. Tú, siempre tan estoico. Por supuesto... que tu balbuceo de bebé sería en

ruso, así que nadie se enteraría jamás.

Los dos se rieron con aquello, y yo me aparté, agradecida de tener allí a Mason para poder conversar. El era una buena distracción de todo lo que me rodeaba, porque además del hecho de que Dimitri me ignorase, Lissa y Christian también estaban charlando, metidos en su mundo particular. El sexo parecía haber conseguido que se enamorasen hasta aquel punto, y yo me preguntaba si conseguiría pasar con ella algún instante del viaje de esquí. Se apartó de él un momento para darme mi regalo de Navidad.

Abrí la caja y me quedé mirando el interior. Vi un cordel de cuentas de color granate, y empezó a oler a rosas.

—¿Qué c...?

Tiré con suavidad de las cuentas y del extremo apareció colgando un pesado crucifijo de oro. Me había regalado un *chotkí*. Era parecido a un rosario, sólo que más pequeño, tamaño pulsera.

—¿Estás intentando convertirme? —le pregunté con ironía. Lissa no era una fanática religiosa ni nada por el estilo, pero sí creía en Dios y asistía a misa con regularidad. Al igual que muchas de las familias moroi que provenían de Rusia y de Europa del Este, era cristiana ortodoxa.

¿Y yo? Yo era más bien agnóstica ortodoxa. Me imaginaba que Dios, probablemente, existía; pero no tenía ni tiempo ni ganas de ponerme a investigarlo. Lissa lo respetaba y nunca había intentado presionarme con su fe, lo cual hacía del regalo algo mucho más extraño.

—Dale la vuelta —me dijo, a todas luces divertida con mi sorpresa. Lo hice. En el oro del reverso de la cruz había grabado un dragón coronado con flores. El emblema de los Dragomir. Levanté los ojos y la miré, desconcertada—. Es una reliquia familiar —señaló—. Uno de los buenos amigos de mi padre ha estado guardando unas cajas con sus cosas y esto estaba entre ellas. Perteneció al guardián de mi bisabuela.

—Liss... —dije. El *chotkí* adquiría un significado completamente nuevo—. No puedo... no puedes regalarme algo así.

—Bueno, lo que está claro es que yo no me lo puedo quedar. Está pensado para un guardián. Mi guardián.

Me enrollé las cuentas en una muñeca. Sentí el tacto frío de la cruz en mi piel.

—Ya sabes que hay muchas posibilidades de que me expulsen antes de que pueda convertirme en tu guardián me burlé.

Ella hizo una mueca.

Bien, en ese caso lo puedes devolver.

Todo el mundo se rió. Tasha empezó a decir algo y entonces se detuvo, al levantar la vista en dirección a la puerta.

—¡Janine!

Allí estaba mi madre, con su mirada tan severa e impasible de siempre.

—Siento llegar tarde dijo. He tenido que ocuparme de un asunto.

Trabajo. Como siempre. Hasta el día de Navidad.

Sentí que se me revolvía el estómago y cómo se me iban encendiendo las mejillas conforme los detalles de nuestro combate se me amontonaban en la cabeza. En ningún momento había intentado comunicarse conmigo desde que había sucedido todo, dos días atrás, ni siquiera mientras estuve en la enfermería. Ni media disculpa. Nada. Apreté los dientes.

Se sentó con nosotros y enseguida se unió a la charla. Hace ya tiempo que yo había descubierto que sólo tenía un tema de conversación: los guardianes. Me preguntaba si alguna vez había tenido algún *hobby.* El ataque a los Badica estaba en la mente de todos, y aquello hizo que se pusiese a contarnos una pelea por el estilo en la que había participado. Para mi horror, Mason se encontraba fascinado con todas y cada una de sus palabras.

Bueno, las decapitaciones no son tan sencillas como parecen —dijo de esa manera suya tan natural. Yo nunca había pensado que fuesen fáciles en absoluto, pero su tono sugería que ella creía que todo el mundo las consideraba pan comido. Tienes que atravesar la columna vertebral y los tendones.

Sentí a través del vínculo que a Lissa se le estaban revolviendo las tripas. No le iban mucho las truculencias.

A Mason se le iluminaron los ojos.

—¿Cuál es la mejor arma para hacerlo?

Mi madre se lo pensó.

—Un hacha. Puedes conseguir más potencia en el golpe con ella —e hizo un movimiento de vaivén con el brazo a modo de ejemplo ilustrativo.

—Mola —dijo él—. Tío, ojalá me dejen llevar un hacha.

Era una idea cómica y absurda, ya que las hachas difícilmente resultaban cómodas a la hora de llevarlas encima. Por un instante, la imagen de Mason paseando por la calle hacha al hombro me levantó un poco el ánimo, pero el instante pasó enseguida.

Sinceramente, no me podía creer que estuviésemos manteniendo aquella conversación el día de Navidad, su presencia lo había amargado todo. Por fortuna, la reunión por fin se disgregó: Lissa y Christian se fueron a lo suyo, Dimitri y Tasha tenían al parecer más cosas en las que ponerse al día. Mason y yo ya llevábamos recorrida buena parte del camino a los dormitorios de los dhampir cuando se nos unió mi madre.

Nadie dijo ni una palabra. El cielo negro se encontraba tachonado de estrellas nítidas y brillantes, y su resplandor hacía juego con el hielo y la nieve que nos rodeaba. Yo llevaba puesta mi parka de color hueso con un ribete de pieles falsas. Iba de maravilla para mantener el calor corporal, aunque no podía hacer nada contra las gélidas ráfagas que me cortaban la cara. Todo el rato que fuimos caminando estuve esperando a que mi madre se desviase camino del resto de las zonas de los guardianes, sin embargo se vino directa al interior de nuestro edificio, con nosotros.

—Quería hablar contigo —dijo por fin, y a mí se me encendieron todas las alarmas. ¿Qué sería lo que habría hecho?

Eso fue todo lo que dijo, pero Mason captó la indirecta de inmediato, no era ni estúpido ni ajeno a las cuestiones sociales, aunque en aquel momento, deseé en cierto modo que lo hubiera sido. También me pareció irónico que tuviese tantas ganas de luchar contra todos los strigoi del mundo pero le tuviese miedo a mi madre.

Me miró con cara de estar disculpándose, se encogió de hombros y dijo:

—Vaya, tengo que irme a... mmm... a un sitio. Te veo luego.

Lamenté ver cómo se marchaba y me quedé con las ganas de salir corriendo detrás de él. Probablemente, mi madre sólo me pondría la zancadilla y me daría un puñetazo en el otro ojo si intentaba escapar. Sería mejor hacer las cosas a su manera y quitármelo de encima. Inquieta e incómoda, yo miraba a todas partes menos a mi madre y esperaba a que fuese ella quien hablase. Vi por el rabillo del ojo que había gente observándonos. Al recordar cómo parecía que absolutamente todo el mundo se había enterado de que me había puesto el ojo morado, de pronto decidí que a mi alrededor no quería testigos de fuera la que fuese la charla que mi madre estaba a punto de descargar sobre mí.

—¿Quieres, esto, subir a mi habitación? —le pregunté.

Pareció sorprendida, casi vacilante.

—Claro.

La conduje escaleras arriba y mantuve una distancia de seguridad prudente entre nosotras. Surgió una tensión incómoda. No dijo nada cuando llegamos a mi cuarto, pero vi cómo examinaba cada detalle con minuciosidad, como si allí dentro pudiera hallarse un strigoi al acecho. Sin saber qué debía hacer, me senté en la cama y esperé mientras ella caminaba. Recorrió con los dedos un montón de libros sobre conducta animal y evolución.

—¿Son para un trabajo de clase? —me preguntó.

—No, es sólo que me interesan, nada más.

Arqueó las cejas, no tenía noticia de aquello. Pero ¿cómo iba a tenerla? No sabía nada de mí. Prosiguió con su inspección, deteniéndose a estudiar pequeñas cosas que al parecer le sorprendían acerca de mí. Una foto de Lissa y yo vestidas de hadas en Halloween. Una bolsa de caramelos SweeTarts. Era como si mi madre me acabase de conocer un minuto antes.

De repente, se volvió y extendió la mano hacia mí.

—Toma.

Perpleja, me incliné hacia delante y abrí la palma de la mano debajo de la suya. Algo pequeño y frío me cayó entre los dedos. Era un colgante redondo, pequeño, sí, con un diámetro no mucho más grande que una moneda de diez centavos. Sobre una base de plata descansaba un disco plano con círculos de cristal de colores. Fruncí el ceño y pasé el pulgar por su superficie. Era extraño, pero los círculos le daban prácticamente el aspecto de un ojo. El de dentro era pequeño, justo igual que una pupila, de un color azul tan oscuro que parecía negro. Estaba rodeado por otro círculo más grande, azul claro, que a su vez se encontraba rodeado por otro círculo blanco. Un anillo muy, muy fino de aquel azul tan oscuro remataba el exterior.

—Gracias —le dije. No esperaba nada de ella. Era un regalo insólito. ¿Por qué demonios me regalaba un ojo? Pero *era* un regalo—. Yo... yo no te he comprado nada.

Mi madre asintió con el rostro inexpresivo, sin importarle, una vez más.

—Está bien. No necesito nada.

Se apartó de nuevo y comenzó a dar paseos por la habitación. No es que tuviese mucho sitio para hacerlo, pero su corta estatura le proporcionaba una zancada menor. Cada vez que pasaba por delante de la ventana de encima de mi cama, la luz incidía sobre su pelo de color caoba y

lo iluminaba. La observé con curiosidad y me di cuenta de que ella estaba tan nerviosa como yo.

Se detuvo en su paseo y se volvió para mirarme.

—¿Cómo está tu ojo?

—Va mejorando.

—Bien —se quedó con la boca abierta, y tuve la sensación de que estaba a punto de disculparse. Pero no lo hizo.

Cuando reinició su paseo, decidí que no aguantaba más la inactividad y comencé a guardar mis regalos. Había recibido un buen montón de cosas aquella mañana, una de ellas un vestido de seda, regalo de Tasha, rojo *y* con flores bordadas. Mi madre observó cómo lo colgaba en mi minúsculo armario.

—Ha sido un gran detalle por parte de Tasha.

—Sí —reconocí —. No sabía que me iba a regalar algo. Me cae bien.

—A mí también.

Me giré desde el armario, sorprendida, y me quedé mirando a mi madre. Su sorpresa era un fiel reflejo de la mía. Si no nos conociésemos, habría dicho que acabábamos de estar de acuerdo en algo. Es posible que sí existiesen los milagros navideños.

—El guardián Belikov será una buena pareja para ella.

—No... —parpadeé al no estar segura de a qué se refería—. ¿Dimitri?

—El guardián Belikov —me corrigió con seriedad, negándose a aprobar mi manera informal de referirme a él.

—¿Qué... qué tipo de pareja? —le pregunté.

Arqueó una ceja.

—¿No te has enterado? Ella le ha pedido que sea su guardián, ya que no tiene ninguno.

Me sentí como si me hubieran pegado otro puñetazo.

—Pero él... está destinado aquí. Y a Lissa.

—Eso se puede arreglar, y a pesar de la reputación de los Ozzera... no deja de ser miembro de una familia real. Si presiona, Tasha se saldrá con la suya.

Me quedé sombría, mirando al vacío.

—Bueno, supongo que al fin y al cabo, *son* amigos y todo eso.

—Más que eso; y si no, es posible que lleguen a serlo.

¡Zas! Noqueada otra vez.

—¿Qué?

—¿Mmm? Ah, ella está... interesada en él —por el tono de mi madre, quedaba claro que las cuestiones románticas no tenían el más mínimo interés para ella—, Tasha está deseando tener hijos dhampir, así que es posible que puedan acabar llegando a un, mmm, arreglo de ser él su guardián.

Oh. Dios. No.

El tiempo se detuvo.

Mi corazón dejó de latir.

Me di cuenta de que mi madre aguardaba una respuesta. Estaba apoyada en mi mesa, observándome. Sería capaz de cazar strigoi, pero era totalmente ajena a mis sentimientos.

—Y él... ¿va a aceptar? ¿En lo de ser su guardián? —pregunté de forma débil.

Mi madre se encogió de hombros.

—No creo que haya aceptado aún, pero por supuesto que lo hará. Se trata de una gran oportunidad.

—Por supuesto —repetí yo. ¿Por qué iba Dimitri a rechazar la ocasión de ser guardián de una amiga suya *y* de tener un hijo?

Creo que mi madre dijo algo más después de aquello, aunque yo no lo oí. No oí nada más. Seguí pensando en cómo Dimitri abandonaba la academia, me abandonaba a mí, pensé en el modo en que Tasha y él se habían llevado tan bien, y a continuación, tras esas imágenes del pasado, mi imaginación comenzó a improvisar futuros escenarios. Tasha y Dimitri juntos. Tocándose. Besándose. Desnudos. Más cosas...

Cerré con fuerza los ojos durante medio segundo y los volví a abrir.

—Estoy muy cansada.

Mi madre se detuvo a mitad de su frase. No tenía la menor idea de lo que había estado diciendo antes de que la interrumpiese.

—De verdad que estoy muy cansada —le dije de nuevo. Podía oír lo hueca que sonaba mi propia voz. Vacía. Sin emotividad—. Gracias por el ojo... mmm, esto, pero, si no te importa...

Mi madre me miró sorprendida, boquiabierta y confusa. Entonces, en un santiamén, su habitual muro de fría profesionalidad volvió a aparecer de golpe en su sitio. Hasta aquel momento yo no fui consciente de lo mucho que ella se había relajado. Pero lo había hecho. Por un breve lapso de tiempo se había expuesto, vulnerable, ante mí; y aquella vulnerabilidad ya había desaparecido.

—Por supuesto —dijo con seriedad. No pretendo ser una molestia.

Quería decirle que no iba de eso. Quería decirle que no la estaba echando por ninguna razón personal con ella. Y quería contarle cuánto deseaba que ella fuese del tipo de madre cariñosa, comprensiva, del que siempre oyes hablar, a quien contarle mis confidencias. Puede incluso que una madre con quien pudiese hablar de mi atribulada vida amorosa.

Dios. En realidad, ojalá pudiese hablar con *alguien* de eso. Especialmente en aquel momento.

Sin embargo, me encontraba demasiado atrapada en mi propio drama personal como para decir ni pío. Me sentía como si alguien me hubiese arrancado el corazón y lo hubiese tirado al otro lado del cuarto. Sentía un dolor intenso, que me quemaba en el pecho, y no tenía ni idea de si se podría curar alguna vez. Una cosa era aceptar que yo no podía tener a Dimitri, pero era algo totalmente distinto darte cuenta de que otra *sí* que podía.

No le dije nada más a mi madre porque mi capacidad para emitir sonidos se esfumó. La furia brilló en sus ojos, y sus labios adoptaron una posición horizontal que le confería esa tensa expresión de disgusto que solía llevar puesta. Sin mediar otra palabra, dio media vuelta y se marchó dando un portazo tras de sí. A decir verdad, aquel portazo yo también lo habría dado. Imagino que sí que compartíamos algunos genes.

Aun así me olvidé de ella casi de inmediato. Me quedé allí sentada, pensando. Pensando e imaginando.

Me pasé el resto del día haciendo poco más que eso. Me salté la cena. Se me escaparon unas lágrimas. Pero, principalmente, me quedé sentada en la cama pensando y deprimiéndome más y más. También descubrí que la única cosa peor que imaginarme a Dimitri y a Tasha juntos era recordar los momentos en que él y yo habíamos estado juntos. Nunca volvería a tocarme así, nunca me volvería a besar... Aquélla fue la peor Navidad de mi vida.

Capítulo 10

El viaje de esquí no pudo haber llegado más a tiempo. Me resultaba imposible quitarme de la cabeza el tema de Dimitri y Tasha, pero al menos, hacer las maletas y prepararme me aseguraban el no dedicarle el cien por cien de mi capacidad cerebral a él. Dejémoslo en un noventa y cinco por ciento.

También disponía de otras cosas para distraerme. La academia podía —con todo el derecho del mundo— ser sobreprotectora con nosotros, pero eso a veces se traducía en rollos que molaban mucho. Un ejemplo: la academia tenía acceso a un par de jets privados. Eso significaba que ningún strigoi podía atacarnos en los aeropuertos, y además que, de paso, viajábamos con estilo. Ambos jets eran más pequeños que un avión comercial, aunque los asientos eran muy cómodos y con mucho espacio para las piernas. Se podían echar tanto hacia atrás, que prácticamente te daba la posibilidad de tumbarte a dormir. En los viajes largos disponíamos de pequeñas consolas de televisión en los asientos con opciones para ver películas. A veces incluso nos daban una buena comida. Yo apostaba, sin embargo, por que aquel viaje sería demasiado corto como para películas o refrigerios.

Salimos a última hora del día 26. Cuando subí al jet, busqué con la mirada a Lissa, con ganas de charlar con ella. No habíamos mantenido una verdadera conversación desde el almuerzo de Navidad. No me sorprendió verla sentada con Christian, y no tenían aspecto de desear que los interrumpiesen. No podía oír su conversación, pero él la había rodeado con el brazo y mostraba esa expresión relajada, de ligón, que sólo ella era capaz de conseguir que aflorase. Yo seguía absolutamente convencida de que él jamás la podría proteger igual de bien que yo, pero estaba claro que la hacía feliz. Sonreí e hice un asentimiento conforme avanzaba por el pasillo camino del sitio desde donde Mason me saludaba con la mano. Al hacerlo, pasé también junto a Dimitri y Tasha, que estaban sentados juntos. Los ignoré de forma deliberada.

—Eh —dije deslizándome en el asiento de al lado de Mason. El me sonrió.

—Qué pasa. ¿Estás lista para nuestro duelo en la nieve?

—Más que nunca.

—No te preocupes —me dijo—, que no voy a ser muy duro contigo.

Me burlé y eché la cabeza hacia atrás, contra el asiento.

—Tú deliras.

—Los tíos sensatos son aburridos.

Para mi sorpresa, posó su mano sobre la mía. Su piel era cálida, y yo sentí cosquillear la mía propia en el lugar de su contacto. Aquello me dejó perpleja. Me había convencido de que Dimitri sería el único ante quien yo reaccionaría jamás.

«Ya va siendo hora de que avances —pensé—, es obvio que Dimitri lo ha hecho, y tú deberías haberlo hecho ya hace tiempo».

Entrelacé los dedos con los de Mason y le pillé con la guardia baja.

«Allá voy. Esto va a ser divertido».

Y lo fue.

Intenté no dejar de recordarme que estábamos allí debido a una tragedia, que ahí fuera había strigoi y humanos que podrían volver a atacar. Sin embargo, nadie más parecía acordarse de eso, y lo admito, yo estaba pasando una temporada difícil.

El centro turístico era maravilloso. Estaba construido como para que tuviese el aire de una cabaña de madera, pero en ninguna cabaña de cazadores cabían cientos de personas ni había alojamientos tan lujosos. Tres pisos de madera brillante, de color miel, situados entre majestuosos pinos. Las ventanas eran altas, tenían una elegante forma de arco y estaban tintadas para comodidad de los moroi. En todas las entradas colgaban faroles de cristal —eléctricos, pero con una forma que los hacía parecer antorchas— que proporcionaban a todo el edificio un aspecto brillante, como lleno de joyas.

Nos hallábamos rodeados de montañas —que mi superior capacidad visual apenas si distinguía en la noche—, y tuve la seguridad de que la vista sería impresionante a la luz del día. Por uno de los lados del terreno se llegaba a la zona de esquí, muy completa, con pendientes pronunciadas y bañeras, al igual que telesillas y remontes. En otra zona había una pista de patinaje, y eso me encantó, ya que había perdido la oportunidad de hacerlo aquel día junto a la cabaña. Cerca de allí había unas pendientes muy suaves, reservadas para los trineos.

Y aquello eran los alrededores.

En el interior se había hecho todo tipo de preparativos para satisfacer las necesidades de los moroi. Tenían a los proveedores siempre a mano, listos para ofrecer su sangre las veinticuatro horas del día. Las pistas funcionaban en horario nocturno, y todo el lugar se encontraba circundado de defensas y guardianes: todo cuanto un vampiro podía desear.

El salón principal tenía el techo como el de una catedral, y de él colgaba una gigantesca lámpara de araña. El suelo era de un mármol dispuesto de forma intrincada, y el mostrador de recepción permanecía abierto día y noche, a punto para darnos gusto en todo lo que se nos antojase. El resto del refugio, los pasillos y salones, estaba decorado en colores rojo, negro y dorado. La tonalidad tan oscura del rojo dominaba sobre el resto, y me pregunté si no sería una coincidencia su parecido con el color de la sangre. Las paredes se hallaban engalanadas con espejos y cuadros, y aquí y allí habían puesto unas pequeñas mesillas de adorno con floreros de orquídeas de color verde pálido moteadas de morado que inundaban el aire de un fuerte aroma.

La habitación que yo compartía con Lissa era más grande que nuestros dos cuartos de la academia juntos y estaba decorada con la misma gama de colores intensos del resto del refugio. La alfombra era tan gruesa y mullida que enseguida me descalcé en la puerta y entré descalza, disfrutando de la agradable sensación de suavidad por la forma en que se me hundían los pies. Teníamos unas camas enormes, cubiertas de edredones de plumas y con tantas almohadas que juraría que alguien podría perderse entre ellas y no le volverían a ver el pelo. Unas puertas vidrieras daban paso a una terraza muy espaciosa que, si tenemos en cuenta que nos encontrábamos en el último piso, habría estado genial de no ser por el frío que hacía hiera. Sospeché que el jacuzzi para dos personas que había en la otra punta de la terraza podría hacer bastante a la hora de compensar el detalle del frío.

Nadando en tanto lujo, alcancé un punto de saturación tal que el resto de comodidades empezaron a marearme: la bañera de mármol con hidromasaje, la tele de plasma, la cestita con chocolate y otras chucherías. Cuando por fin decidimos ir a esquiar, casi tuve que obligarme a salir del cuarto. Es posible que hubiese sido capaz de pasarme el resto de mis vacaciones allí repanchingada y ser absolutamente feliz.

Pero al fin conseguimos salir al exterior y, una vez hube logrado apartar de mi cabeza a Dimitri y a mi madre, comencé a pasármelo bien.

También ayudó el hecho de que el refugio fuese tan enorme que había muy pocas posibilidades de tropezarse con ellos.

Por primera vez en semanas, me veía por fin capaz de centrarme en Mason y de darme cuenta de lo divertido que era. Conseguí también salir con Lissa más de lo que lo había hecho en una temporada, lo cual me puso de un humor aún mejor.

Los cuatro juntos —Lissa, Christian, Mason y yo— podíamos salir en una especie de cita doble, y pasamos casi todo el resto del primer día esquiando, si bien a los dos moroi les costaba algo seguirnos el ritmo. Teniendo en cuenta por lo que pasábamos Mason y yo en nuestras clases, ni a él ni a mí nos daban miedo las acciones arriesgadas, y nuestra naturaleza competitiva nos hacía estar ansiosos por realizar un esfuerzo y ganarnos el uno al otro.

—Sois un par de suicidas —comentó Christian en una ocasión. Estaba oscuro allí, en el exterior, pero los altísimos focos que había le iluminaban el rostro lleno de asombro.

Lissa y él se habían quedado esperándonos al final de la pendiente con bañeras, observando cómo bajábamos Mason y yo. Lo habíamos hecho a una velocidad increíble, y la parte de mí que había estado intentando aprender el autocontrol y la sensatez de Dimitri sabía que era peligroso, pero al resto de mi ser le gustaba abandonarse a aquella temeridad. No había conseguido librarme aún de mi oscura vena rebelde.

Mason sonrió cuando nos detuvimos con un derrape que levantó una nube de nieve.

—Bah, esto no es más que el calentamiento. Vamos, que Rose ha sido capaz de seguirme todo el rato. Un juego de niños.

Lissa hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Chicos, ¿no os parece que estáis llevando esto demasiado lejos?

Mason y yo nos miramos el uno al otro.

—No.

Ella meneó la cabeza una vez más.

—Bueno, nosotros nos vamos dentro. Intentad no mataros.

Christian y ella se marcharon cogidos del brazo. Yo los observé marcharse y a continuación me volví hacia Mason.

—-A mí me queda cuerda para un buen rato más. ¿Y a ti?

—Por supuesto.

Tomamos un remonte de vuelta a lo alto de la pista. Cuando estábamos a punto de lanzarnos hacia abajo, Mason dijo:

—Vale, a ver qué te parece esto: pasar esa zona de bañeras, después saltar por encima de esa cresta, un giro cerrado para volver, esquivar esos árboles de ahí y acabar allí.

Yo seguí el desplazamiento de su dedo al tiempo que éste trazaba un recorrido muy irregular que descendía por una de las pistas más pronunciadas. Fruncí el ceño.

—Eso sí que es una locura, Mase.

—Ajá —dijo con voz triunfal—. La chica por fin se raja.

Le puse mala cara.

—La chica no se raja —dije, y tras un nuevo repaso de aquel recorrido de locos, accedí—. Muy bien, vamos allá.

Me hizo un gesto.

—Tú primero.

Hice una inspiración profunda y arranqué de un salto. Mis esquís se deslizaban con suavidad sobre la nieve, y un viento gélido me azotaba la cara. Realicé el primer salto con precisión y elegancia, pero a medida que la siguiente parte del recorrido se acercaba a toda velocidad, yo me iba percatando de lo verdaderamente peligrosa que era. Tenía que tomar una decisión en aquella décima de segundo. Si no lo hacía, jamás dejaría de oír a Mason hablar de ello, y yo quería de verdad dejarle en evidencia. De conseguirlo, podría sentirme bien segura de lo increíblemente buena que era; pero si lo intentaba y la cagaba... podía romperme el cuello.

En algún lugar de mi cabeza, una voz que sonaba sospechosamente parecida a la de Dimitri comenzó a hablarme de sabias elecciones y de aprender cuándo había que guardar la compostura.

Decidí hacer caso omiso a aquella voz y me lancé a por ello.

El recorrido era tan difícil como me había temido, pero logré hacerlo de manera impecable, con un movimiento alucinante tras otro. La nieve saltaba por los aires a mi alrededor conforme iba haciendo cada giro pronunciado y peligroso. Cuando alcancé el final sana y salva, miré hacia arriba y vi a Mason, que hacía gestos como un loco. No podía distinguir la expresión de su rostro ni entender sus palabras, aunque me imaginaba sus gritos de reconocimiento. Le saludé con la mano y aguardé a que siguiera mi ejemplo.

Pero no lo hizo, porque cuando llegó hacia la mitad no pudo realizar uno de los saltos, se le engancharon los esquís, se le enredaron las piernas y se fue al suelo.

Llegué hasta él al mismo tiempo que lo hizo parte del personal de las instalaciones. Para alivio de todos, Mason no se había roto el cuello ni ninguna otra cosa. Tenía sin embargo el tobillo con aspecto de haber sufrido un buen esguince que, con toda probabilidad, le iba a impedir esquiar durante el resto del viaje.

Una de las instructoras que vigilaban las pistas llegó corriendo con una expresión de furia en el rostro.

—Pero ¿en qué estabais pensando, chicos? —exclamó. Se volvió hacia mí—. ¡No me lo podía creer cuando te he visto hacer todas esas estupideces! —y a continuación sus ojos se clavaron en Mason—. ¡Y tú vas y te pones a imitarla!

Yo quería dejar claro que todo había sido idea de él, pero las acusaciones daban igual en aquel momento. Me bastaba con alegrarme de que estuviese bien; aun así, en cuanto volvimos a entrar todos, el sentimiento de culpa comenzó a roerme por dentro. Había actuado de manera irresponsable. ¿Y si hubiera resultado malherido? Unas visiones horribles me bailaban por la imaginación: Mason con una pierna rota..., con el cuello roto...

Pero ¿dónde tenía yo la cabeza? Nadie me había obligado a hacer ese recorrido; Mason lo había sugerido... y yo no me había opuesto, y bien sabe Dios que es muy probable que hubiese podido negarme. Habría tenido quizá que aguantar algunas burlas, sin embargo Mason estaba lo bastante colado por mí como para que mis tretas femeninas hubiesen sido capaces de poner freno a su insensatez. La emoción y el riesgo me habían atrapado —igual que cuando besé a Dimitri— y yo no había meditado mucho las consecuencias porque dentro de mí, en secreto, aún acechaba el impulsivo deseo de hacer locuras. Mason también lo tenía, y el suyo había incitado al mío.

La voz de Dimitri en mi mente me reprendía de nuevo.

Después de que hubieran llevado a Mason sano y salvo de vuelta al refugio y que le aplicasen hielo en el tobillo, cogí nuestro equipo y lo saqué fuera para devolverlo al almacén. Cuando regresé al interior, lo hice por una puerta distinta de la habitual. Aquella entrada se encontraba detrás de un porche enorme, abierto y con una verja de adorno hecha de madera. Habían

construido el porche dentro de la pared de la montaña, y tenía unas vistas sobrecogedoras del resto de picos y valles que nos circundaban, si es que podías aguantar lo suficiente en aquellas gélidas temperaturas como para admirarlas, que no era el caso de la mayoría de la gente.

Subí las escaleras hasta el porche y al hacerlo me fui sacudiendo la nieve de las botas. Había en el aire un olor denso, fuerte y al mismo tiempo dulce. Tenía algo que me resultaba familiar, pero antes de que pudiese identificarlo, una voz se dirigió a mí de pronto, desde las sombras.

—Hola, pequeña dhampir.

Sorprendida, me di cuenta de que, en efecto, había alguien allí de pie, en el porche: un tío —un moroi— que estaba apoyado contra la pared, no muy lejos de la puerta. Se llevó un cigarrillo a los labios, dio una larga calada y a continuación lo tiró al suelo, pisó la colilla y me miró con una mueca en la cara. Eso era aquel olor, caí yo: cigarrillos aromáticos de clavo.

Con cautela, me detuve y me crucé de brazos al verle. Era un poco más bajo que Dimitri pero no con el aire tan desgarbado que algunos moroi acababan teniendo. Llevaba un abrigo de color gris marengo —probablemente de una carísima mezcla de lana y cachemira— que le quedaba muy bien, y unos zapatos de vestir, de piel, que eran una señal mayor, si cabe, de dinero. Tenía el pelo castaño y lo llevaba peinado, a propósito, de forma que pareciese algo dejado; sus ojos eran azules o verdes, no había la suficiente luz para poder asegurarlo. Una cara mona, supongo, y calculé que sería unos dos años mayor que yo. Tenía el aspecto de quien acaba de salir de una cena de etiqueta.

—¿Sí? —pregunté.

Me recorrió el cuerpo con la mirada. Yo estaba acostumbrada a llamar la atención de los chicos moroi, aunque no solía ocurrir de una manera tan obvia, ni tampoco solía ir envuelta en tanta ropa de invierno ni luciendo un ojo morado.

Se encogió de hombros.

—Sólo saludaba, eso es todo.

Me quedé esperando lo siguiente, pero lo único que hizo fue meter las manos en los bolsillos del abrigo. Con otro gesto de hombros por mi parte, avancé un par de pasos.

—Hueles bien, ¿sabes? —dijo de pronto.

Otra vez me detuve y le miré perpleja, lo que sólo consiguió ensanchar un poco más su sonrisa de astucia.

—Yo... mmm, ¿qué?

—Que hueles bien —repitió.

—¿Estás de coña? Llevo todo el día sudando y doy asco —quería marcharme, pero en aquel tío había algo inquietantemente cautivador. Como cuando presencias una catástrofe. No lo encontraba atractivo en sí, es sólo que de pronto sentí interés en hablar con él.

—El sudor no es malo dijo, apoyando la cabeza contra la pared y elevando pensativo la mirada—. Algunas de las mejores cosas de la vida ocurren mientras sudamos. Cierto, demasiado sudor, y si se deja un tiempo, se vuelve un asco, pero ¿en una mujer hermosa? Embriagador. Si tuvieses el olfato de un vampiro, sabrías de qué te hablo. La mayoría de la gente lo estropea duchándose en perfume; y el perfume puede ser bueno... en especial si consigues uno que vaya bien con tu química, aunque una pizca basta, digamos que una mezcla del veinte por ciento con el otro ochenta por ciento de tu propia transpiración... mmm —ladeó la cabeza y me miró—. Bien sexy.

De repente me acordé de Dimitri y de su loción de afeitado. Sí, *aquello* era bien sexy, pero estaba claro que no me iba a poner a contárselo a aquel tío.

—Bueno, gracias por la lección de higiene —le dije—, pero yo no uso perfume, y me voy a dar una ducha que me quite de encima todo este ajetreo sudoroso. Lo siento.

Sacó un paquete de tabaco y me ofreció un cigarrillo. Sólo se acercó un paso hacia mí; sin embargo, me bastó para oler algo más en él: alcohol. Rechacé los cigarrillos con un gesto negativo de la cabeza, y él sacó uno para sí.

—Un mal hábito —dije al tiempo que le veía encenderlo.

—Uno de tantos —respondió. Dio una calada profunda—. ¿Has venido con la St. Vlad?

—Sip.

—Entonces es que vas a ser guardiana cuando seas mayor.

—Obviamente.

Exhaló el humo, y yo observé cómo se alejaba en el aire de la noche. Con sentidos de vampiro o sin ellos, me sorprendía que pudiese oler algo que no fuese aquel tabaco de clavo.

—¿Y cuánto te falta para ser mayor? —me preguntó—. Puede que me haga falta un guardián.

—Me gradúo en primavera, pero ya me he comprometido. Lo siento.

La sorpresa apareció fugaz en sus ojos.

—¿En serio? ¿Y quién es él?

- *Ella* es Vasilisa Dragomir.

—Ah —una sonrisa enorme le cruzó la cara de oreja a oreja—. Percibí los problemas en cuanto te vi aparecer. Eres la hija de Janine Hathaway.

—Soy Rose Hathaway —le corregí yo queriendo evitar que se me encasillase por mi madre.

—Encantado de conocerte, Rose Hathaway —extendió una mano enguantada a la que yo dudé en responder—. Adrián Ivashkov.

—Mira quién fue a hablar de problemas —mascullé. Los Ivashkov eran una de las familias reales, una de las más ricas y poderosas. Eran ese tipo de gente que pensaba que podía conseguir todo lo que se le antojaba y que pasaba por encima de todo aquel que se hallase en su camino. No era de extrañar que fuese tan arrogante.

El se rió. Tenía una risa agradable, sonora y casi melodiosa. Me hizo pensar en una cuchara llena de caramelo líquido que se caía por los bordes.

—Útil, ¿verdad? Nuestra reputación nos precede a ambos.

Lo negué con un gesto de la cabeza.

—Tú no sabes nada sobre mí, y yo sólo he oído hablar de tu familia, no sé nada sobre ti.

—¿Querrías? —dijo de manera provocativa.

—Lo siento, no me van los tíos mayores.

—No soy tan mayor, tengo veintiuno.

—Tengo novio —era una especie de mentirijilla, porque Mason, ciertamente, no era aún mi novio, pero albergaba la esperanza de que Adrián me dejase en paz si le hacía pensar que no estaba libre.

—Qué curioso que no me lo hayas dicho de inmediato —se dijo Adrián—. No sería él quien te puso el ojo morado, ¿verdad?

Sentí que me ponía como un tomate, incluso con aquel frío. Había esperado que no se percatase de lo del ojo, lo cual era estúpido. Con su vista de vampiro, seguramente lo habría notado en cuanto pisé el porche.

—No seguiría vivo de haber sido él. Ocurrió durante... una clase. O sea, que me estoy preparando para ser guardiana, y nuestros combates son siempre duros.

—Eso suena muy interesante dijo, y tiró su segunda colilla al suelo y la apagó con el zapato.

—¿Que me dieran un puñetazo en el ojo?

—Venga, no, por supuesto que no. Me refiero a que la idea de un combate duro contigo suena interesante. Me encantan los deportes de contacto.

—No lo dudo —le dije cortante. Era arrogante y presuntuoso, pero aun así, no conseguía obligarme a salir de allí.

El sonido de unos pasos a mi espalda me hizo darme la vuelta. Mia vino por el sendero y subió los escalones. Al vernos, se detuvo en seco.

—Hola, Mia.

Nos miró a ambos de manera alternativa.

- ¿O*tro* tío? —preguntó ella. Por su tono de voz, se diría que yo tenía mi propio harén de hombres. Adrián me dirigió una mirada inquisitiva con cara de estar divirtiéndose. Yo apreté los dientes y decidí que aquello no era digno de respuesta. Opté por una desacostumbrada educación.

—Mia, él es Adrián Ivashkov.

Adrián se puso tan encantador como había estado conmigo y le dio la mano.

—Siempre es un placer conocer a una amiga de Rose, especialmente a una tan guapa —dijo como si él y yo nos conociésemos desde la infancia.

—No somos amigas —dije. Se acabó la educación por hoy.

—Rose sólo se relaciona con tíos y con psicópatas —dijo Mia con el tono de voz que solía dedicarme a mí, cargado de desprecio, pero con una expresión en el rostro que mostraba que Adrián, a todas luces, había captado su interés.

—Bueno —dijo él alegremente—, el hecho de que yo soy ambas cosas, un tío y un psicópata, explica el porqué de que seamos tan buenos amigos.

—Tú y yo tampoco somos amigos —le dije.

El se rió.

—Tú siempre haciéndote la difícil, ¿eh?

—No te creas que es tan difícil —dijo Mia, claramente molesta por el hecho de que Adrián me prestase más atención a mí—. No tienes más que preguntar a la mitad de los chicos del instituto.

—Ah, sí —repliqué—, y también puedes preguntar por Mia a la otra mitad. Si le haces un favor, ella te hará a ti un montón *de favores* —cuando Mia nos declaró la guerra a Lissa y a mí, consiguió convencer a un par de tíos para que contasen por el instituto que habían hecho ciertas cosas poco

honorables conmigo. Lo irónico del tema es que para convencerlos de que mintiesen por ella, fue Mia quien se acostó con ellos.

Un atisbo de incomodidad le cruzó el rostro, pero se mantuvo firme.

—Bueno —dijo—, pero yo, al menos, no los hago gratis.

Adrián imitó los rugidos de un felino.

—¿Has terminado? —pregunté a Mia—. Ya se ha pasado tu hora de irte a la cama, y a los adultos les gustaría charlar un rato —el aspecto infantil que tenía era un tema delicado para ella y que yo solía disfrutar explotando.

—Claro —dijo con voz resuelta. Las mejillas se le sonrojaron, y aquello intensificó su aire de muñequita de porcelana—. De todas formas, tengo cosas mejores que hacer —se volvió en dirección a la puerta y, al posar la mano sobre ésta, se detuvo y miró a Adrián—. Su madre le puso el ojo así, ¿sabes?

Se marchó dentro, y las elaboradas puertas de cristal se cerraron tras su espalda.

Adrián y yo nos quedamos allí en silencio. Finalmente, él volvió a sacar los cigarrillos y se encendió otro.

—¿Tu madre?

—Cierra la boca.

—Tú eres de esas personas que, o tienen amigos del alma, o tienen enemigos acérrimos, ¿verdad? Sin término medio. Seguramente Vasilisa y tú seréis como hermanas, ¿eh?

—Supongo.

—¿Cómo le va?

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros y, por un momento, habría jurado que estaba exagerando un poco su naturalidad.

—No sé, vamos, sí sé que os largasteis... y que pasó todo ese asunto de su familia y Víctor Dashkov...

Me puse tensa ante la mención de Victor.

—¿Y?

—No sé, me imaginé que sería mucho para que ella, ya sabes, lo llevase bien.

Estudié a Adrián con detenimiento y me pregunté dónde querría ir a parar. Se había producido una mínima filtración acerca de la frágil salud mental de Lissa, pero también se había conseguido controlar a la

perfección. La mayoría de la gente ya ni se acordaba de aquello o había asumido que era falso.

—Tengo que irme —decidí que, en ese preciso instante, evitar el tema era la mejor táctica.

—¿Estás segura? —sonó sólo ligeramente decepcionado. En su mayor parte, mantenía el mismo aspecto de gallito y de estar divirtiéndose de antes. Algo en él continuaba intrigándome, pero fuera lo que fuese, no era suficiente para combatir todo lo demás que yo sentía, o para que me arriesgase a hablar de Lissa—. Pensé que a los adultos nos apetecía charlar un rato. Hay montones de cosas de adultos sobre las que me gustaría charlar.

—Es tarde, estoy cansada, y tus cigarrillos me están dando dolor de cabeza —gruñí.

—Supongo que me lo merezco dio otra calada al cigarrillo y exhaló el humo—. Algunas mujeres creen que me da un aire sexy.

—Yo creo que te los fumas para tener algo que hacer mientras se te ocurre tu siguiente frase ingeniosa.

Se atragantó con el humo, sorprendido entre una calada y la risa.

Rose Hathaway, ya tengo ganas de volver a verte. Si cansada y molesta eres así de encantadora, y estás así de bien aun herida y en ropa de esquí, en buenas condiciones tienes que ser devastadora.

—Si por «devastadora» entendemos que debes temer por tu vida, entonces sí, has dado en el clavo abrí la puerta de golpe—. Buenas noches, Adrián.

—Nos vemos.

—No lo creo. Ya te lo he dicho. No me van los tíos mayores.

Me metí en el refugio y, al cerrarse la puerta, apenas le oí decir a mi espalda:

—Ya te digo, no te van nada.

Capítulo 11

Lissa se había puesto en pie y se había marchado antes de que yo me levantase siquiera, y eso significaba que disponía del cuarto de baño para mí sola mientras me preparaba para el día. Aquel baño me encantaba, era inmenso, mi gigantesca cama habría cabido allí dentro sin problemas. Una ducha de tres chorros diferentes de agua hirviendo me terminó de despertar, aunque los músculos me dolían del día anterior. De pie, frente al espejo de cuerpo entero y mientras me peinaba, vi con cierta decepción que el morado aún seguía ahí, aunque era significativamente menos llamativo y se había puesto amarillento. Un poco de maquillaje y de colorete lo taparon casi por completo.

Me dirigí escaleras abajo en busca de comida. En el comedor estaban justo recogiendo el desayuno, pero una de las camareras me dio un par de porciones de mazapán de melocotón para llevar. Al tiempo que masticaba uno al caminar, abrí bien mis sentidos para percibir por dónde andaba Lissa. Tras unos instantes, la presentí en el otro extremo del refugio, lejos de las habitaciones de los alumnos. Seguí el rastro hasta que llegué frente a una habitación del tercer piso. Llamé.

Christian abrió la puerta.

—Aquí llega la bella durmiente. Bienvenida.

Me condujo al interior. Lissa estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas y sonrió al verme. La habitación resultaba tan suntuosa como la mía, pero habían apartado la mayor parte de los muebles para hacer sitio, y allí, en el área que había quedado despejada, se encontraba Tasha de pie.

—Buenos días —dijo ella.

—Hey —le dije yo. Se acabó el evitarla.

Lissa dio unas palmaditas a su lado, sobre la cama.

—Tienes que ver esto.

—¿Qué es lo que pasa? —me senté allí y me terminé el mazapán que me quedaba.

—Nada bueno —dijo con malicia—. Te va a gustar.

Christian se situó en la zona despejada y se colocó frente a Tasha. Ambos se observaron y se olvidaron de Lissa y de mí. En apariencia, yo

había interrumpido algo.

—Entonces, ¿por qué no seguir usando el hechizo de combustión y ya está? —preguntó Christian.

—Porque consume mucha energía —le contestó ella. Incluso en vaqueros y con una coleta, y su cicatriz, conseguía un aspecto ridículamente mono—. Además, es muy probable que mates a tu adversario.

El se burló.

—¿Y por qué no habría yo de querer matar a un strigoi?

—Es posible que no siempre te encuentres luchando con uno. O puede que necesites que te den alguna información. Pase lo que pase, deberías estar preparado para todo.

Estaban practicando magia de ataque, pude darme cuenta. La emoción y el interés reemplazaron el mal humor que se me había puesto al ver a Tasha. Lissa no bromeaba al decir que no hacían «nada bueno». Yo siempre había sospechado que practicaban la magia de ataque, pero... vaya. Pensar en ello y verlo con tus propios ojos son dos cosas muy distintas. Estaba prohibido usar la magia como arma. Que un alumno se dedicase a hacer pruebas con ella se podía perdonar y saldar con un simple castigo, pero que un adulto enseñase activamente a un menor... vamos, aquello podía meter a Tasha en serios problemas. Por una décima de segundo jugueteé con la idea de delatarla, aunque descarté la posibilidad de inmediato. Podía odiarla por andar detrás de Dimitri, sin embargo una parte de mí en cierta forma creía en lo que Christian y ella estaban haciendo. Además, aquello molaba y punto.

—Un hechizo de distracción es prácticamente igual de útil —prosiguió ella. Sus ojos azules adoptaron esa concentración que yo tan a menudo había visto adquirir a los moroi al hacer uso de la magia. Su muñeca osciló hacia delante y una llamarada de fuego pasó rozando el rostro de Christian. No le tocó, pero a juzgar por su respingo, sospeché que le había pasado lo bastante cerca como para que él sintiese su calor—. Inténtalo tú —le dijo.

Christian vaciló sólo por un instante y a continuación realizó con la mano el mismo movimiento que había hecho ella. La llama salió disparada, pero sin el menor rastro en ella del refinado control que la de Tasha había exhibido. Él tampoco tenía su puntería: le salió directa a su cara, pero antes de que pudiese alcanzar el rostro de Tasha, se dividió en dos y la rodeó, casi como si hubiese impactado contra un escudo invisible. Ella había desviado la llamarada con su propia magia.

—No está mal, si obviamos el hecho de que me habrías chamuscado la cara.

Ni yo misma hubiera deseado que le quemasen la cara, pero en lo referente al pelo... oh, sí. Entonces veríamos lo guapa que estaba sin esa melena de color negro azabache.

Christian y ella siguieron practicando un buen rato más. El fue mejorando conforme pasaba el tiempo, si bien quedó claro que aún le faltaba un trecho para alcanzar la técnica de Tasha. Mi interés fue creciendo y creciendo según avanzaban, y me encontré valorando todas las posibilidades que podía ofrecer aquella magia.

Pusieron fin a su clase cuando Tasha dijo que tenía que marcharse. Christian suspiró, claramente frustrado por no haber sido capaz de dominar el hechizo en una hora. Su naturaleza competitiva era casi tan fuerte como la mía.

—Yo sigo pensando que sería más fácil quemarlos enteros y fuera —discutió él.

Tasha sonrió mientras se cepillaba el pelo y se tensaba la coleta. Ya te digo, definitivamente se las apañaría sin ese pelo, en particular, por lo mucho que yo sabía que a Dimitri le gustaba el pelo largo.

—Es más fácil porque requiere menos concentración. Es vaguería. Tu magia será más fuerte a largo plazo si eres capaz de aprender esto y, como ya te he dicho, tiene su utilidad.

Yo no deseaba estar de acuerdo con ella, pero no podía evitarlo.

—Resultaría realmente útil si estuvieras luchando junto con un guardián —dije emocionada—, en especial si quemar vivo a un strigoi consume tanta energía. De esta otra forma. Sólo utilizas un golpe rápido de tus fuerzas para distraer al strigoi, y vaya si lo distraerá con lo mucho que odian ellos el fuego. Ese es todo el tiempo que un guardián necesita para clavarle una estaca. Así puedes acabar con todo un grupo de strigoi.

Tasha me sonrió. Algunos moroi —como Lissa y Christian— sonreían sin enseñar los dientes. Tasha siempre enseñaba los suyos, colmillos incluidos.

—Exacto. Tú y yo tenemos que salir un día a cazar strigoi —bromeó conmigo.

—Me parece que no —le respondí.

No es que las palabras tuviesen nada de malo en sí o de por sí, pero el tono que utilicé al pronunciarlas sin duda lo tenía: frío, desagradable. Tasha

pareció momentáneamente sorprendida por mi repentino cambio de actitud, pero se repuso. La perplejidad que sentía Lissa me llegó a través del vínculo.

Tasha, sin embargo, no parecía molesta. Charló un rato más con nosotros y quedó con Christian para verse y cenar juntos. Lissa me miraba de manera contundente según bajábamos ella, Christian y yo por la intrincada escalera de caracol que conducía al vestíbulo.

—¿A qué ha venido eso? —me preguntó.

—A qué ha venido qué? —le dije en plan inocente.

—Rose —contestó de manera significativa. Resultaba difícil hacerse la tonta cuando tu amiga era consciente de que le podías leer el pensamiento. Yo sabía a la perfección de qué hablaba—. Que te hayas pasado tanto con Tasha.

—No me he pasado tanto.

—Has sido una borde —exclamó mientras se apartaba del camino de una marabunta de niños moroi que venían corriendo por el vestíbulo. Iban bien embutidos en sus parkas, seguidos por el monitor de esquí, un moroi, con cara de agotado.

Puse los brazos en jarras.

—Mira, es sólo que estoy de mal humor, ¿vale? No he dormido mucho. Además, yo no soy como tú, yo no tengo que ser educada siempre.

Tal y como venía ocurriendo tan a menudo últimamente, no me podía ni creer lo que acababa de decir. Lissa se me quedó mirando, más atónita que dolida. Christian puso mala cara, a punto de contestarme, cuando el bendito Mason se acercó a nosotros. No le habían escayolado ni nada, pero sufría una leve cojera al andar.

—Eh, qué pasa, cojito —le dije al tiempo que le cogía de la mano. Christian contuvo su ira hacia mí para más tarde y se volvió hacia Mason.

—¿Es verdad eso de que tus intentos de suicidio por fin te han pasado factura?

Mason tenía la mirada fija sobre mí.

—¿Es verdad eso de que te has estado viendo con Adrián Ivashkov?

—No... ¿qué?

—He oído que os emborrachasteis anoche.

—¿Hiciste eso? —preguntó Lissa, perpleja.

Miré a ambos rostros de forma alternativa.

—¡No, por supuesto que no! Si apenas le conozco.

—Pero *le conoces* —me presionó Mason.

—Apenas.

—Tiene mala reputación —advirtió Lissa.

—Ya te digo —apostilló Christian, y una lista enorme de chicas.

No me lo podía creer.

—¿Vais a dejarlo ya? ¡Hablé con él, no sé, como unos cinco minutos! Y únicamente porque me bloqueaba la entrada. ¿De dónde has sacado todo eso? —yo misma me respondí de inmediato—. Mia —Mason asintió y tuvo la decencia de parecer avergonzado —. ¿Y desde cuándo hablas tú con Mia? —le pregunté.

—Me crucé con ella, eso es todo —me dijo.

—¿Y la creíste? Sabes que miente la mitad de las veces.

—Sí, pero suele haber algo cierto en las mentiras, y tú *sí* que hablaste con él.

—Sí, *hablar.* Eso es.

Yo había estado haciendo un esfuerzo sincero por tomarme en serio lo de salir con Mason, así que no me hizo ninguna gracia que no me creyese. Hasta me había ayudado a desentrañar las mentiras de Mia con anterioridad, aquel mismo año escolar, así que me sorprendió que ahora se pusiese tan paranoico con ellas. Es posible que de haber aumentado sus sentimientos hacia mí, fuese más susceptible a los celos.

De modo sorprendente, fue Christian quien salió al rescate y cambió de tema.

—Supongo que hoy nada de esquí, ¿eh? —señaló el tobillo de Mason y provocó de inmediato una respuesta de indignación.

—¿Qué, es que piensas que esto me va a frenar? —preguntó Mason.

Su enfado se diluyó, reemplazado por la ardiente necesidad de demostrar su valía, una necesidad que ambos compartíamos. Lissa y Christian se le quedaron mirando como si estuviera loco, pero yo sabía que nada de lo que dijésemos iba a detenerlo.

—¿Queréis veniros con nosotros? —pregunté a Lissa y a Christian.

Lissa negó con la cabeza.

—No podemos, tenemos que ir a ese almuerzo que dan los Conta.

Christian gruñó.

—Bueno, *tú* tienes que ir.

Ella le dio un toque con el codo.

—Y tú también. La invitación decía que puedo llevar a un invitado. Además, no es más que un aperitivo de labran fiesta.

—¿Y ésa cuál es? —preguntó Mason.

—La supercena de Priscilla Voda —suspiró Christian. Verle tan afligido me hizo sonreír—. La mejor amiga de la reina. Lo más esnob de la realeza estará allí, y yo voy a tener que ponerme traje y corbata.

Mason me sonrió. Había desaparecido su actitud antagónica previa.

—Lo de esquiar suena cada vez mejor, ¿eh? Sin tanta etiqueta.

Dejamos atrás a los moroi y salimos al exterior. Mason no podía competir conmigo de la misma forma que el día anterior, sus movimientos eran lentos y torpes; aun así, teniéndolo todo en cuenta, hay que decir que se manejaba considerablemente bien. La lesión no era tan grave como nos habíamos temido, pero él tuvo la prudencia de limitarse a bajar por pistas de una facilidad extrema.

La luna llena se hallaba suspendida en el vacío, una esfera brillante de un color blanco plateado. La iluminación de los focos eléctricos la derrotaba sobre el terreno en su mayoría, pero aquí y allá, entre las sombras, la luna lograba proyectar su luz. Me hubiese gustado que hubiera sido lo bastante brillante para mostrar la cadena de montañas que nos rodeaba, pero aquellos picos permanecían envueltos en un manto de oscuridad. Se me había olvidado salir a mirarlos un rato antes, cuando aun había luz.

Las pistas eran facilísimas para mí, pero me quedé con Mason y sólo de vez en cuando me metía con él por lo soporífero que me estaba resultando su esquí preventivo. Fueran o no aburridas las pistas, era agradable encontrarse al aire libre con tus amigos, y la actividad me movía la circulación lo suficiente como para entrar en calor frente al aire frío. Los postes de la luz iluminaban la nieve y la convertían en un inmenso mar de color blanco con el débil brillo de los cristales de los copos. Y si conseguía apartarme y sacar aquellas luces de mi campo visual, podría levantar la vista y ver las estrellas desparramadas por el cielo. Aparecían nítidas y cristalinas en el aire limpio y gélido. Volvimos a quedarnos fuera la mayor parte de la jornada, pero esta vez fingí estar cansada y pedí que lo dejásemos antes, de manera que Mason pudiese tomarse un respiro. Era capaz de apañarse con el tobillo delicado en ese esquí tan sencillo, pero yo notaba que le estaba empezando a doler.

Mason y yo nos dirigimos de vuelta al refugio, caminando muy cerca el uno del otro y riéndonos de algo que habíamos visto antes. De repente,

percibí un fogonazo blanco en mi visión periférica y una bola de nieve impactó en la cara de Mason. Yo me puse de inmediato a la defensiva con un salto hacia atrás y observé los alrededores. Se oían voces y gritos que provenían de un área dentro del terreno de las instalaciones, donde había cobertizos para almacenar materiales y unos pinos muy altos.

—Demasiado lento, Ashford —gritó alguien—. No es bueno estar enamorado.

Más risas. El mejor amigo de Mason, Eddie Castile, y unos pocos novicios más del instituto aparecieron desde detrás de un grupo de árboles. Más allá de ellos, yo seguía oyendo voces.

—De todas formas, aún te aceptamos si es que quieres estar en nuestro equipo dijo Eddie—. Aunque esquives como una tía.

¿Equipo? —pregunté con cara de emoción.

Allá, en la academia, estaba estrictamente prohibido lanzarse bolas de nieve. La dirección del instituto tenía el inexplicable temor de que nos tirásemos bolas con trozos de cristal o cuchillas dentro, si bien yo no tenía ni la menor idea de cómo pensaban ellos que nos podíamos hacer nosotros con ese tipo de cosas, para empezar.

No es que una guerra de bolas de nieve fuese *tan* rebelde, pero después de toda la presión a la que me había visto sometida últimamente, ponerte a tirar cosas a los que tienes delante de pronto sonaba como la mejor idea que hubiera oído en una temporada. Mason y yo nos fuimos corriendo con los demás, y la perspectiva de una guerra prohibida le proporcionó unas renovadas energías que le hicieron olvidarse del dolor en su tobillo. Nos entregamos a la lucha con un entusiasmo exagerado.

La batalla pronto se convirtió en una cuestión de darle a la mayor cantidad de gente posible al tiempo que se esquivaban los ataques de los demás. Yo era excepcional en ambas cosas y agravé la inmadurez de aquello dedicándome a abuchear y vociferar insultos estúpidos a mis víctimas.

Para el momento en que alguien se dio cuenta de lo que estábamos haciendo y se puso a darnos voces, todos nos encontrábamos ya partidos de risa y cubiertos de nieve. De nuevo, Mason y yo nos dirigimos de vuelta al refugio, y estábamos de un humor tan genial, que supe que el tema de Adrián había quedado bien atrás.

Es más, Mason me miró justo antes de que entrásemos.

—Yo, bueno, siento haber saltado antes contra ti por lo de Adrián.

Le apreté la mano.

—Está bien. Sé que Mia es capaz de contar algunos cuentos muy convincentes.

—Sí... pero aunque tú estuvieses con él... no es que yo tenga ningún derecho...

Le miré fijamente, sorprendida al ver la impronta de la timidez en su semblante casi siempre desenvuelto.

—¿No lo tienes? —pregunté.

Sus labios adoptaron una sonrisa.

—¿Lo tengo?

Le devolví la sonrisa, di un paso al frente y le besé. Noté sus labios sorprendentemente cálidos en aquel aire gélido. No fue como ese beso demoledor que había tenido con Dimitri antes del viaje, pero fue dulce y agradable. Una especie de beso de amigo que podía convertirse en algo más. Al menos, así era como yo lo veía. Por la cara de Mason, parecía como si todo su mundo se hubiese tambaleado.

—Vaya —dijo con los ojos como platos. La luz de la luna les daba un color azul plateado.

—¿Lo ves? No hay nada de lo que preocuparse, ni Adrián, ni nadie.

Nos volvimos a besar —un beso un poco más largo esta vez— antes de separarnos. Estaba claro que Mason se encontraba de mejor humor, tanto como podía estar, y yo me metí en la cama con una sonrisa en la cara. No estaba técnicamente segura de que fuésemos pareja entonces, aunque estábamos muy cerca de serlo.

Pero cuando me dormí, soñé con Adrián Ivashkov.

Otra vez me hallaba con él en el porche, sólo que era verano. El aire resultaba templado y agradable, y el sol brillaba en el cielo cubriéndolo todo de una luz dorada. No había estado expuesta a tanto sol desde que vivía entre los humanos. A mi alrededor, las montañas y los valles eran verdes y estaban repletos de vida; los pájaros trinaban por todas partes. Adrián se apoyó contra la valla del porche y le costó reaccionar al verme.

—Eh, no esperaba verte por aquí —sonrió—. Estaba en lo cierto. *Eres* devastadora cuando te arreglas —de forma instintiva, me toqué la piel alrededor del ojo—. Ha desaparecido —me dijo.

Aun sin poder verlo, de alguna forma sabía que tenía razón.

—No estás fumando.

—Un mal hábito —dijo. Me hizo un gesto con la cabeza—. ¿Tienes miedo? Vas muy protegida.

Fruncí el ceño y bajé la vista. No me había percatado de mi atuendo. Llevaba unos vaqueros bordados que vi una vez pero que no me había podido permitir. Me había puesto una camiseta recortada que me dejaba la tripa al aire, y lucía un piercing en el ombligo. Siempre había querido perforarme el ombligo, pero tampoco había podido permitírmelo. Ahora llevaba un pequeño amuleto de plata que oscilaba, y de su extremo pendía el colgante raro del ojo azul que me había regalado mi madre. Tenía el *chotkí* de Lissa atado en la muñeca.

Levanté la vista de nuevo a Adrián y observé la forma en que el sol iluminaba su pelo castaño. Allí, a plena luz del día, pude ver que sus ojos eran en realidad verdes, de un verde esmeralda oscuro en contraste con el verde jade pálido de los de Lissa. De repente caí en algo sorprendente.

—¿No te molesta todo este sol?

Él se encogió de hombros sin ganas.

—Qué va. Es mi sueño.

—No, es *mi* sueño.

—¿Estás segura? —recuperó la sonrisa.

Yo me sentí confusa.

—No... no lo sé.

Se carcajeó, pero un instante después, la risa se desvaneció. Por vez primera desde que le conocí, tenía un aspecto serio.

—¿Por qué hay tanta oscuridad a tu alrededor?

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Estás rodeada de oscuridad —sus ojos me estudiaban a conciencia, pero no como si me estuviesen evaluando—. Nunca he visto a nadie como tú. Sombras por todas partes. Jamás me lo habría imaginado. Mientras estás aquí, de pie, las sombras incluso siguen creciendo.

Me miré las manos aunque no vi nada fuera de lo normal. Volví a mirar al frente.

—Estoy bendecida por la sombra...

—¿Qué significa eso?

—Morí una vez —nunca había hablado de eso a nadie aparte de Lissa y de Víctor Dashkov, pero aquello era un sueño, no importaba—. Y regresé.

El asombro le iluminó el rostro.

—Mmm, interesante...

Me desperté.

Alguien me estaba zarandeando. Era Lissa. Sus sentimientos me alcanzaron con tanta fuerza a través del vínculo que me arrastraron al interior de su mente y me encontré mirándome a mí misma. La palabra «raro» ni siquiera daba para empezar a describirlo. Me forcé a volver de nuevo a mí e intenté filtrar el terror y la alarma que provenían de ella.

—¿Qué pasa?

—Ha habido otro ataque de los strigoi.

Capítulo 12

Salté de la cama como un rayo. Nos encontramos a todo el refugio en ebullición por las noticias: gente reunida en pequeños grupos en los pasillos, familiares que se buscaban los unos a los otros. Algunas conversaciones se producían entre suspiros aterrorizados; otras en voz alta y resultaba fácil seguirlas. Detuve a algunas personas en un intento por obtener la versión buena de los hechos, pero cada cual tenía su propio relato de lo que había pasado, y algunos ni siquiera se paraban a hablar. Pasaban a toda prisa, o bien en busca de sus seres queridos, o preparándose para abandonar las instalaciones, convencidos de que debía de haber un sitio más seguro en alguna parte.

Frustrada por unos relatos tan dispares, finalmente —de muy mala gana— admití que tendría que buscar a una de las dos fuentes que me facilitarían una información sólida: mi madre o Dimitri. Era como echarlo a cara o cruz. En aquel preciso instante no se podía decir que me emocionase ninguna de las dos opciones. Lo pensé un momento y por fin me decidí por mi madre, en vista de que ella no se lo hacía con Tasha Ozzera.

La puerta de la habitación de mi madre estaba entornada, y en cuanto Lissa y yo entramos, vi que habían montado en su cuarto una especie de centro de mando improvisado. Por allí rondaban montones de guardianes, entraban, salían y discutían la estrategia. Algunos nos miraron con cara rara, pero nadie nos detuvo ni nos hizo ninguna pregunta. Lissa y yo nos colamos hasta un sofá para escuchar la conversación que estaba manteniendo mi madre.

Se encontraba de pie con un grupo de guardianes, uno de los cuales era Dimitri. Se acabó el evitarle. Sus ojos marrones se fijaron brevemente en mí, y yo desvié la mirada. No tenía ganas de enfrentarme con mis atormentados sentimientos en aquel preciso instante.

Lissa y yo nos enteramos enseguida de los detalles. Ocho moroi habían sido asesinados junto con sus cinco guardianes. Tres moroi habían desaparecido, o bien muertos o bien convertidos en strigoi. La verdad es que el ataque no se había producido cerca de allí, había ocurrido en algún lugar del norte de California, sin embargo, no se podía evitar que una

tragedia como aquélla resonase por todo el universo moroi y, para algunos, dos estados de distancia era algo demasiado cercano. La gente estaba aterrorizada, y muy pronto supe qué hacía de este ataque en particular algo tan llamativo.

Han tenido que ser más que la última vez dijo mi madre.

—¿Más? —exclamó otro de los guardianes—. Aquel grupo de la última vez ya era algo sin precedentes. Yo sigo sin poder creerme que siete strigoi se las arreglaran para actuar en conjunto, ¿esperas que me crea que han conseguido organizarse más aún?

—Sí —le soltó mi madre.

—¿Algún indicio de humanos? —preguntó alguien.

Mi madre vaciló y respondió:

—Sí. Más defensas rotas, y la manera en que todo se llevó a cabo... es idéntica al ataque a los Badica.

Su voz era dura, pero también había una especie de cansancio en ella; no se trataba de agotamiento físico, no obstante, me di cuenta de que era mental. Tensión y dolor provocados por el tema del que hablaban. Siempre había pensado en mi madre como en una especie de máquina insensible de matar, pero quedaba patente que aquello resultaba duro para ella, un tema difícil y desagradable que debatir, pero al mismo tiempo lo afrontaba sin vacilar. Era su deber.

Se me formó un nudo en la garganta que tragué rápidamente. Humanos. Idéntico al ataque a los Badica. Desde aquella masacre, habíamos analizado de forma extensa lo desacostumbrado que resultaba que un grupo tan grande de strigoi se organizase y recluíase a seres humanos. Nos habíamos dedicado a hablar en términos vagos sobre «si algo como esto volvía a pasar alguna vez...», pero nadie había hablado en serio sobre la posibilidad de que este grupo —los asesinos de los Badica— volviesen a hacerlo. Una sola vez era una casualidad: puede que unos cuantos strigoi se hubieran encontrado y de manera impulsiva hubiesen decidido salir de caza. Era horrible, pero podíamos soportarlo.

Sin embargo, ahora... ahora parecía que aquel grupo de strigoi no había sido algo casual. Se habían unido con toda la intención, utilizado a los humanos de forma estratégica y atacado de nuevo. Ahora teníamos lo que podía ser un patrón: strigoi que buscaban de forma activa grandes grupos de presas.

Asesinatos en serie. No podíamos ya confiar en la magia protectora de las defensas, ni siquiera podíamos confiar en la luz del sol. Los humanos podían desplazarse de día, explorar y sabotear. La luz ya no era segura.

Recordé lo que yo misma le había dicho a Dimitri en la casa de los Badica: «Esto lo cambia todo, ¿verdad?».

Mi madre pasó unas hojas que tenía sujetas con el clip de su tablilla.

—No disponen aún de los detalles de criminalística, pero esto no lo podría haber hecho el mismo número de strigoi. No escapó ninguno de los Drozdov o de su personal. Con cinco guardianes, a siete strigoi les hubiera preocupado, al menos de forma temporal, que alguno se escapase. Nos encontramos ante nueve o puede que diez.

—Janine tiene razón dijo Dimitri—, y si nos fijamos en el escenario... es demasiado grande. Siete no habrían podido cubrirlo.

Los Drozdov eran una de las doce familias reales, próspera y numerosa, no como el agonizante clan de Lissa. Gozaban de una larga lista con miembros de sobra en la familia, pero obviamente, un ataque como aquél seguía siendo horrible. Además, había algo acerca de ellos que me tenía dándole vueltas a la cabeza, algo de lo que yo debería acordarme... algo que yo debía saber sobre los Drozdov.

Mientras que una parte de mi cerebro intentaba darle una explicación a aquello, yo observaba a mi madre con fascinación. La había escuchado contarme sus historias, había visto y sentido sus peleas, pero en realidad, de verdad, nunca la había visto en directo en acción durante una crisis. Hasta el último de sus gestos era una muestra de aquel férreo control que ejercía sobre mí, pero allí fui capaz de ver lo necesario que era. Una situación así generaba pánico. Incluso entre los guardianes, yo podía notar quién estaba tan nervioso que deseaba hacer algo drástico, y mi madre era la voz de la razón, un recordatorio de que debían permanecer concentrados y evaluar por completo la situación. Su compostura calmaba a todo el mundo, su carácter fuerte los inspiraba. Así, pude darme cuenta, era como se comportaba un líder.

Dimitri se hallaba tan sereno como mi madre, pero le había conferido a ella la organización de las cosas. A veces tenía que recordarme a mí misma que él era joven, teniendo en cuenta la edad de los guardianes. Continuaron discutiendo el ataque, cómo los Drozdov estaban celebrando una fiesta de Navidad tardía en un salón de banquetes cuando los atacaron.

—Primero los Badica, luego los Drozdov —dijo otro guardián entre dientes—. Van a por la realeza.

—Van a por los moroi —dijo Dimitri con rotundidad—. Realeza, no realeza; no importa.

Realeza, no realeza. De pronto supe por qué los Drozdov eran importantes. Mis instintos espontáneos querían que me lanzase a preguntar allí mismo, pero no fui tan torpe, ésa era la verdadera cuestión: no era el momento para conductas irracionales. Deseaba ser tan fuerte como mi madre y Dimitri, así que aguardé hasta que finalizó su debate.

Cuando el grupo comenzó a disgregarse, me levanté de un salto del sofá y me abrí paso hasta mi madre.

—Rose —dijo sorprendida. Igual que en la clase de Stan, no se había dado cuenta de que yo me encontraba en la habitación—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Era una pregunta tan estúpida que ni siquiera intenté responderla. ¿Qué pensaba ella que estaba haciendo yo allí? Se trataba de una de las cosas más importantes que les habían pasado a los moroi. Señalé hacia su tablilla.

—¿A quién más han matado?

La irritación hizo que se le arrugase la frente.

—Drozdov.

—Pero ¿a quién más?

—Rose, no tenemos tiempo...

—Tienen personal, ¿no? Dimitri ha dicho «no realeza», ¿quiénes son?

Volví a ver el cansancio en ella. Se tomaba aquellas muertes muy a pecho.

—No me sé todos los nombres —volvió unas pocas hojas y giró la tablilla hacia mí—. Ahí.

Escruté la lista. El corazón se me vino a los pies.

—Vale le dije—. Gracias.

Lissa y yo dejamos que se dedicaran a lo suyo. Ojalá yo hubiese podido ayudarlos, pero los guardianes ya funcionaban como la seda y con eficiencia ellos solitos; no necesitaban novicios dando guerra por allí.

—¿De qué iba eso? —me preguntó Lissa mientras nos dirigíamos de vuelta a la zona principal del refugio.

Del personal de los Drozdov —le dije—. La madre de Mia trabajaba para ellos...

La respiración de Lissa se entrecortó.

—¿Y?

Suspiré.

—Y su nombre estaba en la lista.

—Dios, no —Lissa se detuvo, se le quedó la mirada en blanco y contuvo las lágrimas—. Dios, no —repitió.

Me coloqué delante de ella y le puse las manos sobre los hombros. Estaba temblando.

—Está bien —le dije. Su temor me llegaba en oleadas, pero se trataba de un temor anestesiado—. Todo esto va a salir bien.

—Tú los has oído —me dijo—. ¡Hay una banda de strigoi que se está organizando y nos ataca! ¿Cuántos son? ¿Van a venir aquí?

—No —le dije con firmeza. No tenía pruebas de aquello, por supuesto —. Aquí estamos a salvo.

—Pobre Mia...

No había nada que yo le pudiese decir a eso. Pensaba que Mia era una zorra integral, pero aquello no se lo desearía a nadie, ni siquiera a mi peor enemigo, que, técnicamente, era ella. Corregí esa idea de inmediato. Mia no era mi peor enemigo.

No pude separarme de Lissa durante el resto del día. Yo sabía que no había strigoi al acecho en el refugio, pero mi instinto protector se había puesto a un nivel altísimo. Los guardianes protegían a sus moroi. Como siempre, también me preocupé por si se enfadaba o si sentía ansiedad, así que hice lo que pude por disipar esos sentimientos.

Los demás guardianes también proporcionaron tranquilidad a los moroi. No iban con ellos codo con codo, sino que reforzaron la seguridad del refugio y permanecieron en comunicación constante con los guardianes que se hallaban en la escena del ataque. Durante todo el día fue llegando la información sobre los detalles truculentos y las especulaciones sobre dónde se encontraba el grupo de strigoi. De esto, muy poco se compartía con los novicios, por supuesto.

Mientras los guardianes se dedicaban a lo que mejor sabían hacer, los moroi también se emplearon en aquello que —por desgracia— mejor hacían: *hablar.*

Con tanta realeza y otros moroi importantes en el refugio, aquella noche se organizó una reunión para discutir lo que había ocurrido y lo que se podía hacer en el futuro. No se decidiría allí nada de carácter oficial, los moroi tenían una reina y un Consejo de Gobierno en otra parte que se

encargaban de ese tipo de determinaciones. Todo el mundo era consciente, sin embargo, de que las opiniones que de allí saliesen ascenderían por la cadena de mando. Nuestra seguridad en el futuro bien podría depender de lo que iba a discutirse en aquella reunión.

Se celebraba en un enorme salón de banquetes dentro del refugio, que disponía de un podio y gran cantidad de asientos. A pesar del ambiente de formalidad, se notaba que aquel salón se había diseñado para otras cosas distintas a reuniones que tratasen temas relativos a masacres y su defensa. La alfombra tenía la textura del terciopelo y exhibía un diseño ornamental de flores en tonos plateados y negros. Las sillas estaban hechas de madera negra brillante y contaban con unos altos respaldos, claramente pensadas para las cenas de lujo. De las paredes colgaban cuadros de miembros de la realeza moroi de épocas pasadas. Me quedé un momento mirando uno de una reina cuyo nombre ignoraba y que lucía un vestido anticuado —demasiado recargado de encaje para mi gusto— y el pelo de color claro como el de Lissa.

Un tío al que no conocía se encontraba a cargo de moderar la reunión y estaba de pie, en el podio. La mayoría de la realeza disponible se había congregado en la parte delantera del salón. Todos los demás, alumnos incluidos, se sentaron donde pudieron. Para ese momento, Christian y Mason nos habían localizado a Lissa y a mí, y todos nos dirigimos a sentarnos en la parte de atrás cuando Lissa de repente hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Me voy a sentar delante.

Los otros tres nos quedamos mirándola. Yo estaba demasiado anonadada como para auscultar su mente.

—Mirad —señaló con el dedo—. La realeza está allí sentada, por familias.

Era cierto. Los miembros de los clanes se habían agrupado para estar cerca los unos de los otros: Badica, Ivashkov, Zeklos, etcétera. Tasha también se encontraba allí sentada, pero sola. Christian era el otro Ozzera en la sala.

—Tengo que estar allí delante —dijo Lissa.

—Nadie espera que estés allí —le dije yo.

—He de representar a los Dragomir.

Christian se burló.

—Todo eso es un montón de mierda real.

El rostro de Lissa adoptó un gesto de determinación.

—Tengo que estar allí delante.

Me abrí a los sentimientos de Lissa y me agradó lo que vi. Se había pasado la mayor parte del día asustada y en silencio, muy al estilo de cuando nos enteramos de lo de la madre de Mia. Aquel miedo se hallaba aún en su interior, pero ahora se veía derrotado por una confianza y determinación firmes. Lissa admitía que era uno de los moroi poderosos y, por mucho que la idea de grupos errantes de strigoi le atemorizase, ella realizaría su papel.

—Deberías hacerlo —le dije en voz baja. También me gustaba la idea de que desafiase a Christian.

Lissa me miró a los ojos y sonrió, consciente de lo que yo había percibido. Un instante después, se volvió a Christian y le dijo:

—Deberías unirte a tu tía.

Christian abrió la boca para protestar. De no haber sido por lo horrible de la situación, habría resultado gracioso ver a Lissa darle órdenes. Siempre era un cabezota, difícil; quien intentaba presionarle nunca conseguía nada. Al observar su rostro vi cómo percibía en Lissa lo mismo que yo. A él también le gustaba verla fuerte. Apretó los labios en una mueca.

—Vale —la cogió de la mano y se fueron caminando hacia la parte de delante.

Mason y yo nos sentamos. Justo antes de que aquello empezase, Dimitri ocupó un asiento junto a mí, al otro lado, con el pelo recogido en la nuca y el abrigo de cuero colgando a su alrededor conforme se sentó en la silla. Le miré sorprendida pero no dije nada. Había pocos guardianes en aquella reunión, la mayoría se encontraban demasiado ocupados llevando a cabo el control de daños. Y allí estaba yo, atrapada entre mis dos hombres.

La reunión comenzó poco tiempo después. Todo el mundo estaba deseando contar cómo pensaban ellos que se debería salvar a los moroi, pero al final, dos teorías acapararon casi toda la atención.

—La respuesta la tenemos aquí, a nuestro alrededor —dijo un miembro de una familia real una vez le dieron la palabra. Se había puesto en pie junto a su silla y miraba alrededor de la sala—. *Aquí.* En lugares como este refugio. Y como St. Vladimir. Enviamos a nuestros hijos a sitios seguros, sitios donde disfrutan de la seguridad de formar un grupo numeroso y se les puede proteger con facilidad. Y mirad cuántos de

nosotros hemos venido aquí, tanto padres como hijos. ¿Por qué no vivimos siempre de esta manera?

—Muchos de nosotros ya lo hacemos —le respondió alguien a voces.

El hombre desestimó aquello.

—Un par de familias aquí y allí. O algún pueblo con una población moroi elevada, pero tales moroi se encuentran aún descentralizados. La mayoría no pone en común sus recursos: sus guardianes, su magia. Si fuéramos capaces de emular este modelo... —extendió las manos— nunca tendríamos que volver a preocuparnos por los strigoi.

—Y los moroi nunca podrían volver a relacionarse con el resto del mundo —dije entre dientes—. Bueno, hasta que los humanos descubriesen ciudades vampiras secretas en medio de la nada. Entonces tendríamos un montón de *relaciones.*

La otra teoría sobre cómo proteger a los moroi implicaba unos problemas de logística mucho menores, pero tuvo un impacto personal mucho mayor, en especial para mí.

—El problema es, simplemente, que no disponemos de los suficientes guardianes —la defensora de este plan era una mujer del clan de los Szelsky — y así, la respuesta es sencilla: *conseguir más.* Los Drozdov contaban con cinco guardianes, y eso no fue suficiente. ¡Sólo seis para proteger a una docena de moroi! Eso es inaceptable. No es de extrañar que este tipo de cosas siga sucediendo.

—¿De dónde propones que saquemos más guardianes? —preguntó el hombre que había estado a favor de que los moroi se juntasen en grupos grandes—. Son un recurso más bien limitado.

Ella señaló en la dirección en la que yo me encontraba, junto con otros pocos novicios.

—Ya tenemos una buena cantidad de ellos. Los he visto entrenar, y son mortíferos. ¿Por qué esperamos a que cumplan los dieciocho? Si aceleramos el programa de entrenamiento y nos concentramos más en la preparación para el combate que en los libros de texto, podemos tener listos a los guardianes al cumplir los dieciséis —Dimitri hizo un sonido gutural que no denotaba una especial felicidad. Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y descansó la barbilla sobre las manos, con los ojos entrecerrados, pensativo—. No sólo eso, tenemos un montón de guardianes potenciales que va a echarse a perder. ¿Dónde están todas las mujeres dhampir? Nuestras razas se hallan entrelazadas, y los moroi ya cumplen con

su parte para ayudar a los dhampir a sobrevivir. ¿Por qué estas mujeres no cumplen con la suya? ¿Por qué no están aquí?

Obtuvo una risa larga y seductora como respuesta. Todas las miradas se volvieron hacia Tasha Ozzera. Mientras que muchos otros de los miembros de las familias reales se habían arreglado, ella iba cómoda e informal, con sus habituales vaqueros, una camiseta blanca de tirantes que mostraba parte de su abdomen, y una chaqueta azul de punto, como de encaje, que le llegaba por las rodillas. Se quedó mirando al moderador y le preguntó:

—¿Me permite?

Él asintió. La mujer de los Szelsky se sentó y Tasha se puso en pie. Al contrarío que el resto de oradores, ella se subió directa al podio de manera que todo el mundo pudiese verla con claridad. Llevaba su lustroso pelo negro recogido en una coleta de forma que exponía por completo las cicatrices, y yo sospechaba que aquello era intencionado. Su rostro resultaba atrevido y desafiante. Hermoso.

—Esas mujeres no están aquí, Monica, porque andan demasiado ocupadas criando a sus hijos, ya sabes, esos a los que tú quieres empezar a enviar al frente en cuanto aprendan a andar. Y, por favor, no nos insultes intentando hacernos creer a todos que los moroi hacen un inmenso favor a los dhampir ayudándolos a reproducirse. Puede que sea diferente en tu familia, pero para el resto de nosotros, el sexo es divertido. El hecho de que los moroi lo practiquen con los dhampir no es que suponga realmente un sacrificio tan grande.

Dimitri se encontraba erguido ahora, ya sin la expresión de enfado. Es posible que le hubiese excitado que su nueva novia mencionase el sexo. Me atravesó un golpe de irritación y confíe en que, de tener una expresión homicida en el rostro, la gente asumiese que era por los strigoi y no por la mujer que en ese momento se estaba dirigiendo a nosotros.

Detrás de Dimitri distinguí de pronto a Mia, sola, sentada más allá, en la misma fila. No me había dado cuenta de que estaba allí, desplomada en su asiento, con los ojos enrojecidos y la cara más pálida que de costumbre. Un curioso dolor me ardió en el pecho, un dolor que jamás imaginé que ella sería capaz de provocar en mí.

—... y la razón por la que esperamos a que esos guardianes cumplan los dieciocho es que así les permitimos disfrutar de una especie de sucedáneo de la vida antes de obligarlos a pasar el resto de sus días en

constante peligro. Necesitan esos años extra para desarrollarse física y mentalmente. Sácalos antes de que estén listos, trátalos como si fuesen piezas de una cadena de montaje, y lo que estarás fabricando no será más que pasto para los strigoi —se oyeron unas pocas exclamaciones ante la crueldad de las palabras elegidas por Tasha, pero consiguió captar la atención de todos—. Y generarás más pasto aún si intentas que el resto de las mujeres dhampir se convierta en guardianas. No puedes meterlas a la fuerza en esa vida si no la desean. Todo este plan tuyo de conseguir más guardianes se basa en poner en la línea de fuego a críos y a quienes no quieren hacerlo, sólo para que tú puedas seguir, apenas, un paso más lejos del enemigo. Habría dicho que se trata del plan más estúpido del que había oído hablar, si no hubiera tenido ya que oír hablar del suyo.

Señaló al primer orador, al que quería los complejos residenciales para moroi. Una expresión de incomodidad se apoderó de su rostro.

—Ilústranos pues, Natasha —dijo—. Cuéntanos qué crees *tú* que deberíamos hacer, en vista de que tienes tanta experiencia con los strigoi.

En los labios de Tasha se dibujó una leve sonrisa, pero no le hizo mella el insulto.

—¿Que qué pienso yo? —avanzó con paso firme hacia el borde del estrado, mirándonos conforme respondía a la pregunta—. Yo creo que deberíamos dejar de inventarnos planes que impliquen el seguir delegando en alguien o en algo para que nos proteja. ¿Creéis que los guardianes son muy pocos? Ese no es el problema. El problema es que hay demasiados strigoi, y que nosotros les hemos dejado multiplicarse y convertirse en más poderosos porque no hacemos nada al respecto salvo mantener estúpidas discusiones como ésta. Huimos y nos escondemos detrás de los dhampir y permitimos que los strigoi se vayan de rositas. Es culpa nuestra. *Nosotros* somos la causa de la muerte de esos Drozdov. ¿Queréis un ejército? Bien, pues aquí estamos nosotros. Los dhampir no son los únicos que pueden aprender a luchar. La pregunta no es, Monica, dónde están las mujeres dhampir en esta lucha, la pregunta es: *¿dónde estamos nosotros›*

Para entonces, Tasha estaba gritando, y el esfuerzo le había sonrojado las mejillas. Los ojos le brillaban con lo apasionado de sus sentimientos y aquello, al mezclarse con el resto de sus bellos rasgos —e incluso con la cicatriz—, generaba en ella una imagen sorprendente. La mayoría de la gente no podía dejar de mirarla. Lissa la observaba maravillada, inspirada

por sus palabras. Mason parecía hipnotizado; Dimitri, impresionado, y más allá de él...

Más allá de él se encontraba Mia, que ya no estaba tirada en su asiento. Se había sentado erguida, recta como una vela y con los ojos tan abiertos como podía. Miraba a Tasha tan fijamente como si en ella sola se hallasen contenidas todas las respuestas a las incógnitas de la vida.

Monica Szelsky parecía menos intimidada y tenía los ojos clavados en Tasha.

—No se te estará ocurriendo sugerir que los moroi luchen junto a los dhampir cuando vengan los strigoi, ¿verdad?

Tasha la miró con serenidad.

—No. Estoy sugiriendo que los moroi y los dhampir vayan a combatir a los strigoi *antes* de que vengan.

Un tío de unos veintitantos que parecía el modelo oficial de Ralph Lauren saltó de su asiento. Me habría jugado la pasta a que era de la realeza, nadie más se hubiera podido permitir unos reflejos rubios tan perfectos. Se desató un jersey carísimo de la cintura y lo colgó del respaldo de su silla.

—Oh —dijo en tono de burla y sin que le diesen la palabra—. Así que nos vas a dar a todos unas cachiporras y unas estacas y nos vas a enviar a la guerra, ¿eh?

Tasha se encogió de hombros.

—Si es eso lo que hace falta, Andrew, entonces sin duda —sus labios adoptaron una sonrisa de astucia—. Pero también hay otras armas que podemos aprender a usar, unas que los guardianes no pueden.

La expresión de su rostro mostraba lo descabellada que aquella idea era para él. Puso los ojos en blanco.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

El gesto sonriente de Tasha se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja.

—Como ésta.

Osciló la mano, y el jersey que él había colgado del respaldo de la silla ardió en llamas. El joven gritó del susto, lo tiró al suelo y lo pateó. Por un instante, toda la sala contuvo la respiración.

Y después... se produjo el caos.

Capítulo 13

La gente se levantó y comenzó a dar gritos, todo el mundo quería que se oyese su opinión aun cuando, por así decirlo, todos mantenían el mismo punto de vista: Tasha se equivocaba. Le decían que estaba loca. Le decían que al enviar a moroi y a dhampir a luchar contra los strigoi estaba acelerando la extinción de ambas razas. Se atrevieron incluso a sugerir que todo el tema era un plan urdido por Tasha, que de alguna forma estaba colaborando con los strigoi en aquello.

Dimitri se puso en pie con una expresión de asco en la cara según observaba el caos.

—Vosotros también deberíais marcharos. De aquí no va a salir ya nada útil.

Mason y yo nos levantamos, pero él hizo un gesto negativo con la cabeza cuando comencé a seguir a Dimitri al exterior.

—Vete tú —dijo Mason—, yo quiero comprobar una cosa.

Miré a la gente, que discutía de pie, y me encogí de hombros.

—Buena suerte.

No me podía creer que sólo hubiese pasado unos días sin hablar con Dimitri. Al salir con él al pasillo, me sentí como si hubieran sido años. Estar con Mason ese par de días había sido fantástico, pero al ver de nuevo a Dimitri, todos mis sentimientos por él se hicieron presentes a la velocidad del rayo. De pronto, Mason me parecía un crío. Mi malestar por la situación con Tasha reapareció también, y de mi boca empezaron a salir estupideces antes de que pudiera detenerlas.

—¿No deberías estar tú ahí dentro protegiendo a Tasha? —le pregunté —. ¿Antes de que la enganche la marabunta? Se va a meter en un lío muy serio por utilizar así la magia.

El arqueó una ceja.

—Sabe cuidarse sola.

—Claro, claro, porque es una maga karateca de pelotas. Ya me conozco la historia. Sólo me imaginaba que como tú vas a ser su guardián y todo lo...

—¿Dónde has oído tú eso?

—Tengo mis fuentes —en cierto modo, decir que me lo había contado mi madre sonaba menos guay—. Lo has decidido ya, ¿no? Es decir, parece un buen trato en vista de que ella te va a dar un incentivo extra...

Me miró con una expresión seria.

—Lo que pase entre ella y yo no es asunto tuyo —respondió de forma resuelta.

La expresión «entre ella y yo» me escoció. Sonaba como si Tasha y él fuesen algo consumado y, tal y como solía suceder cuando me sentía dolida, mi pronto y mi carácter tomaron el mando.

—Vale, estoy segura de que vais a ser felices juntos. Además, ella es justo tu tipo, sé lo mucho que te gustan las mujeres que no son de tu edad. Es decir, ella te saca... qué, ¿seis años? ¿Siete? Y yo soy siete años más joven que tú.

—Sí —dijo tras unos instantes en silencio—. Lo eres, y a cada segundo de más que se alarga esta conversación, lo único que haces es demostrar tu verdadera juventud.

¡Ahí va! La mandíbula me llegó casi hasta el suelo. Ni siquiera el puñetazo de mi madre me había dolido tanto como aquello. Por un instante creí ver una sombra de lamento en sus ojos, como si él se hubiese dado cuenta también de lo duras que habían sido sus palabras. Pero ese instante pasó y su expresión recobró su dureza.

—Pequeña dhampir —sonó de pronto una voz por allí cerca.

Lentamente, aún perpleja, me volví hacia Adrián Ivashkov. El me sonrió y le hizo un leve gesto de saludo a Dimitri con la cabeza. Sospeché que tendría la cara al rojo vivo, ¿hasta dónde habría oído Adrián?

Levantó las manos en un gesto informal.

—No quiero interrumpir ni nada. Sólo me gustaría hablar contigo cuando tengas tiempo.

Y yo quería decirle a Adrián que no tenía tiempo para jugar a lo que fuera que pretendiese jugar ahora, pero las palabras de Dimitri aún me escocían. Él miraba en aquel momento a Adrián de un modo muy desaprobatorio, y me imaginé que Dimitri, como todo el mundo, habría oído hablar de su mala reputación. «Bien», pensé. De repente quise ponerle celoso. Quise hacerle tanto daño como él me había estado haciendo últimamente.

Me tragué mi dolor y desenterré mi sonrisa de devoradora de hombres, esa que no había usado con todas las de la ley desde un tiempo atrás. Me

acerqué a Adrián y le puse la mano sobre el brazo.

—Ahora tengo tiempo —imité el gesto de saludo a Dimitri y aparté a Adrián de allí, caminando muy pegada a él—. Hasta luego, guardián Belikov.

Los ojos oscuros de Dimitri nos siguieron con frialdad. Me alejé y no miré atrás.

—No te van los tíos mayores, ¿eh? —dijo Adrián una vez nos encontramos a solas.

—Imaginaciones tuyas —le dije—. Está claro que mi imponente belleza te ha nublado el juicio.

Hizo gala de esa risa suya tan agradable.

—Es muy posible.

Empecé a apartarme de él, pero me rodeó con el brazo.

—No, no, tú has querido hacerte la colega conmigo, así que ahora vas a tener que llevarlo hasta el final.

Le miré poniendo los ojos en blanco y dejé que el brazo se quedara allí. Percibía su olor a alcohol al igual que su sempiterno aroma de clavo. Me pregunté si no estaría borracho entonces. Tenía la sensación de que habría pocas diferencias en su comportamiento ya estuviese borracho o sobrio.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

Me observó un momento.

—Quiero que agarres a Vasilisa y os vengáis conmigo. Vamos a pasarlo bien. Es probable que también queráis llevar un bañador —pareció decepcionarle el dar voz a aquello—. A menos que queráis quedaros desnudas.

—¿Qué? Acaban de masacrar a un grupo de moroi y dhampir, ¿y tú quieres ir a darte un baño y a «pasarlo bien»?

—No sólo a darnos un baño —dijo con paciencia—. Además, esa masacre es justo el motivo por el que deberíais hacerlo.

Antes de que se lo pudiese discutir, vi a mis amigos a la vuelta de la esquina: Lissa, Mason y Christian. Eddie Castile se había unido al grupo, lo cual no tenía por qué sorprenderme, pero Mia también estaba, y eso, sin duda, me sorprendió. Se encontraban muy metidos en una conversación, sin embargo, todos dejaron de hablar cuando me vieron.

—Aquí estás —dijo Lissa con una mirada de confusión en el rostro.

Recordé que aún me rodeaba el brazo de Adrián y me lo quité de encima.

—Eh, ¿qué pasa, tíos? —dije. Se produjo un momento incómodo y casi podría jurar haber oído una risita de Adrián por lo bajini. Le sonreí a él primero y después a mis amigos—. Adrián nos ha invitado a darnos un baño.

Se me quedaron mirando, sorprendidos, y prácticamente vi los engranajes de sus especulaciones dándoles vueltas en la cabeza. El rostro de Mason se oscureció un poco pero, al igual que el resto, no dijo nada. Yo contuve un gruñido.

Adrián se tomó bastante bien que invitase a todos los demás. Con su actitud relajada, no es que yo me esperase otra cosa en realidad. Una vez tuvimos los bañadores, seguimos sus indicaciones hasta una entrada en una de las alas más alejadas del refugio. Daba a una escalera que bajaba... y bajaba, y bajaba. Yo casi me mareé dando vueltas y más vueltas. Había luces eléctricas en los muros que, conforme fuimos descendiendo, se transformaron de paredes pintadas en roca excavada.

Cuando alcanzamos nuestro destino descubrimos que Adrián estaba en lo cierto: no se trataba sólo de un baño. Nos encontrábamos en una especie de balneario dentro de las instalaciones, una zona especial, para uso exclusivo de la mayor élite de los moroi. En este caso, estaba reservada para un grupo de miembros de familias reales que yo asumí que eran los amigos de Adrián. Había unos treinta, todos de su edad o mayores, y todos con la impronta del bienestar y el elitismo.

El balneario consistía en una serie de pozas naturales de agua caliente. Puede que antaño se hallasen en el interior de una cueva o algo así, pero los constructores del refugio habían hecho desaparecer cualquier rastro del ambiente rústico a su alrededor. Los muros y techos de piedra negra brillaban tanto y eran tan bonitos como todo lo demás en las instalaciones. Era como estar en una cueva: una cueva de diseño verdaderamente agradable. En las paredes había una serie de toalleros alineados, igual que unas mesas repletas de comida exótica. Los baños iban a juego con el resto de la decoración tallada: unas pozas de piedra con agua caliente cuyo calor procedía de algún lugar subterráneo. El vapor llenaba la sala, y suspendido en el aire había un olor difuso, metálico. El sonido del chapoteo y las risas de los participantes en la fiesta resonaban a nuestro alrededor.

—¿Por qué está Mia con vosotros? le pregunté a Lissa en voz baja. íbamos caminando por la sala en busca de una poza que estuviese libre.

—Estaba hablando con Mason cuando nos preparábamos para marcharnos —me contestó. Mantuvo el tono de voz igual de bajo—. Me parecía cruel... no sé... dejarla ahí... —hasta yo estaba de acuerdo con aquello. Por todo su rostro había unos signos obvios de dolor, pero Mia parecía distraída, al menos por el momento, con lo que fuese que Mason le estaba contando—. Pensé que no conocías a Adrián añadió Lissa.

Tanto su voz como el vínculo se encontraban cargados de desaprobación. Llegamos por fin a una poza grande y un poco apartada del resto. Había una pareja en el extremo opuesto, muy centrados el uno en el otro, pero quedaba sitio de sobra para todos. Resultaba sencillo no hacerles caso.

Introduje un pie en el agua y lo retiré de inmediato.

—No lo conozco —le dije. Con precaución, fui metiendo de nuevo el pie en el agua y, lentamente, fue detrás el resto del cuerpo. Hice una mueca al llegar al estómago. Llevaba puesto un biquini de color granate, y el agua hirviendo me había pillado por sorpresa al llegar a esa altura.

—Debes conocerle un poco, te ha invitado a una fiesta.

—Claro, pero ¿es que tú le ves por aquí ahora, con nosotras?

Lissa siguió la dirección de mi mirada. Adrián estaba de pie al otro lado de la sala con un grupo de chicas que llevaban biquinis mucho más pequeños que el mío, uno de ellos un modelo Betsey Johnson que había visto en una revista y que había codiciado. Suspiré y aparté la vista. Para entonces todos nos habíamos sumergido ya en el agua, que estaba tan caliente que me hizo sentir como si me encontrase en una cacerola. Ahora que Lissa parecía convencida de mi inocencia con Adrián, me metí en la conversación del resto.

—¿De qué estáis hablando? interrumpí. Resultaba más fácil que escuchar y descubrirlo por mí misma.

—De la reunión —dijo un Mason emocionado. Al parecer ya se había repuesto de vernos juntos a Adrián y a mí.

Christian se había apoyado en un pequeño saliente que ofrecía la poza, y Lissa se había acurrucado junto a él, que la rodeó con el brazo en un gesto territorial y se echó hacia atrás para recostarse contra el borde.

—Tu novio quiere conducir un ejército contra los strigoi —me dijo. Pude notar que lo decía para provocarme.

Lancé a Mason una mirada interrogativa. No merecía la pena el esfuerzo de desmentir el comentario del «novio».

—Eh, que fue tu tía quien lo sugirió —le recordó Mason a Christian.

—Ella sólo ha dicho que deberíamos encontrar a los strigoi antes de que ellos nos vuelvan a encontrar a nosotros —contestó Christian—. No ha presionado para que los novicios entren en combate. Esa ha sido Monica Szelsky.

En ese momento apareció una camarera con una bandeja de bebidas de color rosa en unos elegantes vasos altos de cristal con el borde azucarado. Tenía la fuerte sospecha de que se trataba de bebidas alcohólicas, pero dudaba de la posibilidad de que nos pidieran el carné a ninguno de los que estábamos en la fiesta. Ni la menor idea de lo que era. La mayor parte de mi experiencia con el alcohol se limitaba a la cerveza barata. Tomé un vaso y de nuevo me volví a Mason.

—¿Crees que es una buena idea? —le pregunté. Con precaución, di un sorbito de la bebida. Como guardiana en adiestramiento, sentía la obligación de estar siempre alerta, pero aquella noche me volvía a sentir como una rebelde. Aquello sabía a ponche, zumo de pomelo, algo dulce, como las fresas. Seguía bastante segura de que contenía alcohol, aunque no parecía lo suficientemente fuerte como para quitarme el sueño.

Otra camarera apareció enseguida con una bandeja de comida. Le eché un ojo y no reconocí casi nada. Había algo con un aspecto que se asemejaba de forma vaga a unos champiñones rellenos de queso, y otras cosas que parecían pequeñas tartaletas redondas de carne o salchichas. Como buena carnívora, estiré el brazo para coger una, pensando que no podía estar malo.

- Es *foie-gras* —dijo Christian. Había en su rostro una sonrisa que no me gustó.

Le miré con cautela.

—¿Qué es eso?

—¿No lo sabes? —dijo con un tono de cierta chulería, y por una vez en su vida, sonó como un verdadero miembro de la realeza que nos apuntaba a nosotros, sus vasallos, con su refinado conocimiento. Se encogió de hombros—. Arriésgate y descúbrelo.

Lissa suspiró exasperada.

—Es hígado de oca.

Retiré la mano de golpe. La camarera avanzó y Christian se rió. Yo me quedé mirándole fijamente.

Mientras tanto, Mason seguía aún atascado en mi pregunta sobre si le parecía buena idea que los novicios entraran en combate antes de haberse graduado.

—¿Qué otra cosa vamos a hacer? —preguntó indignado—. ¿Qué vas a hacer *tú›* Sales a correr todas las mañanas con Belikov, ¿de qué te sirve eso a ti? ¿Y a los moroi?

¿Que para qué me servía a mí aquello? Pues para que se me acelerara el pulso y para tener pensamientos impuros.

—No estamos preparados —preferí decir.

—Sólo nos quedan seis meses más —intervino Eddie.

Mason reconoció estar de acuerdo con un gesto.

—Eso. ¿Cuánto más vamos a poder aprender?

Mucho —dije yo, pensando en todo lo que había aprovechado mis tutorías con Dimitri. Me terminé la bebida—. Además, ¿dónde acabaría eso? Digamos que dan por terminado el curso seis meses antes y nos mandan fuera. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Decidirían ir más lejos y se cargarían nuestro último año? ¿El penúltimo año?

Se encogió de hombros.

—Yo no tengo miedo a combatir. Ya podía haberme enfrentado a los strigoi cuando era un alumno de segundo año.

—Claro —dije cortante—. Igualito que bajaste la pista con los esquís.

El rostro de Mason, ya sonrojado por el calor, se puso aún más rojo, y yo lamenté de inmediato mis palabras, en especial cuando Christian se empezó a reír.

—Nunca pensé que viviría para ver el día en que estuviese de acuerdo contigo. Rose, pero lamento reconocerlo, sí —regresó la camarera de los cócteles y tanto Christian como yo nos cogimos otra bebida—. Los moroi deben arrimar el hombro defendiéndose *a sí mismos.*

—¿Con magia? —preguntó Mia de repente.

Era la primera vez que hablaba desde que habíamos llegado allí. Obtuvo un silencio por respuesta. Creo que Mason y Eddie no respondieron porque ellos no sabían nada sobre luchar con magia. Lissa, Christian y yo sí lo sabíamos y estábamos haciendo un esfuerzo titánico por aparentar que no. Sin embargo, en los ojos de Mia había una curiosa especie de esperanza, y sólo era capaz de imaginarme por lo que había pasado aquel día. Se habría despertado con la noticia de que su madre estaba muerta y, a continuación, se habría visto sometida a horas y horas de buenas caras y de estrategias de

guerra. El simple hecho de que se encontrase allí sentada con una apariencia semicompuesta era ya un milagro. Yo tenía asumido que la gente que de verdad apreciaba a su madre sería apenas capaz de respirar en una situación así.

Finalmente, cuando dio la impresión de que nadie más iba a responder a su pregunta, dije:

—Supongo, pero... yo no sé mucho de eso.

Me terminé la bebida y desvié la mirada con la esperanza de que alguien más retomase la conversación. No lo hicieron. Mia pareció decepcionada pero no dijo nada más cuando Mason volvió a cambiar de tema al debate sobre los strigoi.

Cogí una tercera bebida y me sumergí en el agua hasta donde razonablemente podía al tiempo que sostenía el vaso. Ésta era diferente. Parecía chocolate y tenía nata montada en lo alto. La probé y sí, ahora seguro, detecté la presencia del alcohol. Aun así, me imaginé que el chocolate lo diluiría con toda probabilidad.

Cuando estuve lista para una cuarta copa, la camarera no aparecía por ninguna parte. De pronto, Mason me empezó a parecer muy, muy mono de verdad. Me hubiera encantado recibir un poco de atención romántica por su parte, pero ahí continuaba él dale que te pego con los strigoi y la logística de lanzar un ataque en pleno día. Mia y Eddie no paraban de asentirle encantados, y tuve la sensación de que, si hubiese decidido salir a cazar strigoi en aquel preciso instante, ellos le habrían seguido. Christian participaba también en la conversación, pero más bien para desempeñar el papel de abogado del diablo. Típico. Él pensaba que cualquier forma de ataque preventivo requeriría guardianes y moroi, justo como Tasha había dicho. Mason, Mia y Eddie le decían que si los moroi no estaban por la labor, los guardianes deberían encargarse de solucionar el asunto.

Lo confieso, su entusiasmo era en cierto modo contagioso. Me empezaba a gustar la idea de ganar a los strigoi por la mano, sin embargo en los ataques de los Badica y los Drozdov, todos los guardianes habían muerto. Había que admitir que los strigoi se habían organizado en grupos enormes y que contaban con ayuda, pero lo que todo aquello me decía era que nuestro bando había de ser mucho más cuidadoso.

Dejando a un lado que me pareciese una monada, no me apetecía seguir oyendo hablar a Mason sobre sus técnicas de combate. Quería otra copa. Me levanté y me subí al borde de la poza. Para mi perplejidad, el

mundo empezó a dar vueltas. Ya me había pasado eso otras veces, cuando salía de una piscina o de una bañera caliente demasiado rápido, pero al ver que las cosas no se enderezaban por sí solas, me percaté de que quizá aquellas bebidas podían haber sido algo más fuertes de lo que creía.

También decidí que una cuarta no era tan buena idea, aunque no me apetecía volver a meterme y que todos se enterasen de que estaba borracha. Me dirigí hacia una habitación contigua en cuyo interior había visto desaparecer a la camarera. Tenía la esperanza de que pudiese haber un alijo secreto de postres por alguna parte: mousse de chocolate en lugar de hígado de oca. Mientras caminaba, iba prestando una especial atención al suelo resbaladizo y pensando que caerme en una de las pozas y romperme el cráneo sin duda me restaría puntos en la clasificación de popularidad.

Estaba tan atenta a mis pies e intentando no tambalearme que me di un encontronazo con alguien. En mi defensa hay que decir que fue culpa suya. El se había echado hacia atrás, contra mí.

—Hey, cuidado —dije guardando el equilibrio.

Pero él no me prestaba atención a mí. Su mirada estaba fija en otro tío, un tío con la nariz ensangrentada.

Me había metido de lleno en medio de una pelea.

Capítulo 14

Dos tíos a los que jamás había visto antes se estaban encarando, el uno contra el otro. Aparentaban unos veintitantos y ninguno de los dos reparó en mí. El que se había chocado conmigo propinó un fuerte empujón al otro, que se tambaleó hacia atrás de manera ostensible.

—¡Tienes miedo! —gritaba el tío que estaba a mi lado. Llevaba un bañador largo de color verde y el pelo oscuro echado hacia atrás por el agua. Todos vosotros tenéis miedo. Lo único que queréis es esconderos en vuestras mansiones y dejar que los guardianes os hagan el trabajo sucio. ¿Y qué vais a hacer cuando estén todos muertos? ¿Quién os va a proteger entonces?

El otro tío se limpió la sangre de la cara con el dorso de la mano. De pronto le reconocí, gracias a sus reflejos rubios. Era el miembro de la realeza que le había gritado a Tasha por querer hacer que los moroi luchasen. Ella le había llamado Andrew. Intentó conectar un golpe y falló, su técnica era un desastre.

—Es el camino más seguro. Haz caso a esa amante de los strigoi y *todos* estaremos muertos. Está intentando exterminar a toda nuestra raza.

—¡Está intentando salvarnos!

—¡Está intentando conseguir que usemos la magia negra!

La «amante de los strigoi» tenía que ser Tasha. El tío que no pertenecía a la realeza era la primera persona ajena a mi pequeño círculo a quien oía yo hablar en su favor. Me pregunté cuántos más habría por ahí que compartiesen su opinión. Le dio otro puñetazo a Andrew, y mi instinto —o quizá el puñetazo— me hizo entrar en acción.

Di un salto hacia delante y me metí entre los dos. Aún me sentía un poco inestable y mareada, si no hubiesen estado tan cerca el uno del otro, es probable que yo me hubiese caído. Los dos se quedaron parados, claramente sorprendidos.

—Fuera de aquí —me soltó Andrew.

Al ser hombres, y moroi, ambos me superaban en estatura y peso, pero era probable que yo fuese más fuerte que cada uno de ellos. Con la esperanza de sacarle a aquello el mayor partido, agarré a cada uno por el

brazo, tiré de ellos hacia mí y a continuación los aparté con el empujón más fuerte que pude lograr. Se tambalearon al no esperarse mi fuerza, y yo también me tambaleé un poco.

El que no pertenecía a la realeza se me quedó mirando y dio un paso hacia mí. Contaba con que estuviese chapado a la antigua y no le pegase a una chica.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó. La gente nos rodeaba y nos miraba con expectación.

Yo le devolví la mirada.

—¡Trato de evitar que os volváis más idiotas de lo que ya sois! ¿Queréis ser de ayuda? ¡Dejad de pelearos! Arrancaros la cabeza no va a servir para salvar a los moroi, a no ser que lo que queráis sea disminuir el porcentaje de estupidez de su patrimonio genético —señalé a Andrew—. Tasha Ozzera no está intentando exterminarnos a todos. Está intentando conseguir que dejes de ser una víctima —me volví al otro tío—. Y en cuanto a ti, anda que no te queda todavía si es que piensas que ésta es forma de hacerse entender. La magia, en especial la de ataque, requiere mucho autocontrol y, hasta ahora, no es que el tuyo me haya impresionado. Hasta yo tengo más que tú, y si me conocieses, entenderías lo difícil que es eso.

Los dos tíos permanecieron mirándome, atónitos. En apariencia, yo había sido más efectiva que una pistola Taser. Al menos durante unos segundos lo fui, porque una vez se les pasó el efecto de *shock* de mis palabras, volvieron a lanzarse el uno contra el otro. Me encontré atrapada en el fuego cruzado y recibí un empujón que casi me tiró al suelo. De repente, a mi espalda, salió Mason en mi defensa y le dio un puñetazo al primero que pudo: el que no pertenecía a la realeza.

Aquel tío salió volando hacia atrás y fue a caer en una de las pozas con un salpicón. Se me escapó un grito al recordar el miedo a partirme la crisma que había sentido antes, pero un segundo después se levantó y se quitó el agua de los ojos.

Agarré a Mason del brazo en un intento por sujetarle, sin embargo se sacudió mi mano y se fue a por Andrew, le dio un fuerte empujón y lo lanzó contra un grupo de moroi —los amigos de Andrew, sospeché yo— que parecía tener la intención de detener la pelea. El tío de la poza trepó por el borde, salió con la furia marcada en el rostro y se dirigió hacia Andrew, aunque esta vez, Mason y yo le bloqueamos el paso. Nos miró a los dos.

—Basta —le advertí.

El tío apretó los puños y a juzgar por su expresión se habría dicho que iba a intentar enfrentarse a nosotros, pero le intimidamos, y él no parecía contar con un séquito de amigos como Andrew, a quien se estaban llevando mientras vociferaba obscenidades. Con unas pocas amenazas entre dientes, el otro se retiró.

En cuanto se fue, me volví hacia Mason:

—¿Has perdido la cabeza?

—¿Eh? —preguntó.

—¡Al meterte ahí en medio!

—Tú también lo has hecho —me dijo.

Fui a rebatírselo y me di cuenta de que tenía razón.

—Es diferente —gruñí.

El se inclinó hacia delante.

—¿Estás borracha?

—No. Por supuesto que no. Sólo estoy intentando evitar que cometas una estupidez. No porque alucines con que eres capaz de matar a un strigoi vas a tener que pagarlo con todos los demás.

—¿Alucino? —preguntó con frialdad.

Justo en ese momento empecé a sentir náuseas. La cabeza me daba vueltas. Proseguí camino de la salita contigua, rezando por no tropezar.

Pero cuando llegué hasta ella, vi que, en el fondo, no se trataba de un cuarto para los postres o las bebidas, al menos en la forma en que yo había pensado. Era una sala de nutrición: varios humanos reclinados en *chaise-lounges* forradas de satén con moroi junto a ellos. En el aire, el olor a incienso de jazmín.

Perpleja, observé con una fascinación macabra cómo un moroi rubio se inclinaba hacia delante y mordía el cuello de una pelirroja guapísima. Todas aquellas proveedoras eran excepcionalmente guapas, caí justo entonces en la cuenta, como actrices o modelos. Lo mejor de lo mejor para la realeza.

La mordedura fue larga y profunda, la chica cerró los ojos y se le abrieron los labios, una expresión de pura felicidad en la cara conforme las endorfinas del moroi iban fluyendo en su torrente sanguíneo. Sentí un escalofrío, transportada al pasado, a cuando yo había sentido también esa misma forma de euforia. En mi mente alcoholizada, todo aquello pareció de pronto alarmantemente erótico. De hecho, casi me sentí una intrusa, como si estuviese viendo a alguien en plena actividad sexual. Cuando el moroi

terminó y limpió la sangre con la lengua, rozó la mejilla de la chica con los labios en un suave beso.

—¿Te presentas voluntaria?

Noté el roce de las yemas de unos dedos en el cuello, pegué un salto, me di la vuelta y vi los ojos verdes de Adrián y su sonrisita de complicidad.

—No hagas eso —le dije, y aparté su mano de un golpe.

—¿Qué estás haciendo aquí, entonces? —me preguntó.

Hice un gesto a mi alrededor.

—Me he perdido.

Me examinó.

—¿Estás borracha?

- *No.* Por supuesto que no... pero... —las náuseas se habían asentado un poco, aunque no me sentía bien aún—. Creo que debería sentarme.

Me cogió del brazo.

—Vale, no lo hagas aquí. Alguien podría sacar conclusiones erróneas. Vamos a algún sitio tranquilo.

Me condujo a otra estancia, y yo miré a mi alrededor con interés. Era una sala de masaje. Había algunos moroi tumbados boca abajo en camillas, recibiendo masajes en la espalda y en los pies por parte del personal del hotel. El aceite que usaban olía a romero y lavanda. En cualquier otra situación, un masaje me habría sonado a gloria, pero entonces, tumbarme boca abajo, sobre el estómago, me parecía la peor idea del mundo.

Me senté en el suelo enmoquetado, recostada contra la pared. Adrián se marchó y regresó con un vaso de agua, se sentó también y me lo ofreció.

—Bébete esto. Te será de ayuda.

—Te lo he dicho, no estoy borracha —mascullé, pero me la bebí de todos modos.

Vaya, vaya —me sonrió—. Has hecho un buen trabajo con esa pelea. ¿Quién era el otro tío que te ha ayudado?

—Mi novio —le dije —. O algo así.

—Mia tenía razón, hay un montón de tíos en tu vida.

—No es así.

—Vale —seguía sonriendo—. ¿Dónde está Vasilisa? Me imaginé que la tendrías pegada a ti.

—Está con su novio —le observé.

—¿Y ese tono? ¿Celosa? ¿Es que lo quieres para ti?

—Dios, no. Es sólo que no me cae bien.

—¿La trata mal? preguntó.

—No —admití—. La adora. Es que es un poco memo.

Era patente que Adrián estaba disfrutando con el tema.

—Aah, *estás* celosa. ¿Pasa más tiempo con él que contigo?

Hice caso omiso de aquello.

—¿Por qué no dejas de hacerme preguntas sobre ella? ¿Es que te interesa?

Se rió.

—Cálmate, no me interesa de la misma forma que tú.

—Pero te interesa.

—Sólo quiero hablar con ella.

Se fue a traerme más agua.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó al tiempo que me entregaba el vaso, que era de cristal y con una intrincada talla. Demasiado elegante para agua sin más.

—Sí... no pensaba que esas bebidas fuesen tan fuertes.

—Ahí reside su atractivo —se carcajeó—. Y hablando de atractivos... ese color te queda genial.

Cambié de postura. Puede que no fuese enseñando tanto como aquellas otras chicas, pero enseñaba más de lo que quería mostrar a Adrián. ¿O es posible que no? Había algo raro en él. Su arrogancia me irritaba... pero aun así me gustaba tenerlo cerca. Puede que la listilla que yo llevaba en mi interior hubiese reconocido a un alma gemela.

En algún recóndito lugar de mi alcoholizada mente se encendió una lucecita, pero no me pude concentrar en ella. Bebí más agua.

—No te has fumado un cigarrillo en, por lo menos, diez minutos —señalé con la intención de cambiar de tema.

Puso cara de desagrado.

—No se puede fumar aquí dentro.

—Estoy segura de que lo habrás compensado con ponche.

Su sonrisa regresó.

—Bueno, *algunos* sabemos controlarnos con el alcohol. No vas a vomitar, ¿verdad?

Aún me sentía achispada, pero sin náuseas.

—No.

—Bien.

Mi pensamiento regresó a cuando había soñado con él. Sólo había sido un sueño, pero no me lo había quitado de la cabeza, en particular la conversación sobre que estaba rodeada de oscuridad. Quería preguntarle por aquello... aunque sabía que era una estupidez. Había sido mi sueño, no el suyo.

—Adrián...

Volvió sus ojos verdes sobre mí.

—¿Sí, querida...?

No fui capaz de preguntarle.

—Da igual.

Fue a contestarme, y entonces ladeó la cabeza hacia la puerta.

—Ajá, hela aquí.

—¿Quién...?

Lissa entró en la sala, escrutando a su alrededor con la mirada. Cuando nos localizó, vi cómo el alivio se apoderaba de ella, aunque no pude sentirlo. Los estupefacientes, incluido el alcohol, anestesiaban el vínculo: otra razón más por la cual no me debería haber arriesgado de una forma tan estúpida esa noche.

—Estás aquí dijo al tiempo que se arrodillaba junto a mí. Miró a Adrián y le saludó con un gesto—. Hola.

—Hola a ti también, prima —correspondió él en esos términos de familia que a veces utilizaba la realeza entre sí.

—¿Estás bien? —me preguntó Lissa—. Cuando he visto lo borracha que estabas, he pensado que te podías haber caído por ahí y haberte ahogado.

—No estoy... —dejé de intentar negarlo—. Estoy bien.

La habitual expresión de Adrián se había vuelto seria al estudiar a Lissa. Volvió a recordarme el sueño.

—¿Cómo la has encontrado?

Lissa le miró con cara de perplejidad.

—Yo, mmm, he comprobado todas las salas.

—Ah —pareció decepcionado—. Pensé que podías haber utilizado vuestro vínculo.

Nos miramos las dos.

—¿Cómo te has enterado tú de eso? —le pregunté yo. Sólo unas pocas personas en el instituto lo sabían. Adrián lo había mencionado con tanta normalidad como si hubiese estado hablando del color de mi pelo.

—Oye, no puedo revelar todos mis secretos, ¿vale? —dijo de un modo misterioso—. Y además, las dos actuáis de una cierta forma, la una respecto de la otra, que... resulta difícil explicarlo. Mola mucho... todos los viejos mitos son ciertos.

Lissa le observó con cautela.

—El vínculo sólo funciona en un sentido. Rose puede sentir lo que yo siento y pienso, pero yo no puedo hacer lo mismo con ella.

—Ah —nos quedamos sentados en silencio un momento, y yo seguí bebiendo agua. Adrián volvió a intervenir—: De todas formas, ¿en qué te has especializado, prima?

Lissa parecía incómoda. Las dos sabíamos lo importante que era mantener en secreto los poderes relacionados con el espíritu delante de otros que pudiesen abusar de su capacidad de sanar, pero la historia que usaba de tapadera acerca de que no se había especializado siempre le preocupaba.

—No lo he hecho —dijo ella.

—¿Piensan que lo harás? ¿Un desarrollo tardío?

—No.

—Sin embargo, es probable que seas más fuerte en los demás elementos, ¿eh? No lo bastante como para dominar ninguno, ¿no? —alargó el brazo para darle unas palmaditas en el hombro, en una exagerada muestra de consuelo.

—Claro, ¿y en qué te has...?

Lissa contuvo el aliento en el preciso instante en que sintió el contacto de los dedos de Adrián. Fue como si hubiese recibido el impacto de un rayo, y su rostro adoptó una expresión de lo más extraña. Aun borracha, yo sentía la oleada de gozo que me llegaba a raudales a través del vínculo. Ella se quedó mirando fijamente a Adrián, alucinada. El también tenía los ojos clavados en ella. Yo no entendía por qué se estaban mirando de esa manera, pero me preocupó.

—Eh dije—. Para ya. Que te he dicho que tiene novio.

—Ya lo sé —dijo él sin dejar de mirarla. Sus labios esbozaron una leve sonrisa—. Tú y yo tenemos que charlar un día, prima.

—Sí —accedió ella.

—Eeh —yo estaba más confusa que nunca. Que *tú* tienes novio. Y está aquí.

Lissa parpadeó al volver en sí, y los tres nos volvimos a mirar hacia la puerta. Allí estaban Christian y los demás. Me sentí de repente reviviendo el momento en que me encontraron a mí rodeada por el brazo de Adrián, y esta situación no era mucho mejor: las dos estábamos sentadas con él, cada una a un lado, muy cerca.

Lissa se levantó de un salto, con un aspecto ligeramente culpable. Christian la observaba con curiosidad.

—Nos estamos preparando para marcharnos —dijo él.

—Vale —contestó ella, y bajó la vista hacia mí—. ¿Estás lista?

Asentí y empecé a ponerme en pie con dificultades. Adrián me agarró del brazo y me ayudó a erguirme. Sonrió a Lissa.

—Ha sido un placer hablar contigo —y a mí me murmuró en voz muy baja—: No te preocupes. Ya te lo he dicho, ella no me interesa en ese sentido, el traje de baño no le queda igual de bien. Y es probable que quitárselo tampoco.

Retiré mi brazo de un tirón.

—Bueno, eso nunca lo sabrás.

—Vale —dijo—, tengo buena imaginación.

Me uní al resto y nos dirigimos de regreso a la zona principal del refugio. Mason me puso la misma cara extraña que Christian le había puesto a Lissa y mantuvo las distancias conmigo, caminando delante con Eddie. Para mi sorpresa y desagrado, me encontré andando al lado de Mia. Parecía triste.

—Yo... siento mucho de verdad lo que ha pasado —dije por fin.

—No tienes que hacer como si te importase, Rose.

—No, no. Lo digo en serio. Es horrible... lo siento mucho —ella ni me miraba—. Y... bueno, ¿vas a ir a ver a tu padre?

—Cuando se celebre el funeral dijo con frialdad.

No supe qué más decir, dejé el tema y centré mi atención en las escaleras mientras ascendíamos de vuelta al piso principal del refugio. De manera inesperada, fue Mia quien continuó con la conversación.

—Te he visto parar la pelea... —dijo en un tono bajo—. Mencionaste la magia de ataque, como si supieras algo de ella.

Sí. Genial. El tema era que me iba a hacer chantaje. ¿O no? En aquel instante casi parecía hasta cortés.

—Sólo eran simples deducciones —le dije. Yo no iba a tumbar a Tasha y a Christian de ninguna de las maneras—. En realidad no sé tanto, sólo los

cuentos que he oído.

—Ya —bajó la mirada—. ¿Qué tipo de cuentos?

—Mmm, bueno... —intenté pensar en algo que no fuese ni demasiado vago ni demasiado específico—. Como les he dicho a esos tíos... la concentración es clave, porque si estás luchando con un strigoi, te puede distraer todo tipo de cosas. Así que tienes que mantener el control.

Aquello era en realidad una de las normas básicas de los guardianes, pero debía de sonar a novedad para Mia. Los ojos se le abrieron por la expectación.

—¿Qué más? ¿Qué tipo de hechizos usa la gente?

Meneé la cabeza en un gesto negativo.

—No lo sé. Ni siquiera sé cómo funcionan los hechizos, y como te he dicho, no son más que... cuentos que he oído. Me imagino que simplemente das con la forma de utilizar tu elemento como un arma. Como... los que utilizan el fuego tienen ventaja, porque el fuego mata a los strigoi, de modo que les resulta sencillo; y los del aire pueden asfixiar a la gente —la verdad es que yo había experimentado eso de manera vicaria a través de Lissa. Fue horrible.

Los ojos de Mia se abrieron más aún.

—¿Y los que utilizan el agua? —preguntó ella—. ¿Cómo puede el agua causar daño a un strigoi?

Hice una pausa.

—Yo, esto, nunca he oído ninguna historia sobre los que usan el agua. Lo siento.

—Aun así, ¿se te ocurre algo? Algún modo en que, bueno, alguien como yo pudiese aprender a luchar.

Ajá. Así que de eso se trataba. En realidad no había nada raro. Me acordé del aspecto tan emocionado que tenía en la reunión cuando Tasha habló de atacar a los strigoi. Mia quería venganza de los strigoi por la muerte de su madre. No era de extrañar que ella y Mason hubiesen estado hablando tanto.

—Mia —dije con amabilidad a la vez que sujetaba la puerta para dejar que pasara, casi estábamos en el vestíbulo—. Ya sé las ganas que debes de tener de... hacer algo. Pero yo creo que te iría mejor si te dieses un tiempo, mmm, para el luto.

Se sonrojó y, de pronto, me hallé de nuevo frente a la habitual y cabreada Mia.

—No me hables en tono condescendiente —dijo.

—Eh, que no lo hago. Lo digo en serio. Sólo digo que no deberías hacer nada precipitado mientras estés alterada. Además... —me mordí la lengua.

Entrecerró los ojos.

—¿Qué?

A la mierda, ella tenía que saberlo.

—Bueno, no tengo muy claro en qué puede ayudar alguien que use el agua contra los strigoi. Probablemente sea el elemento menos útil a la hora de usarlo contra uno de ellos.

Una expresión de ultraje se apoderó de su rostro.

—Eres una verdadera zorra, ¿lo sabías?

—Sólo te estoy diciendo la verdad.

—Muy bien, pues déjame que te diga la verdad yo a ti: eres una idiota de remate en cuanto a los tíos —pensé en Dimitri. No iba muy desencaminada—. Mason es fantástico, uno de los tipos más encantadores que conozco, ¡y ni te enteras! El haría cualquier cosa por ti, y tú por ahí tirándote al cuello de Adrián Ivashkov.

Sus palabras me sorprendieron. ¿Se habría encaprichado Mia con Mason? Y aunque yo, sin duda, no había estado tirándome al cuello de Adrián, sí que veía cómo podía haber parecido que lo hacía. Y pese a que no fuera cierto, aquello no hubiese hecho que Mason dejase de sentirse dolido y traicionado.

—Tienes razón le dije.

Mia se me quedó mirando tan sorprendida de que estuviese de acuerdo con ella, que no dijo nada más durante el resto del paseo.

Llegamos a la zona donde el refugio se dividía en alas diferentes para chicos y chicas. Sostuve a Mason por el brazo mientras los demás se marchaban.

—Espera un momento —le dije. Necesitaba tranquilizarle a toda costa al respecto de Adrián, pero una ínfima parte de mí se preguntaba si lo estaba haciendo porque en realidad quería a Mason o simplemente porque me gustaba la idea de que me quisiese él a mí, y de forma egoísta yo no deseaba perder aquello. Se detuvo y me miró. Su rostro expresaba cautela —. Quería decirte que lo siento. No debería haberte gritado después de la pelea, sé que sólo estabas intentando ayudar. Y en cuanto a Adrián... no ha pasado nada. De verdad.

—No es lo que parecía —dijo Mason, pero el enfado se había borrado de su expresión.

—Lo sé, pero créeme, esto es cosa suya. Es como si se hubiese encaprichado conmigo de una forma estúpida.

Mi tono debió de ser convincente porque Mason sonrió.

—Bueno, resulta difícil no hacerlo.

—No me interesa —proseguí—, ni él ni ningún otro.

Era una pequeña mentira, pero no pensé que aquello importase justo en ese momento. Yo me olvidaría pronto de Dimitri, y Mia tenía razón en lo de Mason. Era genial, dulce y un encanto. Sería una idiota de no perseguir aquello... ¿no?

Mi mano se hallaba aún en su brazo, y le atraje hacia mí. El no necesitó más señales, se inclinó y me besó, y de paso me vi atrapada contra la pared, algo muy al estilo de lo de Dimitri en el gimnasio. Por supuesto, lo que sentí no tuvo nada que ver con lo de Dimitri, pero también estuvo bien a su manera. Rodeé a Mason con los brazos y comencé a apretarlo contra mí.

—Podemos ir... a algún sitio —dije.

El se apartó y se rió.

—No mientras estés borracha.

—No estoy... ya... tan borracha —le dije conforme intentaba atraerle de nuevo hacia mí.

Me dio un breve beso en los labios y se retiró.

—Lo bastante. Mira, esto no es fácil, créeme, pero si aún me deseas mañana, cuando estés sobria, entonces hablamos.

Se inclinó y volvió a besarme. Yo intenté abrazarle de nuevo pero él se apartó una vez más.

—Calma, nena —bromeó al tiempo que caminaba de espaldas hacia su pasillo.

Me quedé mirándole, pero él se limitó a reírse y a darse la vuelta. Cuando se alejó, aparté la vista y me dirigí a mi habitación con una sonrisa en la cara.

Capítulo 15

A la mañana siguiente estaba intentando pintarme las uñas de los pies —nada fácil con ese pedazo de resaca—, cuando dieron un toque en la puerta. Lissa ya se había marchado cuando me desperté, de manera que crucé la habitación tambaleándome y haciendo lo posible por no estropearme el esmalte de uñas húmedo. Abrí la puerta y vi que fuera aguardaba uno de los empleados del hotel con una caja grande en los brazos. La desplazó ligeramente de forma que pudiese verme.

—Estoy buscando a Rose Hathaway.

—Soy yo.

Le cogí la caja, que era grande pero no muy pesada. Con un veloz «gracias», cerré la puerta y me quedé pensando si debería haberle dado una propina. Bueno, va.

Me senté en el suelo con la caja, que no tenía marcas identificativas y estaba sellada con cinta de embalaje; la rasgué con un bolígrafo. Una vez hube rajado lo suficiente, abrí la caja y miré en el interior.

Estaba llena de perfume.

Tenía que haber no menos de treinta botellitas de perfume empaquetadas allí dentro. Algunos los conocía, otros no, y variaban desde los exageradamente caros, pasando por los de las estrellas de cine, hasta las marcas baratas que había visto en la droguería. Eternity. Angel. Vanilla Fields. Jade Blossom. Michael Kors. Poison. Hypnotic Poison. Pure Poison. Happy. Light Blue. Jovan Musk. Pink Sugar. Vera Wang. Una por una fui cogiendo las cajitas, leyendo las descripciones y, después, saqué las botellas para olerías.

Estaba a medias cuando caí. Aquello tenía que ser de Adrián.

No sabía cómo se las había ingeniado para conseguir que le enviasen todo aquello al hotel en un plazo tan breve de tiempo, pero el dinero puede lograrlo casi todo. Aun así, yo no necesitaba la atención de un moroi rico y consentido. Al parecer, él no había captado mis señales. A regañadientes, comencé a devolver los perfumes a la caja, y me detuve. Por supuesto que los iba a devolver, pero no le hacía daño a nadie que oliese el resto antes de devolverlos.

De nuevo, empecé a sacarlos botella tras botella. En algunos casos me limité a olisquear el tapón, otros los rocié en el aire. Serendipity. Dolce & Gabbana. Shalimar. Daisy. Uno tras otro, fui distinguiendo los matices: rosa, violeta, sándalo, naranja, vainilla, orquídea...

Para cuando hube finalizado, la nariz apenas si me funcionaba ya, pues todos aquellos perfumes estaban preparados para los humanos, que poseían un sentido del olfato más débil que los vampiros e incluso que los dhampir, de manera que sus aromas resultaban extrafuertes. Comprendí de una forma totalmente novedosa aquello que había querido decir Adrián acerca de que sólo era necesaria una gota de perfume. Si todas aquellas botellitas me estaban mareando a mí, apenas era capaz de imaginarme lo que olería un moroi. La saturación sensorial tampoco estaba ayudando en nada al dolor de cabeza con el que me había levantado.

Empaqueté los perfumes, esta vez de verdad, y sólo me detuve al llegar a uno que realmente me había gustado. Tuve mis dudas, con la cajita en la mano, y a continuación, extraje la botellita roja y la olisqueé de nuevo. Tenía una fragancia fresca, dulce, con algún tipo de fruta, pero no una acaramelada o azucarada. Me estrujé el cerebro en busca de un aroma que una vez olí en una chica con la que me encontré en mi edificio. Me había dicho el nombre, como una mora... pero más fuerte. Grosella, eso era; y allí estaba en aquel perfume, mezclada con algunas flores: muguete y otras que no era capaz de identificar. Cualquiera que fuese la mezcla, algo en ella me atraía: dulce, pero no demasiado. Leí la caja en busca del nombre. *Amor Amor.*

—Muy apropiado —musité, al ver cuántos problemas sentimentales parecía tener yo últimamente, aunque me quedé con el perfume de todas formas y volví a empaquetar el resto.

Cogí la caja en brazos y la bajé a la recepción, donde encontré cinta de embalaje para cerrarla de nuevo. También conseguí las indicaciones necesarias para llegar hasta la habitación de Adrián. Al parecer, los Ivashkov disponían prácticamente de su propia ala, y no se hallaba demasiado lejos de la habitación de Tasha.

Con la sensación de ser una repartidora, avancé por el pasillo y me detuve frente a su puerta. Antes de que lograse llamar, se abrió, y Adrián se encontró frente a mí. El tenía el mismo aspecto de estar sorprendido que yo.

—Pequeña dhampir —dijo en tono cordial—. No esperaba verte por aquí.

—Vengo a devolver esto —y alcé la caja hacia él antes de que pudiese protestar. La sostuvo con torpeza, tambaleándose ligeramente por la sorpresa. Una vez la tuvo bien sujeta, retrocedió un par de pasos y la dejó en el suelo.

—¿No te ha gustado ninguno? —me preguntó—. ¿Quieres que te consiga más?

—No me envíes más regalos.

—No es un regalo. Es un servicio público. ¿Qué mujer no tiene su perfume?

—No vuelvas a hacerlo —le dije con firmeza.

De pronto, a su espalda, una voz preguntó:

—¿Rose? ¿Eres tú?

Miré detrás de él. Lissa.

—¿Qué haces aquí?

Entre mi dolor de cabeza y que yo había supuesto que estaba con Christian, aquella mañana había bloqueado mi percepción de ella todo lo que pude. En condiciones normales, al instante de acercarme, yo ya habría sabido que ella se encontraba dentro de la habitación. Me volví a abrir de nuevo y permití que su asombro me llegase a raudales. No se había esperado que yo apareciese por allí.

—¿Qué haces *tú* aquí? —me preguntó

—Señoritas, señoritas dijo Adrián en plan bromista—. No hace falta que se peleen por mí.

Le miré fijamente.

—No lo estamos haciendo. Sólo quiero saber qué es lo que pasa aquí.

Percibí una oleada de loción de afeitado y a continuación oí una voz a mi espalda:

—Yo también.

Di un respingo, me volví y vi a Dimitri de pie en el pasillo. No tenía ni idea de qué hacía en el ala de los Ivashkov.

De camino a la habitación de Tasha, me sugirió mi voz interior.

No cabía duda de que Dimitri siempre esperaba que me metiese en todo tipo de problemas, pero el encontrarse a Lissa allí dentro le pilló desprevenido. Pasó a mi lado, se adentró en la habitación y se quedó mirándonos a los tres.

—Los alumnos y las alumnas sólo pueden estar en sus respectivos cuartos.

Yo sabía que apuntar el hecho de que Adrián no era, técnicamente, un alumno no nos iba a sacar de aquel lío. Se suponía que nosotras no podíamos estar en la habitación de ningún tío.

—¿Cómo puedes seguir haciendo esto? —le pregunté a Adrián, frustrada.

—¿Hacer qué?

—Que no deje de parecer que actuamos mal.

Se carcajeó.

—Habéis sido vosotras quienes habéis venido aquí.

—Tú no deberías haberles dejado entrar —le reprendió Dimitri—. Estoy seguro de que conoces las normas de St. Vladimir.

Adrián se encogió de hombros.

—Sí, pero no tengo que seguir ninguna estúpida norma de colegio.

—Quizá no —dijo Dimitri con frialdad—, pero habría creído que aun así las respetarías.

Adrián puso los ojos en blanco.

—En cierto modo me sorprende verte dar clases sobre las menores de edad —vi la ira arder en los ojos de Dimitri y, por un instante, pensé que podía presenciar la pérdida de control que yo le había echado en cara. Pero mantuvo la compostura, y tan sólo sus puños apretados daban fe de lo enfadado que estaba. Adrián prosiguió—: Además, aquí no estaba pasando nada sórdido. Tan sólo pasábamos el rato.

—Si quieres «pasar el rato» con menores, hazlo en una de las zonas comunes.

No me hizo ninguna gracia que Dimitri nos llamase «menores», y me sentí como si su reacción fuese exagerada. Sospechaba también que parte de esa reacción tenía que ver con el hecho de que yo me encontrase allí.

Adrián se rió justo en ese momento. Una risa extraña que me puso los pelos de punta.

—¿Menores? *¿Menores?* Seguro. Menores y a la vez mayores. Apenas si han visto nada de la vida y ya han visto demasiado. Una está ungida por la vida y la otra está ungida por la muerte... pero, ¿es por *ellas* por quien te preocupas? Preocúpate por ti, dhampir. Preocúpate por ti y preocúpate por mí, nosotros somos los menores.

El resto nos quedamos así, como pasmados. No creo que ninguno nos esperásemos que se le fuera la pinza de un modo tan repentino y tan brusco.

De nuevo, Adrián había vuelto a la calma y su aspecto era perfectamente normal. Se giró, deambuló hasta la ventana y nos miró, a su espalda, de una manera por completo informal según sacaba sus cigarrillos.

—Vosotras, señoritas, es probable que debáis iros. Tiene razón, soy una mala influencia.

Crucé la mirada con Lissa. Las dos salimos de forma apresurada y seguimos a Dimitri por el pasillo en dirección al vestíbulo.

—Ha sido... extraño —dije un par de minutos después. No era más que constatar algo obvio, pero bueno, alguien tenía que hacerlo.

—Mucho —dijo Dimitri, que no parecía tan enfadado como perplejo.

Cuando llegamos al vestíbulo, salí detrás de Lissa, de regreso a nuestra habitación, pero Dimitri me llamó.

—Rose —dijo—. ¿Puedo hablar contigo?

Sentí un brote de solidaridad procedente de Lissa, me volví hacia Dimitri y me dirigí a una zona apartada en la sala, fuera del tránsito de la gente. Un grupo de moroi envueltos en sus pieles y diamantes pasó a toda prisa junto a nosotros, con la ansiedad dibujada en el rostro. Detrás iban los botones con el equipaje. La gente seguía marchándose en busca de lugares más seguros. La paranoia strigoi estaba lejos de haber finalizado.

La voz de Dimitri atrapó de nuevo mi atención.

—Ese es Adrián Ivashkov —pronunció el nombre igual que lo hacía todo el mundo.

—Sí, lo sé.

—Esta es la segunda vez que te veo con él.

—Sí —respondí con mucha fluidez—. Nos vemos a veces.

Dimitri levantó una ceja y justo a continuación hizo un gesto con la cabeza para señalar en la dirección de la que proveníamos.

—¿Le ves mucho en su habitación?

En mi cabeza saltaron múltiples contestaciones, y una maravillosa cobró ventaja.

—Lo que pase entre él y yo no es asunto tuyo —logré un tono muy parecido al que él había utilizado conmigo cuando realicé un comentario similar sobre él y Tasha.

—A decir verdad, mientras que estés en la academia, lo que tú hagas *sí* es asunto mío.

—En mi vida privada no. Ahí no tienes voz ni voto.

—Aún no eres una adulta.

—Estoy lo bastante cerca. Además, no es como si me fuese a convertir en adulto por arte de magia el día de mi decimoctavo cumpleaños.

—Está claro —dijo él.

Me sonrojé.

—No es eso lo que yo quería decir. Yo...

—Ya sé lo que querías decir, y los detalles técnicos no importan ahora mismo. Eres una alumna de la academia y yo soy tu instructor. Mi trabajo es ayudarte y mantenerte a salvo. Estar en el dormitorio de alguien como él... bueno, eso no es «a salvo».

—Soy capaz de manejar a Adrián Ivashkov —mascullé—. Es raro, raro de verdad, en apariencia, pero inofensivo.

En secreto me preguntaba si el problema de Dimitri no podría ser que estuviese celoso. No se había llevado a Lissa aparte para darle la brasa. La idea me hacía ligeramente feliz, pero entonces recordé la curiosidad que yo había sentido antes en referencia al motivo de que Dimitri hubiese siquiera aparecido.

—Hablando de vidas privadas... supongo que ibas a visitar a Tasha, ¿eh?

Sabía que era algo mezquino y me esperaba una contestación en plan «no es asunto tuyo». En cambio, me respondió:

—En realidad, iba a ver a tu madre.

—¿También te vas a liar con ella? —yo sabía que no iba a hacerlo, pero la ocurrencia me pareció demasiado buena como para desperdiciarla.

Aparentó ser consciente de ello él también y se limitó a mirarme con cara de cansancio.

—No. íbamos a repasar unos datos nuevos sobre los strigoi que atacaron a los Drozdov.

Se me acabaron el enfado y la impertinencia. Los Drozdov. Los Badica. De pronto, todo lo que había pasado aquella mañana tomaba una apariencia increíblemente trivial. ¿Cómo podía haber estado allí discutiendo con Dimitri sobre si se estarían produciendo o no ciertos romances mientras él y el resto de guardianes estaban tratando de protegernos?

—¿Qué habéis descubierto? —le pregunté en voz baja.

—Hemos logrado seguirle la pista a algunos de los strigoi —dijo—, o al menos a los humanos que van con ellos. Ha habido testigos, gente que vive en los alrededores, que vieron algunos de los coches que utilizó el grupo. Todas las matrículas eran de estados diferentes, parece que el grupo

se ha disgregado, probablemente para ponérnoslo más difícil, pero uno de esos testigos cogió el número de una de las placas. Está registrada con una dirección de Spokane.

—¿Spokane? —pregunté con incredulidad—. ¿Spokane, en el estado de *Washington?* ¿Quién se monta una guarida en Spokane? He estado allí una vez, y era más o menos igual de aburrido que el resto de esos pueblos perdidos por el noroeste.

—Los strigoi, al parecer —dijo con un gesto inexpresivo—. El domicilio era falso, pero hay otras pruebas que demuestran que de verdad están allí. Hay una especie de centro comercial con algunas galerías subterráneas. Se han producido avistamientos de strigoi por aquella zona.

—Entonces... —fruncí el ceño—. ¿Vais a ir detrás de ellos? ¿Va a ir alguien? Es decir, esto es lo que Tasha dice... si sabemos dónde están...

Lo negó con la cabeza.

—Los guardianes no podemos hacer nada sin el permiso de arriba. No es algo que vaya a suceder de manera inmediata.

Suspiré.

—Porque los moroi hablan demasiado.

—Están siendo cautos —me dijo.

Sentí cómo empezaba a mosquearme otra vez.

—Venga ya. Ni siquiera tú puedes querer ser cauto con esto. Sabes a ciencia cierta dónde se esconden los strigoi, unos strigoi que han masacrado niños, ¿y no quieres ir a por ellos cuando menos se lo esperan? —yo sonaba entonces igual que Mason.

—No es tan fácil —dijo él—. Respondemos ante el Consejo de Guardianes y el Gobierno moroi. No podemos salir por las buenas y actuar de forma impulsiva. Y, de todas maneras, no lo sabemos todo aún. Nunca debes meterte en ninguna situación sin conocer todos los detalles.

—Otra vez las lecciones zen —suspiré. Me pasé una mano por el pelo y me lo sujeté detrás de las orejas—. Y, de todos modos, ¿por qué me lo cuentas a mí? Es un tema de los guardianes, no es de esas cosas que se le cuentan a los novicios.

Meditó sobre sus palabras, y su expresión se ablandó. Él siempre me parecía increíble, pero era así como más me gustaba.

—He dicho algunas cosas... el otro día, y hoy... que no debería haber dicho. Cosas que constituían insultos para tu edad. Tienes diecisiete... pero

eres capaz de manejar y procesar las mismas cosas que quienes son mucho mayores que tú.

Se me hinchó el pecho y me palpitó con fuerza.

—¿De verdad?

El asintió.

—Eres aún muy joven en muchos sentidos, y actúas como tal, pero la única verdadera forma de cambiar eso es tratarte como a un adulto. Tengo que hacerlo más. Sé que tomarás esta información, comprenderás lo importante que es y te la guardarás para ti.

No me entusiasmaba que me dijesen que actuaba como una cría, pero me gustaba la idea de que me hablase como a una igual.

—Dimka —se escuchó una voz. Tasha Ozzera se acercó hasta nosotros y sonrió al verme—. Hola, Rose.

Adiós a mi estado de ánimo.

—Hey —dije en plan cansino.

Le plantó la mano en el antebrazo a Dimitri y deslizó los dedos por el cuero de su abrigo. Observé esos dedos con enfado. ¿Cómo se atrevían a tocarle?

—Tienes esa expresión en la cara —le dijo ella.

—¿Qué expresión? —preguntó él. El rostro adusto que había mostrado conmigo se desvaneció. En sus labios había una leve sonrisa de complicidad, casi de travesura.

—Esa expresión que dice que vas a estar de servicio todo el día.

—¿En serio? ¿Esa cara tengo? —en su voz había un tono bromista, burlón.

Ella asintió.

—¿Cuándo termina oficialmente tu turno?

Dimitri pareció —lo juro— avergonzado.

—Hace una hora.

—No puedes seguir haciendo esto —se quejó ella—. Necesitas un descanso.

—Bueno... si tienes en cuenta que no dejo de ser el guardián de Lissa...

—Por ahora dijo ella en tono de complicidad. Me sentía más mareada que la noche previa—. En el piso de arriba se está celebrando un gran torneo de billar.

—No puedo —dijo él, pero con la sonrisa aún en el rostro—. Aunque hace mucho que no juego...

¿Pero qué c...? ¿Dimitri jugaba al *billar?*

De repente, ya no importaba que acabásemos de mantener una conversación acerca del hecho de que no me tratase como a un adulto. Una pequeña parte de mí era consciente del cumplido que aquello suponía, pero el resto de mí deseaba que me tratase como a Tasha. Travieso. Bromista. Informal. Tenían un trato demasiado familiar el uno con el otro, completamente cómodos.

—Vámonos entonces —le suplicó ella—, ¡Sólo una ronda! Les podemos ganar a todos.

—No puedo —repitió él. Sonaba a lamento—. No con todo lo que está ocurriendo.

Ella se puso un poco seria.

—No, supongo que no —me miró, y dijo bromeando—: Espero que te des cuenta del modelo de conducta tan extremo que tienes aquí delante. Nunca está fuera de servicio.

—Bueno —le dije yo en una imitación de la cadencia de su tono de voz anterior—, *por ahora,* al menos.

Tasha parecía extrañada. No creo que siquiera se imaginase que me reía de ella. La dura mirada de Dimitri me decía que él sí sabía con exactitud lo que estaba haciendo, y de inmediato me di cuenta de que me acababa de cargar cualquier progreso que hubiese hecho por la senda de los adultos.

—Hemos terminado aquí, Rose. Recuerda lo que te he dicho.

—Sí —dije según me volvía. De manera repentina, deseé regresar a mi habitación a no hacer nada durante un rato. Aquel día ya me estaba resultando agotador—. Desde luego.

No había llegado muy lejos cuando me tropecé con Mason. Cielo santo, hombres por todas partes.

—Estás enfadada —me dijo en cuanto estuvo frente a mí. Tenía un don para intuir mis estados de ánimo—. ¿Qué ha pasado?

—Ciertos... problemas disciplinarios. Ha sido una mañana rara.

Suspiré, incapaz de quitarme a Dimitri de la cabeza. Miraba a Mason y recordaba lo convencida que estaba de llegar verdaderamente lejos con él la noche anterior. Estaba de la olla, no era capaz de escoger a nadie, y decidí que la mejor forma de olvidarse de un tío era prestarle atención a otro, así que cogí del brazo a Mason y lo alejé de allí.

—Venga. ¿El trato no era ir a algún sitio... mmm, privado hoy?

—Creí que ya se te había pasado la borrachera —bromeó, pero sus ojos me miraban muy, muy serios. E interesados—. Había asumido que se había acabado todo.

—Eh, que yo me atengo a lo que digo, sea lo que sea —abrí mi mente y busqué a Lissa. No se encontraba ya en nuestra habitación, se había marchado a cualquier otro acto de la realeza, sin duda como preparación para la gran fiesta de Priscilla Voda—. Venga —le dije a Mason—, vamos a mi habitación.

Aparte de las inoportunas veces que a Dimitri le daba por pasarse por los cuartos de la gente, nadie vigilaba de verdad el cumplimiento de la norma de la segregación por sexos. Era prácticamente como si nos encontrásemos allá en mi edificio de la academia. Mientras Mason y yo subíamos, le conté lo que Dimitri me había dicho sobre los strigoi en Spokane. Dimitri me había advertido que me lo guardase para mí, pero de nuevo estaba enfadada con él, y no vi mal alguno en contárselo a Mason. Sabía que a él le interesaría.

Y acerté. Mason se pilló un rebote de los buenos.

—¿Qué? —exclamó cuando entrábamos en mi habitación—. ¿Que no van a hacer *nada?*

Me encogí de hombros y me senté en mi cama.

—Dimitri ha dicho que...

—Ya lo sé, ya lo sé... ya te he oído. Lo de ser cautelosos y tal —Mason caminaba enfadado por mi habitación—. Pero si esos strigoi van a por más moroi... otra familia real... ¡maldita sea! Entonces van a desear no haber tenido tanto cuidado.

—Olvídalo —le dije. Me sentía en cierto modo molesta por el hecho de que estar sentada en la cama no bastase para quitarle de la cabeza unos alocados planes de combate—. No podemos hacer nada.

Se detuvo.

—Podríamos ir.

—¿Ir adonde? —pregunté de forma estúpida.

—A Spokane. En el pueblo se puede coger un autobús.

—Yo... espera. ¿Quieres que vayamos a Spokane a matar strigoi?

—Desde luego. Eddie también se vendría... Podríamos ir a ese centro comercial. No estarían organizados ni nada, así que podríamos aguardar y liquidarlos uno por uno...

Yo sólo atinaba a quedarme mirándole.

—¿Cuándo te has vuelto tan bobo?

—Ah, ya veo. Gracias por tu voto de confianza.

—No se trata de confianza —le rebatí yo al tiempo que me ponía en pie y me aproximaba a él—. Le puedes partir la cara al más pintado. Yo lo he visto. Pero esto... ésta no es la manera de hacerlo. No podemos enganchar a Eddie e ir a por los strigoi. Necesitamos más gente, planearlo más. Más información.

Puse mis manos sobre su pecho. El puso las suyas sobre las mías y sonrió. En sus ojos aún se veía el ardor de la batalla, pero yo podía sentir que su mente se estaba empezando a centrar en preocupaciones mucho más inmediatas. Como yo.

—No quería llamarte bobo —le dije—. Lo siento.

—Sólo lo dices porque quieres engatusarme.

—Por supuesto que sí —me reí, contenta de verle relajado. La naturaleza de aquella conversación me recordaba un poco a la que Lissa y Christian habían mantenido en la capilla.

—Bueno —me dijo—, no creo que vaya a ser muy difícil aprovecharse de mí.

—Bien. Porque hay *montones* de cosas que quiero hacer.

Mis manos se deslizaron, ascendieron y le rodearon el cuello. El tacto de su piel era cálido bajo mis dedos, y me acordé de lo mucho que había disfrutado besándole la noche anterior.

De repente, por las buenas, me dijo:

—Eres de verdad su alumna.

«¿De quién?

—De Belikov. Es que estaba pensando en el momento en el que has mencionado la necesidad de información y ese rollo. Te comportas exactamente igual que él. Te tomas las cosas muy en serio desde que vas por ahí con él.

—No, no lo hago.

Mason me había atraído más cerca de sí, pero entonces, de pronto, ya no me sentí tan romántica. Hubiera preferido que nos enrollásemos y haberme olvidado de Dimitri un rato, y no mantener una conversación sobre él. ¿A qué venía aquello? Se suponía que Mason debía distraerme.

El no advirtió que algo fuese mal.

—Es sólo que has cambiado, nada más. No es que sea malo... sólo diferente.

Había algo en ello que me molestaba, pero antes de que pudiese contestarle, su boca buscó la mía en un beso. Las discusiones racionales se fueron al garete. En mi interior comenzó a surgir un estado anímico oscuro, pero canalicé esa intensidad en la faceta física al tiempo que Mason y yo nos comprimíamos el uno contra el otro. Le empujé a la cama y conseguí hacerlo sin detener el beso. Si algo tenía yo, era el ser multitarea. Le clavé las uñas en la espalda mientras que sus manos ascendían por mi nuca y me soltaban la coleta que me había hecho unos minutos antes. Sus dedos me recorrían el pelo, ahora en libertad, y su boca se retiró para descender y besarme el cuello.

—Eres... increíble —me dijo, y pude sentir que lo decía de verdad. Todo su rostro brillaba de cariño hacia mí.

Me arqueé hacia arriba para permitir que sus labios hiciesen una mayor presión sobre mi piel mientras sus manos se deslizaban por debajo de mi blusa, ascendían por mi abdomen y apenas llegaban a rozar el aro de mi sujetador.

Teniendo en cuenta que acabábamos de estar discutiendo unos minutos antes, me sorprendía ver que las cosas se estuviesen acelerando tanto. Para ser sincera, sin embargo... no me importaba. Ese era el modo en que yo vivía mi vida; conmigo todo era siempre rápido e intenso. La noche en que Dimitri y yo caímos víctimas del hechizo de lujuria de Víctor Dashkov, también se produjo una pasión bastante furiosa, aunque Dimitri la controló, así que a ratos nos tomamos las cosas con calma... y aquello había sido maravilloso a su manera. Pero la mayor parte del tiempo no habíamos sido capaces de contenernos. Podía volver a sentirlo todo. El modo en que sus manos me recorrieron el cuerpo. Los besos profundos, poderosos.

Fue entonces cuando me percaté de algo.

Estaba besando a Mason, pero en mi cabeza, yo me encontraba con Dimitri. Y no es que me limitase a recordarlo, estaba de verdad imaginándome que me encontraba con Dimitri —en aquel preciso instante — reviviendo esa noche de nuevo. Con los ojos cerrados resultaba sencillo fingirlo.

Pero cuando los abrí y vi los ojos de Mason, me di cuenta de que era con *él* con quien estaba. Hacía mucho tiempo que yo le atraía, y me adoraba. Hacerle esto... estar con él y fingir que me encontraba con otro...

No estaba bien.

Me revolví y me zafé de él.

—No... no lo hagas.

Mason se detuvo de inmediato, porque era de esa clase de tíos.

—¿Demasiado lejos? —preguntó, y yo asentí—. Está bien, no tenemos que hacerlo.

Volvió a acercarse a mí y yo me alejé más.

—No, es sólo que yo no... no lo sé. Vamos a dejarlo, ¿vale?

—Yo... por un momento se quedó sin palabras—. ‹Qué ha pasado con los «montones de cosas» que querías hacer?

Vale... aquello no parecía estar nada bien, pero ¿qué le iba a decir? No me puedo acostar contigo porque, cuando lo hago, es que me pongo a pensar en ese otro tío que es al que de verdad deseo. Tú no eres más que un sustituto.

Tragué saliva, sintiéndome estúpida.

—Lo siento, Mase. No puedo.

Se sentó y se pasó una mano por el pelo.

—Vale. Muy bien —pude sentir la severidad de su voz.

—Estás enfadado.

Me miró de manera fugaz con una expresión violenta.

—Sólo estoy confundido. No sé interpretar tus señales. En un momento dado eres ardiente y al siguiente eres fría. Me dices que me deseas y me dices que no. Si escogieses una opción, sería perfecto, pero no dejas de hacerme pensar primero una cosa y a continuación te acabas yendo en una dirección completamente distinta. No sólo ahora, siempre —era verdad. Con Mason me había dedicado a un tira y afloja. Unas veces coqueteaba con él y otras le ignoraba por completo—. ¿Hay algo que quieras que haga? —me preguntó al no decir yo nada—. Algo que... no sé. ¿Algo que te vaya a hacer sentir mejor en lo que a mí respecta?

—No lo sé —le dije casi como un susurro.

El suspiró.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres, en general?

«A Dimitri», pensé. En cambio, lo que realmente hice fue repetirme.

—No lo sé.

Con un quejido, se levantó y se dirigió a la puerta.

—Rose, para alguien que afirma querer reunir tanta información como sea posible, te queda aún muchísimo que aprender sobre ti misma.

Dio un portazo al salir. El ruido me hizo dar un respingo y, mientras estaba allí mirando fijamente el lugar donde Mason acababa de estar de pie,

me di cuenta de que él tenía razón. Desde luego que tenía mucho que aprender.

Capítulo 16

Lissa vino algo más tarde. Yo me había quedado dormida después de que Mason se marchase, demasiado abatida para levantarme de la cama. Su portazo me despertó de golpe.

Me alegré de verla, necesitaba soltarle todo el embrollo de Mason, pero antes de que pudiese, leí sus sentimientos. Eran tan atormentados como los míos, así que, como siempre, le cedí la delantera.

—¿Qué ha pasado?

Se sentó en su cama y se hundió en el edredón de plumas; se sentía triste y a la vez furiosa.

—Christian.

—¿En serio? —yo no les había conocido discusión alguna. Se tomaban mucho el pelo el uno al otro, pero ni de lejos era aquello el tipo de cosas que la hacían romper a llorar.

—Se ha enterado... de que estuve con Adrián esta mañana.

—Vaya —dije—. Sí, eso podría ser un problema —me levanté, fui hasta el tocador y encontré mi cepillo. Con una mueca, me situé frente al espejo con su marco dorado y comencé a cepillarme los enredos que se me habían formado durante la siesta.

Lissa soltó un quejido.

—¡Pero si no ha pasado nada! A Christian se le ha ido la pinza por nada. No me puedo creer que no confíe en mí.

—El confía en ti. Es que todo esto es muy raro, nada más —pensé en Dimitri y Tasha—. Los celos hacen que la gente haga y diga estupideces.

—Pero si no ha pasado nada —repitió ella—. Vamos, tú estabas allí y... Oye, al final no he llegado a enterarme. ¿Qué hacías allí?

—Adrián me envió un montón de perfume.

—¿Que él... te refieres a esa caja enorme que llevabas? —asentí—. Guau.

—Sí. Fui a devolvérsela —le dije—. La cuestión es ¿qué hacías tú allí?

—Sólo hablar —me dijo. Empezó a animarse, a punto de contarme algo, aunque se detuvo. Sentí que la idea casi alcanzó la parte más exterior

de su mente, sin embargo se vio retraída de vuelta al fondo—. Tengo mucho que contarte, pero dime primero qué te pasa a ti.

—A mí no me pasa nada.

—Ya, Rose. No soy adivina como tú, pero sí sé cuándo te está fastidiando algo. Llevas así, como deprimida, desde el día de Navidad. ¿Qué ocurre?

Aquél no era el momento de entrar en lo que había pasado el día de Navidad, cuando mi madre me contó lo de Tasha y Dimitri, pero sí le conté a Lissa la historia de Mason —eliminando las escenas relativas a los motivos por los que yo había echado el freno— y me limité a dejar claro que me había parado.

—Bueno... dijo ella cuando finalicé—. Estabas en tu derecho.

—Ya lo sé, pero es como si le hubiese engañado. Puedo entender por qué se siente molesto.

—De todos modos, es probable que lo podáis arreglar. Ve a hablar con él, está loco por ti.

Se trataba de algo más que un problema de comunicación. Las cosas no se podían parchear con tanta facilidad entre Mason y yo.

—No lo sé —le dije—. No todo el mundo es como Christian y tú.

Se le oscureció el semblante.

—Christian. Aún no me creo que se haya puesto tan tonto con esto.

No pretendía hacerlo, pero me reí.

—Mira, Liss, en cosa de un día os habréis reconciliado y os estaréis besando. Bueno, algo más que besaros, probablemente.

Se me escapó antes de que pudiese detenerlo. Sus ojos se abrieron de par en par.

—Lo sabes —sacudió la cabeza, exasperada—. Por *supuesto* que lo sabes.

—Lo siento —le dije. No pretendía soltarle que sabía lo del tema del sexo; no hasta que ella misma me lo contase.

Me miró.

—¿Cuánto sabes?

—Mmm, no mucho —mentí. Había terminado de cepillarme el pelo, pero jugaba con el mango del cepillo para evitar su mirada.

—Debo aprender a mantenerte fuera de mi mente —masculló.

—Es el único modo que tengo de «hablar» contigo últimamente —otro patinazo.

—¿Qué se supone que significa eso? —me exigió ella.

—Nada... que yo... —me miraba con una expresión de dureza—. Yo... no lo sé. Es sólo que tengo la sensación de que ya no hablamos tanto.

—Hacen falta dos para arreglar eso —dijo con voz amable de nuevo.

—Tienes razón —respondí en un intento de evitar señalar que eso se arreglaba entre dos solamente si una de las dos no se pasaba el día entero con su novio. Cierto, yo era culpable, a mi manera, por haberme cerrado; pero sí había querido hablar con ella muchas veces últimamente. La sincronización no parecía ser nunca la correcta, ni siquiera en aquel preciso instante—. Ya sabes, jamás imaginé que tú lo harías primero. O supongo que nunca se me ocurrió que fuera a llegar virgen al último año.

—Ya te digo —dijo con sequedad—. Yo tampoco.

—¡Eh! ¿Qué se supone que significa *eso?*

Sonrió. Entonces vio su reloj por casualidad y se le cayó la sonrisa.

—Uf, tengo que asistir al banquete de Priscilla. Se suponía que Christian iba a venir conmigo, pero se ha quedado sin ir por idiota... —sus ojos posaron una mirada esperanzada sobre mí.

—¿Qué? No, por favor, Liss. Ya sabes lo mucho que odio esos rollos formales de la realeza.

—Oh, venga me suplicó—. Christian me ha dado plantón, no puedes echarme a los leones. ¿No acabas de decir que tenemos que hablar más? —yo gruñí—. Además, cuando tú seas mi guardiana, tendrás que hacer cosas de éstas constantemente.

—Ya lo sé —dije con mal gesto—. Pensaba que quizá podría disfrutar mis últimos seis meses de libertad.

Pero al final me lió para que fuese con ella, tal y como las dos sabíamos que haría.

No disponíamos de mucho tiempo, y yo tenía que darme una ducha rápida, secarme el pelo y maquillarme. Me había traído el vestido de Tasha en un arrebato, y aunque su atracción por Dimitri aún me empujaba a desearle un sufrimiento horrible, ahora me sentía agradecida por su regalo. Me puse aquella seda, feliz al ver que su tono de rojo me quedaba tan de muerte como había imaginado. Se trataba de un vestido largo, de estilo asiático, con flores bordadas sobre la seda. El cuello cerrado y su largo tapaban mucha piel, pero la tela se me pegaba y me daba un aire sexy de una manera diferente a la de enseñar mucho. Para entonces, mi ojo morado era ya casi inapreciable.

Lissa, como siempre, tenía un aspecto impresionante. Llevaba un vestido de Johanna Raski, una conocida diseñadora moroi, hecho de satén de color morado oscuro y sin mangas. En los tirantes, unos cristales diminutos que parecían amatistas y que brillaban en contraste con la palidez de su piel. Peinó su pelo en un moño semirrecogido, con mucha elegancia.

Cuando llegamos al salón del banquete atrajimos algunas miradas. No creo que la realeza esperase que la princesa Dragomir llevara a su amiga dhampir a un acontecimiento tan codiciado al que sólo se podía asistir con invitación. Pero bueno, la de Lissa decía «y acompañante». Las dos ocupamos nuestros lugares en una de las mesas, con unos miembros de la realeza cuyos nombres no tardé nada en olvidar. Ellos estaban felices ignorándome, y yo estaba feliz siendo ignorada.

Además, no se puede decir que no hubiese distracciones de sobra. La sala al completo estaba decorada en azul y plata. Las mesas se hallaban cubiertas por unos manteles de color azul marino tan brillantes y suaves que a mí me parecía terrible ponerme a comer sobre ellos. En todas las paredes había apliques con velas de cera, y apartada en una esquina crepitaba una chimenea decorada con una vidriera. El efecto era un panorama espectacular de luz y de color, mareante para la vista. En la esquina, una esbelta moroi tocaba al chelo una música suave, con cara de ensoñación, concentrada en la pieza. El tintineo de las copas de vino complementaba las notas graves y dulces del instrumento de cuerda.

La cena fue igualmente increíble. Se trataba de una cocina muy refinada, pero aun así fui capaz de reconocer todo lo que pasó por mi plato (de porcelana, por supuesto), y todo me gustó. Nada *de foie-gras* por allí. Salmón en salsa de setas shiitake. Ensalada con pera y queso de cabra. Unos delicados hojaldres rellenos de almendra como postre. Mi única queja fue que las raciones eran pequeñas. La comida parecía estar ahí más para decorar los platos y, lo juro, acabé con ella en diez bocados. Los moroi no dejaban de necesitar la comida junto con la sangre, pero desde luego, no la necesitaban tanto como un humano o, digamos, como la necesitaba una dhampir en edad de crecer.

En cualquier caso, la comida por sí sola habría justificado el que me lanzase a aquella aventura, decidí yo, excepto cuando se terminó la cena y Lissa me dijo que no nos podíamos marchar.

—Tenemos que mezclarnos —me susurró. ¿Mezclarnos? Lissa se rió ante mi incomodidad Tú eres la de la vida social.

Era cierto. En la mayoría de las circunstancias, yo era la que daba la cara y no tenía miedo de hablar con la gente. Lissa tendía a ser más tímida, sólo que, con aquel grupo, las tornas habían cambiado. Ese era su elemento, no el mío, y me sorprendió lo bien que se le daba ahora relacionarse con la alta sociedad de la realeza. Era perfecta, elegante y educada. Todo el mundo estaba deseando hablar con ella, y ella siempre parecía tener la palabra perfecta que decir. No hacía uso de la coerción, no exactamente, sino que, sin duda, adoptaba un aire que atraía a los demás hacia ella. Pienso que podría tratarse de un efecto inconsciente del espíritu; aun con las pastillas, transmitía su personalidad mágica y natural. Mientras que las relaciones sociales intensas habían sido en tiempos algo obligatorio, estresante para Liss, ahora se manejaba con soltura. Yo estaba orgullosa de ella. La mayor parte de las conversaciones era bastante superficial: moda, las vidas amorosas de la realeza, y demás. Nadie parecía tener el deseo de estropear el ambiente con charlas desagradables sobre strigoi.

Así que me colgué de ella el resto de la noche. Intenté convencerme de que se trataba de un entrenamiento para el futuro, cuando de todas todas tendría que seguirla como una sombra silenciosa. La verdad era que, simplemente, me sentía demasiado incómoda con aquel grupo y sabía que allí mi habitual e impertinente mecanismo de defensa no resultaba en absoluto útil. Además, yo era dolorosamente consciente de ser el único dhampir invitado a la fiesta. Sí había otros dhampir, pero en su papel formal de guardianes, rondando por los alrededores del salón.

Lissa se fue abriendo camino a través de la gente y llegamos hasta un grupo de moroi cuyas voces adoptaban un volumen cada vez mayor. Reconocí a uno de ellos. Era el tío de la pelea que yo había ayudado a detener, sólo que esta vez llevaba un impresionante esmoquin negro en lugar de un traje de baño. Levantó la vista cuando nos aproximamos y nos observó con descaro, pero al parecer no se acordaba de mí. No nos hizo caso y prosiguió con su discusión. El tema era la protección de los moroi, ninguna novedad. El era quien se había mostrado a favor de que los moroi pasasen a la ofensiva contra los strigoi.

—¿Qué parte de la palabra «suicidio» es la que no entiendes? le preguntó uno de los hombres que se encontraban cerca. Tenía el pelo canoso y un bigote poblado. También vestía esmoquin, pero al joven le quedaba mejor—. El entrenamiento de los moroi como soldados será el fin de nuestra raza.

—No es un suicidio —exclamó el joven—, es justo lo que hay que hacer. Tenemos que empezar a cuidarnos nosotros. Aprender a luchar y a utilizar nuestra magia es nuestra mejor baza, más allá de los guardianes.

—Sí, pero con los guardianes no necesitamos más bazas —dijo el señor Pelo Canoso—. Has escuchado mucho a quienes no pertenecen a la realeza. Ellos no tienen guardianes particulares, y claro que están asustados, pero ésa no es razón para debilitarnos a *nosotros* y para poner en riesgo *nuestras* vidas.

—No lo hacen —dijo Lissa de repente. Su voz sonaba baja, pero todo el mundo en el grupo se calló y la miró—. Cuando hablas de que los moroi aprendan a luchar, lo haces como si se tratase de una cuestión de todo o nada, y no lo es. Si no quieres luchar, entonces no tendrías que estar obligado a hacerlo. Lo comprendo perfectamente —el señor parecía ligeramente apaciguado—. Pero eso es posible porque vosotros *podéis* confiar en vuestros guardianes. Muchos moroi no pueden, y si desean aprender autodefensa, no hay razón por la cual no deban hacerlo por su cuenta.

El joven mostró una sonrisa triunfal ante su adversario.

—Ahí está, ¿lo ves?

—No es tan sencillo —rebatió Pelo Canoso—. Si tan sólo fuese una cuestión de que unos alocados como vosotros quisieran que los matasen, entonces maravilloso. Id y hacedlo. Pero ¿dónde ibais a aprender todas esas supuestas técnicas de combate?

—Descubriremos la magia por nuestra cuenta. Los guardianes nos enseñarían el verdadero combate físico.

—Sí, ¿lo veis? Ya sabía que era ahí donde todo esto apuntaba. Aunque el resto de nosotros no participe en vuestra misión suicida, aún seguís queriendo arrebatarnos a nuestros guardianes para que entrenen a vuestro ejército de pacotilla.

El joven frunció el ceño al oír la palabra «pacotilla», y me pregunté si no vería volar más puños.

—Nos lo debéis —dijo.

—No, no os lo deben —replicó Lissa.

Las miradas de intriga se volvieron hacia ella de nuevo. Esta vez era Pelo Canoso quien la observaba triunfal. El rostro del joven ardía de ira.

—Los guardianes son los mejores recursos de que disponemos para el combate.

—Lo son —coincidió ella —, pero eso no te da el derecho de apartarlos de su deber.

La cara de Pelo Canoso prácticamente brillaba.

—Entonces ¿cómo se supone que vamos a aprender? —le interrogó el otro tío.

—Del mismo modo que los guardianes —le informó Lissa—. Si deseáis aprender a pelear, id a las academias. Cread cursos y comenzad por el principio, igual que hacen los novicios. De ese modo no estaréis apartando a los guardianes de la protección activa. Es un entorno seguro, y allí los guardianes ya se especializan de igual forma en la enseñanza hizo una pausa, pensativa—. Podríais incluso convertir la defensa personal en parte del programa de estudios habitual de los moroi.

Las miradas de sorpresa se le quedaron clavadas, incluida la mía, tal era la elegancia de su solución, y todo el mundo a nuestro alrededor se percató de ello. No concedía a ninguno de los dos frentes el cien por cien de sus reivindicaciones, pero satisfacía la mayor parte de ellas de un modo que no causaba daño alguno al otro. Genialidad pura. El resto de los moroi la observaba con asombro y admiración.

De repente, todo el mundo se puso a hablar al mismo tiempo, emocionados con la idea. Hicieron que Lissa participase, y enseguida se montó una animada conversación sobre su plan. Yo me fui quedando fuera de aquello, y sentí que así estaba bien, de forma que terminé retirándome y buscando un rincón que quedase cerca de una puerta. Por el camino, me crucé con una camarera que llevaba una bandeja con entremeses. Todavía hambrienta, les eché un ojo con desconfianza, pero no vi nada que se pareciese al *foie gras* del otro día. Señalé uno que tenía aspecto de carne rara, estofada.

—¿Es eso hígado de oca? —pregunté.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Mollejas.

No tenía mal aspecto, así que fui a coger uno.

—Es páncreas —dijo una voz a mi espalda. Retiré la mano de golpe.

—¿Qué? —chillé yo. La camarera interpretó mi susto como un rechazo y siguió su camino.

Adrián Ivashkov entró en mi campo visual, con un aspecto inmensamente complacido consigo mismo.

—¿Me estás tomando el pelo? —le pregunté—. ¿Las mollejas son *páncreas?* —no sé por qué aquello me sorprendía tanto. Los moroi consumían sangre, ¿por qué no casquería? Aun así, contuve un escalofrío.

Adrián se encogió de hombros.

—Está realmente bueno.

Sacudí la cabeza asqueada.

—Joer, tío. La gente rica da asco.

Su diversión prosiguió.

—¿Qué haces tú por aquí, pequeña dhampir? ¿Es que me estás persiguiendo?

—Por supuesto que no —reí yo. Iba vestido de punta en blanco, como siempre—. Y menos después de todos los problemas en que nos has metido.

Mostró una de sus seductoras sonrisas y, a pesar de lo mucho que me irritaba, volví a sentir esa irresistible necesidad de estar cerca de él. ¿De qué iba aquello?

—No sé yo —bromeó. En aquel momento parecía totalmente cuerdo, sin dejar entrever rastro alguno del comportamiento extraño que había presenciado en su habitación. Y vamos, el esmoquin le quedaba *mucho* mejor que a cualquier otro que hubiese visto allí hasta ese momento—. ¿Con tantas veces como nos estamos viendo? Esta es, qué, ¿la quinta? Está empezando a parecer sospechoso. De todas formas no te preocupes, no se lo diré a tu novio. A ninguno de los dos.

Abrí la boca para protestar y entonces recordé que él ya me había visto con Dimitri. Me negué a sonrojarme.

—Yo sólo tengo un novio. Una especie de novio. Puede que ya ni eso. Y de todas maneras, no hay nada que contar. Tú ni siquiera me gustas.

—¿No? —preguntó Adrián manteniendo la sonrisa. Se inclinó hacia mí, como si fuera a contarme un secreto—. Entonces, ¿por qué te has puesto mi perfume?

Esta vez me sonrojé. Retrocedí un paso.

—De eso nada.

Se rió.

—Desde luego que sí. Conté las cajitas después de que te fueras. Además, puedo olerlo en ti. Es agradable. Intenso... y sin embargo dulce, exactamente como estoy seguro de que tú eres muy dentro de ti. Y lo has captado bien, ya sabes. Lo justo para añadir un matiz... pero no lo suficiente

como para sofocar tu propio olor —la forma en que pronunció «olor» lo hizo sonar como algo sucio.

La realeza moroi podía hacerme sentir incómoda, pero no los tíos listillos que me entraban así. Me las veía con ellos de forma habitual. Me sacudí la timidez y recordé quién era yo.

—Oye —dije echándome el pelo hacia atrás—, tengo todo el derecho del mundo a quedarme con uno. Tú me los ofreciste. Tu error reside en asumir que el hecho de que me quedase con alguno significa algo. No es así. Excepto en lo referente a que quizá deberías poner más cuidado con en qué tiras ese dinero tuyo.

—Vaya, señoras y señores, les presento a la auténtica Rose Hathaway —hizo una pausa y cogió una copa de lo que parecía champán a un camarero que pasaba. ¿Quieres una?

—No bebo.

—Perfecto —Adrián me ofreció una copa de todas formas, hizo marcharse al camarero y dio un sorbo al champán. Me daba la sensación de que no era su primera de la noche—. Bueno, parece que nuestra Vasilisa ha puesto a mi padre en su sitio.

—Tu... —me volví para observar el grupo que acababa de dejar. Pelo Canoso seguía allí, gesticulando como un loco—. ¿Ese tío es tu padre?

—Eso dice mi madre.

—¿Y tú estás de acuerdo con él? En eso de que si los moroi luchasen sería un suicidio, ¿eh?

Adrián se encogió de hombros y tomó otro sorbo.

—La verdad es que no tengo una opinión formada al respecto.

—Eso no es posible. ¿Cómo puedes no sentirte de una u otra forma?

—No sé. Es simplemente que no se trata de algo en lo que yo piense. Tengo cosas mejores que hacer.

—Como acecharme a mí —le sugerí—. Y a Lissa —yo aún quería enterarme de por qué había ido ella a su habitación.

Volvió a sonreír.

—Ya te lo he dicho. Eres tú quien me sigue a mí.

—Que sí, que sí. Ya lo sé. Cinco veces —me detuve—. ¿Cinco veces?

Él asintió.

—No, han sido sólo cuatro —fui contándolas con la mano que tenía libre—. Está la primera noche, la noche en el balneario, después, cuando fui a tu habitación, y ahora, esta noche.

Su sonrisa se hizo reservada.

—Si tú lo dices.

—Yo lo digo... —de nuevo se perdieron mis palabras. Había hablado con Adrián una vez más. O algo así—. No puedes referirte a...

—¿Referirme a qué? —dijo con cara de expectación y curiosidad, más optimista que presuntuosa.

Tragué saliva al recordar el sueño.

—A nada —y sin pensarlo, le di un sorbo al champán. A través de la sala, me llegaba la intensidad de los sentimientos de Lissa, tranquila y contenta. Bien.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Adrián.

Porque Lissa sigue por ahí, trabajándose a toda esa gente.

—No me sorprende. Es de esas personas capaces de engatusar a quien quiera si lo intenta con la bastante fuerza. Incluso a la gente que la odia.

Le dediqué una sonrisa irónica.

—Yo me siento así cuando hablo contigo.

—Pero tú no me odias —dijo, y se acabó el champán—. No en serio.

—Tampoco me gustas.

—Eso sigues diciendo tú —dio un paso hacia mí, no como amenaza, sino para hacer del espacio entre nosotros algo más íntimo—. Pero es algo con lo que puedo vivir.

—¡Rose!

El afilado tono de la voz de mi madre cortó el aire y algunas personas que se hallaban en nuestras proximidades nos miraron. Mi madre, con su metro cincuenta de enfado, se puso a despotricar contra nosotros.

Capítulo 17

—¿Qué crees que estás haciendo? —me preguntó. En mi opinión, su voz seguía siendo demasiado alta.

—Nada. Yo...

—Discúlpenos, Lord Ivashkov —masculló. A continuación, como si yo tuviese cinco años, me cogió del brazo y me sacó a trompicones de la sala. El champán se salió de la copa y fue a caerme en la falda del vestido.

—¿Qué crees que estás haciendo *tú?* —exclamé yo una vez nos encontramos fuera, en el pasillo. Dolida, me miré el vestido—. Esto es seda. Puede que te lo hayas cargado.

Agarró la copa alta de champán y la dejó en una mesa cercana.

—Bien, puede que así dejes de vestirte como una puta barata.

—Hala —dije asombrada—. Un poco fuerte, ¿no? ¿Y cómo es que te has vuelto tan maternal de golpe? —señalé el vestido—. No es que esto sea precisamente barato. Dijiste que había sido un bonito detalle por parte de Tasha el regalármelo.

—Eso es porque no esperaba que te lo pusieras rodeada de moroi y te convirtieses en un espectáculo.

—No estoy dando ningún espectáculo. Y en cualquier caso, me tapa todo.

—Un vestido tan ajustado bien puede estar enseñándolo todo —contestó. Por supuesto, ella vestía de color negro guardián: pantalones de pinzas de lino negro y chaqueta a juego. Tenía también sus curvas, pero la ropa las ocultaba—. En especial, cuando te encuentras con un grupo como ése. Tu tipo... destaca. Y tontear con los moroi no es ninguna ayuda.

—No estaba tonteando con él.

La acusación me molestó porque creía que estaba mostrando un comportamiento realmente bueno en los últimos tiempos. Yo solía tontear sin parar (y hacía otras cosas) con tíos moroi, pero después de unas pocas charlas y un vergonzoso incidente con Dimitri, me había dado cuenta de lo estúpido que era aquello. Las chicas dhampir debían tener cuidado con los moroi, y ahora yo tenía eso siempre presente.

Se me ocurrió una mezquindad.

—Además dije en tono de burla—, ¿no es eso lo que se supone que tengo que hacer? ¿Liarme con un moroi y perpetuar la raza? Es lo que *tú* hiciste.

Puso cara de enfado.

—No a tu edad.

—Sólo eras unos años mayor que yo.

—No hagas una estupidez, Rose —me dijo—. Eres demasiado joven para ser madre. No tienes la experiencia necesaria para ello, ni siquiera has podido vivir aún tu propia vida. No serás capaz de hacer las cosas tal y como desearías poder hacerlas.

Solté un quejido, avergonzada.

—¿Vamos a hablar de esto de verdad? ¿Cómo hemos pasado de mi supuesto tonteo a verme de repente con mi prole? No me acuesto ni con él ni con ningún otro, y si lo hiciese, sé sobre anticonceptivos. ¿Por qué me hablas como si fuera una cría?

—Porque te comportas como si lo fueses —era sorprendentemente parecido a lo que me había dicho Dimitri.

Me encaré con ella.

—¿Así que ahora me vas a mandar a mi cuarto?

—No, Rose —de pronto pareció cansada—. No tienes que irte a tu habitación, pero tampoco vuelvas ahí dentro. Con un poco de suerte, no habrás llamado demasiado la atención.

—Haces que suene como si hubiera estado haciendo un *striptease* sobre las rodillas de alguien —le dije—. Sólo he cenado con Lissa.

—Te sorprenderían las cosas que pueden hacer que surjan los rumores —me advirtió—. En especial con Adrián Ivashkov.

Con aquello, dio media vuelta y se marchó por el pasillo. Al verla sentí que el resentimiento y la ira me quemaban por dentro. ¿Había mucho de exageración? Yo no había hecho nada malo. Sabía que mi madre tenía metida en la cabeza su paranoia de las prostitutas de sangre, pero aquello era demasiado, incluso para ella. Y lo peor de todo, me había arrastrado fuera de allí y varias personas lo habían presenciado. Para alguien que supuestamente no quiere llamar la atención, había metido bastante la pata con eso.

Salió del salón una pareja de moroi que había estado cerca de Adrián y de mí. Miraron hacia donde yo me encontraba y cuchichearon algo al pasar.

—Gracias, mami —dije para mí a regañadientes.

Humillada, me marché en la dirección contraria, sin saber muy bien hacia dónde me dirigía. Fui hacia la parte de atrás del refugio, lejos del movimiento de la gente.

El pasillo se acababa, pero a la izquierda había una puerta que daba a unas escaleras. No estaba cerrada con llave, así que ascendí por la escalera hasta otra puerta. Para mi satisfacción, daba paso a una pequeña terraza sobre el tejado, al parecer sin mucho uso. Un manto de nieve la cubría por completo, pero allí fuera era por la mañana temprano, el sol brillaba con fuerza y hacía que todo reluciese.

Aparté la nieve de la superficie de un objeto cúbico, como una caja, que parecía ser parte del sistema de ventilación. Sin prestar atención al vestido, me senté allí, me rodeé con los brazos y se me perdió la mirada, admirando la vista y el sol que rara vez lograba disfrutar.

Me sorprendió que la puerta se abriese unos minutos más tarde, y cuando me volví, me quedé aún más sorprendida al ver aparecer a Dimitri. El corazón me dio un pequeño vuelco, y me di la vuelta sin saber muy bien qué pensar. Sus botas crujían sobre la nieve al caminar hasta donde me encontraba yo, y un instante después, se quitó su abrigo largo y me lo pasó por los hombros.

Se sentó junto a mí.

—Debes de estar helada.

Lo estaba, pero no quería admitirlo.

—Ya ha salido el sol.

Echó la cabeza hacia atrás para mirar el cielo azul perfecto. Sabía que a veces él echaba de menos el sol tanto como yo.

—Así es. Pero seguimos en una montaña en pleno invierno.

No le respondí, y nos quedamos allí sentados, en un cómodo silencio, durante un rato. De vez en cuando, una leve brisa movía nubes de nieve a nuestro alrededor. Para los moroi era de noche, y la mayoría se iría pronto a la cama, de manera que las pistas estaban muy tranquilas.

—Mi vida es un desastre —dije por fin.

—No es un desastre —dijo él de forma automática.

—¿Me has seguido desde la fiesta?

—Sí.

—Ni siquiera sabía que estabas allí —su traje oscuro indicaba que debía de haberse encontrado de servicio en la cena. Entonces verías a la ilustre Janine provocar un escándalo al sacarme a rastras.

—No fue un escándalo. Casi nadie se dio cuenta. Yo lo vi porque te estaba observando.

Me negué a sentirme emocionada con aquello.

—No es lo que ella me ha dicho —le conté—. En su opinión, bien podía parecer que me estaba trabajando una esquina.

Le confié la conversación que habíamos tenido las dos en el pasillo.

—Es sólo que está preocupada por ti —dijo Dimitri cuando finalicé.

—Ha exagerado.

—A veces las madres son sobreprotectoras.

Le miré fijamente.

—Claro, pero es que se trata de *mí* madre. Y no parece ser tan protectora, en realidad. Creo que estaba más preocupada porque la avergonzase, o algo así. Y todo ese rollo de ser madre tan joven ha sido una estupidez. Yo no voy a hacer algo así.

—Puede que no estuviese hablando de ti —me dijo.

Más silencio. Me quedé boquiabierta.

«No tienes la experiencia necesaria para ello, ni siquiera has podido vivir aún tu propia vida. No serás capaz de hacer las cosas tal y como desearías poder hacerlas».

Mi madre tenía veinte años cuando yo nací. Mientras crecía, aquella edad siempre me había parecido de alguien muy mayor. Pero ahora... a mí apenas me faltaban unos años para tenerla. De mayor, nada. ¿Es que ella pensaba que me había tenido demasiado joven? ¿Es que ella lo había hecho de pena al educarme porque no supo hacerlo mejor en aquel momento? ¿Se lamentaba por el cariz que habían tomado las cosas entre nosotras? ¿Y sería... sería posible *quizá* que ella por su parte hubiese pasado por una experiencia personal con algún moroi y que otra gente hubiera extendido rumores sobre su persona? Yo había heredado muchos de sus rasgos. Vamos, quiero decir que incluso aquella noche me había dado cuenta del buen tipo que tenía, y también era guapa de cara; es decir, para una tía de casi cuarenta años. Es probable que fuese muy, muy atractiva cuando era más joven...

Suspiré, no tenía ganas de pensar en ello. Si lo hacía, me tocaría reevaluar mi relación con ella —puede que incluso reconocer que mi madre era una persona de carne y hueso—, y yo ya tenía demasiadas relaciones estresantes. Lissa siempre me preocupaba, aunque parecía estar bien, para

variar. Mi supuesto romance con Mason se encontraba patas arriba. Y además, por supuesto, estaba Dimitri...

—No nos estamos peleando —le solté.

Me miró de reojo.

—¿Quieres pelea?

—No. Odio pelearme contigo. Verbalmente, quiero decir. En el gimnasio no me importa.

Creí haber detectado el rastro de una sonrisa. Para mí siempre una media sonrisa, rara vez una de oreja a oreja.

—A mí tampoco me gusta pelearme contigo.

Sentada junto a él, allí, me maravillé ante la calidez y las sensaciones agradables que surgían en mi interior. Había algo en estar a su lado que me hacía sentir muy bien, que me conmovía de un modo que no conseguía Mason. Me di cuenta de que no se puede forzar el amor. O lo hay, o no lo hay; y si no lo hay, tienes que ser capaz de admitirlo. Si lo hay, tienes que hacer lo que haga falta para proteger a quien quieres.

Las siguientes palabras que salieron de mi boca me dejaron atónita, tanto por lo absolutamente generosas que eran como por el hecho de que las sentía de verdad.

—Deberías aceptarla.

Dio un respingo.

—¿El qué?

—La oferta de Tasha. Deberías tomarle la palabra. Es una gran oportunidad.

Recordé las palabras de mi madre sobre estar preparada para tener hijos. Yo no lo estaba. Puede que ella no lo estuviese. Pero Tasha sí, y yo sabía que Dimitri también. Encajaban muy bien. Él podía ser su guardián, tener críos con ella... sería un buen trato para ambos.

—Nunca esperé oírte decir algo así —me confesó—. En especial después...

—¿De lo cabrona que he sido? —me apreté más su abrigo, por el frío. Olía a él. Era embriagador, y ya me podía casi sentir abrazada por él. Puede que Adrián hubiese dado en el clavo en cuanto al poder del olor—. Bueno, como ya te he dicho, no me quiero pelear más. No quiero que nos odiemos. Y... bueno... —cerré bien fuerte los ojos y los volví a abrir—. Da igual lo que yo sienta en cuanto a *nosotros*... quiero que seas feliz.

Y más silencio de nuevo. Me di cuenta entonces de que me dolía el pecho. Dimitri extendió el brazo y me rodeó con él, me atrajo hacia sí y yo apoyé la cabeza sobre su pecho. «Roza» fue todo lo que dijo.

Era la primera vez que me tocaba de verdad desde la noche del conjuro de lujuria. Lo del gimnasio había sido algo distinto... más animal. Esto ni siquiera iba de sexo. Iba tan sólo de estar cerca de alguien que te importa, de las emociones con que te inunda ese tipo de conexión.

Dimitri podría largarse con Tasha, pero yo seguiría amándole. Y probablemente siempre le amaría.

Mason me importaba, pero es probable que nunca le amase.

Miré a Dimitri con el único deseo de poder quedarme así para siempre. Me sentía bien con él, y —al margen de lo mucho que me doliese la idea de él y Tasha— también me sentía bien haciendo lo que era mejor para él. Aquél, sabía yo, era justo el momento de dejar de ser una cobarde y de hacer algo más que también era lo correcto. Mason había dicho que yo tenía que aprender algo sobre mí misma. Acababa de hacerlo.

A regañadientes, me aparté y le entregué a Dimitri su abrigo. Me puse en pie, y él me observó con curiosidad al verme inquieta.

—¿Dónde vas? —preguntó.

—A partirle a alguien el corazón —le respondí.

Admiré a Dimitri un instante más, sus ojos oscuros con mirada de complicidad y su pelo sedoso. A continuación me marché dentro. Tenía que disculparme con Mason... y decirle que nunca habría nada entre nosotros.

Capítulo 18

Los tacones estaban empezando a hacerme daño, así que me los quité en cuanto regresé dentro y fui caminando descalza por el refugio. Yo no había estado en la habitación de Mason, pero recordé que había mencionado el número una vez y la encontré sin dificultad.

Shane, el compañero de habitación de Mason, me abrió la puerta unos instantes después de haber llamado.

—Hey, Rose.

Se apartó para dejarme pasar y entré, mirando a mi alrededor. En la televisión estaban con la teletienda —uno de los inconvenientes de la vida nocturna era la escasez de buena programación— y la práctica totalidad de las superficies planas se hallaba cubierta de latas vacías de soda. Ni rastro de Mason por ninguna parte.

—¿Dónde está? —pregunté.

Shane reprimió un bostezo.

—Creí que estaba contigo.

—No le he visto en todo el día.

Volvió a bostezar y a continuación, pensativo, frunció el ceño.

—Antes anduvo metiendo cosas en una mochila, me imaginé que os largaríais a alguna escapadita romántica. De merienda o algo así. Oye, bonito vestido.

—Gracias —murmuré al tiempo que sentía avecinarse otro ceño fruncido por mi parte.

¿Preparar la mochila? Eso no tenía sentido. No había adonde ir. Tampoco había manera de ir. Aquellas instalaciones estaban tan fuertemente protegidas como la academia. Lissa y yo sólo habíamos conseguido salir de allí gracias a la coerción, y aun así había sido complicado de narices. Entonces, ¿por qué diantre prepararía Mason una mochila si no se iba a marchar?

Hice unas pocas preguntas más a Shane y decidí seguir la pista de esa posibilidad, por mucha locura que pareciese. Encontré al guardián a cargo de la seguridad y los turnos, y me facilitó los nombres de los guardianes que habían estado de servicio por los límites de las instalaciones la última vez

que Mason había sido visto. Conocía la mayoría de los nombres, y la mayoría se encontraba fuera de servicio ya, lo cual facilitaba el encontrarles.

Desafortunadamente, la primera pareja no había visto a Mason aquel día. Cuando me preguntaron por qué quería saberlo, les respondí con vaguedades y me largué enseguida. La tercera persona de mi lista era un tío llamado Alan, un guardián que solía trabajar en el campus de secundaria de la academia. Acababa de volver de esquiar y se estaba quitando el equipo, cerca de la puerta. Me reconoció y sonrió cuando me acerqué.

—Sí, claro, le he visto —dijo mientras se agachaba sobre las botas.

Me inundó una ola de alivio. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo preocupada que estaba.

—¿Sabes dónde está?

—No. Los dejé a él, a Eddie Castile... y, ¿cómo se llama esa chica?, la de los Rinaldi, salir por la puerta norte y ya no los he vuelto a ver.

Le miré fijamente. Alan siguió desenganchándose los esquís como si estuviésemos hablando de las condiciones de las pistas.

—¿Dejaste salir a Mason, a Eddie... y a *Mía?*

—Sip.

—Mmm... ¿Por qué?

Terminó y volvió a mirarme, con una especie de expresión de felicidad y diversión en la cara.

—Porque me lo pidieron.

Una sensación fría comenzó a ascenderme por el cuerpo. Me enteré de qué guardián había vigilado la puerta norte con Alan y le busqué de inmediato. Me dio exactamente la misma respuesta. Había dejado salir a Mason, Eddie y Mia, sin preguntas. E, igual que Alan, no parecía pensar que hubiese nada malo en tal hecho. Tenía incluso aspecto de aturdido. Un aspecto que ya había visto antes... el aspecto que se apoderaba de la gente cuando Lissa utilizaba la coerción.

En particular, había visto que eso pasaba cuando Lissa no quería que alguien recordase algo con exactitud. Podía nublar la memoria de la gente, ya fuese borrándosela de golpe o hibernándola hasta más adelante. Era tan buena en la coerción que podía lograr que se olvidasen por completo, así que el hecho de que estos guardianes aún se acordasen de algo significaba que quien se los había camelado no tenía tanta soltura.

Alguien, digamos, como Mía.

Yo no era de las que se desmayaban, pero sólo por un instante, me sentí como si me fuera a venir abajo. Todo me daba vueltas; cerré los ojos y respiré profundamente. Cuando pude ver de nuevo, lo que me rodeaba permanecía firme. Muy bien. Sin problemas. Me pondría a razonarlo.

Mason, Eddie y Mía habían abandonado el refugio ese mismo día. No sólo eso, lo habían llevado a cabo utilizando la coerción, algo terminantemente prohibido. No se lo habían dicho a nadie. Habían salido por la puerta norte. Había visto un plano de las instalaciones: la puerta norte protegía una entrada que conectaba con el único camino de cierta importancia, una carretera local que conducía a un pueblo pequeño a menos de veinte kilómetros de distancia. El pueblo donde Mason había mencionado que había autobuses.

A Spokane.

Spokane: donde podría estar viviendo la manada itinerante de strigoi con sus humanos.

Spokane: donde Mason podría satisfacer todos sus sueños locos de cargarse strigoi.

Spokane: un lugar del que Mason sólo había tenido noticias a través de mí.

—No, no, no —murmuré para mis adentros, casi corriendo hacia mi habitación.

Una vez allí, me cambié, me quité el vestido y me puse ropa de mucho abrigo: botas, vaqueros y un jersey. Cogí mi parka y mis guantes y me apresuré a salir camino de la puerta, entonces me detuve. ¿Qué es lo que iba a hacer, en realidad? Obviamente, tenía que contárselo a alguien... pero eso metería en un problema al trío. También serviría para que Dimitri se enterase de que yo me había dedicado a soltar la información de los strigoi en Spokane que él me había contado en confianza como muestra de respeto hacia mi madurez.

Calculé el tiempo. Pasaría un buen rato hasta que alguien en el refugio se diese cuenta de que faltábamos, si es que de verdad conseguía salir de allí.

Unos pocos minutos más tarde me encontraba llamando a la puerta de Christian. Abrió con aspecto adormilado y tan cínico como siempre.

—Si vienes a disculparte en su nombre —me dijo con altivez—, puedes seguir y...

—Venga, cállate —le solté—. Esto no es por ti.

De forma apresurada, le conté los detalles de lo que estaba pasando. Ni al mismísimo Christian se le ocurrió comentario ingenioso alguno sobre aquello.

—Entonces... Mason, Eddie y Mia se han ido a Spokane a matar strigoi.

—Sí.

—Mierda. ¿Por qué no te has ido con ellos? Parece algo muy propio de ti.

Me aguanté las ganas de atizarle.

—¡Porque no estoy loca! Pero me voy a por ellos, a traerlos antes de que hagan algo todavía más estúpido.

Entonces fue cuando Christian lo comprendió.

—¿Y qué necesitas de mí?

—Necesito salir de los límites del refugio. Ellos hicieron que Mia utilizase la coerción con el servicio de guardia. Necesito que tú hagas lo mismo. Sé que lo has practicado.

—Lo he hecho —reconoció—, pero... bueno... —por primera vez, parecía avergonzado—, No se me da muy bien, y hacérselo a los dhampir es casi imposible. Liss es cien veces mejor que yo y, probablemente, que cualquier otro moroi.

—Lo sé, pero no quiero que ella se meta en líos.

Resopló.

—¿Y no te importa que me meta yo?

Me encogí de hombros.

—No mucho.

—Menudo regalito que eres, ¿lo sabías?

—Sí, la verdad es que sí.

Y así, cinco minutos más tarde, los dos caminábamos por el exterior camino de la puerta norte. El sol ascendía, de manera que la mayoría de la gente se encontraba dentro. Eso nos venía bien, y yo albergaba la esperanza de que nos facilitase la escapada.

«Estúpida, estúpida», no dejaba de pensar. Nos iba a reventar todo en las narices. ¿Por qué lo había hecho Mason? Yo ya conocía esa pose suya tan alocada de vigilante... y parecía verdaderamente enfadado porque los guardianes no hubieran hecho nada al respecto del último ataque. Pero aun así. ¿Sería de verdad tan descerebrado? Tenía que ser consciente de lo peligroso que era. ¿Sería posible... sería posible que le hubiera enfadado yo

tanto con el desastre de nuestro lío como para que hubiese perdido los papeles? ¿Lo bastante como para enganchar a Eddie y a Mia para que se uniesen a él? No es que resultase muy difícil convencer a esos dos: Eddie seguiría a Mason a cualquier sitio, y Mia estaba casi tan fuera de sí como Mason por irse a matar a todos los strigoi del mundo.

Sin embargo, de todas las preguntas que yo me hacía al respecto de aquello, una cosa estaba definitivamente clara: fui yo quien le habló a Mason de los strigoi en Spokane. Sin lugar a dudas, era culpa mía; de no ser por mí, nada de aquello habría sucedido.

—Lissa siempre les mira a los ojos —instruí a Christian mientras nos aproximábamos a la salida—. Y habla en un tono muy, muy tranquilo. Y no sé qué más, o sea, que también se concentra mucho, así que intenta eso. Concéntrate en imponerles tu voluntad.

—Ya lo sé —me soltó—. La he visto hacerlo.

—Genial —le solté yo a él—. Sólo intentaba ayudar.

Entrecerré los ojos y vi al único guardián que había en la puerta: todo un golpe de suerte. Se trataba de un cambio de turno; tras la salida del sol, el riesgo de los strigoi se había desvanecido. Los guardianes aún seguirían con sus tareas, pero se podían permitir un mínimo relax.

El que se encontraba de guardia no pareció particularmente alarmado ante nuestra presencia.

—¿Qué hacéis aquí fuera, chicos?

Christian tragó saliva. Podía verle la tensión en el rostro.

—Vas a dejarnos salir por esa puerta —dijo. Un deje de nerviosismo le hizo temblar la voz, pero aparte de eso, consiguió una buena aproximación del tono tranquilizador de Lissa. Por desgracia, no causó ningún efecto sobre el guardián; como

Christian había señalado, el uso de la coerción con uno de ellos resultaba casi imposible. Mia había tenido suerte. El guardián nos sonrió.

—¿Que qué? —preguntó, claramente divertido.

Christian lo volvió a intentar.

—Vas a dejarnos salir.

La sonrisa del tipo flaqueó apenas un poco, y pude advertir cómo parpadeaba sorprendido. La mirada de sus ojos no era igual que la de las víctimas de Lissa, pero Christian había hecho lo bastante para cautivarle unos instantes. Por desgracia, pude ver con claridad que no iba a bastar para

hacer que nos dejase salir y que se olvidase. Por fortuna, yo había sido entrenada para obligar a la gente sin recurrir a la magia.

Muy cerca de su puesto había una linterna enorme, de medio metro y tres kilos con facilidad. La agarré y le golpeé con ella en la cabeza, por detrás. Soltó un gruñido y se desplomó en el suelo. No me había visto venir, y a pesar de lo horrible que era lo que acababa de hacer, era como si me hubiese gustado que alguno de mis profesores hubiera estado allí para calificar una ejecución tan sobresaliente.

—Cielo santo —exclamó Christian—, Acabas de atacar a un guardián.

—Sí —y se acabó lo de traer a los colegas de vuelta sin que nadie se metiese en líos—. Es que no sabía lo asquerosamente malo que eres con la coerción. Ya me las arreglaré yo más tarde con las consecuencias. Gracias por tu ayuda. Deberías volverte antes de que llegue el siguiente turno.

Lo negó con la cabeza e hizo una mueca.

—No. Estoy metido en esto contigo.

—No —le rebatí yo—. Sólo te necesitaba para salir por la puerta. No tienes que meterte en líos por culpa de esto.

—¡Ya estoy en un lío! —dijo, y señaló al guardián—. Me ha visto la cara. Haga lo que haga estoy jodido, así que mejor sería que te ayudase a arreglar esto. Deja de ser tan cabrona para variar.

Nos apresuramos, y yo lancé una última y culpable mirada al guardián. Estaba bastante segura de no haberle dado tan fuerte como para causarle ninguna lesión, y a pleno sol, no se congelaría ni nada.

Después de unos cinco minutos de caminata por la carretera me di cuenta de que teníamos un problema. A pesar de ir tapado y llevar gafas de sol, la luz diurna le estaba pasando factura a Christian, nos ralentizaba, y no contábamos con demasiado tiempo antes de que alguien encontrase al guardián al que yo había tumbado y saliesen detrás de nosotros.

Un coche —que no era de la academia— apareció a nuestra espalda y tomé una decisión. No me gustaba el autostop lo más mínimo, incluso alguien como yo sabía de sus peligros, pero teníamos que llegar al pueblo ya, y recé porque entre Christian y yo fuésemos capaces de reducir a cualquier tío raro que se intentase pasar con nosotros.

Afortunadamente, cuando el coche se detuvo en el arcén, se trataba de una pareja de mediana edad que parecía más preocupada que otra cosa.

—¿Estáis bien, chicos?

Señalé a nuestra espalda con el pulgar.

—Nos ha patinado el coche y nos hemos salido de la carretera. ¿Nos pueden llevar al pueblo para que llame a mi padre?

Funcionó. Un cuarto de hora más tarde nos dejaron en una gasolinera. En realidad me costó librarme de ellos por las tremendas ganas que tenían de ayudarnos. Por fin los convencimos de que estaríamos bien y recorrimos a pie la distancia de unos pocos edificios que había hasta la estación de autobuses. Tal y como había imaginado, aquel pueblo no tenía mucho de nudo de verdaderas comunicaciones: disponía de tres líneas de autobús, dos que iban a otras estaciones de esquí y una que iba a Lowston, Idaho. Desde Lowston se podía ir a otros sitios.

Yo había conservado una cierta esperanza de que pudiésemos localizar a Mason y el resto antes de que llegase su autobús, y entonces los habríamos podido llevar de vuelta sin mayores complicaciones. Por desgracia, no había ni rastro de ellos. La simpática señora de la ventanilla sabía perfectamente de quiénes le estábamos hablando, y nos confirmó que los tres compraron billetes a Spokane pasando por Lowston.

—Maldita sea —dije. La señora arqueó las cejas ante mi vocabulario. Me volví hacia Christian—. ¿Tienes dinero para el autobús?

Christian y yo no hablamos mucho durante el camino, a excepción de la charla que le di por ser un idiota con lo de Lissa y Adrián y, para cuando llegamos a Lowston, ya le tenía convencido, lo cual suponía un pequeño milagro. El fue dormido el resto del viaje a Spokane, pero yo no fui capaz. No dejaba de pensar una y otra vez que era culpa mía.

Llegamos a Spokane a última hora de la tarde. Tuvimos que preguntar a varias personas, aunque finalmente dimos con alguien que conocía el centro comercial que había mencionado Dimitri. Se hallaba lejos de la estación de autobuses, pero se podía ir caminando. Yo tenía las piernas agarrotadas después de casi cinco horas de autobús, y quería algo de ejercicio. Al sol todavía le faltaba un buen rato para ponerse, aun así ya estaba más bajo y resultaba menos dañino para los vampiros, así que a Christian tampoco le importó el paseo.

Y, como solía suceder cuando me encontraba en una situación de calma, sentí un tirón hacia el interior de la mente de Lissa. Me dejé llevar dentro de ella porque deseaba saber lo que estaba sucediendo en el refugio.

—Sé que quieres protegerlos, pero necesitamos saber dónde se encuentran.

Lissa estaba sentada en nuestra habitación, mientras que Dimitri y mi madre, de pie, la miraban fijamente. Era Dimitri quien había hablado. Verle a través de los ojos de Lissa resultaba interesante, ella sentía un afectuoso respeto hacia él, algo muy diferente de la intensa montaña rusa de emociones que yo siempre había sentido.

—Ya os lo he dicho —dijo Lissa—. No lo sé. No sé lo que ha pasado.

La frustración y el temor por nosotros ardían en su interior. Me entristecía verla tan inquieta, pero al mismo tiempo me alegraba de no haberla involucrado. Ella no podía informar de lo que no conocía.

—No me puedo creer que no te hayan contado dónde iban —le dijo mi madre. Sus palabras sonaban inexpresivas, pero en su rostro había señales de preocupación—. En especial con vuestro... vínculo.

—Sólo funciona en un sentido —dijo Lissa con tristeza—. Eso ya lo sabéis.

Dimitri se arrodilló de forma que quedara a la altura del rostro de Lissa y pudiese mirarla a los ojos, algo que tenía que hacer casi con todo el mundo para mirarlos así.

—¿Estás segura de que no hay nada? ¿Nada en absoluto que nos puedas contar? No están en el pueblo. El hombre de la estación de autobuses no los ha visto... aunque estamos bastante seguros de que es allí donde se deben de haber dirigido. Necesitamos algo, cualquier cosa para avanzar.

¿El *hombre* de la estación de autobuses? Eso era otro golpe de suerte. La señora que nos había vendido los billetes debía de haberse ido a casa, y su sustituto no sabría nada de nosotros.

Lissa apretó los dientes y le miró fijamente.

—¿No crees que si lo supiese te lo contaría? ¿No te parece que yo también estoy preocupada por ellos? No tengo ni idea de dónde están. Ninguna. N i siquiera de por qué se han marchado... tampoco tiene ningún sentido para mí. En especial por qué se han ido con Mia, de entre toda la gente —una punzada de dolor sacudió el vínculo, un dolor por verse apartada de lo que fuese que estuviésemos haciendo, por muy malo que esto fuera.

Dimitri suspiró y se sentó sobre sus talones. Por la expresión de su rostro, era obvio que la creía. También resultaba obvio que estaba preocupado; preocupado de un modo algo más que profesional. Y ver ese pesar —un pesar *por mí*- me devoraba el corazón.

—¿Rose? —la voz de Christian me trajo de vuelta a mí misma—. Ya estamos aquí, creo.

El lugar consistía en un área amplia, al aire libre, delante de un centro comercial. Había una cafetería metida en la esquina del edificio principal, con un mar de mesas distribuidas por la zona al descubierto. Una gran cantidad de gente entraba y salía del complejo, aún ajetreada a esa hora del día.

—Bueno, ¿y cómo los encontramos?

Me encogí de hombros.

—Puede que si nos comportamos como strigoi, intenten venir a clavarnos una estaca.

Una leve y reacia sonrisa se dibujó en su rostro. Él no quería admitirlo, pero mi broma le había parecido graciosa.

Nos dirigimos juntos al interior. Como cualquier centro comercial, estaba lleno de las típicas franquicias, y una parte egoísta de mí pensó que si dábamos con el grupo lo suficientemente pronto, quizá pudiéramos aún aprovechar el horario comercial.

Christian y yo lo recorrimos dos veces de punta a punta y no vimos ni rastro de nuestros amigos ni nada que se pareciese a unos túneles.

—Puede que nos encontremos en el lugar equivocado —dije yo por fin.

—O puede que sean ellos quienes lo estén —sugirió Christian—, Podrían haberse ido a cualquier otro... espera.

Señaló, y yo seguí la dirección de su gesto. Los tres desertores estaban sentados a una mesa en la planta de los restaurantes, con aspecto desanimado. Tenían un aire tan triste que casi sentí lástima por ellos.

—Ahora mismo mataría por conseguir una cámara —dijo Christian con una sonrisita.

—Esto no es ninguna broma —le dije mientras me dirigía a grandes zancadas hacia el grupo. En mi interior, solté un suspiro de alivio. Estaba claro que no habían encontrado a ningún strigoi, todos seguían vivos, y quizá podríamos llevárnoslos de regreso antes de meternos en más problemas.

No repararon en mí hasta que estuve casi junto a ellos. La cabeza de Eddie dio un respingo.

—¿Rose? ¿Qué haces tú aquí?

—¿Os habéis vuelto locos? —grité. Algunas personas a nuestro alrededor nos miraron sorprendidas—. ¿Sabéis el lío en el que os habéis metido? ¿Y el lío en el que nos habéis metido *a nosotros?*

—¿Cómo demonios nos habéis encontrado? preguntó Mason en voz baja y mirando nervioso de un lado a otro.

—No es que seáis precisamente unas mentes criminales de altura —les dije—. Vuestro confidente de la estación de autobuses os ha delatado. Eso, y que yo me imaginé que querríais largaros en vuestra absurda cruzada contra los strigoi.

La mirada que Mason me dedicó revelaba que no estaba del todo contento conmigo aún, sin embargo, fue Mia quien respondió.

—No es absurda.

—¿Ah, no? —le pregunté—. ¿Habéis matado a algún strigoi? ¿Habéis encontrado a alguno, siquiera?

—No —admitió Eddie.

Mejor —dije—. Habéis tenido suerte.

—¿Por qué estás tan en contra de matar strigoi? —preguntó Mia airada —. ¿No es eso para lo que te preparas?

—Me preparo para misiones sensatas, no para acciones arriesgadas e infantiles como ésta.

—No es infantil —gritó ella—. Mataron a mi madre, y los guardianes no están haciendo nada. Hasta su información es incorrecta. No había strigoi en los túneles, y probablemente ninguno en toda la ciudad.

Christian parecía impresionado.

¿Habéis encontrado los túneles?

—Sí dijo Eddie—, pero como ha dicho ella, para nada.

—Deberíamos verlos antes de irnos —me dijo Christian—. Podría molar, y si la información estaba mal... No hay peligro.

—No —le solté—. Nos vamos a casa. Ya.

Mason tenía un aspecto cansado.

—Vamos a buscar otra vez por la ciudad. Ni siquiera tú nos puedes hacer volver, Rose.

—No, pero los guardianes del instituto sí podrán cuando los llame y les diga que estáis aquí.

Llamémoslo chantaje o ser una acusica, el resultado era el mismo. Los tres me miraron como si les hubiera dado un puñetazo en el estómago de manera simultánea.

—¿Harías eso de verdad? —me preguntó Mason—. ¿Nos venderías de esa forma?

Me froté los ojos y me pregunté desesperada por qué estaba intentando ser allí la voz de la razón. ¿Dónde estaba la chica que se había fugado del instituto? Mason estaba en lo cierto, yo había cambiado.

—Esto no va de vender a nadie. Esto va de manteneros vivos a vosotros.

—¿Tan indefensos crees que estamos? —preguntó Mia—, ¿Crees que nos van a matar así, a la primera?

—Sí —dije yo—, a menos, claro, que hayas encontrado una forma de usar el agua como arma.

Se sonrojó y no dijo nada más.

—Hemos traído estacas de plata —dijo Eddie.

Fantástico. Las debían de haber robado. Miré a Mason con expresión suplicante.

—Mason. Por favor. Dejadlo ya. Vámonos de vuelta.

Me miró un buen rato y por fin suspiró.

—Vale.

Eddie y Mia parecían horrorizados, pero Mason había asumido el liderazgo frente a ellos, y ninguno de los dos tenía la iniciativa para seguir adelante sin él. Mia fue la que peor se lo tomó, y yo me sentí mal por ella; apenas si había tenido tiempo para guardar luto por su madre, se había lanzado a bordo de aquel rollo vengativo como una forma de combatir el dolor. Tendría mucho a lo que enfrentarse cuando regresásemos.

Christian estaba aún emocionado con la idea de los túneles subterráneos y, teniendo en cuenta que se pasaba la mayor parte del tiempo en un desván, no tendría que haberme sorprendido tanto.

—He visto el horario —me dijo— y nos queda un buen rato hasta que salga el siguiente autobús.

—Nos podemos meter de cabeza en una madriguera de strigoi le rebatí mientras me ponía en marcha camino de la salida del centro comercial.

—Ahí no hay strigoi —dijo Mason—. Sólo material de mantenimiento. No había señales de nada raro. De verdad, pienso que los guardianes estaban mal informados.

—Rose —dijo Christian—, saquemos algo divertido de todo esto.

Me miraron todos y yo me sentí como una madre que no quiere comprarle caramelos a sus hijos en la tienda de ultramarinos.

—Bueno, vale. Pero sólo un vistazo, ¿eh?

Los demás nos condujeron a Christian y a mí al extremo opuesto del centro comercial, a través de una puerta en la que ponía «sólo persona] autorizado». Dimos esquinazo a un par de conserjes y a continuación nos colamos por otra puerta que nos llevó hasta unas escaleras descendentes. Tuve un breve instante de *déjá vu* al recordar los escalones de bajada a la fiesta de Adrián. Sólo que éstas estaban más sucias y olían bastante mal.

Llegamos al fondo. No tenía tanto de túnel como de pasillo estrecho de cemento recubierto de mugre. En las paredes se veían de vez en cuando unas feas luces fluorescentes. El pasadizo descendía a nuestra derecha y a nuestra izquierda. Alrededor se apilaban las habituales cajas de suministros eléctricos y de limpieza.

—¿Lo veis? —dijo Mason—, Aburrido.

Señalé en ambas direcciones.

—¿Qué hay ahí abajo?

—Nada —suspiró Mia—. Te lo demostraremos.

Bajamos hacia la derecha y hallamos más de lo mismo. Estaba empezando a estar de acuerdo con la teoría del aburrimiento cuando pasamos junto a unas pintadas negras en una de las paredes. Me detuve y las observé. Era una lista de letras.

D
B C O
T
D
V
L
D
Z
S
I

Algunas tenían rayas y marcas en forma de equis a continuación, pero en su mayor parte, el mensaje resultaba incoherente. Mia se percató de mi observación.

—Es probable que sea algo de los de mantenimiento dijo—, o quizá lo haya hecho alguna banda callejera.

—Es probable —dije sin dejar de estudiarlo. Los demás se movían inquietos, sin entender mi fascinación con la sopa de letras. Yo tampoco la entendía, pero algo en mi cabeza me empujaba a quedarme.

Entonces lo comprendí.

«B» de Badica, «Z» de Zeklos, «I» de Ivashkov... Lo miré fijamente. Allí figuraba la inicial de cada familia real. Había tres nombres que empezaban por «D», pero a decir del orden, en realidad la lista se podía leer como una clasificación por número de miembros. Comenzaba por las familias más pequeñas —Dragomir, Badica, Conta— y ascendía hasta el gigantesco clan de los Ivashkov. No comprendí las líneas y las rayas junto a las iniciales, pero enseguida me di cuenta de los nombres que iban seguidos de una equis: Badica y Drozdov.

Me aparté de la pared.

—Tenemos que salir de aquí —dije. Mi propia voz me asustó a mí un poco—. Ahora mismo.

Los demás me miraron sorprendidos.

—¿Por qué? —preguntó Eddie—. ¿Qué pasa?

—Te lo cuento luego. Ahora tenemos que irnos.

Mason señaló en la dirección hacia la que nos dirigíamos.

—Esto tiene salida un poco más adelante, se sale más cerca de la estación.

Miré hacia abajo, hacia la oscuridad en la que no se distinguía nada.

—No —dije—. Volvemos por el camino por el que hemos venido.

Todos me miraban como si estuviera loca mientras desandábamos nuestros pasos, pero nadie cuestionó mi decisión. Cuando salimos por la puerta principal del centro comercial, dejé escapar un suspiro de alivio al ver que el sol no se había puesto aún, si bien se hundía en el horizonte a paso firme y proyectaba una luz anaranjada y roja sobre los edificios. El tiempo de luz que restaba había de ser suficiente para regresar a la estación antes de llegar a estar en verdadero peligro de ver a algún strigoi.

Y entonces ya sabía que sí que había strigoi en Spokane. La información de Dimitri sí era buena. No sabía con exactitud lo que indicaba la lista, pero estaba claro que algo tenía que ver con los ataques. Debía informar de inmediato a los guardianes, y desde luego que no podía contarle a los demás lo que había descubierto hasta que nos hallásemos otra vez a

salvo en el refugio. Era muy probable que Mason se volviese a los túneles si se enteraba de aquello.

La mayor parte de nuestro camino de regreso a la estación se produjo en silencio; imagino que mi reacción acobardó al resto del grupo. Incluso Christian pareció haberse quedado sin comentarios insidiosos. Mi interior era un remolino de emociones que oscilaban de la ira a la culpabilidad mientras no dejaba de reevaluar mi papel en todo aquello.

Por delante de mí, Eddie se detuvo y yo casi me tropecé con él. Miró a su alrededor.

—¿Dónde estamos?

Abandoné de golpe mis pensamientos y estudié también la zona. No recordaba aquellos edificios.

—Maldita sea —exclamé—. ¿Nos hemos perdido? ¿Es que nadie se ha fijado en por dónde íbamos?

Era una pregunta injusta pues quedaba patente que yo misma tampoco había prestado atención, pero mi carácter me había empujado más allá de lo razonable. Mason me observó unos instantes, después señaló:

—Por aquí.

Nos desviamos y caminamos por un callejón estrecho entre dos edificios. Yo no creía que estuviésemos yendo en la dirección correcta, pero la verdad es que no se me ocurría nada mejor ni tenía ganas de ponerme a debatir sobre el tema.

No habíamos llegado muy lejos cuando oí el sonido de un motor y el chirrido de unos neumáticos. Mia caminaba por el centro del callejón, y mi preparación protectora entró en acción antes incluso de que viese lo que se aproximaba. La agarré, tiré de ella para apartarla del centro de la calle y la alcé contra la pared de uno de los edificios. Los chicos habían hecho lo mismo.

Una camioneta grande, de color gris, con las lunas tintadas, había doblado la esquina y se dirigía hacia nosotros. Nos pegamos bien a la pared, a la espera de que pasase.

Sólo que no lo hizo.

Se detuvo justo delante de nosotros con un chirrido y se abrió la puerta corredera. Salieron tres tíos enormes, y de nuevo actuó mi instinto. Yo no tenía ni idea de quiénes eran o de qué querían, pero estaba claro que no venían en plan amistoso. Eso era todo lo que necesitaba saber.

Uno de ellos se dirigió hacia Christian, y yo arremetí contra él y le di un puñetazo. El tío apenas se tambaleó, pero se vio claramente sorprendido de haberlo sentido siquiera, creo yo. Es probable que no se esperase que alguien tan bajo como yo fuese una verdadera amenaza. Se olvidó de Christian y vino hacia mí. Percibí con mi visión periférica que Mason y Eddie se encaraban con los otros dos. En realidad, Mason había desenfundado su estaca de plata robada. Mia y Christian se quedaron ahí, paralizados.

Nuestros atacantes se basaban mucho en la fuerza bruta, no contaban con la formación que nosotros teníamos en técnicas de ataque y defensa. Además, eran humanos, y nosotros teníamos nuestra fuerza de dhampir. Por desgracia, también contábamos con la desventaja de encontrarnos acorralados contra la pared. No teníamos retirada y, lo más importante, sí teníamos algo que perder.

Como a Mia.

Al parecer, el tío que estaba peleando con Mason se percató de ello. Se apartó de Mason y, en su lugar, atrapó a Mia. Yo apenas pude ver el brillo de su arma antes de que el cañón de la misma se hallase presionándole el cuello. Me retiré de mi propio adversario y grité a Eddie para que se detuviese. A todos nos habían entrenado para responder de forma instantánea a ese tipo de órdenes, así que frenó su ataque y se quedó mirándome de forma inquisitiva. Cuando vio a Mia, su expresión palideció.

Yo no quería otra cosa que no fuese darle una paliza a aquellos hombres —quienesquiera que fuesen—, pero no podía arriesgarme a que aquel tipo hiriese a Mia. Él también lo sabía. Ni siquiera tuvo que formular la amenaza. Era humano, pero sabía lo bastante sobre nosotros como para ser consciente de que lo daríamos todo para proteger a los moroi. Los novicios llevan un dicho grabado a fuego en su interior desde una edad muy temprana: «Sólo ellos importan».

Todo el mundo se detuvo y nos miró a él y a mí de forma alternativa. Al parecer, nosotros éramos allí los líderes reconocidos.

—¿Qué queréis? —le pregunté con aspereza.

El tipo presionó más el arma contra el cuello de Mia, y ella gimoteó. A pesar de todas sus charlas sobre entrar en combate, era más pequeña que yo y ni mucho menos tan fuerte. Y estaba demasiado aterrada como para mover un dedo.

El hombre inclinó la cabeza en dirección a la puerta abierta de la camioneta.

—Quiero que os metáis dentro. Y que no intentéis nada. Hacedlo y despediros de ella.

Miré a Mia, a la camioneta, al resto de mis amigos y de vuelta al tipo aquel. Mierda.

Capítulo 19

Odio sentirme impotente. Y odio caer derrotada sin luchar. Lo que había tenido lugar allí fuera, en el callejón, no había sido una verdadera pelea. De haberlo sido... si me hubiesen sometido a golpes... entonces, vale, puede que hubiese sido capaz de aceptar eso. Puede. Pero no me habían tocado. Apenas me había ensuciado las manos. Al contrario, había caído en silencio.

Una vez nos tuvieron sentados en el suelo de la camioneta, nos ataron a cada uno las manos en la espalda con esposas de plástico: unas cinchas ajustables que se cerraban y sujetaban igual de bien que cualquier otra hecha de metal.

Tras esto, nos trasladaron en casi absoluto silencio. Aquellos hombres se murmuraban palabras los unos a los otros de manera ocasional, en un volumen demasiado bajo para que cualquiera de nosotros lo oyese. Christian o Mia podían haber sido capaces de entender lo que decían, pero no se encontraban en situación de comunicarnos nada a los demás. Mia tenía el aspecto de hallarse tan aterrada como lo había estado en la calle y, aunque el temor de Christian había dado paso de forma rápida a su típica ira altiva, ni siquiera él se atrevía a decir nada con los guardias tan cerca.

Me alegraba por el autocontrol de Christian, pues no me cabía la menor duda de que cualquiera de aquellos hombres le golpearía si sacaba los pies del tiesto, y ni yo ni los otros novicios estábamos en situación de detenerlos.

En realidad, eso era lo que me volvía loca. El instinto de proteger a los moroi se hallaba tan profundamente arraigado en mi interior, que ni siquiera me paré a preocuparme por mí. Christian y Mia eran el centro de atención. Era a ellos a quienes tenía que sacar de aquel desastre.

¿Y cómo se había iniciado el desastre? ¿Quiénes eran estos tíos? Misterio. Eran humanos, pero no pensé ni por un instante que un grupo de dhampir y moroi pudiesen resultar víctimas aleatorias de un secuestro. Por alguna razón seríamos su objetivo.

Nuestros secuestradores no intentaron taparnos los ojos ni ocultarnos el recorrido, lo cual no interpreté como una buena señal. ¿Es que pensaban

que no conocíamos la ciudad lo bastante como para desandar el camino? ¿O es que se imaginaban que no tenía importancia pues no íbamos a salir de allí, donde fuese que nos llevaran? Todo cuanto noté es que nos alejábamos del centro de la ciudad, salíamos hacia una zona más residencial. Spokane era tan plomizo como me había imaginado. En contraste con los lugares en que la nieve prístina se amontonaba en ventisqueros, unos charcos de nieve gris a medio derretir jalonaban las calles, y los jardines se encontraban moteados de parches de suciedad. También había muchos menos árboles de hoja perenne de lo que yo estaba acostumbrada a ver. Los árboles caducifolios enclenques y sin hojas de allí parecían esqueletos en comparación. Lo único que hacían era potenciar el aire de inminente fatalidad.

Tras lo que me pareció menos de una hora, la camioneta giró a una calle sin salida y nos adentramos en el jardín de una casa muy corriente, aunque grande. Había otras cerca, idénticas a las viviendas de las zonas residenciales, lo cual me infundió esperanzas. Quizá pudiéramos conseguir alguna ayuda de los vecinos.

Nos metimos en el garaje y, una vez se hubo cerrado de nuevo la puerta, los hombres nos condujeron a la casa, que por dentro era mucho más interesante. Sillas y sofás antiguos, con patas talladas en forma de garras de animales. Un enorme acuario de peces de agua salada. Espadas entrecruzadas sobre la chimenea. Uno de esos estúpidos cuadros de pintura contemporánea que consisten en unas pocas líneas desparramadas por el lienzo.

A esa parte de mí que disfrutaba destruyendo cosas le habría gustado examinar las espadas en detalle, pero la planta principal no era nuestro destino. En lugar de eso, nos condujeron hacia abajo por un estrecho tramo de escaleras, a un sótano tan grande como la planta superior, sólo que, en contraste con el espacio abierto de dicha planta, el sótano se encontraba dividido en una serie de pasillos y puertas cerradas. Era como el laberinto de una rata. Nuestros captores nos guiaron a través de él sin vacilar, hasta una pequeña sala con el suelo de cemento y las paredes de pladur sin pintar.

Los muebles del interior consistían en varias sillas de madera, de aspecto muy incómodo, con el respaldo de barrotes que demostró venir muy a propósito para volver a atarnos las manos. Nos sentaron de manera que Mia y Christian quedaron en un lado de la sala y nosotros, los dhampir, en el otro.

Un tipo —el líder, al parecer— observaba detenidamente mientras uno de sus secuaces le ataba a Eddie las manos con unas esposas de plástico nuevas.

—Es a ésos a quienes debes vigilar de manera especial —le advirtió con un gesto de la cabeza hacia nosotros—. Darán guerra —sus ojos se trasladaron, primero, del rostro de Eddie al de Mason y por fin al mío. El tipo y yo nos mantuvimos la mirada unos instantes y yo fruncí el ceño. Volvió a mirar a su colega—. Vigílala a ella en particular.

Cuando estuvimos reducidos a su satisfacción, voceó unas pocas órdenes más al resto y después salió de la sala, cerrando la puerta con estrépito a su espalda. Sus pasos resonaron por la casa mientras subía las escaleras. Unos momentos más tarde, se hizo el silencio.

Nos quedamos allí sentados, mirándonos los unos a los otros. Varios minutos después, Mia gimoteó y comenzó a hablar:

—¿Qué es lo que vais a...?

—Cállate —gruñó uno de los hombres, que dio un paso hacia ella de forma amenazadora. Pálida, ella se encogió, pero aún tenía aspecto de ir a decir algo más. Atraje su mirada y le hice un gesto negativo con la cabeza. Permaneció en silencio, con los ojos muy abiertos y un leve temblor en los labios.

No hay nada peor que esperar y no saber lo que te va a pasar. Tu propia imaginación puede ser más cruel que cualquier secuestrador. Dado que nuestros guardias no nos hablaban ni nos contaban lo que nos aguardaba, me imaginé todo tipo de situaciones horribles. Las armas de fuego eran una amenaza obvia, y me pregunté qué te haría sentir una bala. Dolor, presumiblemente. ¿Y dónde nos dispararían? ¿En el corazón o en la cabeza? Una muerte rápida. Pero ¿en algún otro sitio? ¿Como el estómago? Eso sería lento y doloroso. Me estremecí ante la idea de que la vida se me escapase desangrándome. El pensar en toda esa sangre me trajo a la mente la casa de los Badica y la posibilidad de que nos degollasen. Aquellos tipos bien podían tener cuchillos tanto como pistolas.

Por supuesto que terna que preguntarme por el motivo de que siguiésemos vivos. Estaba claro que querían algo de nosotros, pero ¿qué? No pedían información, y eran *humanos.* ¿Qué querrían los humanos de nosotros? Lo máximo que solíamos temer de los humanos consistía en que pudiésemos tropezamos con asesinos desequilibrados o con los que querían experimentar con nosotros. Estos no parecían ser ninguno de los dos casos.

¿Qué querían entonces? ¿Por qué estábamos allí? Una y otra vez me imaginaba más finales horribles, truculentos. La expresión de los rostros de mis amigos mostraba que no era yo la única capaz de pergeñar sus momentos creativos. El olor del sudor y el miedo inundaba el habitáculo.

Perdí la noción del tiempo y me sentí de pronto expulsada de mi imaginación cuando unos pasos sonaron en las escaleras. El líder de los secuestradores apareció en el pasillo. Los demás hombres se pusieron firmes, con una tensión palpable a su alrededor. Dios mío. Ya, me percaté. Aquello era lo que habíamos estado esperando.

—Sí, señor —oí decir al líder. Están ahí dentro, justo como deseabais.

Por fin, comprendí; la persona que se encontraba detrás de nuestro secuestro. El pánico me recorrió de punta a punta. Tenía que escapar.

—¡Dejadnos salir de aquí! —grité al tiempo que tensaba mis ataduras —. ¡Dejadnos salir de aquí, hijos de...!

Me detuve. Algo se encogió en mi interior. Se me secó la garganta. M i corazón quería dejar de latir. El guardia había regresado con un hombre y una mujer que no reconocí. Lo que sí reconocí, no obstante, fue que eran...

... strigoi.

Strigoi de verdad, vivos —bueno, en lenguaje figurado—, y de repente todo encajó. No sólo eran correctos los informes sobre los strigoi en Spokane. Lo que nos habíamos temido —strigoi trabajando conjuntamente con humanos— se había hecho realidad. «Esto lo cambia todo». La luz del día ya no resultaba segura. Ninguno de nosotros volvería ya a estar a salvo. Peor, comprendí que aquéllos debían de ser esos réprobos strigoi, los que habían atacado a las dos familias moroi con la ayuda de humanos. De nuevo, los terribles recuerdos volvieron a mí: sangre y cadáveres por todas partes. La bilis me ascendió por la garganta e intenté trasladar mi mente del pasado al momento presente, y no es que eso resultase más tranquilizador.

Los moroi tenían la piel pálida, ese tipo de piel que se sonroja y se quema con facilidad, pero estos vampiros... tenían la piel blanca, como la tiza, de un modo que hacía que pareciese obra de un maquillaje mal aplicado. Las pupilas de sus ojos estaban rodeadas de un anillo de color rojo que dejaba bien a las claras el tipo de monstruos que eran.

A decir verdad, la mujer me recordaba a Natalie, mi pobre amiga, a quien su padre convenció para que se convirtiese en strigoi. Me costó unos instantes descubrir dónde residía su similitud, pues no se parecían en nada.

Esta mujer era bajita —humana, probablemente, antes de convertirse en strigoi— y tenía el pelo castaño con unos reflejos penosos.

Entonces caí. Se trataba de una strigoi reciente, como lo había sido Natalie, y no resultó obvio hasta que la comparé con el strigoi a su lado. En el rostro de la mujer había un mínimo rastro de vida, pero en el de él... el suyo era el rostro de la muerte.

Aquel rostro carecía de toda calidez o gesto agradable. Su expresión era fría y calculadora, salpicada de una diversión perversa. Era alto, tanto como Dimitri, y su complexión esbelta indicaba que había sido un moroi antes de su transformación. El cabello negro a la altura de los hombros le enmarcaba el rostro y destacaba contra el brillante color escarlata de su camisa de vestir. Tenía los ojos tan oscuros y marrones que, sin el anillo rojo, resultaría casi imposible decir dónde terminaba la pupila y empezaba el iris.

Uno de los guardias me propinó un buen empujón, aunque me había quedado callada. Levantó la vista al strigoi.

—¿Deseáis que la amordace?

De pronto advertí que me había estado encorvando contra el respaldo de mi silla, en un intento inconsciente por alejarme de él tanto como fuese posible. El también se había dado cuenta, y sus labios cerrados esbozaron una delgada sonrisa.

—No —dijo con una voz sedosa y grave—. Me gustaría escuchar lo que tenga que decir —arqueó una ceja en mi dirección—. Por favor, continúa —yo tragué saliva—. ¿No? ¿Nada que añadir? Bueno. Tómate la libertad de saltar si se te ocurre algo más.

—Isaiah —exclamó la mujer—. ¿Por qué los mantienes aquí? ¿Por qué no contactas con los demás?

—Elena, Elena —le murmuró él—. Compórtate. No voy a dejar pasar la oportunidad de divertirme con dos moroi y... —caminó por detrás de mi silla y me levantó el pelo. Me hizo sentir un escalofrío. Un instante después estudió también los cuellos de Mason y Eddie— tres dhampir no iniciados —dijo aquellas palabras casi con un suspiro de felicidad, y me percaté de que había mirado en busca de tatuajes de guardián.

Isaiah caminó hasta Christian y Mia y los observó con una mano apoyada en la cadera. Mia sólo pudo devolverle la mirada un instante, antes de desviarla hacia otro lado. El temor de Christian era palpable, pero logró mantener los ojos fijos en el strigoi. Hizo que me sintiera orgullosa.

—Mira esos ojos, Elena —y ella se acercó y se situó junto a Isaiah mientras éste hablaba—. Ese color azul claro. Como el hielo. Como aguamarinas. Casi nunca se obtiene eso fuera de las casas reales. Badica. Ozzera. Algún Zeklos.

—Ozzera —dijo Christian al tiempo que intentaba con todas su fuerzas no sonar atemorizado.

Isaiah ladeó la cabeza.

—¿De verdad? Seguro que no... —se inclinó para aproximarse a Christian—. Pero la edad encaja... y ese pelo... —sonrió—. ¿El hijo de Lucas y Moira?

Christian no dijo nada, pero el gesto de confirmación en su rostro era obvio.

—Conocí a tus padres. Una gente magnífica. Sin igual. Su muerte fue una pena... pero, bueno... yo diría que ellos se lo buscaron. Les dije que no debían volver a por ti. Habría sido un desperdicio despertarte tan joven. Aseguraban que se limitarían a tenerte con ellos y que te despertarían cuando fueses mayor. Ya les advertí que eso sería un desastre, pero, bueno... —se encogió de hombros con delicadeza. «Despertar» era el término que utilizaban los strigoi para referirse al momento de su conversión. Sonaba como si se tratase de una experiencia religiosa—. No escucharon, y el desastre acabó por salirles al paso de un modo distinto —un odio, oscuro y profundo, hervía tras la mirada de Christian. Isaiah volvió a sonreír—. Resulta bastante conmovedor que tras todo este tiempo hayas terminado por venir a mí. Quizá yo pueda hacer realidad el sueño de tus padres al fin y al cabo.

—Isaiah —dijo la mujer, Elena, de nuevo. Cada palabra que salía de su boca sonaba como un lamento—. Llama a los demás...

—¡Deja de darme órdenes! —Isaiah la agarró por el hombro y la empujó, sólo que el empujón la envió al otro extremo de la habitación y casi atravesó la pared. Apenas fue capaz de extender la mano a tiempo para detener el impacto. Los strigoi poseían mejores reflejos que los dhampir e incluso que los moroi; su falta de elegancia significaba que Isaiah la había cogido completamente desprevenida. Y la verdad, él apenas la había tocado. El empujón había sido leve, y aun así, llevó la fuerza de un coche.

Este hecho asentó más aún mi creencia de que él pertenecía a una clase absolutamente distinta. Su fuerza superaba la de ella de manera abrumadora, y Elena era como una mosca que Isaiah se podía sacudir de un

sopapo. El poder de los strigoi aumentaba con la edad, al igual que por medio del consumo de sangre moroi y, en menor grado, de sangre dhampir. Aquel tío no es que fuera mayor, pude darme cuenta. Era un anciano, y había bebido *mucha* sangre con el paso de los años. El terror se apoderó de las facciones de Elena, y yo podía entender su miedo: los strigoi arremetían los unos contra los otros de forma constante. Isaiah le podía haber arrancado la cabeza si hubiera querido.

Ella se acobardó y desvió la mirada.

—Yo... lo siento, Isaiah.

El se alisó la camisa —y no es que se le hubiese arrugado—, y su voz adoptó la gélida simpatía que había fingido con anterioridad.

—Está claro que quieres opinar en esto, Elena, y yo me congratulo de que te expreses con los modales apropiados. ¿Qué piensas tú que deberíamos hacer con estos cachorros?

—Deberías... es decir, creo que deberíamos ocuparnos de ellos ahora mismo. En especial de los moroi —de forma clara, se estaba esforzando al máximo para no gimotear de nuevo y enfadarle—, A menos que... No vas a dar otra cena de sociedad, ¿verdad? Es un total desperdicio. Tendremos que compartirlos, y ya sabes que los demás no te lo van a agradecer. *Nunca* lo hacen.

—No voy a hacer de ellos ninguna cena de sociedad —afirmó con altanería. ¿Cena de sociedad?—. Pero tampoco los voy a matar todavía. Eres joven, Elena. Sólo piensas en la gratificación inmediata. Cuando seas tan mayor como yo, no serás tan... impaciente —ella puso los ojos en blanco cuando él no la miraba. Isaiah dio media vuelta y nos barrió a Mason, a Eddie y a mí con la mirada—. Vosotros tres, me temo, vais a morir. No hay forma de evitarlo. Me gustaría decir que lo siento, pero, bueno, no lo siento. Así es la vida. Sin embargo, podéis elegir el modo en que vais a morir, y vuestra elección quedará dictada por vuestro comportamiento —sus ojos se clavaron en mí. De verdad que yo no entendía por qué todo el mundo allí insistía en señalarme como la problemática. Vale, es probable que sí—. Algunos de vosotros moriréis de un modo más doloroso que otros.

No me hacía falta ver a Mason y a Eddie para saber que su terror era equiparable al mío. Estaba bastante segura, incluso, de haber oído a Eddie sollozar.

Isaiah giró sobre sus talones de forma brusca, al estilo militar, y se dirigió a Christian y a Mia.

—Vosotros dos, afortunadamente, tenéis opciones. Sólo uno de los dos morirá. El otro seguirá vivo en la gloria de la inmortalidad. Yo, incluso, tendría la amabilidad de acogeros bajo mi protección hasta que seáis un poco mayores, tan caritativo soy.

No pude evitarlo. Me entró la risa.

Isaiah giró en redondo y me miró fijamente. Me quedé en silencio y aguardé a que me lanzase volando al otro extremo de la habitación como había hecho con Elena, pero no hizo nada más que mirarme fijamente. Y bastó con eso. El corazón se me aceleró y sentí las lágrimas en los párpados. Mi terror me avergonzaba, deseaba ser como Dimitri, puede que incluso como mi madre. Tras unos momentos interminables, agónicos, Isaiah se giró de nuevo hacia los moroi.

—Bien. Como estaba diciendo, uno de los dos será despertado y vivirá para siempre. Pero no seré yo quien os despierte, vosotros escogeréis despertar de forma voluntaria.

—No lo creo —dijo Christian. Reunió en aquellas tres palabras tanta carga de impertinencia desafiante como pudo, pero seguía siendo muy obvio para el resto de la habitación que estaba aterrado.

—Ah, cómo adoro ese espíritu de los Ozzera —musitó Isaiah. Dirigió su mirada, sus brillantes ojos rojos, hacia Mia, que se encogió del miedo —. No te dejes eclipsar por él, querida. También hay fortaleza en la sangre común, y así es como se decidirá —nos señaló a nosotros, los dhampir. Su mirada hizo que un escalofrío me recorriese el cuerpo, y en mi imaginación pude percibir el hedor de la putrefacción. Si queréis vivir, todo cuanto debéis hacer es matar a uno de esos tres —se volvió a los moroi—. Eso es todo. Nada desagradable, al fin y al cabo. Sólo tenéis que decirle a uno de estos caballeros que se encuentran con vosotros que deseáis hacerlo. Os liberarán. A continuación beberéis de ellos y despertaréis como uno de los nuestros. El que lo haga primero quedará libre. El otro se convertirá en la cena para Elena *y* para mí.

El silencio se apoderó de la habitación.

—No —dijo Christian—. De ninguna manera voy a matar a uno de mis amigos. Me da igual lo que hagas. Antes prefiero morir.

Isaiah hizo un gesto de desprecio con la mano.

—Qué fácil es ser valiente cuando no tienes hambre. Quédate unos pocos días sin otro sustento... y sí, estos tres empezarán a tener un aspecto *muy* bueno. Y lo son, los dhampir están deliciosos. Hay quien los prefiere a los moroi, y aunque yo nunca he compartido tales gustos, soy capaz sin duda de apreciar la variedad Christian frunció el ceño—. ¿No me crees? Permíteme entonces que te lo demuestre.

Se dirigió de nuevo hacia mi lado de la sala. Me di cuenta de lo que iba a hacer y hablé sin haber meditado completamente las cosas.

—Utilízame —le espeté—. Bebe de mí.

La sonrisita de Isaiah pareció flaquear un instante, y arqueó las cejas.

—¿Te presentas voluntaria?

—Ya lo he hecho antes. Dejar que los moroi se alimenten de mí, quiero decir. No me importa, me gusta. Deja en paz a los demás.

—¡Rose! —exclamó Mason.

No le hice ni caso y miré suplicante a Isaiah. Yo no quería que se alimentase de mí, la idea me daba arcadas, pero sí que había dado mi sangre antes, y prefería que se pusiese las botas conmigo antes de que tocase a Eddie o a Mason.

No pude descifrar su expresión cuando me agarró. Durante una décima de segundo pensé que iba a hacerlo, pero en cambio, negó con la cabeza.

—No. Tú no. Aún no.

Pasó de largo y se detuvo frente a Eddie. Hice tanta fuerza contra mis esposas de plástico que se me clavaron en la piel de un modo muy doloroso, pero no cedieron.

—¡No! ¡Déjale en paz!

—Silencio —soltó Isaiah sin mirarme. Apoyó una mano sobre una de las mejillas de Eddie, que temblaba y se había puesto tan pálido que pensé que iba a desmayarse—. Puedo hacerlo fácil, o puedo hacer que te duela. Tu silencio será un estímulo para la primera opción.

Quería gritar, quería llamar a Isaiah todo tipo de cosas y proferir toda clase de amenazas, pero no pude. Mis ojos recorrieron la estancia en busca de salidas, como ya había hecho tantas veces antes, aunque no las había. Sólo simples paredes vacías y blancas. Sin ventanas. La única y preciada puerta, siempre vigilada. Me hallaba indefensa, tan indefensa como había estado desde el preciso instante en que nos habían metido en la camioneta. Sentí ganas de llorar, más por la frustración que por el miedo. ¿Qué clase de guardiana iba a ser yo si no era capaz de proteger a mis amigos?

Sin embargo, guardé silencio y un aire de satisfacción cruzó el rostro de Isaiah. La iluminación fluorescente proporcionaba a su piel un tono grisáceo enfermizo que resaltaba las oscuras ojeras de su rostro. Quería pegarle.

—Bien —sonrió a Eddie y le sujetó la cara de forma que se quedase mirándole a los ojos—. Ahora, no te vas a resistir, ¿verdad?

Como ya he mencionado, Lissa era muy buena en la coerción, pero ella no habría sido capaz de conseguir aquello. En segundos, Eddie estaba sonriendo.

—No. No me voy a resistir.

—Bien —repitió Isaiah—. Y me ofrecerás tu cuello con plena libertad, ¿no es así?

—Por supuesto —respondió Eddie, que echó la cabeza hacia atrás.

La boca de Isaiah descendió, y yo miré a otro lado; intenté concentrarme en la alfombra raída. No quería verlo. Oí que Eddie dejaba escapar un leve quejido de felicidad. La nutrición en sí fue relativamente silenciosa, sin succiones ni nada por el estilo.

—Eso es.

Volví a mirar cuando oí a Isaiah hablar de nuevo. La sangre le goteaba de los labios, y los recorrió con la lengua. No podía ver la herida en el cuello de Eddie, pero sospeché que estaría también ensangrentada, horrible. Mia y Christian miraban fijamente, con los ojos muy abiertos, con tanto miedo como fascinación. Eddie tenía la mirada perdida, en un estado de embriaguez drogada, feliz, colocado por las endorfinas y la coerción.

Isaiah se irguió y sonrió a los moroi al tiempo que se relamía los últimos restos de sangre de los labios.

—¿Lo veis? —les dijo, dirigiéndose a la puerta—. Es así de fácil.

Capítulo 20

Necesitábamos un plan para escapar, y lo necesitábamos rápido. Por desgracia, mis únicas ideas se centraban en cuestiones que no se hallaban realmente bajo mi control, como que nos dejasen solos por completo y así nos pudiésemos escabullir, o que nos tocasen unos guardias estúpidos a quienes poder engañar con facilidad y largarnos. Como mínimo, debía haber alguna dejadez en las medidas de seguridad para que fuéramos capaces de liberarnos.

Sin embargo, nada de aquello se daba, y después de veinticuatro horas, nuestra situación no había cambiado mucho en realidad. Seguíamos prisioneros, seguíamos bien atados. Nuestros secuestradores seguían alerta, casi con tanta eficiencia como un grupo de guardianes. Casi.

Lo más cerca que nos encontrábamos de la libertad eran las salidas al cuarto de baño, fuertemente vigiladas y extremadamente incómodas. No nos daban nada de comer ni de beber, lo cual era duro para mí, pero la mezcla de ser humano y vampiro nos hacía resistentes a los dhampir. Podía aguantar aquella incomodidad, aunque me aproximaba con rapidez a un punto en el cual habría matado por una hamburguesa con queso y unas patatas con mucho, mucho aceite.

Para Christian y Mia... bueno, las cosas eran un poco más duras. Los moroi podían pasar semanas sin comer ni beber mientras siguiesen ingiriendo sangre. Sin sangre, sólo pasaban unos pocos días antes de marearse y debilitarse, y eso mientras dispusiesen de otro sustento. Así fue como Lissa y yo nos las habíamos arreglado mientras vivíamos solas, ya que yo no había podido alimentarla a diario.

Elimina la comida, la sangre y el agua, y la resistencia de los moroi se desploma por los suelos. Yo tenía hambre, pero Christian y Mia estaban hambrientos. Sus rostros tenían ya un aspecto demacrado; su mirada, casi febril. Isaiah se dedicó a empeorar las cosas con sus visitas subsiguientes. Cada vez que venía, se ponía a divagar a su molesta y provocadora manera. A continuación, antes de marcharse, volvía a beber de Eddie. A su tercera visita, prácticamente podía ver ya a Mia y a Christian salivar. Entre las

endorfinas y la ausencia de alimento, estaba bastante segura de que Eddie ni siquiera sabía dónde estábamos.

Yo no podía dormir en esas condiciones, pero durante el segundo día empecé a dar cabezadas de vez en cuando; tal es el efecto que te causan la inanición y el agotamiento. En una ocasión hasta soñé, algo sorprendente pues no me imaginé que pudiese caer en un sueño tan profundo en esa situación demencial.

En el sueño —y yo sabía perfectamente que se trataba de un sueño— me hallaba de pie en una playa. Me costó un momento reconocer qué playa era: una a lo largo de la costa de Oregón, de arena, cálida, con el Pacífico que se extendía en la distancia. Lissa y yo habíamos ido una vez cuando vivíamos en Portland. Fue un día majestuoso, aunque ella no pudo aguantar demasiado con tanto sol. En consecuencia, nuestra visita resultó algo corta, y yo siempre deseé que nos hubiéramos quedado más tiempo y haber disfrutado de todo aquello. Ahora disponía de toda la luz y el calor que pudiese desear.

—Pequeña dhampir —dijo una voz a mi espalda—. Ya era hora.

Me volví sorprendida y me encontré con Adrián Ivashkov, que me observaba. Vestía unos pantalones desmontables, una camisa suelta y —en un estilo muy informal para él— iba descalzo. El viento revolvía su pelo castaño, y él permanecía con las manos en los bolsillos mientras me examinaba con esa sonrisa suya, marca de la casa.

—Aún llevas tu protección —añadió él.

Fruncí el ceño y, por un instante, pensé que me estaba mirando el pecho. Entonces me di cuenta de que sus ojos se hallaban fijos en mi abdomen. Yo llevaba puestos unos vaqueros y la parte de arriba de un bikini y, una vez más, el pequeño colgante del ojo azul que oscilaba en mi ombligo. Llevaba el *chotkí* en la muñeca.

—Y tú vuelves a estar al sol —dije yo—, así que supongo que se trata de tu sueño.

—Es nuestro sueño.

Jugué con los dedos de los pies en la arena.

—¿Cómo pueden compartir un sueño dos personas?

—La gente comparte sueños constantemente, Rose.

Levanté la vista hacia él con el ceño fruncido.

—Necesito saber lo que quieres decir. Sobre la oscuridad que me rodea. ¿Qué significa?

—Sinceramente, no lo sé. Todo el mundo tiene luz a su alrededor, excepto tú. Tú tienes sombras. Las obtienes de Lissa.

Mi confusión aumentó.

—No lo entiendo.

—No me puedo detener en eso ahora mismo —me dijo—. No es el motivo por el que estoy aquí.

—«¡Hay una razón para que estés aquí? —pregunté, mientras mis ojos se perdían en el color azul grisáceo del agua. Era hipnótico—. ¿No estás aquí... sólo por estar?

Se acercó, me cogió la mano y me obligó a mirarle. Todo signo de diversión había desaparecido. Estaba absolutamente serio.

—¿Dónde estás?

—Aquí —dije perpleja—. Igual que tú.

Adrián negó con la cabeza.

—No, no me refiero a eso. En el mundo real, ¿dónde estás?

¿El mundo real? A nuestro alrededor, de repente, la playa comenzó a verse borrosa, como una película desenfocada. Unos instantes después, todo se asentó por sí solo. Me estrujé el cerebro. El mundo real. Me venían imágenes a la mente. Sillas. Guardias. Esposas de plástico.

—En un sótano... —dije lentamente. La sensación de alarma sacudió de pronto la belleza del momento en cuanto percibí todo—. Oh, Dios, Adrián. Tienes que ayudar a Christian y a Mia. Yo no puedo...

Adrián apretó más su mano contra la mía.

—¿Dónde? —todo volvió a enturbiarse, y esta vez no recuperó la nitidez. El maldijo—. ¿Dónde estás, Rose?

Nuestro entorno comenzó a desintegrarse. Adrián comenzó a desintegrarse.

—Un sótano. En una casa. En...

Se había ido. Me desperté. El ruido de la puerta de la habitación al abrirse me trajo de vuelta a la realidad.

Apareció Isaiah con Elena detrás. Tuve que refrenar un gesto de desprecio cuando la vi. El era arrogante, mezquino y el mal personificado, aunque era así por ser un líder. Poseía la fuerza y el poder para respaldar su crueldad, aunque a mí no me gustase. Pero ¿Elena? Elena era como un lacayo. Nos amenazaba y hacía comentarios insidiosos, pero la mayor parte de su capacidad para hacerlo provenía del hecho de ser su perrito faldero. Era una lameculos integral.

—Hola, niños —dijo él—, ¿Cómo estamos hoy?

Recibió miradas hoscas como respuesta.

Caminó hasta Christian y Mia, con las manos cogidas en la espalda.

—¿Algún cambio de idea desde mi última visita? Os estáis tomando un tiempo horriblemente largo, y eso está contrariando a Elena, que está muy hambrienta, como veis, pero no tanto como vosotros dos, sospecho.

Christian entrecerró los ojos.

—Que te den —dijo, apretando los dientes.

Elena gruñó y se acercó de forma brusca.

—No te atrevas...

Isaiah le hizo un gesto de desprecio.

—Déjale en paz. Sólo supone que esperemos un poco más, y está siendo una espera entretenida —Elena apuñaló a Christian con la mirada—. Sinceramente —prosiguió Isaiah, observando a Christian—, no sé qué deseo más, si matarte o hacer que te unas a nosotros. Ambas opciones poseen su divertimento.

—¿Es que nunca te cansas de oírte hablar? —le preguntó Christian.

Isaiah lo meditó.

—No. Sinceramente no. Y tampoco me canso de *esto.*

Se volvió y caminó hacia Eddie. El pobre casi no era ya capaz de mantenerse derecho en la silla, después de todas las nutriciones por las que había pasado. Aún peor, Isaiah ni siquiera necesitaba utilizar la coerción. El rostro de Eddie simplemente se iluminaba con una sonrisa estúpida, ansioso por la siguiente mordedura. Estaba tan enganchado como un proveedor.

Me atravesaron oleadas de ira y de asco.

—¡Maldita sea! —grité—, ¡Déjale en paz!

Isaiah volvió la cabeza y me miró.

—Guarda silencio, bonita, no me pareces ni de lejos tan divertida como el señor Ozzera.

—¿Ah sí? —gruñí—. Si tanto te fastidio, utilízame entonces para demostrar tu estúpida teoría. Muérdeme a mí. Ponme en mi sitio y demuéstrame la mala leche que tienes.

—¡No! —exclamó Mason—. Utilízame a mí.

Isaiah puso los ojos en blanco.

—Por todos los santos, qué noble que es este grupo. Sois todos unos espartacos, ¿no es así?

Se apartó despacio de Eddie, le puso a Mason un dedo bajo la barbilla y le orientó la cara hacia arriba.

—Pero tú —dijo Isaiah— no lo dices de verdad. Sólo te ofreces por *ella* —soltó a Mason y vino hasta situarse frente a mí, mirándome fijamente con aquellos ojos muy, muy negros—. Y tú... a ti tampoco te creí al principio. Pero ¿ahora?-se arrodilló de forma que quedó a mi altura. Me negué a apartar la vista de sus ojos, aunque era consciente de que con eso me arriesgaba a la coerción—. Creo que tú lo dices de verdad, pero tampoco es cuestión de nobleza, ni mucho menos. Tú lo deseas. Es verdad que a ti te han mordido antes —su voz era mágica. Hipnótica. No estaba haciendo uso de la coerción, exactamente, pero sin duda se hallaba envuelto en una personalidad de anormal fortaleza. Igual que Lissa y que Adrián. Estaba por completo pendiente de lo que decía—. Muchas veces, me parece —añadió.

Se inclinó sobre mí, con su cálido aliento sobre mi cuello. En alguna parte más allá de él, pude oír que Mason gritaba algo, pero toda mi concentración estaba puesta en lo cerca que los dientes de Isaiah se hallaban de mi piel. En los últimos meses sólo me habían mordido una vez, y había sido cuando Lissa se encontraba en una emergencia. Antes de eso, ella me estuvo mordiendo al menos dos veces a la semana durante dos años, y sólo de manera reciente me había dado cuenta yo de lo enganchada que estaba. No hay nada —*nada*— en el mundo como la mordedura de un moroi, como la oleada de bienestar que te insufla. Por supuesto, a decir de todos, las mordeduras de los strigoi eran mucho más poderosas...

Tragué saliva, consciente de forma súbita de la profundidad de mi propia respiración y de la fuerza de los latidos de mi corazón. Isaiah dejó escapar una leve risa.

—Sí. Eres una prostituta de sangre en ciernes. Mala suerte para ti, porque no voy a darte lo que deseas.

Se retiró, y yo me encorvé hacia delante en mi silla. Sin mayor dilación, se dirigió de nuevo a Eddie y bebió. No pude mirar, pero esta vez fue de pura envidia, no de asco. El ansia ardía dentro de mí. Me moría por aquel mordisco, me moría por él con cada centímetro de mi cuerpo.

Cuando finalizó, Isaiah se puso en marcha, camino de abandonar la habitación, pero se detuvo y dirigió sus palabras a Christian y a Mia.

—No os demoréis —les advirtió—. Aprovechad vuestra oportunidad de salvaros —y ladeo la cabeza hacia mí—. Tenéis incluso una víctima

voluntaria.

Se marchó. Desde el otro lado de la habitación, Christian me miró a los ojos. En cierto modo, su rostro tenía un aspecto aún más demacrado que un par de horas antes. En su mirada ardía el hambre, y yo sabía que la mía era su complemento: el deseo de saciar su hambre. Dios. Estábamos bien jodidos. Yo creo que Christian se dio cuenta al mismo tiempo, y sus labios se retorcieron en una amarga sonrisa.

—Nunca has tenido un mejor aspecto, Rose —consiguió decir justo antes de que los guardias le ordenasen callar.

A lo largo del día dormité un poco, pero Adrián no regresó a mis sueños. En su lugar, mientras flotaba al límite de la consciencia, me encontré con que me adentraba en un territorio conocido: la mente de Lissa. Después de todas las cosas raras de aquellos dos últimos días, verme en su cabeza era como volver a casa.

Se encontraba en uno de los salones del refugio, sólo que estaba vacío, sentada en el suelo en uno de los extremos, intentando pasar desapercibida. Los nervios se habían apoderado de ella. Estaba esperando algo, o más bien a alguien. Unos minutos más tarde apareció Adrián.

—Prima —le dijo a modo de saludo. Se sentó junto a ella y encogió las rodillas, sin preocuparse por sus caros pantalones de vestir—. Siento llegar tarde.

—Está bien —dijo ella.

—No has sabido que estaba aquí hasta que me has visto llegar, ¿verdad?

Ella lo negó con un gesto de la cabeza, decepcionada. Yo me sentía más confusa que nunca.

—Y aquí, sentada conmigo... ¿de verdad que no puedes notar nada?

—No.

El se encogió de hombros.

—Bueno. Con un poco de suerte, pronto llegará.

—¿Qué aspecto tiene para ti? —preguntó ella, que ardía de curiosidad.

—¿Sabes qué son las auras?

—Son como... franjas de luz alrededor de la gente, ¿no? ¿Uno de esos rollos *new age?*

—Algo así. Todo el mundo posee una especie de energía espiritual, y la irradia. Bueno, casi todo el mundo —su vacilación me hizo preguntarme si no se estaría refiriendo a mí y a la oscuridad en la que yo supuestamente

caminaba—. Basándose en el color y en la apariencia, se puede decir mucho de una persona... bueno, si se es capaz de *ver* realmente las auras, más bien.

—Y tú lo eres —dijo ella—. ¿Y por mi aura eres también capaz de deducir que utilizo el espíritu?

—La tuya es en su mayoría dorada. Como la mía. Se intercambia con otros colores dependiendo de la situación, pero el dorado siempre permanece.

—¿Cuánta gente más conoces por ahí fuera como tú y como yo?

—No mucha, sólo los veo muy de vez en cuando, es como si se lo guardasen para sí. Tú eres la primera con la que he hablado jamás, en realidad. Ni siquiera sabía que se llamaba «espíritu». Ojalá hubiera sabido algo de esto cuando no me especialicé. Me imaginé que sería una especie de bicho raro.

Lissa levantó el brazo y se quedó mirándolo con el deseo de ver brillar la luz a su alrededor. Nada. Suspiró y lo dejó caer.

Y entonces fue cuando lo comprendí.

Adrián también utilizaba el espíritu, por eso había sentido siempre tanta curiosidad por Lissa, por eso había deseado hablar con ella y hacerle preguntas sobre el vínculo y sobre su especialización. También explicaba otras muchas cosas, como esa atracción de la que yo no podía escapar cuando me hallaba cerca de él. Se había servido de la coerción aquel día que Lissa y yo estuvimos en su habitación; así fue como obligó a Dimitri a dejarle ir.

—Entonces, ¿por fin te han dejado marcharte? —le preguntó Adrián.

—Sí. Finalmente decidieron que de verdad no sabía nada.

—Bien —dijo. Frunció el ceño, y me di cuenta de que estaba sobrio, para variar—. ¿Y estás segura de que no?

—Ya te lo he dicho. Yo no puedo hacer que el vínculo funcione en ese sentido.

—Mmm. Bueno, pues tienes que hacerlo.

Le miró sorprendida.

—¿Qué? ¿Crees que te oculto información? Si pudiese encontrarla lo haría.

—Lo sé, pero por el simple hecho de tenerlo, entre vosotras debe de haber una conexión muy fuerte. Utilízala para hablar con ella en sus sueños. Yo lo he intentado, pero no lo puedo mantener lo suficiente para...

—¿Qué has dicho? —exclamó Lissa—. ¿Hablar con ella en sus sueños?

Ahora era él el sorprendido.

—Claro. ¿Es que no sabes cómo hacerlo?

—¡No! ¿Estás de broma? ¿Cómo es eso siquiera posible?

Mis sueños...

Me acordé de cuando Lissa hablaba de fenómenos extraños moroi, de cómo podría haber por ahí otros poderes del espíritu más allá de la sanación, cosas de las que nadie había oído hablar aún siquiera. Por lo visto no había sido una coincidencia que Adrián estuviese en mi sueño. Había logrado meterse en mi cabeza, puede que de un modo similar a la forma en que yo veía la mente de Lissa. La idea me hizo sentir incómoda. Lissa apenas podía casi captarla.

Se pasó una mano por el pelo y echó la cabeza hacia atrás, para observar la araña de cristal sobre ellos mientras meditaba.

—Vale. Veamos. Tú no ves auras ni hablas con la gente en sueños. ¿Qué es lo que haces?

—Yo... yo puedo sanar a la gente. Animales, plantas también, puedo devolver las cosas muertas a la vida.

—¿En serio? —parecía impresionado—. Vale. Eso sí que tiene mérito. ¿Qué más?

—Mmm... Sé usar la coerción.

—Todos nosotros sabemos.

—No, yo sé hacerlo *de verdad.* No es difícil. Puedo lograr que la gente haga lo que yo quiero, incluso maldades.

—Yo también —se le encendieron los ojos—. Me pregunto qué pasaría si la intentases utilizar conmigo...

Ella vaciló y, despistada, recorrió con los dedos la alfombra roja—. Bueno... no puedo.

—Acabas de decir que podías.

—Puedo, pero no justo ahora. Tomo esa medicación... para la depresión y otros rollos... y me corta de plano el contacto con la magia.

Alzó los brazos.

—Entonces ¿cómo puedo enseñarte a caminar por los sueños? ¿De qué otra forma vamos a localizar a Rose?

—Mira —dijo ella enfadada—, yo no quiero tomar las pastillas, pero cuando no las tomaba... hice locuras muy gordas, cosas peligrosas. Eso es lo

que el espíritu te hace.

—Yo no tomo nada. Estoy bien —dijo él.

No, no lo estaba, me di cuenta. Y Lissa también.

—Te pusiste muy raro el día que Dimitri entró en tu habitación —apuntó ella—. Te pusiste a divagar, y lo que dijiste no tenía sentido.

—Ah, ¿eso? Sí... pasa de vez en cuando. Pero en serio, no es frecuente. Una vez al mes, si acaso —sonaba sincero.

Lissa se le quedó mirando, como si lo reevaluase todo de pronto. ¿Y si Adrián podía hacerlo? ¿Y si fuese capaz de utilizar el espíritu sin pastillas y sin ningún efecto secundario perjudicial? Sería todo lo que ella había estado esperando. Además, ni siquiera estaba segura de que las píldoras fuesen a seguir funcionando.

El sonrió, imaginándose lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Qué te parece, prima? —preguntó. No necesitaba utilizar la coerción. Su oferta era absolutamente tentadora ya de por sí—. Puedo enseñarte todo lo que sé, si eres capaz de alcanzar la magia. Costará un tiempo que tu organismo elimine los restos de las píldoras, pero una vez suceda...

Capítulo 21

Esto no era lo que yo necesitaba en ese preciso momento. Podía haber manejado cualquier otra cosa que hiciese Adrián: intentar ligársela, hacer que fumase sus ridículos cigarrillos, lo que fuera. Pero no aquello. Que Lissa dejase las pastillas era justo lo que yo quería evitar.

A regañadientes, salí de su mente y regresé a mi propia situación nefasta. Me hubiese gustado ver qué más pasaba con Lissa y Adrián, pero vigilarlos no habría hecho ningún bien. Vale. Necesitaba *de verdad* un plan ya. Necesitaba acción. Necesitaba conseguir que saliésemos de allí, pero al mirar en derredor, no me veía más cerca de escapar de lo que había estado antes, y me pasé las horas siguientes rumiando y especulando.

Aquel día teníamos tres guardias, que parecían un poco aburridos, pero no lo suficiente para flojear. Cerca, Eddie tenía pinta de estar inconsciente y la mirada de Mason se perdía hacia el suelo. Al otro lado de la habitación, Christian no miraba a nada en particular, y pensé que Mia estaba dormida. Dolorosamente consciente de lo seca que tenía yo la garganta, casi me reí al recordar cómo le había dicho con anterioridad que su magia con el agua no era útil. Puede ser que no sirviese de mucho en un combate, pero yo habría dado lo que fuera porque ella invocase un poquito...

Magia.

¿Por qué no había pensado antes en eso? No estábamos indefensos. No por completo.

En mi mente, un plan empezó a tomar cuerpo poco a poco, un plan que a buen seguro era una locura pero también era lo mejor que teníamos. El pecho me latía con fuerza por la expectación, y de inmediato controlé y calmé mis facciones, antes de que los guardias se percatasen de mi perspicacia repentina.

En el otro extremo de la sala, Christian me observaba. Había visto el breve brote de emoción y comprendió que se me había ocurrido algo. Me observaba con curiosidad, con tantas ganas de entrar en acción como tenía yo.

Dios. ¿Cómo podríamos conseguirlo? Necesitaba su ayuda, pero no disponía de una verdadera forma de hacerle saber lo que yo tenía en mente.

De hecho, ni siquiera sabía si sería capaz de ayudarme: Christian estaba bastante débil.

Mantuve su mirada con la intención de que comprendiese que iba a pasar algo. Su rostro expresaba su confusión, pero a la par que su determinación. Después de asegurarme de que ninguno de los guardias me estaba mirando, me cambié de postura con un leve tirón de las muñecas. Miré a mi espalda del modo más exagerado que pude, y a continuación volví a mirar a Christian a los ojos. Él frunció el ceño, y yo repetí la gesticulación.

Eh —dije en voz alta. Mason y Mia dieron un respingo con la sorpresa —. ¿De verdad nos vais a matar de hambre, tíos? ¿No podemos tomar al menos un poco de agua o algo?

—Cállate —dijo uno de los guardias. Era la repuesta habitual cuando fuese que cualquiera dijese algo.

—Venga —hice uso de mi mejor voz de malvada—. ¿Ni siquiera un sorbito o algo así? Me *quema* la garganta. La tengo prácticamente ardiendo —mis ojos se desplazaron veloces en dirección a Christian al pronunciar aquellas últimas palabras, y después volvieron hacia el guardia que había hablado.

Como era de esperar, se levantó de su asiento y vino tambaleándose hacia mí.

—No me obligues a repetírtelo —gruñó. Yo no sabía si realmente iba a ser capaz de hacer algo violento, pero no tenía el menor interés en forzarlo aún. Además, ya había logrado mi meta. Si Christian no era capaz de captar la señal, no había nada más que se pudiese hacer para conseguirlo. Con la esperanza de parecer asustada, me callé.

El guardia regresó a su asiento, y después de un buen rato, dejó de observarme. Volví a mirar a Christian y pegué un tirón de las muñecas. «Venga, vamos —pensé—. Ata los cabos, Christian».

Sus cejas se arquearon de repente y su mirada de asombro se quedó fija en mí. Al parecer se había imaginado algo, y tan sólo esperaba que fuese lo que yo quería. Su expresión se volvió interrogativa, como si me estuviese preguntando si yo iba en serio. Asentí con verdadero énfasis. Durante unos breves instantes, él frunció el ceño, pensativo, y a continuación tomó una respiración profunda y tranquilizadora.

—Muy bien —dijo. Todo el mundo saltó de nuevo.

—Cállate —dijo automáticamente uno de los guardias. Sonaba cansado.

—No —replicó Christian—. Estoy listo. Listo para beber.

Todo el mundo en la habitación se quedó paralizado por unas décimas de segundo, incluida yo. Aquello no era exactamente lo que yo estaba pensando.

El líder de los guardias se puso en pie.

—Ni se te ocurra ponerte a jodernos.

—No lo hago —dijo Christian. Su rostro tenía una expresión febril, desesperada, que yo no pensé que fuera del todo fingida—. Estoy harto de esto. Quiero salir de aquí y no quiero morir. Beberé, y la quiero a *ella* —y asintió para señalarme a mí. Mia, alarmada, pegó un chillido. Mason se puso a llamar a Christian cosas que le hubieran valido un castigo en la academia.

Aquello *seguro* que no era lo que yo tenía en mente. Los otros dos guardias miraron a su líder con expresión interrogante.

—¿Vamos a buscar a Isaiah? —preguntó uno de ellos.

—Creo que no está —dijo el líder. Observó a Christian durante unos segundos y tomó una decisión—, Y de todos modos, no quiero molestarle si es que esto es una broma. Suéltale y lo veremos.

Uno de los hombres sacó unos alicates de corte. Se situó a su espalda y se agachó. Oí el sonido del plástico al saltar, cuando cedieron las esposas. El guardia agarró a Christian por el brazo, tiró de él para ponerlo en pie y le condujo hacia mí.

—Christian —exclamó Mason con la voz llena de ira. Luchaba contra sus ataduras y la silla se sacudía un poco—. ¿Has perdido la cabeza? ¡No dejes que hagan esto!

—Vosotros vais a morir, pero yo no tengo por qué —soltó Christian, que se quitó el pelo de la cara con una sacudida de la cabeza—. No hay otra forma de salir de esto.

Yo no sabía en realidad qué estaba pasando en aquel momento, pero sí que tuve la certeza de que debería estar mostrando una emotividad mucho mayor si me encontrase a punto de morir. Dos guardias flanqueaban a Christian, y observaron cómo descendía sobre mí.

—Christian —suspiré, sorprendida de cuán fácil era sonar asustada—. No lo hagas.

Sus labios se retorcieron en una de esas amargas sonrisas que tan bien le salían.

—Tú y yo nunca nos hemos gustado, Rose. Si tengo que matar a alguien, preferiría que fueras tú —sus palabras eran gélidas, meticulosas. Creíbles—, Además, creía que deseabas esto.

—No *esto.* Por favor, no...

Uno de los guardias le dio un empujón a Christian.

—Acaba de una vez o vuelve a tu silla.

Todavía con la oscura sonrisa en el rostro, Christian se encogió de hombros.

—Lo siento, Rose. Vas a morir de todas formas. ¿Por qué no hacerlo por una buena causa? —bajó la cara hacia mi cuello—. Probablemente, esto te dolerá —añadió.

Yo, la verdad, dudaba mucho que me fuese a... si es que fuera realmente a hacerlo. Porque no iba a hacerlo... ¿no? Inquieta, cambié de postura. Según cuentan, si te extraen así toda la sangre, en el mismo proceso recibes las suficientes endorfinas para apagar la mayor parte del dolor. Era como dormirse. Por supuesto, todo eso no era más que especulación. La gente que moría por las mordeduras de los vampiros no volvía para relatar la experiencia.

Christian me acarició el cuello, desplazando su rostro bajo mi pelo de manera que éste le ocultase de forma parcial. Sus labios me rozaron la piel, tan absolutamente suaves como los recordaba de cuando él y Lissa se besaron. Un instante después sentí la punta de sus colmillos en mi piel.

Y entonces sentí dolor. Verdadero dolor.

Pero no procedía del mordisco. Sus dientes sólo presionaban mi piel, no la habían perforado. Su lengua me recorría el cuello en un movimiento como si lamiese, pero no había sangre que lamer. Si acaso, era más como una especie de beso raro y retorcido.

No. El dolor procedía de mis muñecas. Un dolor ardiente. Christian estaba utilizando su magia para canalizar calor hacia mis esposas, justo como yo quería que hiciese. Había entendido mi mensaje. El plástico se calentaba más y más mientras él continuaba con su inexistente nutrición. Cualquiera que lo hubiera visto de cerca se habría podido dar cuenta de que lo estaba fingiendo, y no muy bien, pero una buena cantidad de mi pelo se interponía en la visión de los guardias.

Yo ya sabía que iba a costar derretir el plástico, pero sólo entonces comprendí de verdad lo que suponía eso. Las temperaturas necesarias para llegar a dañarlo eran una pasada, como meter las manos en lava. Las esposas de plástico estaban ardiendo; horrible, me abrasaron la piel. Me retorcí con la esperanza de poder aliviar el dolor. No pude. Lo que sí noté, sin embargo, fue que al moverme las esposas cedieron un poco, se estaban ablandando. Estaba bien, algo es algo, sólo tenía que aguantar un poco más. A la desesperada, intenté concentrarme en el mordisco de Christian y así distraerme del dolor. Funcionó durante unos cinco segundos, pues no es que él me estuviese aportando muchas endorfinas, sin duda no las suficientes para combatir aquel dolor cada vez más horrible. Gimoteé, lo cual es probable que me hiciese más convincente.

—No me lo puedo creer —masculló uno de los guardias—. Lo está haciendo de verdad —detrás de ellos, creí oír el sonido del llanto de Mia.

El calor en las esposas se incrementó; en mi vida había sentido yo nada tan doloroso, y eso que había pasado ya por mucho. La muerte se estaba convirtiendo en una opción real a pasos acelerados.

—Eh —dijo el guardia de pronto—. ¿Qué es ese olor?

Aquel olor era el plástico derretido. O puede que fuera mi piel derretida. Sinceramente, no importaba, porque con el siguiente movimiento de mis muñecas, éstas quedaron libres del plástico viscoso y abrasador de las esposas.

La sorpresa me proporcionaba unos diez segundos de tiempo, y los utilicé. Salté de mi silla y, por el camino, aparté de un empujón a Christian, que tenía a un guardia a cada lado. Uno de ellos aún tenía en la mano los alicates de corte. En un solo movimiento, le arrebaté los alicates al tipo y se los clavé en la mejilla. Soltó algo similar a un grito ahogado, pero no quise ni mirar lo que le había hecho. Mi margen del elemento sorpresa finalizaba y no podía perder el tiempo. En cuanto solté los alicates, le di un puñetazo al segundo guardia. Mis patadas son por lo general más fuertes que mis puñetazos, pero aun así, le aticé lo bastante fuerte como para sorprenderle y hacer que se tambalease.

Para entonces, el líder de los guardias había reaccionado y entraba en acción. Tal y como yo me había temido, aún llevaba una pistola, y la sacó.

—¡Quieta! —me gritó, apuntándome.

Me quedé inmóvil. El guardia al que le había pegado se acercó y me asió por el brazo. Cerca, el tipo al que había apuñalado se quejaba en el

suelo. Con la pistola aún apuntándome, el líder de los guardias empezó a decir algo y entonces gritó alarmado. La pistola emitió un breve resplandor anaranjado y se le cayó de la mano. La piel de la palma, en la zona de contacto con el arma, ardía roja e irritada. Me di cuenta de que Christian había calentado el metal. Guau. Sin duda, teníamos que haber utilizado la magia desde el principio y, si salíamos de aquello, me uniría a la causa de Tasha. La costumbre moroi contraria a la magia se hallaba tan arraigada en nuestros subconscientes que ni siquiera se nos había ocurrido intentar usarla antes. Había sido una estupidez.

Me volví hacia el tipo que me sujetaba. Yo no creo que se esperase que una chica de mi talla le plantase cara de esa forma y, además, aún estaba atónito por lo que le había sucedido al otro tío con la pistola. Conseguí el espacio suficiente para darle una patada en el estómago, una patada con la que me hubiese ganado un sobresaliente en mi clase de combate. Gruñó al recibir el impacto, y la fuerza lo envió de espaldas contra la pared. Como un rayo, me lancé sobre él, le agarré por el pelo y le golpeé la cabeza contra el suelo con bastante ímpetu como para dejarlo inconsciente, pero sin matarlo.

De forma inmediata me levanté de un salto, sorprendida por el hecho de que el líder no hubiese venido todavía a por mí. No debería haberle costado tanto recuperarse del susto de la pistola incandescente, pero cuando me volví, la habitación estaba en silencio. El líder se hallaba tumbado en el suelo, inconsciente y con un recién liberado Mason sobre él. A su lado, Christian tenía los alicates en una mano y la pistola en la otra. Tenía que estar aún muy caliente, pero el poder de Christian le debía de haber hecho inmune. Apuntaba al hombre que yo había apuñalado, que no estaba inconsciente, tan sólo sangraba, pero, igual que yo, se había quedado inmóvil ante aquel cañón.

—Joder —mascullé yo al asumir la escena, me acerqué a Christian tambaleándome y le extendí la mano—. Dame eso antes de que le hagas daño a alguien.

Me esperaba algún comentario mordaz, pero se limitó a entregarme la pistola con las manos temblorosas, y me la enfundé en el cinturón. Le observé un poco más y vi lo pálido que estaba, tenía pinta de poder desplomarse en cualquier momento. Para alguien que llevaba dos días hambriento, había conseguido una magia bastante notable.

—Mase, coge las esposas —le dije. Sin darnos la espalda al resto en ningún momento, Mason retrocedió unos pasos hacia la caja en la cual

nuestros captores habían guardado un montón de esposas. Sacó tres tiras de plástico y algo más a continuación. Con una mirada interrogativa hacia mí, mostró un rollo de cinta americana—. Perfecto —le dije.

Atamos a nuestros secuestradores a las sillas. Uno de ellos seguía consciente, así que lo dormimos de un golpe y a continuación les tapamos a todos la boca con la cinta americana. Acabarían volviendo en sí y yo no deseaba que hiciesen ruido alguno.

Tras liberar a Mia y a Eddie, nos juntamos los cinco y planeamos nuestra siguiente jugada. Christian y Eddie apenas se mantenían en pie, aunque al menos Christian era consciente de dónde se encontraba. El rostro de Mía estaba marcado con el rastro de las lágrimas, pero imaginé que estaría en condiciones de ejecutar órdenes. Aquello nos dejaba a Mason y a mí como los que se hallaban en mejor estado en el grupo.

—El reloj de ese tipo dice que es por la mañana —afirmó él—. Lo único que tenemos que hacer es salir al exterior, y no nos podrán ni tocar, siempre que no haya más humanos, al menos.

—Han dicho que Isaiah no estaba —dijo Mia en voz baja—, Tendríamos que poder salir sin más, ¿no?

—Estos tíos han estado horas sin salir de aquí —dije yo—, así que podrían estar equivocados. No podemos hacer ninguna estupidez.

Mason abrió con cuidado la puerta de nuestra sala y echó un vistazo al pasillo vacío.

—¿Crees que habrá alguna salida al exterior aquí abajo?

—Eso nos facilitaría mucho las cosas —contesté yo entre dientes. Miré hacia atrás, a los demás—. Quedaos aquí, vamos a inspeccionar el resto del sótano.

—¿Y si viene alguien? —exclamó Mia.

—No lo harán —la tranquilicé. A decir verdad, yo estaba bastante segura de que no quedaba nadie más en el sótano, porque ya habrían venido corriendo con todo aquel jaleo. Y si alguien intentaba bajar por las escaleras, nosotros lo oiríamos antes.

Aun así, Mason y yo nos desplazamos con cautela conforme íbamos explorando el sótano, nos fuimos cubriendo la espalda el uno al otro y comprobamos cada esquina. De cabo a rabo, era el laberinto que recordaba de cuando nos capturaron: pasillos revirados y un montón de cuartos. Una por una, abrimos todas las puertas, y nos encontramos con que todas las salas estaban vacías, salvo por una o dos sillas ocasionales. Sentí un

escalofrío al pensar que todas hacían probablemente las veces de prisión, tal y como la nuestra lo había hecho.

—Ni una maldita ventana en toda la planta —mascullé cuando terminamos nuestro barrido—. Tenemos que subir las escaleras.

Nos dirigimos de regreso a nuestra sala pero, antes de llegar, Mason me cogió la mano.

—Rose...

Me detuve y levanté la vista para mirarle.

—¿Sí?

Sus ojos azules, más serios de lo que jamás los había visto, me miraron llenos de culpabilidad.

—La he jodido a base de bien.

Pensé en todos los acontecimientos que nos habían llevado a aquello.

—La *hemos* jodido, Mason.

El suspiró.

—Espero... espero que cuando todo esto acabe podamos sentarnos a hablar y arreglar las cosas. No debería haberme mosqueado contigo.

Quise decirle que aquello no iba a suceder, que cuando él desapareció, en realidad yo me encontraba camino de contarle que las cosas no iban a mejorar entre nosotros. Pero, dado que aquél no me parecía ni el momento ni el lugar para una ruptura, le mentí.

Le apreté la mano.

—Yo también lo espero.

Sonrió y regresamos con los demás.

—Muy bien —les dije—. Así es como lo vamos a hacer.

Trazamos rápidamente un plan y a continuación nos deslizamos por las escaleras. Yo iba delante, seguida de Mia, que intentaba sujetar a un reacio Christian. Mason cerraba la marcha, prácticamente arrastrando a Eddie.

—Yo debería ir delante —murmuró Mason cuando llegamos a lo alto de las escaleras.

—Pues no lo vas a hacer —le solté en respuesta al tiempo que posaba la mano en el picaporte de la puerta.

—Claro, pero si pasa algo...

—Mason —le interrumpí. Le miré fijamente, con dureza, y de pronto vi en un fogonazo a mi madre aquel día, cuando se supo del ataque a los Drozdov. Tranquila y bajo control, incluso después de algo tan horrible. Allí hacía falta un líder, justo igual que le pasaba a nuestro grupo ahora, y yo

intenté con todas mis fuerzas transmitir lo mismo que ella—. Si pasa algo, tú coges a éstos y los sacas de aquí; salís corriendo, rápido y lejos, y no vuelvas sin un ejército de guardianes.

—¡Serás tú quien reciba el primer ataque! ¿Y qué se supone que tengo que hacer yo? ¿Dejarte tirada?

—Sí. Tú te olvidas de mí si los puedes sacar de aquí.

—Rose, no voy a...

—Mason —volvía a ver a mi madre, luchando por hallar la fuerza y el valor para guiar a los demás—. ¿Eres capaz de hacerlo o no?

Nos quedamos mirándonos el uno al otro durante unos largos y densos instantes, mientras el resto contenía la respiración.

—Sí, soy capaz de hacerlo —dijo con frialdad. Yo asentí y me di media vuelta.

La puerta del sótano chirrió cuando la abrí, e hice una mueca ante aquel ruido. Sin atreverme apenas a respirar, permanecí absolutamente quieta en lo alto de las escaleras, a la espera y a la escucha. La casa y su excéntrica decoración tenían el mismo aspecto que cuando nos llevaron allí. Todas las ventanas estaban tapadas con persianas, pero por los bordes vi que se colaba algo de luz. El sol nunca me había parecido tan maravilloso como en aquel momento. Alcanzarlo significaba la libertad.

—Adelántate conmigo —susurré a Mason con la esperanza de lograr que se sintiera mejor tras lo de la retaguardia.

Apoyó a Eddie sobre Mia un momento y se acercó a mí para realizar un barrido del salón principal. Nada. El camino estaba libre desde allí hasta la puerta delantera de la casa. Se me escapó un suspiro de alivio. Mason volvió a sujetar a Eddie y avanzamos, todos en tensión, nerviosos. Dios. Me di cuenta de que íbamos a conseguirlo, de hecho, lo estábamos logrando. No me podía creer la suerte que estábamos teniendo, con lo cerca que habíamos estado del desastre, y ya casi lo habíamos superado. Fue uno de esos momentos que te hacen valorar tu vida y desear cambiar las cosas, una segunda oportunidad que juras que no vas a permitir que se estropee. Una consciencia de que...

Los oí moverse casi al mismo tiempo que los vi plantarse delante de nosotros. Fue como si un brujo hubiese invocado a Isaiah y a Elena y se hubieran materializado de la nada, excepto que yo sabía que allí no había magia por ninguna parte, sino que los strigoi se movían a esa velocidad. Debían de hallarse en cualquiera de las otras habitaciones de la planta

principal, que nosotros habíamos asumido que se encontraban vacías. No habíamos querido perder más tiempo echando un vistazo. Bramé en mi interior contra mí misma por no haber comprobado cada centímetro de aquella planta. En alguna parte, en algún rincón de mi memoria, me oí a mí misma provocar a mi madre: «A mí me parece que lo que hicisteis fue cagarla. ¿Por qué no inspeccionasteis primero el sitio de la fiesta y os asegurasteis de que estaba libre de strigoi? Da la sensación de que os podíais haber ahorrado un montón de problemas».

Menudo cabrón que es el destino.

—Niños, niños —canturreó Isaiah—. No es así como se juega a esto. Os estáis saltando las reglas —en sus labios se dibujó una sonrisa cruel. Nos encontraba divertidos, en absoluto una verdadera amenaza. Sinceramente, estaba en lo cierto.

—Rápido y lejos, Mason —dije en voz baja, sin quitar ojo en ningún momento de los strigoi.

—Vaya, vaya... si las miradas matasen... —Isaiah arqueó las cejas como si se le hubiese ocurrido algo—. ¿Estás pensando que tú sola puedes acabar con nosotros dos? —él se carcajeó. Elena se carcajeó. Yo rechiné los dientes.

No, no pensaba que pudiese acabar con los dos. De hecho, estaba bastante segura de que yo iba a morir, pero también estaba bastante segura de que antes de eso podía causarles una buena cantidad de molestias, y tenerlos muy distraídos.

Arremetí contra Isaiah, pero apunté el arma hacia Elena. Te podía salir bien el saltar sobre los guardias humanos, pero no sobre los strigoi. Me vieron venir antes prácticamente de que me hubiese movido siquiera, sin embargo, no se esperaban que tuviese una pistola y, aunque Isaiah bloqueó la embestida de mi cuerpo sin el menor esfuerzo, conseguí disparar a Elena antes de que él me sujetase los brazos y me redujese. La detonación de la pistola me resonó con fuerza en los oídos, y Elena gritó de sorpresa y de dolor. Le había apuntado al estómago, sin embargo el choque me hizo alcanzarla en el muslo. No es que eso importase, pues ninguno de los dos blancos la mataría, si bien el estómago habría sido mucho más doloroso.

Isaiah me sujetó las muñecas con tal fuerza que creí que me iba a romper los huesos. Solté la pistola, que cayó al suelo, rebotó y se deslizó camino de la puerta. Elena rugió de ira e intentó arañarme, pero Isaiah le dijo que se controlase y me apartó de su alcance. Mientras tanto, yo me

agitaba tanto como podía, no tanto para zafarme como para causar la mayor de las molestias.

Y entonces, el sonido más maravilloso.

El de la puerta delantera de la casa al abrirse.

Mason había aprovechado mi maniobra de distracción. Había dejado a Eddie con Mia, nos había rodeado a los strigoi y a mí en nuestro forcejeo con un *sprint* para abrir la puerta. Isaiah se volvió a esa velocidad suya del rayo y gritó al abalanzarse la luz del sol sobre él. No obstante, a pesar de su sufrimiento, sus reflejos siguieron siendo veloces. Con un movimiento brusco se apartó de la franja de luz, hacia el interior del salón, y tiró de Elena y de mí con él: de ella por el brazo y de mí por el cuello.

—¡Sácalos de aquí! —grité.

—Isaiah... —comenzó a decir Elena, liberándose de su sujeción.

Me tiró al suelo y se giró, mirando fijamente a sus víctimas, que huían. Boqueé en busca de aire ahora que había desaparecido su presión sobre mi garganta y eché la vista atrás en dirección a la puerta a través de la maraña que formaba mi pelo, justo a tiempo de ver a Mason arrastrar a Eddie por el umbral de la puerta hacia el exterior, en la seguridad que proporcionaba la luz. Mia y Christian ya habían salido. Casi se me saltaron las lágrimas de alivio.

Isaiah se volvió hacia mí con la furia de un huracán, los ojos negros y terribles al cernirse sobre mí desde su gran estatura. Su rostro, que siempre había sido aterrador, se transformó en algo que se encontraba más allá de lo comprensible. Con «monstruoso» no había ni siquiera para empezar a explicarlo.

Me agarró del pelo y me alzó de un tirón. Grité del dolor, y él bajó la cabeza de manera que nuestros rostros quedasen presionados el del uno contra el del otro.

—¿Quieres un mordisco, nena? —inquirió—. ¿Deseas ser una prostituta de sangre? Bien, eso lo podemos arreglar, en todos y cada uno de los sentidos de la expresión. *Y no va a* ser agradable. Y *no* va a ser una anestesia. Va a ser doloroso: la coerción funciona en ambos sentidos, ¿sabes? Y voy a asegurarme de que creas que estás sintiendo el peor dolor de tu vida. Y también voy a asegurarme de que tu muerte dure un rato muy, muy largo. Vas a gritar. Me vas a suplicar que termine y que te deje morir...

—Isaiah —gritó Elena exasperada—. Mátala ya de una vez. Si lo hubieras hecho antes como te dije, nada de esto habría sucedido.

Me mantenía sujeta, pero sus ojos se fijaron veloces en ella y regresaron sobre mí.

—No me interrumpas.

—Te estás poniendo melodramático —prosiguió Elena. Sí, desde luego que estaba gimoteando. Nunca me imaginé que un strigoi pudiese hacer tal cosa. Era casi cómico—. Y los estás echando a perder.

—Y tampoco me contestes —le dijo Isaiah.

—Tengo hambre. Sólo digo que deberías...

—Suéltala, o te mato.

Todos nos giramos ante aquella nueva voz, una voz sombría, con ira. Mason se encontraba de pie bajo el marco de la puerta, rodeado de luz y empuñando la pistola que yo había dejado caer. Isaiah le observó unos instantes.

—Seguro —contestó por fin. Sonaba aburrido—. Inténtalo.

Mason no vaciló. Disparó y no dejó de disparar hasta que hubo vaciado todo el cargador en el pecho de Isaiah. Cada bala hizo al strigoi dar un leve respingo, pero a pesar de eso, continuó en pie y me mantuvo sujeta. Me di cuenta de que era eso lo que significaba ser un strigoi anciano y poderoso. Una bala en el muslo podía dolerle a un vampiro joven como Elena, pero ¿a Isaiah? Recibir múltiples impactos de bala en el pecho no era para él más que una simple molestia.

Mason también se percató de ello y su expresión se endureció cuando tiró el arma.

—¡Lárgate! —le grité. Aún se encontraba al sol, aún a salvo.

Pero no me escuchó. Corrió hacia nosotros y abandonó la protección de la luz. Redoblé mis esfuerzos con la esperanza de apartar de Mason la atención de Isaiah. No lo logré. Me lanzó hacia Elena antes de que Mason se hallase a medio camino de nosotros. Con rapidez, Isaiah bloqueó y atajó a Mason, de la misma forma exacta que había hecho conmigo antes.

Excepto que, al contrario que conmigo, Isaiah no sujetó los brazos de Mason. No le alzó por el pelo ni se dedicó a proferir vagas amenazas sobre una muerte horrible. Simplemente detuvo el ataque, sostuvo la cabeza de Mason con ambas manos y realizó un giro rápido. Sonó un crujido escalofriante. Los ojos de Mason se abrieron de manera exagerada. A continuación, se quedaron en blanco.

Con un suspiro de impaciencia, Isaiah soltó el cuerpo sin vida de Mason y lo lanzó hacia donde Elena me mantenía sujeta. Cayó justo delante

de nosotras. La vista comenzó a darme vueltas mientras las náuseas y el mareo se apoderaban de mí.

—Ahí tienes —dijo Isaiah a Elena—. Mira a ver si con eso te apañas. Y guarda algo para mí.

Capítulo 22

El impacto y el horror me consumieron de tal manera que creí que se me encogía el alma, que el mundo se acababa justo en aquel lugar y en aquel instante, porque seguro, *seguro* que no podría seguir como si tal cosa después de aquello. Nadie podría seguir como si tal cosa después de aquello. Quería gritar mi dolor al universo, quería llorar hasta derretirme; quería hundirme junto a Mason y morir con él.

Elena me soltó, al haber decidido en apariencia que yo no suponía un peligro situada como me encontraba entre ella e Isaiah. Se volvió hacia el cuerpo de Mason.

Y dejé de sentir. Me limité a actuar.

—NO-LO-TOQUES —no reconocí mi propia voz.

Puso los ojos en blanco.

—Por todos los santos, qué irritante eres. Estoy empezando a estar de acuerdo con la teoría de Isaiah: estás pidiendo a gritos sufrir antes de morir —se volvió, se arrodilló y volteó a Mason para ponerlo boca arriba.

—¡No lo toques! —grité. Le di un empujón que sirvió para poco. Ella me lo devolvió y casi me tumba. Hice todo lo que pude por equilibrarme y mantenerme en pie.

Isaiah miraba divertido, con interés. Entonces, su mirada descendió al suelo. El *chotkí* de Lissa se me había caído del bolsillo del abrigo. Lo recogió. Los strigoi podían tocar los objetos sagrados, las historias que se cuentan acerca de su miedo a los crucifijos no son ciertas, lo único que no pueden hacer es pisar suelo sagrado. Le dio la vuelta a la cruz y pasó los dedos por el dragón grabado.

—Ah, los Dragomir —musitó—. Ya me había olvidado de ellos. Resulta fácil. ¿Cuántos hay? ¿Uno? ¿Son dos los que quedan, quizá? Apenas merece la pena recordarlo —aquellos aterradores ojos rojos se centraron en mí—. ¿Conoces a alguno? Tendré que ocuparme de ellos un día de éstos. No resultará muy difícil...

De repente oí una explosión. El acuario reventó, el agua salió disparada a través de las paredes e hizo añicos el cristal. Algunos fragmentos volaron hacia mí, pero casi ni me enteré. El agua comenzó a

fundirse en el aire, formando una esfera asimétrica que flotaba, y empezó a desplazarse. Hacia Isaiah. Noté cómo me quedaba boquiabierta mientras veía aquello.

El también lo observaba, más perplejo que atemorizado, al menos hasta que le envolvió el rostro y comenzó a ahogarle.

Al igual que las balas, la asfixia no le mataría, pero sin duda que le podía causar una molestia pero que muy seria.

Se llevó las manos a la cara en un intento desesperado por «apartar» el agua. Fue inútil. El líquido, simplemente, se le escurría entre los dedos. Elena se olvidó de Mason y se puso en pie de un salto.

—¿Qué es eso? —chilló, y le zarandeó en un esfuerzo igualmente inútil por liberarle—. ¿Qué está pasando?

De nuevo, no sentí. Actué. Cerré la mano en torno a un gran trozo de cristal del acuario reventado. Era irregular, estaba afilado y me produjo un corte.

Salí disparada hacia delante y le hundí el fragmento en el pecho a Isaiah, apuntando al corazón de esa forma que tanto me había esforzado por encontrar en mis prácticas. Isaiah emitió un grito sofocado a través del agua y se desplomó al suelo. Los ojos se le pusieron en blanco al tiempo que perdía el conocimiento por el dolor.

Elena miraba atónita, tan impactada como me había quedado yo cuando Isaiah había matado a Mason. Pero Isaiah no estaba muerto, por supuesto, aunque sí temporalmente fuera de combate. La expresión en el rostro de Elena dejaba bien a las claras que ella jamás se había imaginado que aquello fuera posible.

En ese momento, lo inteligente hubiera sido salir corriendo hacia la puerta y la seguridad de la luz del sol. Yo, en cambio, salí corriendo en la dirección opuesta, hacia la chimenea, agarré una de las espadas antiguas y me volví hacia Elena. No tuve que moverme mucho, pues ella ya se había recuperado y se dirigía hacia mí.

Entre gruñidos de ira, intentó sujetarme. Yo nunca me había entrenado con una espada, pero sí que me habían enseñado a luchar con cualquier arma improvisada. Utilicé la espada para mantener las distancias entre nosotras, con movimientos torpes aunque efectivos, por el momento.

Los colmillos blancos brillaron en su boca.

—Voy a hacerte...

—¿Sufrir, pagar, lamentar siquiera el haber nacido? —le sugerí.

Me acordé del combate con mi madre, de cómo me había quedado a la defensiva todo el rato. Aquello no iba a funcionar esta vez. Avancé blandiendo la espada contra Elena en un intento por conectar algún mandoble. No hubo suerte, ella se anticipó a todos y cada uno de mis movimientos.

De pronto, a su espalda, Isaiah gruñó al comenzar a volver en sí. Ella desvió la vista en el más leve de los movimientos, en cualquier caso aquello me permitió cruzarle la espada por el pecho. Cortó la tela de su blusa y le arañó la piel, pero nada más. Aun así, ella dio un respingo y bajó la vista para mirarse, presa del pánico. Me imagino que el cristal atravesando el corazón de Isaiah se hallaba todavía fresco en su memoria.

Y *eso* era todo lo que yo en realidad necesitaba.

Reuní todas mis fuerzas, llevé el brazo hacia atrás y lo solté. La hoja de la espada alcanzó el lateral de su cuello, con fuerza y profundidad. Elena soltó un chillido horrible, espeluznante, un berrido que me puso los pelos de punta. Intentó acercarse a mí, pero yo retrocedí, cargué de nuevo el brazo y volví a golpear. Se llevó las manos a la garganta y le cedieron las rodillas. Golpeé una y otra vez, hundiéndole la espada cada vez más profundo en el cuello. Cortarle a alguien la cabeza era más difícil de lo que yo pensaba, y la espada vieja y roma probablemente no ayudaba.

Por fin, conseguí reunir la suficiente consciencia para percatarme de que ya no se movía. La cabeza se encontraba allí tirada, separada del cuerpo, con unos ojos sin vida que me miraban como si no se pudiesen creer lo que acababa de pasar. Con eso, quedábamos dos.

Alguien gritaba y, por un instante surrealista, pensé que aún se trataba de Elena. Entonces levanté la vista y miré al otro lado de la habitación. Allí estaba Mia, de pie en la puerta, con los ojos que se le salían de las órbitas y la piel teñida de un color tan verde como si fuera a vomitar. De manera distante, en algún rincón de mi cabeza, me percaté de que había sido ella quien hizo reventar el acuario. Al parecer, la magia con el agua no era tan inútil al fin y al cabo.

Todavía un poco aturdido, Isaiah intentó ponerse en pie, pero yo me hallé encima de él antes de que lo consiguiese por completo. La espada silbó y sembró el dolor y la sangre a cada golpe. Ahora me sentía como un profesional con experiencia. Isaiah cayó de espaldas al suelo. En mi imaginación, no dejaba de ver cómo le rompía el cuello a Mason, y continué soltando tajo tras tajo con tanta fuerza como pude, como si el

hecho de lanzar un ataque lo bastante salvaje pudiera de algún modo desterrar mi recuerdo.

- *¡Rose!* ¡Rose!

A través de mi velo repleto de odio apenas si era capaz de percibir la voz de Mia.

—Rose, está muerto.

Despacio, temblorosa, contuve el siguiente golpe y bajé la mirada hacia su cadáver; y a la cabeza que ya no se encontraba unida a éste. Mia tenía razón. Estaba muerto. Muy, muy muerto.

Observé el resto de la habitación. Había sangre por todas partes, pero en realidad yo era ajena a todo el horror que había en aquello. Mi mundo se había reducido. Se había reducido a dos tareas muy simples: matar a los strigoi, proteger a Mason. No era capaz de procesar nada más.

—Rose —susurró Mia. Temblaba, y sus palabras estaban llenas de miedo. Me temía a mí, no a los strigoi—. Rose, vamos, tenemos que irnos.

Aparté los ojos de ella y miré a los restos de Isaiah. Tras unos instantes, me arrastré hasta el cuerpo de Mason, con la espada aún asida.

—No —dije con voz ronca—. No puedo abandonarle. Podrían venir más strigoi...

Los ojos me ardían como si tuviese unas ganas desesperadas de llorar. No podía estar segura. Las ansias de matar aún latían con fuerza en mi interior, y la violencia y la ira resultaban ya las únicas emociones de las que era capaz.

—Rose, volveremos a por él. Si van a venir más strigoi, nosotros tenemos que salir de aquí.

—No —le repetí yo sin siquiera mirarla—. No voy a abandonarle. No voy a dejarle solo —y con mi mano libre mesé los cabellos de Mason.

—Rose...

Levanté la cabeza con un gesto brusco.

—¡Vete! —grité a Mia—. Vete y déjanos en paz.

Avanzó unos pasos y levanté la espada. Ella se quedó paralizada.

—Vete —repetí—. Ve a buscar a los demás.

Lentamente, Mia retrocedió hacia la puerta y me dirigió una última mirada de desesperación antes de salir corriendo al exterior.

Se hizo el silencio, y relajé la fuerza que ejercía sobre la espada, pero me negué a soltarla. Mi cuerpo cedió y reposé la cabeza sobre el pecho de Mason. Permanecí ajena a absolutamente todo: al mundo que me rodeaba,

al propio paso del tiempo. Podían haber pasado unos segundos. Podían haber pasado horas. No lo sabía. No sabía nada excepto que no podía dejar solo a Mason. Mi existencia consistía en un estado alterado de conciencia, un estado que apenas conseguía mantener a raya el dolor y el terror. No me podía creer que Mason estuviese muerto. No me podía creer que acabase justo de conminar a la muerte, y mientras que me negase a aceptar ambas cosas, podía fingir que no habían sucedido.

Unos pasos y unas voces sonaron por fin, y alcé la cabeza. Por la puerta entraba una riada de gente, mucha gente, pero en realidad no distinguía a nadie. No me hacía falta. Eran amenazas, amenazas de las cuales debía mantener a Mason a salvo. Una pareja se dirigió hacia mí, me puse en pie de un salto, levanté la espada y la sostuve de un modo protector sobre el cuerpo de Mason.

—Atrás —les advertí—. Apartaos de él —seguían viniendo—. ¡Atrás! —grité. Se detuvieron. Excepto uno.

—Rose —dijo una voz suave—. Suelta la espada.

Me temblaban las manos. Tragué saliva.

—Alejaos de nosotros.

—Rose.

Volvió a sonar la voz, una voz que mi alma habría reconocido en cualquier parte. Entre vacilaciones, me permití por fin recuperar la consciencia de mis alrededores, que me llegaran los detalles. Dejé que mis ojos enfocasen la visión de los rasgos del hombre en pie frente a mí. Eran los ojos marrones de Dimitri los que me observaban, con su amabilidad y su firmeza.

—Está bien —me dijo—. Todo va a salir bien. Ya puedes soltar la espada.

Mis manos temblaron con una fuerza aún mayor cuando luché por asirme a la empuñadura.

—No puedo —me dolía pronunciar aquellas palabras—. No puedo dejarle solo. Tengo que protegerle.

—Lo has hecho —dijo Dimitri.

La espada se me cayó de las manos al suelo de madera con un sonoro ruido metálico. Y yo seguí a la espada; me desplomé a gatas con el deseo de llorar, pero aún incapaz de hacerlo.

Los brazos de Dimitri me rodearon al tiempo que me ayudaba a levantarme. A nuestro alrededor se arremolinaban las voces y, una por una,

fui reconociendo en ellas a aquellos a quienes conocía y en quienes confiaba. Dimitri comenzó a tirar de mí hacia la puerta, pero me negué a moverme todavía. No podía. Mis manos asieron su camisa y arrugaron la tela. Mientras seguía rodeándome con un brazo, Dimitri me retiró el pelo de la cara, yo recosté la cabeza sobre él, y él continuó acariciándome el pelo y murmurando algo en ruso. Yo no entendía ni una palabra, pero su tono agradable me consoló.

Los guardianes se desplegaban por toda la casa y la examinaban palmo a palmo. Un par de ellos se acercaron y se arrodillaron junto a los cuerpos que yo no quería ni mirar.

—¿Esto lo ha hecho ella? ¿Los dos?

—Pero si esa espada lleva años sin afilar.

Un curioso sonido se me agarró a la garganta. Dimitri me apretó el hombro para reconfortarme.

—Llévatela de aquí, Belikov —oí decir a una mujer a su espalda. La voz me sonaba familiar.

Dimitri volvió a apretarme el hombro.

—Vamos, *Roza.* Es hora de irnos.

Esta vez lo hice. Me condujo al exterior de la casa y me fue sujetando conforme yo conseguía dar cada débil paso. Mi cerebro aún se negaba a procesar lo que había sucedido. No era capaz de hacer mucho más que seguir las indicaciones sencillas de quienes me rodeaban.

Acabé por fin en uno de los aviones privados de la academia. El rugido de los motores nos envolvió cuando el avión comenzó a elevarse. Dimitri murmuró algo acerca de que iba a regresar enseguida y me dejó sola en mi asiento. Yo miraba al frente, estudiaba los detalles del asiento que tenía delante.

Alguien se sentó a mi lado y me envolvió una manta alrededor de los hombros, y justo en ese momento me percaté de lo mucho que estaba tiritando. Tiré de los bordes de la manta.

—Tengo frío —dije—. ¿Por qué estoy helada?

—Estás en estado de *shock* —respondió Mia.

Me volví y la miré para observar sus rizos rubios y sus grandes ojos azules. Algo en el hecho de verla liberó mis recuerdos. Y se me amontonaron todos. Cerré los ojos con fuerza.

—Dios mío —respiré. Abrí los ojos y volví a centrarme en ella—. Me has salvado, lo has hecho cuando hiciste explotar el acuario. No deberías

haberlo hecho. No deberías haber vuelto.

Se encogió de hombros.

—Tú tampoco deberías haber ido a por la espada.

Era justo.

—Gracias —le dije—. Lo que has hecho... a mí nunca se me hubiera ocurrido. Ha sido brillante.

—Yo no sé de esas cosas —masculló con una sonrisa triste—. El agua no es una gran arma, ¿recuerdas?

Me reí, aunque mi antigua frase no me pareciese tan graciosa. Ya no.

—El agua es una gran arma —dije finalmente—. Cuando volvamos, tendremos que practicar formas de utilizarla.

Se le iluminó la cara y la fiereza le brilló en los ojos.

—Eso me encantaría. Más que cualquier otra cosa.

—Lo siento... siento lo de tu madre.

Mia se limitó a asentir.

—Eres afortunada por tener aún a la tuya. No sabes cuánto.

Me giré y volví a mirar al asiento. Las siguientes palabras que salieron de mi boca me sorprendieron.

—Ojalá estuviera aquí.

—Lo está —dijo Mia extrañada—. Se encontraba con el grupo que registró la casa. ¿No la viste?

Lo negué con la cabeza.

Guardamos silencio. Mia se levantó y se marchó. Un minuto después, alguien distinto se sentó a mi lado. No tenía la necesidad de mirarla para saber de quién se trataba. Simplemente lo sabía.

—Rose —dijo mi madre. Por una vez en su vida sonó insegura de sí misma. Puede que asustada—. Me ha dicho Mia que querías verme —no respondí. No la miré—. ¿Qué... qué necesitas?

Yo no sabía lo que necesitaba. No sabía qué hacer. Las punzadas en mis ojos se volvieron insoportables y, antes de que me diese cuenta, estaba llorando. Unos grandes y dolorosos sollozos se apoderaron de mi cuerpo y las lágrimas que durante tanto rato había contenido me descendieron a borbotones por la cara. El temor y el dolor que no me había permitido sentir se liberaron por fin y me ardieron en el pecho. Apenas podía respirar.

Mi madre me rodeó con los brazos, y yo hundí el rostro en su pecho entre unos sollozos aún mayores.

—Lo sé —dijo en voz baja al tiempo que me abrazaba con más fuerza —. Lo entiendo.

Capítulo 23

Las temperaturas habían ascendido el día de mi ceremonia *molnija.* Es más, se habían templado tanto que gran parte de la nieve acumulada por el campus comenzó a derretirse y a descender en forma de delgados riachuelos plateados por los laterales de los edificios de piedra de la academia.

Había salido del incidente de Spokane con cortes y magulladuras leves, y las quemaduras que me produjeron las esposas al derretirse fueron la peor de mis lesiones; no obstante, aún lo estaba pasando muy mal por la muerte que había causado y la muerte que había presenciado. Yo deseaba poco más que hacerme un ovillo en alguna parte y no hablar con nadie, excepto quizá con Lissa, pero en mi cuarto día tras la vuelta a la academia, mi madre me localizó y me dijo que me tocaba recibir los tatuajes.

Me costó un rato comprender de qué estaba hablando, hasta que caí en que al decapitar a dos strigoi me había ganado dos marcas *molnija.* Mis primeras. Al entenderlo me quedé atónita. Durante toda mi vida, al pensar en mi futuro como guardiana, había anhelado aquellas marcas, las había visto como condecoraciones, pero ¿ahora? Serían principalmente recordatorios de algo que deseaba olvidar.

La ceremonia tuvo lugar en el edificio de los guardianes, en una gran sala que utilizaban para reuniones y banquetes. No se parecía en nada al gran salón de celebraciones del refugio, resultaba práctico, eficiente, igual que los guardianes. La alfombra era de un tono gris azulado, fina y tupida. De las paredes, de un sencillo color blanco, colgaban fotos enmarcadas y en blanco y negro de St. Vladimir a lo largo de los años. No había ninguna otra decoración ni fanfarrias, aunque la solemnidad e importancia del momento resultaban palpables. Asistieron todos los guardianes del campus, pero ni un solo novicio, y aguardaron en el salón principal del edificio, en grupos, aunque sin decir una palabra. Cuando se inició la ceremonia, formaron en filas ordenadas sin que nadie se lo mandase y me observaron.

Yo me encontraba sentada en un taburete en una esquina de la sala, inclinada hacia delante y con el pelo echado sobre la cara. Detrás de mí, un guardián llamado Lionel sostenía una aguja de tatuador apoyada en mi

nuca. Le conocía desde que llegué a la academia, pero jamás supe que hubiese aprendido a dibujar las marcas *molnija*.

Antes de comenzar, Lionel había mantenido una conversación entre susurros con mi madre y con Alberta. «Pero no tiene la marca de la promesa —había dicho él—. No se ha graduado aún». «Es lo que hay —dijo Alberta —. Ella los mató. Haz los tatuajes y ya recibirá la marca de la promesa más adelante».

Teniendo en consideración el dolor al cual yo misma me sometía con regularidad, no me había imaginado que los tatuajes doliesen tanto, y me mordí el labio y permanecí en silencio mientras Lionel me hacía las marcas. Aquello parecía no tener fin. Cuando terminó, sacó un par de espejos y, con alguna que otra maniobra, pude verme la nuca. Allí se encontraban las dos minúsculas marcas negras, la una junto a la otra, sobre mi piel, sensible y enrojecida. *Molnija* significaba «relámpago» en ruso, y aquello era lo que su forma dentada pretendía simbolizar. Dos marcas. Una por Isaiah, otra por Elena.

Una vez las hube visto, las cubrió con un vendaje y me dio instrucciones para cuidarlas mientras se curaban. No me enteré de la mayor parte de lo que dijo, pero imaginé que podría volver a preguntarlo más tarde. Seguía en una especie de estado de *shock* con todo aquello.

A continuación, todos los guardianes allí reunidos vinieron hacia mí de uno en uno. Cada uno me ofreció un signo de afecto de alguna clase —un abrazo, un beso en la mejilla— y palabras amables.

—Bienvenida a filas —dijo Alberta, con el cariño en su ajado rostro al tiempo que me sumergía en un fuerte abrazo.

Dimitri no me dijo nada cuando llegó su turno pero, como siempre, sus ojos hablaban por él. Su expresión estaba repleta de orgullo y de ternura, y yo me tragué las lágrimas. Con cariño, me posó una mano en la mejilla, asintió y se marchó.

Pensé que me iba a desmayar cuando Stan —el instructor con el que más me había peleado desde mi primer día en la academia— me abrazó y dijo:

—Ahora eres uno de los nuestros. Siempre supe que serías una de los mejores.

Y después, cuando mi madre llegó hasta mí, no pude evitar la lágrima que descendió por mi mejilla. Ella la enjugó y a continuación me acarició la nuca con los dedos.

—Jamás lo olvides —me dijo.

Nadie dijo «enhorabuena», y eso me agradó. La muerte no era algo de lo que alegrarse.

Cuando todo hubo terminado se sirvió comida y bebida. Me acerqué a la mesa del bufé y me preparé un plato con *quiches* de queso feta en miniatura y una porción de tarta de queso y mango. Comí sin llegar realmente a saborear la comida y estuve respondiendo a las preguntas de los demás sin saber lo que decía la mitad de las veces. Era como si fuese un robot de Rose que cumplía con las formalidades de lo que se esperaba de mí. En la nuca, la piel me aguijoneaba por los tatuajes, y en mi mente, no dejaba de ver los ojos azules de Mason y los rojos de Isaiah.

Me sentí culpable por no disfrutar más de mi gran día, pero fue para mí un alivio cuando el grupo comenzó por fin a dispersarse. Mi madre se acercó hasta mí mientras que el resto se despedía en susurros; aparte de sus palabras allí, durante la ceremonia, no habíamos hablado mucho desde que me vine abajo en el avión. Aún me sentía un poco rara con aquello, y también un poco avergonzada. Ella nunca lo había mencionado, pero algo muy pequeño en la naturaleza de nuestra relación se había transformado. No estábamos cerca, ni mucho menos, de ser amigas... pero tampoco éramos ya enemigas.

—Lord Szelsky se marcha enseguida —me dijo allí de pie, cerca de la entrada del edificio, no muy lejos del lugar donde yo le había gritado el primer día que hablamos—, y yo con él.

—Lo sé —le dije. No cabía la menor duda de que se iba a marchar. Así eran las cosas. Los guardianes seguían a los moroi. Ellos eran lo primero.

Me observó durante unos instantes, con una mirada pensativa en sus ojos castaños. Por vez primera en mucho tiempo me sentí como si realmente nos estuviésemos mirando a los ojos, en contraposición a sus miradas por encima del hombro. Ya era hora, también, teniendo en cuenta los quince centímetros de altura que yo le sacaba por lo menos.

—Lo hiciste bien —dijo por fin—, teniendo en consideración las circunstancias.

Aquello no era más que medio halago, pero no me merecía más. Ahora comprendía los errores y la falta de juicio que habían conducido a los acontecimientos en la casa de Isaiah. Algunos habían sido culpa mía. Ojalá hubiese podido alterar algunos de mis actos, pero sabía que ella estaba en lo

cierto. Al final, yo lo había hecho lo mejor que había podido con el desastre que tenía ante mí.

—Matar strigoi no es algo tan glamuroso como yo creía —le dije.

Me mostró una sonrisa triste.

—No. Nunca lo es.

Pensé entonces en todas las marcas que llevaba ella en la nuca. En todas las muertes. Sentí un escalofrío.

—Eh, oye —ansiosa por cambiar de tema, me metí la mano en el bolsillo y saqué el colgante con el pequeño ojo azul que me había regalado —. ¿Es un n... nazar? —tartamudeé el nombre. Pareció sorprendida.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

No quería explicarle mis sueños con Adrián.

—Bueno, me lo ha contado alguien. Es un objeto protector, ¿verdad?

Su rostro adoptó una mirada pensativa y, a continuación, exhaló y asintió.

—Sí. Proviene de una antigua superstición de Oriente Próximo... Hay gente que cree que quienes desean hacerte daño te pueden maldecir, o echarte un «mal de ojo». El nazar sirve para contrarrestar el mal de ojo... y, bueno, para proporcionar protección en general a quienes lo llevan.

Pasé los dedos por el trozo de cristal.

—Oriente Próximo... es decir, sitios como, mmm..., ¿Turquía?

Mi madre frunció los labios.

—Lugares exactamente como Turquía —vaciló—. Fue... un regalo. Un regalo que recibí hace mucho tiempo... —su mirada se tornó introspectiva, como perdida en el recuerdo—. Yo recibía muchas... atenciones por parte de los hombres cuando tenía tu edad. Atenciones que al principio parecían halagadoras, pero no al final. A veces resulta difícil explicar la diferencia entre lo que es verdadero afecto y lo que no es más que alguien que se quiere aprovechar de ti. Aunque cuando lo sientas de verdad... bueno, entonces lo sabrás.

Comprendí en ese momento por qué era tan sobreprotectora con mi reputación: ella había puesto en peligro la suya propia cuando era joven. Tal vez se había dañado algo más que eso.

También supe por qué me había dado el nazar. Mi padre se lo había dado a ella. Imaginé que no querría hablar más sobre el tema, así que no hice preguntas. Bastaba con saber que quizá, sólo quizá, su relación al fin y al cabo no había sido una cuestión laboral o de genes.

Nos despedimos y regresé a mis clases. Todo el mundo sabía dónde había estado yo por la mañana, y mis compañeros novicios querían ver mis marcas *molnija*. No les culpaba por ello, de haberse encontrado intercambiados nuestros papeles, yo también me hubiese perseguido para verlas.

—Venga, Rose —me suplicó Shane Reyes. Salíamos de clase práctica matinal, y no dejaba de darme manotazos en la coleta. Me anoté un recordatorio mental para dejarme el pelo suelto al día siguiente. Unos cuantos más nos siguieron y se hicieron eco de su petición.

—Sí, tía, venga. ¡Enséñanos lo que has conseguido gracias a tu manejo de la espada!

Sus ojos brillaban con ansia y emoción. Era una heroína para ellos, la compañera de clase que había despachado a los líderes de una banda nómada de strigoi que tan aterrorizados nos había tenido durante las vacaciones. Sin embargo, mis ojos se cruzaron con los de alguien situado en segundo plano dentro del grupo. Alguien que no tenía aspecto ni de ansia ni de emoción. Eddie. Al encontrarse nuestras miradas esbozó una sonrisa leve y triste. Lo comprendía.

—Lo siento, chicos —dije volviéndome al resto—. Tienen que estar vendadas. Ordenes del médico.

Recibieron aquello con quejidos que pronto se convirtieron en preguntas acerca de cómo había matado en realidad a los strigoi. La decapitación era una de las formas más difíciles y raras de matar a un vampiro; no es que fuera precisamente cómodo llevar una espada por ahí. Así que hice lo que estuvo en mi mano para contar a mis amigos lo que había pasado, asegurándome de ceñirme a los hechos y de no glorificar las muertes. La jornada escolar no pudo haber finalizado en mejor momento, y Lissa me acompañó durante el camino de regreso a mi edificio. No habíamos dispuesto de muchas oportunidades para charlar desde que sucediese todo lo de Spokane. Yo me vi sometida a una buena cantidad de preguntas, y luego se celebró el funeral de Mason. Lissa también se había visto atrapada en sus propias ocupaciones con la realeza que abandonaba el campus, de manera que no había disfrutado de mucho más tiempo libre que yo.

Estar cerca de ella me hacía sentir mejor. Aunque me pudiera introducir en sus pensamientos, no era exactamente lo mismo que estar en persona con alguien de carne y hueso a quien le importases.

Cuando llegamos frente a la puerta de mi cuarto, vi un ramo de fresias en el suelo, cerca de ésta. Con un suspiro, cogí las fragantes flores sin mirar siquiera la tarjeta adjunta.

—¿De quién son? —preguntó Lissa mientras yo abría la puerta.

—De Adrián —le dije. Entramos, y señalé en dirección a mi mesa, donde descansaban más ramos, y dejé las fresias al lado—. Qué bien me va a venir cuando se vaya del campus. Me parece que no voy a ser capaz de aguantar esto mucho más.

Se volvió hacia mí, sorprendida.

—Ah, mmm... Es que no lo sabes.

Percibí ese pinchazo de advertencia a través del vínculo que me decía que no me iba a gustar lo que estaba al caer.

—¿Qué es lo que no sé?

—Mmm..., que no se va. Se queda aquí un tiempo.

—Tiene que marcharse —le discutí. Hasta donde yo sabía, la única razón de que él hubiese vuelto era el funeral de

Mason, e incluso no estaba segura de por qué había hecho eso ya que él apenas le conocía. Puede que Adrián hubiese venido tan sólo de cara a la galería, o puede que para seguir acechándonos a Lissa y a mí—. Va a una facultad. O quizá a un reformatorio, yo qué sé, pero seguro que algo tendrá que hacer

—Se va a tomar libre el semestre —me quedé mirándola lija mente. Con una sonrisa ante mi expresión de sorpresa, ella asintió—. Se queda y va a trabajar conmigo... y con la señorita Carmack. Durante todo este tiempo, ni siquiera ha sabido lo que era el espíritu, sólo sabía que no se había especializado a pesar de tener esas extrañas habilidades. Se limitó a guardárselas para sí, excepto cuando de manera ocasional daba con otro capaz de utilizar el espíritu. Pero los demás no sabían mucho más que él.

—Debería habérmelo imaginado antes —musité—. Había algo en el hecho de tenerle cerca... Siempre deseaba hablar con él, ¿sabes? Es que tiene ese... magnetismo. Igual que tú. Digo yo que estará ligado al espíritu y la coerción, o lo que sea. Hace que me guste... aunque no me gusta.

—¿No? —bromeó Lissa.

—No —respondí de manera categórica—. Y tampoco me gusta el rollo ese de los sueños.

Sus ojos del color del jade se abrieron llenos de asombro.

—Eso es alucinante —me dijo—. Tú siempre has podido saber lo que me pasaba a mí, pero yo nunca he sido capaz de comunicarme contigo. Me alegro de que os escapaseis de allí cuando lo hicisteis... pero me hubiera encantado poder imaginarme lo de los sueños y ayudar a encontraros.

—A mí no —le dije—. Y me alegro de que Adrián no lograse que dejaras la medicación.

No me había enterado de aquello hasta un par de días después de volver de Spokane. Al parecer, Lissa había rechazado la sugerencia inicial de Adrián de que el dejar las píldoras le permitiría aprender más sobre el espíritu. Más adelante, sin embargo, me había reconocido que si Christian y yo hubiéramos estado desaparecidos mucho tiempo más, es probable que ella hubiese cedido.

—¿Y cómo te encuentras? —le pregunté al recordar sus preocupaciones acerca de la medicación—. ¿Te sigue pareciendo que las pastillas no te funcionan?

—Mmm... bueno, resulta difícil explicarlo. Aún me siento cercana a la magia, como si ya no la bloqueasen tanto, pero no siento ninguno de los efectos mentales secundarios... ni me enfado, ni nada.

—Vaya, eso es genial.

Una sonrisa maravillosa le iluminó el rostro.

—Lo sé. Me hace pensar que quizá pueda albergar la esperanza de llegar a aprender a utilizar la magia algún día, después de todo.

Verla tan feliz me hizo corresponder a su sonrisa. No me había gustado ver regresar aquellas sensaciones oscuras y me alegraba de que hubiesen desaparecido. Yo no comprendía ni el cómo ni el porqué, pero mientras que ella se sintiese bien...

«Todo el mundo tiene luz a su alrededor, excepto tú. Tú tienes sombras. Las obtienes de Lissa».

Las palabras de Adrián regresaron de golpe a mi mente. Incómoda, me puse a pensar en mi conducta de aquel par de semanas. En algunos de los arrebatos de ira. En mi rebeldía, inusual incluso para mí. Mi propia espiral oscura de sensaciones, que se revolvía en mi pecho...

«No», decidí. No había similitudes. Los sentimientos os euros de Lissa tenían que ver con la magia. Los míos tenían que ver con el estrés. Además, en aquel preciso instante me sentía maravillosamente bien.

Al ver que me observaba, intenté recordar dónde se había quedado nuestra conversación.

—Quizá encuentres por fin un modo de hacer que funcione. Es decir, si Adrián pudo hallar un modo de utilizar el espíritu y no necesita medicación...

Se echó a reír de repente.

—No lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué?

—Que Adrián se automedica.

—¿Lo hace? Pero si dijo... —solté un gruñido Pues da ro que lo hace. Los cigarrillos. La bebida. Sabe Dios qué mas

Lissa asintió.

—Sip. Casi siempre se ha metido algo en el cuerpo.

—Pero por la noche es probable que no... y ése es el motivo de que pueda meter las narices en mis sueños.

—Tía, ojalá pudiese yo hacer eso —suspiró.

—Quizá aprendas algún día. Pero no te vuelvas alcohólica por el camino.

—No lo haré —me aseguró—. Pero *sí* que voy a aprender. Ningún otro de los capaces de utilizar el espíritu podía hacerlo, Rose; bueno, aparte de San Vladimir. Aprenderé igual que él. Voy a aprender a utilizarlo y no permitiré que me cause ningún daño.

Sonreí y le toqué la mano. Tenía plena confianza en ella.

—Lo sé.

Estuvimos de charla casi toda la tarde. Cuando llegó la hora de mis habituales prácticas con Dimitri, nos separamos. Mientras me alejaba, medité sobre algo que me había estado preocupando. Aunque los grupos de strigoi que habían realizado los ataques contaban con muchos más miembros, los guardianes se sentían con la seguridad de que Isaiah era su líder. Aquello no significaba que no fuese a haber otras amenazas en el futuro, pero sí creían que pasaría un tiempo antes de que sus seguidores se reagrupasen.

Sin embargo, no podía evitar pensar en la lista que había visto en el túnel de Spokane, la de las familias reales por número de miembros. E Isaiah había mencionado de forma expresa a los Dragomir. El sabía que casi habían desaparecido, y sonó como si tuviese verdaderos deseos de ser él quien acabase con ellos. No cabía duda de que ya estaba muerto, pero... ¿habría más strigoi por ahí con la misma idea?

Lo negué con la cabeza. No me podía preocupar por eso. No aquel día. Aún tenía que recuperarme de todo lo demás. Pronto, no obstante. Muy pronto tendría que ocuparme de ello.

Yo ni siquiera sabía si nuestra clase práctica seguía aún en pie, pero me dirigí de todas formas al vestuario. Tras cambiarme y ponerme ropa de entrenamiento, bajé al gimnasio y me encontré a Dimitri en el cuarto de suministros, leyendo una de esas novelas del Oeste que tanto le gustaban. Alzó la vista cuando entré. Le había visto muy poco durante aquellos días, y me figuré que estaría ocupado con Tasha.

—Pensé que quizá vendrías —me dijo, y situó un marcador entre las páginas del libro.

—Es la hora de las prácticas.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Nada de prácticas hoy. Aún tienes que recuperarte.

—Tengo el visto bueno del médico. Estoy lista para empezar —cargué aquellas palabras de tanta bravuconería marca Rose Hathaway como pude.

Dimitri no estaba por la labor. Me señaló la silla que se encontraba junto a él.

—Siéntate, Rose.

Yo dudé sólo un instante antes de obedecer. Acerco su silla a la mía de forma que quedamos sentados el uno enfrente del otro. El corazón me palpitaba con fuerza al mirar aquellos impresionantes ojos oscuros.

—Nadie se recupera de su primera muerte... muertes con facilidad. Incluso con strigoi... bueno, técnicamente no deja de ser arrebatar una vida. Y es algo difícil de aceptar, y después de todo lo demás por lo que has pasado... —suspiro. A continuación estiró el brazo y me cogió la mano. Sus dedos eran justo como los recordaba: largos y poderosos, con callos producidos por los años de entrenamiento—. Cuando te vi la cara... cuando te encontramos en aquella casa... no te puedes imaginar cómo me sentí.

Tragué saliva.

—¿Cómo... cómo te sentiste?

—Hundido... derrotado. Estabas viva, pero el aspecto que tenías... pensé que jamás te recuperarías. Y me hacía polvo el hecho de pensar que todo aquello te había pasado tan joven —me apretó la mano—. Te recuperarás, ahora lo sé, y me alegro; pero no lo has conseguido aún. Todavía no. Perder a alguien a quien quieres nunca es fácil.

Mis ojos descendieron de los suyos y observaron el suelo.

—Es culpa mía —dije en voz baja. —¿Mmm...?

—Mason. Su muerte.

No me hacía falta ver el rostro de Dimitri para saber que se encontraba repleto de compasión.

—Oh, *Roza,* no. Tomaste algunas decisiones equivocadas... Deberías haberlo contado cuando te enteraste de que se había ido... pero no te puedes culpar. Tú no lo mataste.

Cuando volví a levantar la vista, tenía los párpados cargados de lágrimas.

—Como si lo hubiera hecho. La única razón por la cual él fue allí... es culpa mía. Nos peleamos... y yo le conté lo de Spokane, aunque tú me pediste que no lo hiciera...

Por el rabillo del ojo se me escapó una lágrima. De verdad: tenía que aprender a controlar aquello. Igual que había hecho mi madre, Dimitri me limpió la lágrima de la mejilla con delicadeza.

—No te puedes culpar por eso —me dijo—. No puedes lamentarte de tus decisiones y pensar que ojalá hubieses hecho las cosas de un modo diferente, porque en el fondo, Mason también tomó sus decisiones. Aquello fue lo que él escogió hacer. Fue su decisión, al fin y al cabo, cualquiera que fuese el papel que jugaras tú en un principio —me di cuenta de que Mason, cuando volvió en mi busca, había permitido que interfiriesen sus sentimientos hacia mí. Se trataba de lo que Dimitri siempre había temido: que si él y yo mantuviésemos cualquier tipo de relación, nos pondría en peligro; a nosotros y a cualquier moroi al que protegiésemos.

—Sólo me gustaría haber sido capaz de... no sé, de hacer algo...

Contuve más lágrimas, retiré las manos de las de Dimitri y me puse en pie antes de tener la oportunidad de decir algo estúpido.

—Debería irme —dije con voz pastosa—. Ya me dirás cuan do quieres que retomemos las prácticas. Y gracias por... hablar.

Comencé a volverme y entonces le oí decir de forma abrupta:

—No.

—¿Qué?

Me sostuvo la mirada, y entre nosotros se disparó algo cálido, potente y maravilloso.

—No —repitió—. Le he dicho que no. A Tasha.

—Yo... —cerré la boca antes de que la mandíbula me rebotase contra el suelo—. Pero ¿por qué? Era una oportunidad de las de una vez en la vida.

Podríais haber tenido un hijo. Y ella... ella estaba, ya sabes, tan colada por ti...

La sombra de una sonrisa se asomó por su rostro.

—Sí, lo estaba. Lo está. Y por ese motivo tuve que decirle que no. Yo no podía corresponderlo... no podía darle lo que ella deseaba. No cuando... —se acercó a mí—. No cuando mi corazón está en otro lugar.

Casi empecé a llorar de nuevo.

—Pero tú parecías tan colado por ella. Y no dejabas de señalar lo poco adulto que era mi comportamiento.

—No te comportas como un adulto —me dijo—, porque eres joven. Pero tú te das cuenta de las cosas. *Roza*, cosas que gente mayor que tú ni siquiera sabe. Aquel día... —al instante supe a qué día se refería; aquél contra la pared— tenías razón, sobre cuánto lucho yo por mantenerme bajo control. Nadie más ha sido nunca capaz de imaginarse eso... y me asustó. *Tú* me das miedo.

—¿Por qué? ¿Es que no quieres que nadie lo sepa?

Se encogió de hombros.

—No importa si la gente conoce o desconoce el hecho. Lo que importa es que alguien, que tú, me conozcas tan bien. Cuando una persona puede ver en tu interior, resulta duro, te obliga a abrirte, a ser vulnerable. Resulta mucho más fácil estar con alguien que es poco más que una amistad informal.

—Como Tasha.

—Tasha Ozzera es una mujer increíble. Es hermosa y es valiente, pero ella no...

—Ella no te comprende —finalicé yo.

Asintió.

—Yo lo sabía, pero aun así deseaba la relación. Sabía que me resultaría fácil y que ella me podría alejar de ti. Pensé que podría lograr que te olvidase.

Yo había pensado exactamente lo mismo de Mason.

—Pero no pudo.

—Sí. Y, bueno... eso es un problema.

—Porque no está bien que estemos juntos.

—Sí.

—Por la diferencia de edad.

—Sí.

—Pero, aún más importante, porque vamos a ser los guardianes de Lissa y tenemos que concentrarnos en ella, y no el uno en el otro.

—Sí.

Pensé en ello un instante y después le miré directa a los ojos.

—Bueno —dije por fin —, tal y como yo lo veo, no somos *aún* los guardianes de Lissa.

Me armé de valor para la siguiente respuesta. Sabía que iba a ser una de sus lecciones zen de la vida. Algo sobre la fortaleza interior y la perseverancia, sobre cómo lo que elegimos hoy se convierte en un patrón el día de mañana o cualquier otra bobada.

En cambio, me besó.

El tiempo se detuvo cuando extendió los brazos y me rodeó la cara con las manos. Su boca descendió y me rozó los labios. Al principio apenas fue un beso, pero enseguida aumentó y se hizo embriagador y profundo. Cuando por fin se apartó, fue para besarme la frente. Sus labios permanecieron allí varios segundos mientras sus brazos me rodeaban con fuerza.

Deseé que el beso hubiera continuado para siempre. Rompió el abrazo y con los dedos me acarició el pelo y a continuación la mejilla. Retrocedió en dirección a la puerta.

—Te veo luego. *Roza.*

—¿En nuestra siguiente clase práctica? —le pregunté—. Porque las vamos a retomar, ¿verdad? Es decir, que tienes todavía cosas que enseñarme.

De pie, junto a la puerta, me miró por encima del hombro y sonrió.

—Sí, montones de cosas.

Como siempre, este libro no se podría haber escrito sin la ayuda *y* el apoyo de mí Equipo de Consejeros del Chat: Caitlin, David, JayJackic y Kat. Chicos, os pasasteis conectados más horas de madrugada de las que soy capaz de contar. Sin vosotros, no habría logrado superar este libro y la locura de todo este año.

También estoy agradecida a mí agente, Jim McCarthy, que movió cielo, tierra y fechas de entrega para ayudarme a terminar lo que *yo* necesitaba. Me alegro de que me hayas traído de vuelta. T, por fin, estoy muy agradecida a Jessica Rothenberg *y* a Ben Schrank de Razorbill por su continuo apoyo y duro trabajo.

Fin

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

26/05/2011

Table of Contents

Richelle Mead Sangre azul
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23